The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
Robert White Linker
869.3
E17xF

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

~~12Aug'57~~		
~~12 Nov'62 L W~~		
~~10Aug 64 10~~		
~~MAY 25 1985 W~~	MAY 6 '85	
JUL 01 2008		
	JUL 22 2008	

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lasmsbellaspgina00quei

AS MAS BELLAS PÁGINAS DE

ÇA DE QUEIROZ

SELECCIÓN, TRADUCCIÓN Y CRÍTICA POR

V. FERNÁNDEZ FLÓREZ

EDITORIAL
CASTILLA
(S. A.)

0 M
120

LIBROS
LIBRERIA GALDOS,
217 WEST 14TH ST.
NEW YORK, N. Y.
PERFUMES — MEDICINAS — PERIODICOS

COLECCION
OPERA SELECTA

LAS MÁS BELLAS PÁGINAS DE

EÇA DE QUEIROZ

SELECCIÓN, TRADUCCIÓN Y CRÍTICA POR

W. FERNANDEZ-FLOREZ

EDITORIAL CASTILLA
M A D R I D

Imprenta Clásica Española. Glorieta de la Iglesia de Chamberí, Madrid

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

EÇA DE QUEIROZ Y SU OBRA

Eça de Queiroz goza en España de una admiración numerosa y exaltada. Nuestro entusiasmo hacia él es mayor aún del que sienten sus propios compatriotas, que le perdonan difícilmente la acerba crítica de su país y su escaso respeto hacia la pureza del idioma. Algunos críticos españoles han dicho de Eça de Queiroz que fué el primer novelista peninsular del siglo XIX, y los libros de este escritor, aun aquellos que están formados por recopilaciones de artículos que por su índole perdieron el fresco y picante atractivo de la actualidad, se venden copiosamente en nuestro país y en las repúblicas hispanoamericanas.

Sin embargo, paradójicamente, Eça de Queiroz es entre nosotros casi desconocido. El público español, que, no sabemos por qué, no lee obras en portugués y exige que se las traduzcan como si estuviesen escritas en un idioma tan difícil y tan dispar del nuestro como el vasco, no conoce del genial ironista lusitano más que las traducciones, unas

869.3
E17xF
574410

horrendas, unas indignantes traducciones, arbitrariamente hechas, con falsas interpretaciones de frases, con tajos, con brincos, llenas de disparates y de agujeros, en las que traductores sin escrúpulos y editores desahogados han suprimido páginas enteras. En la versión castellana de cierta novela de Eça de Queiroz, *no hay un solo párrafo* que no haya sufrido una mutilación. Quienes conozcan las obras de Queiroz por estos engendros, apenas pueden tener una vaga sospecha de lo que él escribió.

A pesar de la devoción profunda que hacia el genial novelista existe entre nosotros, no puede señalarse su influencia en nuestra literatura. La importancia, la originalidad de Eça de Queiroz, más que en su estilo está aún en su visión de las cosas, en sus condiciones de observador agudo e irónico. El estilo de un escritor puede ser fácilmente imitado, pero la esencialidad de su genio, no. Para imitarle sería preciso ver las personas y los hechos con su misma mirada un poco fría, burlona, y considerarlos con su mismo cerebro. Ahora, teniendo un cerebro tan privilegiado como el de él, no haría falta, verdaderamente, rendirle el vasallaje de la imitación. Algunos críticos españoles han dado en ver imitadores de Eça de Queiroz en todos o en casi todos los escritores gallegos. Ciertos giros, ciertas características que impone el manejo de un idioma común, esa tendencia socarrona del país galiciano, que, literatizada, viene a ser la ironía; hasta el pequeñito detalle de los diminutivos en *iño*, hacen exclamar a tales críticos: «He aquí un imitador de Queiroz». El honor de parecerse algo a este escritor es muy grande, pero es más exacto atribuir el parecido, cuando existe, a similitudes del ambiente, del habla y, sobre todo, de la raza. Eça de Queiroz, nacido en el Norte de Portugal, está psicológicamente más cerca de los escritores gallegos que éstos de

los castellanos. Es difícil que en Galicia surja un escritor sincero que recuerde a Blasco Ibáñez. Repásese la literatura nacional y se verá cómo cada región alza en ella su peculiar estandarte: el colorismo en Andalucía y en Valencia, el misticismo y la trágica violencia en Castilla, y la ironía, el humorismo—ese divino maridaje de la ternura con la gracia—en Galicia, en Asturias... En los cuentos aldeanos que el pueblo narra junto a la chimenea, en las casitas de adobes de Castilla, el personaje central es el moro guerrero o el paladín cristiano. Bajo el techo de pizarra de una choza gallega, este personaje es el raposo ladino y socarrón que lleva siempre una malicia en el hocico picudo.

Hemos leído hace tiempo la afirmación de que el humorismo florece entre las gentes de origen céltico. Y es curioso advertir cómo muchos nombres de humoristas ilustres parecen comprobar esta teoría, que resulta a primera vista un poco arriesgada.

José María Eça de Queiroz nació el 25 de noviembre de 1845, en Puebla de Varzim, una villa situada en la orilla del mar. El padre de Eça, el doctor José María d'Almeida Teixeira de Queiroz, nacido en el Brasil, fué asimismo escritor; redactó la *Crónica literaria de la Academia Dramática*, de Coimbra, y compuso versos. Su mejor producción fué un poema histórico, *El Castillo del Lago*. Fué magistrado del Supremo Tribunal de Justicia, varias veces diputado y par del Reino. La madre del novelista se llamó doña Carolina Augusta Pereira de Eça.

En octubre del 61, Eça de Queiroz llegó a Coimbra para estudiar el primer año de la carrera de Derecho. Entonces

era un muchacho tímido y silencioso, que andaba casi siempre solitario, envuelto en su capa estudiantil, mereciendo de sus camaradas el concepto de una medianía, de una figura apagada y sin relieve. Por aquellos tiempos Anthero de Quental y Teófilo Braga, contemporáneos suyos, ya se habían dado a conocer en el campo de las letras. La mocedad universitaria de Coimbra era ardientemente revolucionaria. No había tema humano ni divino que aquellos jóvenes exaltados, influídos todos ellos por el movimiento social francés, por lecturas francesas, poseídos de verdadera adoración por Víctor Hugo y por los poetas y filósofos transpirenaicos, no afrontasen osadamente. Discutíase con ardor juvenil la religión, la historia, la literatura, la estética... Se vivía en una constante rebelión, contra los catedráticos, contra la decadencia nacional, contra el mismo Dios... Se publicaban manifiestos pidiendo la libertad de Polonia, se quemaba la efigie del ministro portugués Loule, que había amparado al rector contra los estudiantes; se constituían sociedades secretas, se cantaba la *Marsellesa*, y un día, el inquieto Anthero de Quental, en medio de una amedrentante tormenta, abre la ventana de su cuarto de estudiante e intima a la Divinidad a demostrar sn existencia enviando un rayo contra él mismo. Por cierto que se asegura que el rayo cayó próximo al sitio que ocupaba el ilustre poeta, y que éste sufrió una impresión duradera.

En ninguna de las asonadas que sus compañeros provocaban, en ninguna de las sociedades secretas, figuraba Eça de Queiroz. En su artículo «Un genio que era un santo», él se describe, recordando aquellos tiempos con las siguientes frases, en las que alude a sus aficiones de representar comedias:

«Yo era sencillamente un autor del teatro académico, y

recordaba en torno de estas revoluciones, de estas campañas, de estas filosofías, de estas heroicidades o pseudo-heroicidades, a aquel legendario pinche de confitero que asistió a ia toma de la Bastilla con su cesto de pasteles colgado del brazo, y cuando la última puerta de la fortaleza feudal cedió, cayendo con ella la vieja Francia, acomodó más a su gusto la leve carga del cesto y siguió, silbando la *Royale*, a distribuir sus pasteles.»

Antonio Cabral — que es el más escrupuloso y concienzudo biógrafo de Queiroz, y del que tomamos estos datos — describe así al ilustre novelista en aquella edad:

«De índole sosegada, pacata, quizá un poco retraída, mimosa como la de la sensitiva, el excesivo ruido, el desorden, afligían a Eça de Queiroz. Los movimientos revolucionarios, las discusiones agrias, rumorosas y violentas, no estaban de acuerdo con su timidez y con su poco desembarazo.»

Pero el espíritu del tiempo, la misma ansia de renovación que conmueve a aquella juventud generosa, después de la cual se abre un período de vulgaridad para la intelectualidad portuguesa, existe en el espíritu de Eça de Queiroz. No publica, como Anthero de Quental, manifiestos demoledores, henchidos de frases amenazadoras, pero —más tarde, en el 70 y 71—hace en *As Farpas*, con su risa irónica, un ariete que golpea rudamente los vicios de la sociedad lusitana. No se encara altivamente con Dios, como el poeta de *Beatriz*, o como el áspero Guerra Junqueiro, pero hace en *El crimen del Padre Amaro* la condenación terrible e inolvidable de las lacras del clero. Él hacía la revolución también, pero al través de un temperamento distinto y... más eficaz.

En esto influyen sus mismas condiciones físicas. Eça de

Queiroz era un hombre más bien débil, un pre-tuberculoso. De tuberculosis intestinal murió. Nunca tuvo esa amplia fortaleza que él admira siempre, con especialidad cuando habla de los ingleses, de cuya educación física era un devoto. Su biógrafo Cabral le describe así: «Era alto y magro, de espalda levemente arqueada, de complexión débil y enfermiza. Frente ebúrnea, nariz aguileña, mentón aguzado, mirada dulce y blanda, el habla encantadora, interesante, siempre admirable por su picante ironía. Ponía un escrupuloso cuidado en el vestir y fué en su juventud un refinado elegante, y en toda su vida un hombre esmerado en su presentación. Bien conocida es la historia de la enorme cantidad de corbatas que él llevaba en sus baúles y que la aduana de Nueva York pretendió onerar con derechos por no creer que un solo hombre pudiese utilizar tantas tiras de seda.»

Moralmente, era modesto y bueno. Sin hacer exteriorizaciones de sus creencias, era religioso. Se dice que llevaba escapularios. Sobre todo, era supersticioso. «Supersticioso como un hespanhol», dice un biógrafo. En todo veía malos presagios, agüeros, brujerías. Nunca entraba en una casa ni comenzaba a subir la escalera como no fuese con el pie derecho, y llevaba su preocupación al punto de que, si subidos ya veinte o treinta escalones, le asaltaba una duda acerca del pie con que había comenzado, descendía rápidamente para comenzar otra vez. En cierta ocasión, regaló a un compañero de Coimbra una cómoda que estallaba con el calor, porque ese mismo compañero le afirmó gravemente que tales crujidos los producían los espíritus. Los gemelos que sacaba del puño derecho de su camisa, los ponía precisamente en el puño derecho de la camisa limpia. Finalmente, Cabral hace acerca de él esta observación curiosa:

— Estoy por decir que mucho debía disgustarse con su apellido Eça, por olerle demasiado a difunto (1).

Nada quieren sugerir estos detalles. Bien sabido es que pocos grandes hombres se han librado de estas obsesiones. Los consignamos porque así como nos interesó a nosotros el leerlos, creemos que interesarán también al público para el que trazamos estas líneas.

El 22 de junio de 1866, Eça de Queiroz terminó su carrera y se trasladó a Lisboa. No hay en su vida episodios salientes, ni violentas pasiones, ni aventuras novelescas. Fué una existencia sosegada y plácida que no puede retener al lector en un interés ansioso, en la que no hay los trances de violencia, de amor, de fortuna y de dolores que pueden hallarse, por ejemplo, en la vida de Castello Branco o en la de Quental, a la que puso fin un tiro de pistola.

Eça de Queiroz, al amparo de su padre, que ejercía la magistratura en la capital del Reino, era un habitual del Gremio, del Martiño, de la Casa Havaneza, del Chiado y la Baixa. Leía a Flaubert, a Baudelaire, a Proudhon, y comenzó a escribir en la *Gaceta de Portugal*, primer diario que acogió sus cuartillas. Se matriculó como abogado, pero no ejerció. Toda su labor, aparte esos artículos periodísticos, se reducía a los comentarios apasionados hechos en las tertulias literarias: la exaltación de los escritores franceses, la diatriba contra Napoleón III y su frívola y brillante corte de las Tullerías.

Pronto aceptó el encargo de fundar un periódico bisemanal en Evora: *El Distrito de Evora*. Entregóse con ardor a tal faena. El lo hacía todo: la crítica literaria, el ar-

---

(1) *Eça* quiere decir pedestal para colocar un ataúd; cenotafio, catafalco.

tículo de fondo, el folletín, hasta las «Cartas de Lisboa»... Por fin, aburrido de la mezquindad de aquel ambiente, Eça volvió a la capital.

Y defendió a un reo.

Fué su *début*. La primera y también la última causa en que intervino como letrado. Tratábase de un marinero que, enloquecido por los celos, había asesinado a una mujer. Eça preparó concienzudamente la defensa. Habló de la pasión cegadora, del impulso irresistible, del corazón de aquel hombre violentamente turbado por los celos... Intentaba llevar a los jueces la convicción de la irresponsabilidad, de que el asesino había obrado en un arrebato de desesperación, empujado por una fuerza íntima superior a su razón. Y convino con el reo en que éste declarase en tal sentido. Pero, en el acto de la vista, el reo afirmó su inocencia. Él no había matado a nadie... Y el discurso de Queiroz fracasó totalmente.

— ¡El bruto!—clamaba después el debutante—. Lo estropeó todo por mentir.

Eça de Queiroz comenzó por este tiempo a frecuentar cenáculos literarios, que abundaban mucho en Lisboa, a imitación del que en Francia constituían con Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Sainte-Beuve, Vigny y otros. En 1869 partió a visitar la Tierra Santa, acompañado por el conde de Rezende. De este largo recorrido por el Egipto y por la Palestina quedó un profundo recuerdo en el ánimo de Eça de Queiroz. Rara es la obra de este escritor insigne en la que no haya una alusión a aquellas tierras. En *La reliquia*, en *La correspondencia de Fadrique Mendes*, en los *Cuentos*, en *Prosas bárbaras*, en muchos de sus artículos, hay la evocación de aquellas tierras o, más claramente, algo así como una jactancia de haber realizado el viaje, una jactancia insistente y que hoy, con la mayor fa-

cilidad de comunicaciones y la más grande afición por los viajes, parece un poco pueril. Pero no puede ser achacada a tan pequeño sentimiento vanidoso su temática recordación, porque Eça de Queiroz, favorecido por las obligaciones de su cargo de cónsul, viajó largamente. Más bien fué que la huella de la artística peregrinación por tierras ungidas de prestigio por la leyenda y por la historia, perseveró luminosamente y para siempre en su espíritu.

Un año después, Eça de Queiroz se sepultaba en el húmedo y tenaz aburrimiento de Leiria, de cuyo Ayuntamiento había sido nombrado administrador. Allí planeó *El crimen del Padre Amaro*. Allí también le ocurrió—en el baile dado en una casa particular, y al que él había asistido, disfrazado de tirolés—ser sorprendido en íntimo galanteo con la dueña de la casa, y ser expulsado violentamente. Esta poco airosa aventura le sirvió después para urdir en *Os Maias* el episodio en que Juan d'Ega, vestido de Mefistófeles, es arrojado de casa de los Cohen.

El 1.° de octubre de 1870, Eça de Queiroz obtiene el número uno en las oposiciones a cónsules, y el 20 de diciembre del 72, desembarca en la Habana para desempeñar su cargo por vez primera.

Luego fué a Newcastle (1874), donde escribió *El primo Basilio;* a Bristol (1878), donde rehizo y terminó *El crimen del Padre Amaro* y *Os Maias*, y donde comenzó *La reliquia*. Se casó en Oporto con doña Emilia de Castro Pamplona, hermana del conde de Rezende. El año 88 fué trasladado al Consulado de Portugal en París, que era el más ferviente deseo del novelista.

Eça de Queiroz murió el 16 de agosto de 1900. Había salido para Suiza con su entrañable amigo Ramalho Ortigao. Cerca del lago Leman se separaron. Eça estaba ya minado por su enfermedad, y volvió a París una semana

antes de morir. Conservaba su inteligencia e ignoró la gravedad de su mal. No supo que moría. Como él escribió hablando de Fadrique Mendes en ese libro que es como una autobiografía: «No acaba más dulcemente un bello día de verano.»

Sus restos mortales fueron trasladados a Lisboa, a bordo del transporte portugués *Africa*. Y el 17 de septiembre, el ataúd, envuelto en la bandera blanca y azul, quedó definitivamente depositado en el cementerio del Alto de San Juan.

Eça tuvo su estatua en la capital lusitana. El Parlamento, a propuesta del conde de Arnoso, acordó conceder una pensión anual de 1.200 escudos a la viuda y a los cuatro hijos del gran escritor. Doce años después, las Cámaras portuguesas abolieron la pensión... porque los hijos de Eça de Queiroz no son afectos a la República. ¡Inmundos politiquillos! Nadie más que Queiroz fustigó los vicios y defectos de la Monarquía; mejor dicho, de los tiempos de la Monarquía, porque los males de Portugal no estaban en su régimen, sino en sus hombres. Y estos políticos portugueses de ahora, que son a veces conspiradores de folletín, a veces coleccionistas de viejos tópicos pasados de moda, y siempre, con raras excepciones—procuradores de puestos y prebendas, con menosprecio absoluto del bien del país—, son los que privan de una pensión harto mezquina al hombre que más prestigio literario dió a Portugal en el último tercio del pasado siglo.

De Eça de Queiroz puede decirse que fué el patriarca de la escuela realista en Portugal. El público de aquella nación—como también el de la nuestra—estaba entregado

a las novelas románticas o de reconstitución histórica más o menos arbitraria, cuando surgieron vibrantes y llenas de la roja sangre de la realidad, las páginas de Eça. En la conferencia que éste pronunció—en la célebre serie inaugurada en el Casino de Lisboa por Anthero de Quental—están condensadas sus normas estéticas.

— El realismo — dijo — no es una simple manera de exponer, menuda, chata, trivial, fotográfica. Eso es su falseamiento. El realismo es la proscripción de lo convencional, de lo falso, de lo hueco, de lo enfático, de lo lacrimoso. Es la abolición de la retórica considerada como arte de promover la emoción por la hinchazón del período, por la epilepsia de la palabra, por la congestión de los tropos. Y en vez de la ley gramatical de lo *bello*, tomada como camino de lo *justo*, según la tendencia de la vieja literatura, es la ley moral y científica de lo *justo* recibida como única aspiración de lo *bello*. El romanticismo era la apoteosis del sentimiento. El realismo debe ser la anatomía del corazón. El realismo es la crítica del hombre, es el arte que nos pinta a nuestros ojos para que nos conozcamos y ver si somos verdaderos o falsos, para condenar lo que la sociedad tiene de malo. Su proceso es el análisis; su finalidad, la verdad absoluta. Sus condiciones son tres: 1.ª, tomar sus asuntos de la vida contemporánea, siendo completamente de su tiempo; 2.ª, proceder por la experiencia, por la psicología; 3.ª, tener el ideal moderno que rige las sociedades; esto es: justicia y verdad. El arte debe corregir y enseñar, y no ser exclusivamente placer de los sentidos. Debe tener un fin moral. Si el arte no tiene moral, lleva a la sociedad a la perdición. Cuando la ciencia nos diga: «Esta idea es verdadera», y la conciencia: «Esta idea es justa», y el arte: «Esta idea es bella», lo tendremos todo.

He aquí la teoría de Eça de Quiroz, a la que fué fiel durante toda su vida. Aparte sus primeros ensayos, entre los que debemos contar *El misterio de la carretera de Cintra*, que él mismo censura en uno de sus artículos de *As Farpas*, sus crónicas y sus novelas observan la tendencia de corregir y enseñar. No hay una sola obra suya en la que el tópico del amor sea el único fundamento. Cuando más, sirve de sostén, de esqueleto, para ir desenvolviendo una tesis. *La ilustre casa de Ramires*, *La reliquia*, *La ciudad y las sierras*, *El mandarín*, carecen absolutamente de ese habitual y casi siempre tedioso motivo del amor. Y donde — como en *El primo Basilio* y en *Los Maias*—surge francamente ese tema, va enlazada a él otra intención visiblemente educadora.

Reconozcamos de pasada que Eça de Queiroz no ha tratado nunca bien en sus libros a las mujeres. Graciña, en *La ilustre casa de Ramires,* llega al borde del adulterio, por el que avanza audazmente la Luisa de *El primo Basilio*. Amelia y su madre, en *El crimen del Padre Amaro,* son torpes e histéricas. Véase la colección de mujeres de *Los Maias*, y la tía de *La reliquia*... y todas, en fin. Cuando Eça de Queiroz estudia, en un largo ensayo publicado en *As Farpas*, las condiciones temperamentales y espirituales, las costumbres y la inteligencia de la mujer portuguesa, las tintas son temerosamente obscuras. En *La ciudad y las sierras* asoma, finalmente, diseñada como una miniatura, una suave y tierna figura: Juanita. Pero eran ya los últimos tiempos de Eça, su última novela también. Al final de la vida, el afán de ser bueno y ser tierno es mayor. Y en esa obra, Eça canta fervientemente su país y labra un tipo amable de mujer portuguesa, con un sano contento—casi lírico—de hacerlo así.

Pero esta amable bondad es apenas como el «rayo ver-

de». Eça es, fundamentalmente, un demoledor. Su risa restalla implacablemente sobre todo y sobre todos. Uno de sus biógrafos dice: «Era un pesimista y hacía gala de serlo.» Es verdad. «Ha destruído—afirma otro—más de lo que creó.» Puede ser. Pero destruir lo pernicioso, lo ridículo, lo putrefacto, lo idiota o lo malvado, ¿no es positivamente crear?

Hay quien, juzgando por los primeros ensayos de Queiroz—*El misterio de la carretera de Cintra*, las crónicas que aparecen en *Prosas bárbaras*—, creen que en el fondo del insigne escritor alentaba un romántico, y Juan Penha, el brillante poeta, lo afirma así. Pero también Zola, el más avanzado de los apóstoles del realismo, comenzó siendo un romántico. Y puede afirmarse que en la adolescencia, en la primera juventud, el ansia artística se exterioriza siempre sobrecargada de lirismo. Son los años en que la belleza de una frase que brota en nuestro magín, nos humedece los ojos, nos ahoga en una dulce emoción. Son los años en que es más puro el sentimiento; pero su misma hipertrofia le hace inservible para la obra de arte y seria.

La fuerza satírica de Eça de Queiroz, su enorme fuerza irónica, se revela en *As Farpas*, revista que funda en unión de Ramalho Ortigao, que no le cede en el manejo del sarcasmo, y que más tarde le aventaja en cultura. *As Farpas* estremecen a Portugal, y sus dardos pasan sobre el mar y llegan también a tierras brasileñas. Un periodista de hoy que lea aquellas páginas, llenas de gracia y de causticidad, se admirará como nosotros de que pudiesen ser publicadas. Si alguien se atreviese hoy a decir del Ejército, de la Marina, de los reyes, de la Instrucción pública, de la Hacienda, lo que aquellos dos hombres decían entonces, pararía en la cárcel. Sin la menor procacidad, sin una injuria, sin una frase fuerte, el ariete movido por ambos pe-

riodistas batía en todos los males que trajeron a aquel país a su triste situación presente.

Esta colaboración de Eça de Queiroz y Ramalho cesa cuando el primero abandona Portugal, obligado por su cargo de cónsul, aunque el primero continúa escribiendo para diversos periódicos de su patria y del Brasil artículos que, en su mayoría, están recopilados en volúmenes de belleza e interés siempre vivos.

Y comienzan a aparecer entonces las novelas de Eça de Queiroz.

Resueltamente devoto de la realidad, a la realidad acudía a buscar sus asuntos y sus tipos. Eça de Queiroz era un formidable observador; pero no era un escritor de imaginación extraordinaria. Es curioso comprobar, leyendo los estudios que acerca de sus obras se han escrito en Portugal, ya por gentes coetáneas suyas y que vivían en su amistad, ya por biógrafos bien documentados, cómo casi todos sus personajes corresponden a personajes reales, conocidos por él. Fiel a su divisa, colocaba sobre la desnudez de la verdad el manto diáfano de la fantasía. Las gentes de Leiria conocen los apellidos de las protagonistas de *El crimen del Padre Amaro*. Ha existido un ingeniero que es el Jorge de *El primo Basilio*. De *Los Maias* escribe el mismo Eça en una carta dirigida a Fialho d'Almeida: «Todo esto es *visto*, notado en flagrante, y por mí mismo estudiado *sur place*.» Él mismo se retrata a veces en *Juan de Ega*. Lleva a *La reliquia* un episodio que presencia en la mansión del conde de Rezende. Y en *La correspondencia de Fadrique Mendes* funde — dice Cabral — «lo que había de armonioso y elevado en la poesía filosófica de Anthero de Quental; lo que había de profundo en el saber de Oliveira Martins; lo que había de fuerte en el carácter de Ra-

malho Ortigao; lo que había de original, de sutil e irónico en el propio Eça».

Esta supeditación a la realidad, esta unión estrecha con ella, hace que, en ocasiones, los personajes de sus novelas parezcan repetidos. El «conselheiro» Acacio, de *El primo Basilio*, es uno de los tipos más felices y más completos en toda la galería queiroziana. Pues este mismo tipo aparece en *El crimen del Padre Amaro*, llamándose conde de Riba-Mar; y en *La reliquia*, llamándose el doctor Margaride; y en *Los Maias,* siendo el conde de Gouvariño; y en ese *Pacheco* tan divulgado, tan feliz, tan bien recortado, que Fadrique Mendes comenta y describe en una de sus cartas. Y el criado grave es uno mismo en todos los libros, hasta el punto de que es imposible discernir en el recuerdo el criado de *La ilustre casa de Ramires* y el de *Los Maias*. Y el tipo del escritor perezoso, que nunca da realidad a sus obras proyectadas—Ega, Ramires, Carlos de Maia... — Pero esto no es un lunar en la obra del genial novelista, y lo apuntamos apenas con una observación de microscópico valor crítico.

Entre todas las obras de Eça de Queiroz, las de mayor importancia artística son *El primo Basilio* y *El crimen del Padre Amaro*. Él prefería esta última. En una carta que en 1899 escribió a Oliveira Martín, le decía:

«*El primo Basilio*, ese *fait-Lisbonne,* fué traducido en inglés, alemán, sueco y holandés, en estos últimos seis meses. ¡Qué atroz injusticia para el pobre *Padre Amaro!*»

El estilo de Eça de Queiroz—del que no se han podido dar cuenta quienes hayan leído las lamentables traducciones a que aludíamos en nuestros primeros párrafos—es musical y armonioso. Su vocabulario no era, ciertamente, muy amplio; pero manejaba y trenzaba las palabras con el

arte de un maestro genial. Sus compatriotas le culpan de haber introducido, sin necesidad, multitud de galicismos.

Se ha hablado mucho de la tortura que el insigne maestro sufría para perfeccionar sus cuartillas. Era un parecido más que se le señalaba con Flaubert. Véase lo que dice acerca de esto el biógrafo que antes hemos citado:

«¡Con qué facilidad escribía! ¡Qué falsa y embustera es la leyenda que lo presenta componiendo fatigosamente su prosa, curvado sobre el papel, enmendando, sustituyendo, tachando, buscando con dificultad los términos, procurando la frase atrofiada, el vocablo preciso y justo! No. Eça de Queiroz escribía con extrema facilidad, con espontaneidad notable. Lo que le dictaba la inspiración en el primer momento, eso escribía. He tenido ocasión de leer decenas de cartas suyas, algunas de alto valor literario, y no vi una sola enmienda o entrelínea en cualquiera de ellas, habiendo en muchas párrafos que revelan claramente el valor de la pluma que los trazó.»

Pero a punto seguido, el mismo comentarista asegura:

«Cuando le enviaban de la imprenta las pruebas de sus libros, Eça pasaba horas angustiosas mejorando, modificando, tornando a escribir. Nunca hallaba perfecto y completo lo que fácilmente había trazado en las cuartillas. Y torturaba a los editores y a los tipógrafos con alteraciones y reformas de todo o de casi todo lo que habían compuesto ya. Y así, al cabo de tantas correcciones, la prosa enriquecíase de encantos y quedaba tan bella, tan sonora, tan flexible, tan delicada, que aun no hubo después de él quien consiguiese ni siquiera imitarla. Pero, a pesar «de tan duro esfuerzo, después de tan ardiente y laboriosa exaltación del alma», Eça consideraba que sus obras eran «algo frío, inerte, sin voz, sin palpitación, amortajado en una capa de colorido...»

En este volumen van recopiladas las mejores páginas de Eça de Queiroz. ¿Las mejores? No nos atrevemos a afirmarlo rotundamente. Desde luego las que, desglosadas de entre las que componen un libro, pueden conservar vivo su aroma, su gracia y, hasta cierto punto, su interés. ¿Quién puede atreverse a afirmar categóricamente cuál es la mejor página de un libro? Sin embargo, muchas de las que en éste ofrecemos son insuperables. Hemos procurado extraer aquellas en que ha vibrado más fuerte el genio de Eça de Queiroz; aquellas en que su ironía, o la intensidad de sus descripciones, o la violencia de los sentimientos, tienen un relieve más extraordinario. En cada volumen buscamos cuidadosamente los trozos de mayor perfección; es decir, los que a nuestro juicio ofrecían mayor perfección. Acaso en esta elección influya nuestro propio temperamento, y otro seleccionador prefiriese otras páginas.

Muchas podrían igualar a éstas entre las escritas por el maestro genial y maravilloso; pero ninguna superarlas.

W. Fernández-Flórez.

EL PRIMO BASILIO

TODA esta novela queda criticada diciendo, sencillamente, que es la «Madame Bovary» portuguesa. Es indudable que Eça de Queiroz la escribió bajo la influencia de la genial obra de Flaubert, de quien era un admirador apasionado. El mismo tipo de mujer vulgar, el mismo tipo de seductor banal, la misma psicología en el adulterio... No hay más diferencia entre un caso y otro que las que existen entre una y otra sociedad: la francesa y la lusitana.

La clase media portuguesa está prodigiosamente retratada en esta obra, y algunos tipos, como el del consejero Acacio, han quedado como figuras esquemáticas.

Alrededor de «El primo Basilio», se suscitó en Portugal una larga polémica. Los numerosos enemigos de Eça de Queiroz o, mejor, de su tendencia realista, culpábanle de plagio, acusación que se repitió bastantes veces a lo largo de toda la labor del literato insigne.

«El primo Basilio» tiene un alto valor representativo. Aparte el caso vulgar de adulterio, se hace en él un estudio acabado de una parte de la sociedad portuguesa de fines del pasado siglo. La tendencia moralizadora que hay en el fondo de todas las obras de Eça de Queiroz, viene a presentar en ésta, en páginas llenas de amargura, el profundo vacío y la profunda tristeza de un amor culpable que sólo nació para distraer un ocio.

No tenía cambio para pagar al cochero.

— Espere—dijo, subiendo furiosa—. Ahora mandaré que le paguen.

— ¡Qué fiera!—pensó el cochero.

Fué Juana la que vino a abrir, y casi retrocedió viéndola tan enrojecida, tan excitada.

Luisa fué derecha a su cuarto; el cuco cantaba las tres. Todo estaba desarreglado: tiestos en el suelo, el tocador cubierto con un paño viejo, ropa sucia por las butacas. Y Juliana, con un pañuelo atado a la cabeza, barría tranquilamente, canturreando.

— Entonces, ¿aún no ha arreglado usted el cuarto?—gritó Luisa.

Juliana se estremeció ante aquella cólera inesperada.

— Estaba ahora en ello, señora.

— Que estaba ahora haciéndolo, ya lo veo—exclamó Luisa—. Son las tres de la tarde, y la habitación aún en este estado.

Había arrojado el sombrero y la sombrilla.

— Como la señora acostumbra venir siempre más tarde...—dijo Juliana. Y sus labios se tornaban pálidos.

— ¿Qué le importa la hora a que vengo? ¿Qué tiene usted

que ver con eso? Su obligación es arreglar en seguida que yo me levanto. Y si no le conviene así, a la calle; pronto se le hace la cuenta.

Juliana enrojeció, y clavando en Luisa sus ojos inyectados:

— Mire, ¿sabe qué más? ¡Que no estoy dispuesta a aguantarla!

Y arrojó violentamente la escoba.

— ¡Salga!—gritó Luisa—. ¡Salga inmediatamente! ¡Ni un momento más en esta casa!

Juliana plantóse ante ella, y dándose palmadas convulsivas en el pecho, con la voz ronca:

— ¡Saldré si yo quiero! ¡Si yo quiero!

— ¡Juana!—gritó Luisa.

Quería llamar a la cocinera, a un hombre, a la policía: a alguien. Pero Juliana, descompuesta y temblorosa, con el puño en alto:

— ¡No me haga salir de mis casillas la señora! ¡No me haga la señora perder la cabeza!—y con la voz estrangulada al través de los dientes cerrados—: ¡Mire que no todos los papeles fueron para el polvo!

Luisa retrocedió; gritó:

— ¿Qué dice usted?

— Que las cartas que la señora escribe a sus amantes las tengo yo aquí—y golpeó su faltriquera ferozmente.

Luisa la miró un momento con ojos extraviados y cayó al suelo, junto a un confidente, desmayada.

La primera impresión de Luisa, apenas recobrado el sentido, fué que dos figuras que no conocía estaban inclinadas sobre ella. Una, más fuerte, se separó; el sonido frío de un frasco de vidrio, al ser colocado en el mármol del tocador, la hizo recobrarse. Entonces oyó una voz que decía ahogadamente:

— Está mucho mejor. ¿Pero le dió de repente, señora Juliana?

— De repente.

— Yo la vi entrar tan sofocada...

Unos pasos sutiles pisaron la alfombra, y la voz de Juana le preguntó junto al rostro:

— ¿Está mejor, señora?

Abrió los ojos; la percepción clara de las cosas le fué volviendo; estaba extendida en el confidente, le habían desabrochado el vestido, y en el cuarto había un fuerte olor a vinagre. Alzóse sobre el codo, lentamente, con una mirada errante, vaga.

— ¿Y la otra?...

— ¿La señora Juliana? Se fué a acostar. Tampoco se encontraba bien. Fué de ver así a la señora, ¡pobre!... ¿Está mejor?

Sentóse. Sentía fatiga en todo el cuerpo; todo en el cuarto le parecía oscilar blandamente.

— Puede irse, Juana, puede irse—dijo.

— ¿La señora no necesita nada más? Quizás un caldito le sentase bien...

Luisa, sola, se puso a mirar alrededor, espantada. Estaba ya todo arreglado, las ventanas cerradas. Un guante quedara caído en el suelo: alzóse, aún entorpecida; fué a recogerlo, lo estiró entre los dedos maquinalmente, como sonámbula; lo puso en la gaveta del tocador. Se alisó el cabello; se encontraba cambiada, con distinta expresión, como si fuese otra; y el silencio del cuarto la impresionaba como algo extraordinario.

— Señora—dijo la voz tímida de Juana.

— ¿Qué es?

— Es el cochero.

Luisa se volvió sin comprender.

— ¿Qué cochero?

— Un cochero; dice que la señora, que no tenía cambio, le mandó esperar...

— ¡Ah!

Y como una luz de gas que se enciende súbitamente e ilumina una decoración, vió rápidamente toda «su desgracia».

Quedó tan trémula, que malamente podía abrir el cajoncito de la cómoda.

— Me había olvidado, me había olvidado...—balbucía.

Le dió el dinero a Juana; y viniendo a caer sobre el confidente:

— ¡Estoy perdida!—murmuró, apretando la cabeza entre las manos.

Todo estaba descubierto. Representáronsele en el espíritu, con la intensidad de dibujos negros sobre un muro blanco, el furor de Jorge, el espanto de sus amigos, la indignación de unos, el escarnio de los otros; y estas imágenes, cayendo con ruido en su alma, como combustibles en una hoguera, suscitábanle un terror desesperado.

¿Qué le quedaba? ¡Huír con Basilio!

Aquella idea, la primera, la única, apoderóse de ella impetuosamente, la colmó como el agua de una inundación, que súbitamente anega un campo.

¡Él le había jurado tantas veces que serían tan felices en París, en su departamento de la calle de Saint Florentin! ¡Pues bien, iría! No llevaría maletas; pondría en su pequeño saco de piel alguna ropa blanca, las joyas de su madre... ¿Y los criados? ¿Y la casa? Dejaría una carta a Sebastián para que viniese y cerrase todo...; llevaría en el viaje el traje de rayitas azules, o el negro. Nada más. Lo demás lo compraría lejos, en otras ciudades...

— Si la señora quiere venir a comer...—dijo Juana a la puerta del cuarto.

Tenía puesto un delantal blanco; añadió:

— La señora Juliana se ha acostado, dice que está con el dolor; no puede servir a la mesa.

— Ahora voy.

Tomó apenas una cucharada de sopa, bebió un gran trago de agua; y alzándose:

— ¿Qué tiene?

— Dice que es un dolor muy fuerte en el corazón.

¡Si muriese! ¡Estaba salvada! ¡Entonces podría quedarse! Y con una esperanza perversa:

— Juana, vete a ver cómo está.

¡Había oído de tantas personas que mueren de repente! ¡Iría después al cuarto de ella a rebuscar en el baúl, a apoderarse de la carta! Y no tendría miedo del silencio de la muerte, ni de la lividez del cadáver...

— Está más descansada, señora—vino a decir Juana—; dice que pronto se levantará. ¿Pero la señora no come nada más?

— No.

Y entró en el cuarto pensando: «¿De qué me sirve imaginar todas estas cosas? Sólo me queda huír.»

Se decidió a escribirle a Sebastián; pero no pudo encontrar otras palabras después de poner en lo alto del papel, con una letra temblona: *Amigo mío.*

¿Para qué había de escribir? Cuando, al otro día, ella no volviese, ni a la tarde, ni a la noche, las criadas, la otra, la infame, irían a ver a Sebastián. Era el íntimo de la casa. ¡Qué espanto el de él! Imaginaría algún accidente, correría a la Encarnación, después a la policía, esperaría lleno de angustia hasta la madrugada; todo el día siguiente se pasaría en la esperanza de verla llegar, aterrándole la decepción; hasta que telegrafiaría a Jorge. Y a esa hora, seguramente, ella, encogida en un rincón del vagón, correría, entre el ruido atronador de la máquina, hacia un nuevo destino...

Pero ¿por qué se afligía? Cuántas envidiarían su desgracia. ¿Qué había de infeliz en abandonar su vida estrecha, entre cuatro paredes, transcurrida en examinar cuentas de cocina y en hacer crochet, y partir con un hombre joven y amado, hacia París, ¡hacia París! ¡Vivir entre el consuelo del lujo, en alcobas de seda, con un palco en la Ópera!... ¡Era bien loca en afligirse! Casi había sido una felicidad aquel «desastre». Sin ello nunca habría tenido el valor de desembarazarse de su vida burguesa; aun cuando un alto deseo la empujase, habría siempre una timidez mayor para retenerla.

Y además, huyendo, su amor hacíase digno. Sería sólo de un hombre; no tendría que amar en casa y amar fuera de casa.

La asaltó la idea de ir a hablar inmediatamente a Basilio, «acabar con todo aquello de una vez». Pero era tarde para ir

al hotel; tenía miedo a las calles obscuras, a la noche y a los borrachos...

Fué a arreglar su saco de tafilete. Metió sábanas, alguna ropa blanca, el estuche de uñas, el rosario que le había dado Basilio, polvos de arroz, algunas joyas que habían pertenecido a su madre... Quiso llevar las cartas de Basilio también... Las tenía guardadas en un cofre de sándalo, en el cajón del guardarropa. Las esparció en el regazo; abrió una de donde cayó una florecita seca; otra que tenía en el doblez la fotografía de Basilio. De pronto le pareció que no estaban completas. Tenía siete: cinco esquelas y dos cartas, la primera que él le había escrito, tan tierna, y la última el día del enfado. Las contó... Faltaban, en efecto, la primera y dos tarjetas. ¡Se las habían robado también!... Se alzó lívida. ¡Ah, qué infame! Le entró gana de subir al sotabanco, y, llena de rabia, luchar con ella, arrancárselas y ahogarla!... Pero ¿qué le importaba?—Y se dejó caer en el confidente, aniquilada.—Que tuviese una, dos, todas, era la misma desgracia.

Y muy excitada fué a preparar el vestido negro que debía llevar, el sombrero, un chal...

El cuco dió las diez. Entró en la alcoba; puso el candelero sobre la mesilla de noche, quedó mirando el ancho lecho con su cortinón de muselina blanca. ¡Era la última vez que dormía allí! Había sido ella la que hiciera aquella colcha de crochet en el primer año de casada: no había una malla que no correspondiese a una alegría. A veces Jorge venía a verla trabajar, y, callado, la contemplaba con una sonrisa, o le hablaba en voz baja envolviendo distraídamente en los dedos el grueso hilo de algodón. Allí había dormido con él durante tres años: su sitio era hacia el lado de allá, del lado de la pared... Había sido aquella cama donde había estado enferma con la pneumonía. Durante semanas enteras él no se había acostado, la velaba, le arreglaba la ropa, le daba los caldos, las medicinas, con toda clase de palabras dulces que le hacían tanto bien!... Le hablaba como a una criaturita pequeña; le decía: «eso va a pasar en seguida, mañana estarás buena e iremos a pasear»;

pero su mirada ansiosa estaba cuajada de lágrimas. O si no le pedía: «ponte buena ¿sí?, ten voluntad, querida mía, ponte buena»... Y ella quería mejorar tan ansiosamente, que sentía como una ligera ola de vida que la invadía y le refrescaba la sangre.

En los primeros días de la convalecencia, él era quien la vestía; se arrodillaba para calzarle los zapatos, la envolvía en la bata y venía a tenderla en el confidente; se sentaba a los pies de ella y le leía novelas, le dibujaba paisajes, le recortaba soldados de papel. Dependía en absoluto de él; no tenía a nadie más en el mundo para cuidarla, para sufrirla, para llorar por ella, más que él. Dormía siempre con las manos entre las suyas, porque la enfermedad la había dejado un vago miedo a las pesadillas de fiebre, y el pobre Jorge, para no despertarla, permanecía allí, con la mano presa, durante horas, sin moverse. Se acostaba vestido en una colchoneta al pie de la cama. Muchas veces, despertándose de noche, le había visto limpiarse las lágrimas; de alegría, seguramente, porque ella entonces ya estaba salvada. El médico, el buen doctor Camiña, había dicho: «Está fuera de peligro; ahora hay que rehacer ese cuerpecito.» Y Jorge, el pobre Jorge, ¡cuitado!, sin decir nada había tomado las manos del viejo y se las había cubierto de besos.

Y ahora, ¡cuando él supiese, cuando volviese! ¡Cuando al entrar allí, en la alcoba, viese todavía los dos almohadones! Ella estaría lejos, con otro, por caminos extraños, oyendo otra lengua. ¡Qué horror! Y él allí estaría, en aquella casa, solo, llorando, abrazado a Sebastián. ¡Cuántos recuerdos quedaban de ella para torturarle! Sus vestidos, sus chinelas, sus peines, toda la casa... ¡Qué vida más triste la de él! Dormiría allí solo. Ya no tendría a nadie para despertarle de mañana con un beso, pasarle el brazo por el cuello y decirle: «*¡Es tarde, Jorge!*» Todo había acabado para los dos. ¡Nunca más! Rompió a llorar, de bruces sobre la cama...

Pero la voz de Juliana sonó hablando alto en el corredor con Juana. Alzóse aterrada. ¿Vendría a hablar con ella aque-

lla infame? Los pasos en chinelas se alejaron lentamente, y Juana entró con la cuenta y con la lamparilla.

— La señora Juliana —dijo— levantóse un momento; pero dice que aún está mala, la pobre. Se fué a acostar. ¿La señora no necesita nada más?

— No—dijo desde la alcoba.

Se desnudó, y, postrada, se durmió profundamente.

Juliana, en su cuarto, no dormía. El dolor le había pasado, y se agitaba sobre el jergón «con el diablo del insomnio», como tantas otras noches durante las últimas semanas. Porque desde que había cogido la carta del *sarcófago* vivía en fiebre constante; pero la alegría era tan aguda, la esperanza tan amplia, que la sostenían y le daban salud.

Dios, por fin, se había acordado de ella. Desde que Basilio había comenzado a venir a la casa, había sentido un presentimiento, algo que le decía que había llegado por fin su vez. La primera satisfacción había sido aquella noche que encontrara, después de salir Basilio a las diez, la peineta de Luisa caída al pie del sofá. Mas ¡qué explosión de felicidad cuando, después de tanto espionaje, de tanta pesquisa, encontró por fin la carta en el *sarcófago!* Corrió al sotabanco, leyóla ávidamente, y, cuando vió la importancia de la «cosa», llenarónsele los ojos de lágrimas y dirigió su alma perversa hacia las alturas, gritando para sí en triunfo:

— ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

¿Qué debía hacer con *aquello?* Esta fué entonces su inquietud. Había pensado en vendérsela a Luisa por una fuerte suma... Pero ¿en dónde tenía ella el dinero? No; lo mejor era esperar la vuelta de Jorge, y, con amenazas de publicarla, exigirle una gran cantidad de libras; por medio de otra persona, ya se sabe, y ella a cubierto. En ciertos días en que la figura, las *toilettes,* los paseos de Luisa la irritaban más, veníanle deseos de salir a la calle, llamar a los vecinos, leer el papel, ponerla más baja que el fango: ¡vengarse de la «cabra»!

Fué la tía Victoria quien la calmó y la dirigió. Le dijo «que para que la zancadilla fuese completa era necesaria una carta del caballero». Había empezado entonces el lento trabajo de procurársela. Había sido precisa mucha delicadeza; probar muchas llaves, dos de ellas hechas con moldes de cera, y la paciencia del gato, y la habilidad del ratón. Pero la cogió, ¡y qué carta! La había leído con la tía Victoria, que había reído, reído... Sobre todo, el billete en que Basilio le decía: «Hoy no puedo ir; pero te espero mañana a las dos; te mando esa rosita, y te pido que hagas lo que hiciste con la otra: traerla en el pecho; ¡porque es tan agradable, cuando vienes así, sentirte el pechito perfumado!...» La tía Victoria, sofocada, se la quiso enseñar a su vieja amiga Petra, a Petra la Gorda, que estaba en la salita.

Petra se retorcía. Sus enormes pechos colgantes, como odres mal llenos, tenían sacudidas furiosas de hilaridad, y con las manos en los costados, roja, roncaba con su vozarrón de trombón:

—¡Esa es de las buenas, tía Victoria! ¡Es de maestro! ¡No, eso merece ir a los periódicos! ¡Ay, qué sinvergüenzas, rayos del diablo!

La tía Victoria dijo muy seriamente a Juliana:

— Muy bien; ahora tienes el cuchillo y el queso. Con eso ya puedes hablar alto y esperar la ocasión. Muy buenos modos, cara placentera, sonrisas a hartar para que ella no desconfíe y el ojo alerta. Tienes el ratón seguro; déjale dar al rabo.

Desde ese día, Juliana saboreaba con delicia, con gula, encerrada en sí, aquel gozo de tener «en la mano» a Luisita, a la señora, a la patrona, a la *piorrinha*. La veía componerse, ir junto al hombre, canturrear, comer bien, y pensaba con una voluptuosidad felina: «¡Anda, diviértete, diviértete, que yo ya te la tengo bien armada!» Aquello le daba un orgullo perverso. Sentíase vagamente *señora de la casa;* tenía allí, encerrada en la mano, la felicidad, el buen nombre, la honra, la paz de los patronos. ¡Qué venganza!

El porvenir estaba asegurado: *aquello* era dinero; el pan de

la vejez. ¡Ah, le había llegado su día! Todas las noches rezaba la Salve en acción de gracias a Nuestra Señora, Madre de los hombres.

Pero ahora, después de aquella «escena» con Luisa, no podía quedar de brazos cruzados con las cartas en los bolsillos. Debía salir de casa, ponerse en campaña, hacer *alguna cosa.* ¿Cuál? La tía Victoria era quien había de decir...

Por la mañana, a las siete, sin tomar su café, sin hablarle a Juana, bajó lentamente y salió.

La tía Victoria no estaba en casa. La gente esperaba en la salita. El señor Gouvea, con la borla del gorro muy revuelta, escribía, inclinado, escupiendo, catarroso. Juliana dió los buenos días alrededor, y se sentó en un rincón, con su sombrilla entre las rodillas.

Hablábase: una mujer de treinta años, picada de viruelas que estaba sentada en el canapé, después de haberse sonreído para Juliana, se volvió hacia otra mujer gorda que llevaba un chal de cuadros rojos:

— ¡No se imagina, señora Ana; no se hace una idea! ¡Es una desgracia! Está todas las noches como un carro. A veces, hasta despierto con el ruido que hace al hablar solo, al tropezar con la escalera... Yo de lo que tengo más miedo es de que ese demonio se duerma con la luz encendida y haya un fuego. ¡Ah! ¡Es de todo!

— ¿Quién? – preguntó un guapo muchachote, con una blusa de lacayo, que hablaba, en pie, con un criado alto, de patillas y sucia corbata blanca.

—Cuña, el hijo de mi patrón. ¡Es una desgracia!

— Es un borracho, ¿eh?—dijo el muchachote envolviendo un cigarrillo.

— ¡Un horror! Yo, por la mañana, ni puedo entrar en el cuarto con el olor... La madre, pobrecita, llora, se atormenta; el muchacho ya estuvo a punto de ser despedido de su empleo. ¡Ay, no estoy nada contenta, nada contenta!

— Pues mire que por allá también hay grandes disgustos— dijo la del chal a cuadros, bajando la voz.

Los dos hombres se aproximaron.

— El señor —continuó ella con gestos aterrados— es un desvergonzado con la cuñada... La señora lo sabe, y aquello no es más que una eterna cuestión de día y de noche. Las dos hermanas andan en una disputa constante. El hombre toma el partido de la muchacha; la mujer se pone a gritar... ¡Ay, aquello va a acabar mal!

— Entonces todo el mundo tiene, por lo visto, sus descuidos—dijo el de la corbata blanca con indignación.

— Su gente es sosegada, señor Juan—observó la marcada de viruelas.

— Es buena gente. Las muchachas enamoradizas... Provecho para las criadas, que recogen su vestidito, su dinero... Pero los viejos son una santa gente; la verdad es la verdad. Y se come bien.

Y, volviéndose para el lacayo, golpeándole en el hombro, con una voz que lo admiraba y que lo envidiaba:

— Pero esto sí. ¡Esto sí que es ganar!

El muchachote sonrió con satisfacción.

— ¡Bah! ¡Es más el ruido que las nueces!

— ¡Vete allí, enseñáselo —dijo el de la corbata blanca tocándole con el codo—, enseñáselo!

El muchacho se hizo de rogar, y, después de balancear el cuerpo, alzando la blusa, sacó del bolsillo del chaleco de rayadillo un reloj de oro.

— ¡Muy bonito! ¡Hermosa prenda!—dijeron las dos mujeres.

— Sudor de mi rostro—dijo él acariciándose la barba.

El de la corbata blanca se indignó.

— ¡Vamos, señor bribón!—y en voz baja a las muchachas:— ¡Sudor de su rostro, eh! Es el benjamín de la patrona, una señora de la aristocracia; aquello es todo sedas, buenísima mujer, un poco entrada en años, pero hermosa mujer. Le obsequia con estos recuerdos: un reloj de un par de monedas, ¡y aun habla!

El muchacho dijo entonces, metiendo la mano en los bolsillos:

— ¡Y si quiere ahora, ha de soltar la mosca!

— ¡Le va a costar mucho!—exclamó el de la corbata blanca—. ¡Una gente que tiene en la Baixa hileras de casas! ¡La mitad de la calle de los Merceros es de ella!

— ¡Pero es muy agarrada!—dijo el muchacho. Y balanceando el cuerpo con el cigarro en un extremo de la boca: — ¡Estoy con ella hace dos meses, y aun no soltó más que el reloj y tres libras en oro!... Que yo, como quien dice, el mejor día le paro los pies—. Y peinando el cabello hacia atrás: — ¡No faltan mujeres! Y de las que tienen *Doña*.

La tía Victoria entró muy apresurada, con el chal en el braza; y viendo a Juliana:

— ¿Tú por aquí? Tuve que dar unas vueltas; estoy en la calle desde las seis. Buenos días, señora Teodosia. Buenos días, Ana. Vaya, tenemos por aquí el alfeñique. ¡Entra para aquí dentro, Juliana! Ahora vengo, palomitos míos; es un momento.

La llevó a otro cuarto, hacia el lado del zaguán:

— ¿Qué hay de nuevo?

Juliana se puso a contar largamente la «escena» de la víspera, el desmayo...

— Pues, rica mía—dijo la tía Victoria—, lo que está hecho, está hecho; no hay tiempo que perder; manos a la obra. Te vas junto a Brito, al hotel, y te entiendes con él.—Juliana rehusó; no se atrevía, tenía miedo... La tía Victoria reflexionó, rascándose una oreja; fué adentro, cuchicheó con el tío Gouvea, volvió, y cerrando la puerta del cuarto:

— Ya encontré quien ha de ir. ¿Tienes las cartas?

Juliana sacó del bolsillo una vieja carterita de tafilete escarlata. Vaciló un momento, y miró a la tía Victoria con desconfianza.

— ¿Tienes miedo de soltar los papeles, criatura?—exclamó ofendida la vieja—. Entonces arréglate tú, arréglate como puedas...

Juliana se las dió. Pero que las guardase, que tuviese cautela...

— Esta persona—dijo la tía Victoria—va mañana a la noche a hablar con Brito, y a pedirle mil duros.

Juliana tuvo un deslumbramiento. ¡Mil duros! La tía Victoria estaba soñando.

— ¡Vamos! ¿Qué pensabas tú? Por una carta que casi no tenía nada malo, pagó una persona, que pasea por el Chiado en coche—aun ayer la vi con una pequeñita que tiene—, pagó mil quinientas pesetas. Y en buenos billetes. Los pagó el caballero, ya se sabe; fué el caballero el que pagó. Si fuese otro, no digo, ¡pero Brito! Es rico, es un manirroto, caerá pronto..

Juliana, muy pálida, le agarró el brazo, emocionada:

— ¡Oh tía Victoria, le daba un traje de seda...!

— ¡Azul; hasta te digo ya el color!

— Pero Brito es hombre muy fuerte, tía Victoria; ¡si le quita las cartas, si le hace alguna trastada!

La tía Victoria la miró con desdén:

— Eres una simple. ¿Imaginas que yo voy a mandar a algún loco? Ni las cartas van, lo que va es una copia. ¡Mira que tú!... ¡Es poco astuto quien va a ir allá!

Y después de reflexionar un momento:

— Tú, vete a casa...

— No, eso no, allá no vuelvo...

— También tienes razón. Hasta ver en qué paran las cosas, ven aquí a dormir. Hoy comes conmigo; tengo una rica merluza.

— ¿No habrá peligro, tía Victoria, si Brito va a la Policía...?

La tía Victoria encogió los hombros, e impacientada:

— ¡Mira: vete, que me estás poniendo nerviosa!... ¡Policía! ¿Qué policías? ¡Esas cosas no se llevan a la Policía!... Deja el asunto de mi mano; adiós; a las cuatro ven para comer, ¡eh!

Juliana salió como empujada por el aire. ¡Mil duros! Eran *mil duros* que volvían, los que ya había entrevisto un día, y le habían huído, le venían ahora a caer en la mano, con un tintinear de libras y un *frou-frou* de billetes. Y el cerebro se le llenaba confusamente de visiones diferentes, todas maravillosas: un mostrador de una tienda, donde ella estaría vendiendo;

un marido a su lado, a las horas de la cena; pares de botas de las buenas, de las *chic*. ¿Dónde pondría el dinero? ¿En el Banco? No; en el fondo del arca, para tenerlo más seguro, más a mano.

Para pasar la mañana, compró un cuarterón de rebozados, y fué a sentarse en el paseo, con la sombrilla abierta, deleitándose, paladeando ya su vida rica, juzgándose ya señora; hasta miró a un propietario pacífico y rubicundo, que se apartó, escandalizado.

A aquella hora, Luisa se despertaba. Y sentándose bruscamente en la cama: «¡Es hoy!», fué su primer pensamiento. Un sobresalto y una tristeza horrible le encogían el corazón. Empezó a vestirse muy nerviosa con la idea de ver a Juliana. Estaba imaginando encerrarse, no almorzar, salir paso a paso, a las once, e ir a buscar a Basilio al hotel, cuando la voz de Juana dijo a la puerta del cuarto:

— ¿La señora hace el favor?

Empezó a contarle, muy espantada, que la señora Juliana había salido muy de mañana y aun no había vuelto; estaba todo por arreglar...

— Bueno, sírvame el almuerzo; ahora voy yo...

¡Qué alivio para ella!

Calculó después que Juliana había dejado la casa. ¿Para qué? Para hacer algo, ciertamente. Lo mejor era salir en seguida... Podía esperar a Basilio en el *Paraíso*.

Fué al comedor, bebió un sorbo de te, en pie, a prisa.

— ¿Le habrá pasado algo a la señora Juliana?—vino a decir Juana, asombrada.

Luisa, encogiendo los hombros, respondió vagamente:

— Ya se sabrá después...

Eran las once y media, fué a ponerse el sombrero. El corazón le golpeaba fuertemente, y, a pesar del temor de ver entrar a Juliana, no se decidía a salir; se sentó, con el saco de piel entre las rodillas. «¡Vamos!», pensó por último. Irguió-

se; pero le parecía que alguna cosa sutil y fuerte la prendía, la sujetaba... Entró en la alcoba lentamente: su bata estaba caída a los pies de la cama; sus chinelitas, sobre el tapiz felpudo... «¡Qué desgracia!», dijo en alta voz. Llegó hasta el tocador, revolvió en los peines, abrió los cajones; de pronto entró en la sala, fué al álbum, y sacó la fotografía de Jorge, la metió temblando en el saco de tafilete, miró todavía alrededor, como delirando; salió, cerró la puerta, bajó la escalera corriendo...

En la Patriarcal pasaba un coche de alquiler. Lo tomó; lo mandó ir al Hotel Central.

El señor Brito había salido por la mañana temprano, dijo el portero muy atento. Seguramente había entrado algún vapor, porque llegaban equipajes, fuertes maletas cubiertas de hule, cajas de madera orladas de hierro; pasajeros con el aire cansado del viaje, todavía entontecidos del balanceo del mar; hablaban, llamaban... Aquel movimiento la animó; le entró un fuerte deseo de viajar, del ruido nocturno de las estaciones a la claridad del gas, de la agitación alegre de las partidas en las mañanas frescas, sobre la cubierta de los barcos.

Dió al cochero la dirección del *Paraíso*. Y al mismo tiempo que el coche corría, le parecía que toda su vida pasada, Juliana, la casa, se abatían, se disipaban en un horizonte abandonado. A la puerta de una librería creyó ver a Julián, se inclinó en la portezuela precipitadamente; no lo vió, tuvo pena: ¡se iba sin ver a un amigo de casa! Ahora todos: Juliáu, Ernestiño, el consejero, doña Felicidad, le parecían adorables, con cualidades que nunca había advertido, que repentinamente ofrecían un gran encanto. ¡Y el pobre Sebastián, tan bueno!... Nunca más le volvería a oír tocar su *Malagueña*.

Al final de la calle del Oro, el coche se paró en un entorpecimiento de carruajes, y Luisa vió en el paseo, cerca de ella, a Castro, Castro el de los lentes, el banquero, aquel de quien Leopoldina le decía que tenía «una pasión por ella»: un muchachito andrajoso le ofrecía billetes de la lotería, y Castro, rollizo, con los dos pulgares en los bolsillos del chaleco

blanco, le daba gracias al rapaz, con un desdén de ricachón, lanzando miradas sobre Luisa al través de sus lentes de oro. Ella, con el rabillo del ojo, le observaba; tenía una pasión por ella aquel hombre, ¡qué horror! Lo encontraba horrible, con sus piernecitas cortas y su vientre abultado. El recuerdo de Basilio la asaltó, con su esbelta figura... Y golpeó en los vidrios, impaciente por la prisa de verle.

El carruaje partió al fin. El Rocio rebrillaba al sol; desde el tranvía, parado en la esquina, la gente descendía apresurada, con zapatos blancos, vestidos ligeros; venía de Belem, de Pedrousos. Cantaban pregones. Todos quedaban allí, entre sus familias, entre sus felicidades; ¡sólo ella partía!

En la calle Occidental vió venir a doña Camila, una señora casada con un viejo, ilustre por sus amantes. Parecía embarazada; y adelantábase lentamente, con el rostro blanco, satisfecho, y una laxitud en su cuerpo, redondeado, paseando a un pequeñito de chaqueta color piñón, a una pequeñita de falditas tiesas, y delante un ama, vestida de labradora, empujaba un cochecito de mano donde se bababa un rorro. Y Camila, feliz, venía tranquilamente por la calle exponiendo sus fecundidades adúlteras. Era muy festejada, nadie hablaba mal de ella, era rica, daba *soirées*... «¡Lo que es el mundo!», pensaba Luisa.

El coche paró a la puerta del *Paraíso*; era medio día. La puertecita de arriba estaba cerrada, y la patrona apareció ceceando que «lo sentía muchísimo, pero sólo el señor era el que tenía la llavecita; si la señora quería descansar...» En este momento llegó otro carruaje, y Basilio apareció subiendo las escaleras.

— ¡Por fin!—exclamó abriendo la puerta—. ¿Por qué no viniste ayer?...

— ¡Ah! ¡Si tú supieses...!

Y agarrándole los brazos, clavando los ojos en él:

— ¡Basilio, estoy perdida!

— ¿Qué ocurre?

Luisa dejó el saco de tafilete en el canapé, y de un golpe

le contó la historia de la carta recogida entre los papeles sucios, las de él robadas, la «escena» del cuarto... «Lo que me resta es huír. ¡Aquí estoy! Llévame. Tú dijiste que podías; lo has dicho muchas veces... Estoy dispuesta. Traje aquel saco con lo necesario: ropa blanca, guantes...»

Basilio, con las manos en los bolsillos, haciendo tintinear el dinero y las llaves, seguía atónito sus gestos, sus palabras.

— ¡Eso sólo a ti!...—exclamó—. ¡Qué loca! ¡Qué mujer!—y muy excitado:—¡Eso no es cuestión de huír! ¿Qué estás tú hablando de huír? Es una cuestión de dinero. Lo que ella quiere es dinero. ¡Hay que ver cuánto quiere y se le paga!

— ¡No, no!—dijo Luisa—. No puedo quedarme.

Había una gran aflicción en su voz. La mujer vendería la carta, pero conservaría el secreto; en cualquier momento podría hablar, saberlo Jorge; estaba perdida, no tenía valor para volver a casa. No tendría un momento de descanso mientras estuviese en Lisboa.

— Partimos hoy, ¿sí? Si no puedes, mañana. Yo voy a cualquier hotel, donde nadie lo sepa, me escondo esta noche, pero mañana nos vamos. ¡Si él lo sabe, me mata, Basilio! ¡Sí, dime que sí!

Se había agarrado a él, y buscaba ávidamente con sus ojos el consentimiento de los de su amante. Basilio se desprendió blandamente:

— ¡Estás loca, Luisa; tú no estás en ti! ¿Puede pensarse en huír? ¡Sería un escándalo atroz, nos cogerían seguramente, con la policía, con el telégrafo! ¡Es imposible! ¡Huír es bueno para las novelas! Además, hija mía, no es un caso para eso. Es una simple cuestión de dinero...

Luisa se ponía pálida oyéndole.

— Además de eso—continuó Basilio, paseándose muy agitado por el cuarto—, yo no estoy preparado, ni tú tampoco. No se huye así. Quedas desacreditada para toda la vida, sin remedio, Luisa. Una mujer que huye, deja de ser la señora doña Fulana; es la Fulana, la que huyó, la desvergonzada, una concubina. Yo tengo que ir al Brasil; ¿dónde vas a quedarte?

¿Quieres ir tú también, un mes en un camarote, exponiéndote a la fiebre amarilla? ¿Y si tu marido nos persigue, y somos detenidos en la frontera? ¿Encuentras bonito volver entre dos policías e ir a pasar un año a la cárcel? Tu caso es sencillísimo. Te entiendes con esa criatura, se le dan un par de libras, que es lo que ella quiere, y quedas en tu casa sosegada, respetada como antes, pero teniendo más cautela. He aquí todo.

Aquellas palabras caían sobre los planes de Luisa como hachazos que derrumban árboles. A veces la verdad que contenían la atravesaba irresistiblemente, viva como un relámpago y desagradable como una hoja fría. Pero veía en aquella negativa una ingratitud, un abandono. Después de haberse instalado en su imaginación en una seguridad feliz, lejos, en París, le parecía intolerable tener que volver a casa, con la cabeza baja, a sufrir a Juliana, a esperar la muerte; y las compensaciones que había entrevisto en aquella otra vida, ahora que le huían de entre las manos, le parecían maravillosas, casi indispensables. Además, ¿de qué le servía rescatar la carta con dinero? La criada sabía su secreto. Y la vida le sería amarga teniendo siempre suspendido sobre ella aquel peligro.

Quedóse callada, como perdida en una reflexión vaga; y de pronto, alzando la cabeza, con una mirada brillante:

— ¡Entonces, dí!...

— Ya te estoy diciendo, hija...

— ¿No quieres?

— ¡No!—exclamó Basilio con fuerza—. ¡Si tú estás loca, yo no lo estoy!

— ¡Oh, pobre de mí, pobre de mí!

Dejóse caer en el sofá; se tapó el rostro con las manos. Callados sollozos le sacudían el pecho.

Basilio se sentó a los pies de ella. Aquellas lágrimas le mortificaban, le impacientaban.

— Pero ¡por el santo nombre de Dios, escúchame!

Ella volvió hacia él los ojos, que relucían bajo el llanto:

— ¿Para qué decías entonces tantas veces que seríamos tan felices; que si yo quisiera...?

Basilio se levantó bruscamente:

— ¿Entonces tú pensaste en huír, en meterte conmigo en un vagón, en venir para París, en vivir conmigo, en ser mi amante?

— ¡Salí de casa para siempre; he aquí lo que hice!

— Pero ¡vas a volver para casa!—exclamó él casi con cólera—. ¿Por qué habías de huír? ¿Por amor? Entonces debíamos haber partido hace un mes; no hay razón para que nos vayamos ahora. ¿Para qué? Para evitar un escándalo con un escándalo mayor, ¿no es verdad? ¡Un escándalo irreparable, pavoroso! ¡Te estoy hablando como un amigo, Luisa!—Le cogió las manos con mucha ternura—. ¿Tú imaginas que yo no sería feliz yendo a vivir contigo a París? Pero veo los resultados; tengo más experiencia. Todo el escándalo se evita con un puñado de libras. ¿Tú crees que esa mujer se va a poner a hablar? Su interés es escaparse, desaparecer; sabe perfectamente lo que hizo, que te robó, que usó llaves falsas. La cuestión es pagarle.

Ella dijo con una voz cansada:

— Y el dinero, ¿dónde lo tengo yo?

— Claro está que el dinero lo tengo yo. — Y después de una pausa: — No mucho; estoy hasta un poco apurado; pero, en fin... — Vaciló y dijo: — Si la criada quisiera mil pesetas, se le dan.

— ¿Y si no quiere?

— ¿Qué ha de querer entonces? Si robó la carta es para venderla. No es para guardar un autógrafo tuyo.

Se le ocurrían palabras duras; paseaba por el cuarto exasperado... ¡Qué pretensión, querer ir con él a París, entorpecerle para siempre su vida! ¡Y qué gasto tan loco: dar una porción de libras a una ladrona! Después aquel incidente: la carta amorosa robada entre los papeles sucios, la criada, la llave falsa del cajón de los vestidos, le parecía soberanamente burgués, un poco grosero. Y deteniéndose, para terminar:

— En fin, ofrécele mil quinientas pesetas, si quieres. Pero ¡por amor de Dios, no hagas otra; no estoy para pagar tus distracciones a mil quinientas pesetas cada una!

Luisa se puso lívida como si él le hubiese escupido en el rostro.

— ¡Si es una cuestión de dinero, yo lo pagaré, Basilio!

No sabía cómo. ¿Qué le importaba? Pediría, trabajaría, empeñaría... Todo menos aceptarlo de él.

Basilio encogió los hombros:

— Estás dándote importancia. ¿Dónde lo tienes?

— ¿Qué te importa?—exclamó.

Basilio rascó la cabeza, desesperado. Y, cogiéndole las manos, con una impaciencia reprimida:

— Estamos diciendo locuras, hija; estamos irritándonos... Tú no tienes dinero.

Ella le interrumpió; le agarró violentamente por el brazo.

— Pues sí; pero háblale tú a esa mujer, háblale tú; arréglalo todo. Yo no quiero volverla a ver. Si la veo, muero; créelo. ¡Háblale tú!

Basilio retrocedió vivamente, y, golpeando con el pie, dijo:

— ¡Estás loca, mujer! Si yo le hablo, me pide todo, ¡me pide la piel! Eso es cosa tuya. Yo te doy el dinero; tú arréglate.

— ¿Ni eso me haces?

Basilio no se contuvo:

— ¡No; con los diablos, no!

— ¡Adiós!

— Tú estás fuera de ti, Luisa.

— No. La culpa es mía—decía, bajando el velo con las manos temblorosas—; yo soy quien debo arreglarlo todo.

Y abrió la puerta. Basilio corrió hacia ella, sujetándola por un brazo.

— ¡Luisa, Luisa! ¿Qué quieres hacer? ¡No podemos romper así! Escucha...

— Huyamos entonces; sálvame de todo — gritó ella, abrazándole ansiosamente.

— ¡Caramba! ¡Si te estoy diciendo que no es posible!

Ella cerró la puerta; bajó las escaleras corriendo. El coche la esperaba.

— ¡Al Rocío!—dijo.

Y, echándose en un rincón del coche, rompió a llorar convulsivamente.

Basilio salió del *Paraíso* muy agitado. Las pretensiones de Luisa, sus terrores burgueses, la trivialidad desagradable del caso le irritaban tanto, que tenía casi el propósito de no volver al *Paraíso*, callarse y dejar correr el tiempo. Pero le daba pena ella. ¡Pobrecilla! ¡Además, sin amarla, la deseaba: era tan bien hecha, tan amorosa; las revelaciones del vicio le producían un delirio tan adorable! ¡Era un lío tan encantador mientras estaba en Lisboa!... ¡Maldita complicación! Al entrar en el hotel, le dijo a su criado:

— Cuando venga el señor vizconde Reinaldo, que vaya a mi cuarto.

Estaba alojado en el segundo piso, con ventanas sobre el río. Bebió una copa de coñac y se tendió en el sofá. A su lado, en la jardinera, tenía su cartapacio con un ancho monograma largo de plata bajo la corona condal, cajas de cigarros, sus libros: *Mademoiselle Giraurd, ma femme*; *La vierge de Mabille*, *Ces fripons!*, *Memoires secretes d'une femme de chambre*, *Le chien d'arret*, *Manuel du chasseur*, números del *Fígaro*, la fotografía de Luisa y la fotografía de un caballo.

Y soplando el humo del cigarro, empezó a pensar con horror en la «situación».

No le faltaba nada más que partir para París con aquel entorpecimiento. Tener uno su vida tan bien arreglada desde hacía siete años, y de repente trastornarse todo porque a la niña le habían cogido una carta de amor y tenía miedo de su esposo... ¡Qué torpeza! En fin, toda aquella aventura desde el comienzo había sido un error. Fuera una idea de burgués enardecido ir a seducir a la prima de la Patriarcal. Había venido a Lisboa para sus negocios; lo esencial era hacerlos, soportar el calor y el *bœuf à la mode* del Hotel Central, tomar el vapor y mandar la patria al infierno. Pero no, ¡qué idiota!

Sus negocios se habían terminado, y él había quedado a tostarse allí en Lisboa, a gastar una fortuna en coches de alquiler para pasear por Santa Bárbara, y ¿para qué? ¡Para llegar a esto! Hubiera sido mejor haber traído a Alfonsina.

La verdad es que mientras estuviese en Lisboa la aventura era agradable, muy excitante, porque era muy completa. Había adulterio, incesto... Pero aquel episodio de ahora lo estropeaba todo. No; realmente, lo más razonable era huír.

Su fortuna había sido hecha con negocios de caucho en el alto Paraguay; la grandeza de la especulación había hecho que se formara una compañía con capitales brasileños; pero Basilio y algunos ingenieros franceses querían comprar las acciones brasileñas, «que eran un obstáculo»; formar en París otra compañía y dar al negocio mayor movimiento. Basilio había partido para Lisboa a entenderse con algunos brasileños, y había comprado las acciones hábilmente. La prolongación de aquel incidente amoroso tornábase una perturbación en su vida práctica... Y ahora que la aventura tomaba un aspecto tedioso, convenía marchar.

Se abrió la puerta, y el vizconde Reinaldo entró encendido, con gafas azules, furioso.

Venía de Bemfica. Muerto, completamente rendido con aquel calor de un país de negros. Había tenido la estúpida idea de ir a visitar a una tía que le había hecho miembro de una asociación para no sé qué diablo de casa-cuna, y le había predicado moral; había sido una idea de colegial ir a visitar a su tía. Porque realmente, si había alguna cosa que le causase repugnancia, eran las ternuras de familia.

– Y tú, ¿qué quieres? Yo voy a meterme en un baño hasta la hora de comer.

— ¿Sabes lo que me sucede?—dijo Basilio, levantándose.

— ¿Qué?

— Figúrate. El caso más estúpido.

— ¿Te sorprendió el marido?

— No; la criada.

— *¡Shocking!*—exclamó Reinaldo con repugnancia.

Basilio le contó detenidamente el «caso». Y cruzando los brazos delante de él:

— Y ahora, ¿qué hago?

— Ahora, ¡escapar!

Y se levantó.

— ¿Adónde vas?

— Al baño.

Que esperase, ¡qué diablo!, necesitaba hablar con él...

— ¡No puedo!—exclamó Reinaldo con un egoísmo desmedido—. Ven tú abajo; puedo conversar perfectamente en el agua.

Salió llamando a William, su criado inglés.

Cuando Basilio bajó a los cuartos de baño, Reinaldo, estirado con voluptuosidad en la pila, de donde salía un fuerte olor de agua de Lubin, exclamó deleitándose en su bienestar:

— ¿Conque tenemos cartita recogida entre los papeles sucios?

— No, Reinaldo; verdaderamente estoy preocupado; ¿qué debo hacer?

— Las maletas, hombre.

Y sentado en la pila, enjabonando lentamente su cuerpo flaco:

— Ahí están los inconvenientes de hacerle el amor a las primas de la Patriarcal Quemada.

— ¡Oh!—dijo Basilio impaciente.

— ¿«Oh», qué?—Y cubierto de copos de espuma, con las manos apoyadas en el reborde de mármol de la pila:

— Pues si tú encuentras eso decente, una mujer que toma la cocinera por confidente, que está en sus manos, que pierde una carta entre los papeles sucios, que llora, que pide mil pesetas, que se quiere escapar... ¿Eso es una amante? ¡Eso no es nada! ¡Una mujer que, como tú mismo dijiste, usa medias de telar!

— Amigo mío, es una mujer deliciosa.

El otro encogió los hombros, incrédulo.

Basilio le dió pruebas de ello; describió bellezas del cuerpo de Luisa; citó episodios lascivos.

El techo y los tabiques barnizados de blanco reflejaban la luz con suaves tonos de leche; la exhalación del agua tibia aumentaba el calor, y un olor fresco de jabón y de agua de Lubin perfumaba el aire.

— Bueno, tú estás loco—resumió Reinaldo con tedio, estirándose.

Basilio hizo un movimiento de hombros, rechazando aquella suposición grotesca.

—Pero di: entonces, ¿quieres quedarte agarrado a sus sayas o quieres desembarazarte de ella? ¡Pero la verdad, eh, quiero la verdad!

— Yo...—dijo Basilio en voz baja acercándose a la pila—. Si me pudiese desembarazar decentemente...

— ¡Oh, infeliz!; tienes una ocasión magnífica. Dices tú que ella salió como una fiera. Pues bien: escríbele una carta, en la que le digas «que viendo que ella desea romper, no la quieres importunar y te marchas». Tus negocios ya están terminados, ¿no es verdad? No lo niegues; Lapierre me dijo que sí. Entonces sé decente: manda hacer las maletas y líbrate de la sarna.

Y cogiendo la esponja, dejaba caer grandes chorros de agua por la cabeza, por los hombros, soplando, encantado de la frescura aromática.

— Pero también — dijo Basilio — dejarla ahora en aquel aprieto con la criada... Al fin es mi prima...

Reinaldo agitó los brazos con hilaridad.

— ¡Ese espíritu de familia te honra! ¡Vete allá, idiota; le dices que te ves obligado a partir, que tus negocios, etc., y le metes unos billetes en la mano!

— Es brutal...

— Es caro.

Basilio dijo entonces.

— Mira que también, es una de todos los diablos, la pobre mujer en las manos de la criada...

Reinaldo se estiró y dijo con júbilo:

— Estarán a estas horas arañándose.

Se recostó lleno de beatitud; quiso saber la hora; declaró que estaba confortado, y que se sentía feliz. ¡Con tal de que John no se hubiese olvidado de helar el champaña!

Basilio, callado, se retorcía el bigote. Veía la sala de Luisa de *reps* verde, la figura horrible de Juliana con su enorme cabeza... Estarían a aquellas horas, en efecto, riñendo, injuriándose. ¡Qué grosero era todo aquello! Decididamente, debía partir.

— Pero ¿qué pretexto le voy a dar para salir de Lisboa?

— ¡Un telegrama! No hay nada como un telegrama. Telegrafía allá, a tu encargado de París, Labachardie o Labachardette, o como se llame, que te mande en seguida este telegrama: «Salga inmediatamente, negocios mal», etc. Es lo mejor.

— Voy a hacerlo en seguida—dijo Basilio, levantándose muy decidido.

— ¿Partimos mañana?—gritó Reinaldo.

— Mañana.

— ¿Por Madrid?

— Por Madrid.

— *¡Salero!*

Se puso en pie en la pila, entusiasmado, y con apresurada decisión saltó del baño, y se envolvió en su ropón turco. Su criado William entró, se arrodilló ligeramente, le cogió un pie entre las manos, se lo secó con grandes cuidados, y empezó a calzarle respetuosamente el calcetín de seda con herraduritas bordadas.

A la mañana siguiente, un poco antes de mediodía, Juana vino a llamar discretamente a la puerta del cuarto de Luisa, y en voz baja—desde el desmayo le hablaba siempre en voz baja como a una convaleciente:

— Está ahí el primo de la señora.

Luisa quedó sorprendida Estaba todavía con el salto de cama, y tenía los ojos enrojecidos de llorar; se echó unos pocos polvos de arroz, se alisó el pelo, y entró en la sala.

Basilio, vestido de claro, se había sentado melancólicamente en la banqueta del piano. Tenía un aire grave, y, sin transición, comenzó a decir que, a pesar de haberse enfadado ella la víspera, él consideraba todo «igual que antes». Había venido porque en aquel momento no se podían separar sin algunas explicaciones, sobre todo sin resolver definitivamente el caso de la carta... Y con un gesto triste, como conteniendo las lágrimas, añadió:

— ¡Porque yo, querida mía, me veo obligado a salir de Lisboa!

Luisa, sin mirar para él, se sonrió de un modo muy desdeñoso. Basilio añadió después:

— Por poco tiempo, naturalmente: tres semanas, un mes a lo sumo... Pero en fin, tengo que partir... Si fueran solamente mis intereses...—Encogió los hombros con desdén.—Pero son intereses de otros... Aquí tienes lo que recibí esta mañana.

Le alargó el telegrama. Ella lo tuvo un momento sin abrirlo; su mano hacia temblar el papel.

— Lee; te pido que lo leas.

— ¿Para qué?—díjo ella.

Pero leyó en voz baja: «Venga, graves complicaciones. Presencia absolutamente necesaria. Parta en seguida».

Dobló el papel y se lo entregó.

— Y partes, ¿eh?

— Es forzoso.

— ¿Cuándo?

— Esta noche.

Luisa irguióse bruscamente, y extendiéndole la mano:

— Bueno, adiós.

Basilio murmuró:

— ¡Eres cruel, Luisa!... ¡Pero no importa! En todo caso, hay un asunto que es necesario resolver. ¿Hablaste con la mujer ésa?

— Ya está todo arreglado—respondió ella frunciendo el entrecejo.

Basilio le cogió la mano, y le dijo, casi con solemnidad:

— Hija mía, yo sé que eres muy orgullosa, pero te pido que digas la verdad. Yo no te quiero dejar en un aprieto. ¿Le hablaste?

Ella retiró la mano con una impaciencia creciente.

— Se arregló todo, ya se arregló todo...

Basilio parecía muy preocupado, estaba hasta un poco pálido; después, sacando una cartera del bolsillo, habló:

— En todo caso, es posible, es natural—nosotros no sabemos con quién tratamos—, es natural que tenga otras exigencias...— Abrió la cartera y cogió un sobre pequeñito y lleno.

Luisa seguía los movimientos de Basilio, poniéndose roja.

— Por eso, para que te puedas entender mejor con ella, me parece lo mejor dejarte algún dinero.

— ¿Tú estás loco?—exclamó ella.

— Pero...

— ¿Es que quieres darme dinero?—Y su voz temblaba.

— Peró, mujer...

— ¡Adiós!—E iba a salir de la sala, indignada.

— ¡Luisa, por el amor de Dios! Tú no me has comprendido...

Ella se detuvo; dijo precipitadamente, como impaciente por terminar:

— Te comprendí, Basilio; muchas gracias. Pero no, no es necesario. Lo que sucede es que estoy nerviosa... No prolonguemos más esto... Adiós...

— Ya sabes que volveré, dentro de tres semanas...

— Bien, entonces nos veremos.

La atrajo hacia él, le dió un beso en la boca, y encontró sus labios pasivos, inertes.

Aquella frialdad excitó su vanidad. Y apretándola contra el pecho, le dijo en voz baja, poniendo mucha pasión en la voz:

— ¿No me quieres dar ni un solo beso?

Por los ojos de Luisa pasó un ligero resplandor; le besó rápidamente y, retrocediendo, dijo:

— Adiós.

Basilio se detuvo un momento mirándola, suspiró levemente:

— ¡Adiós!—Y ya en la puerta, dijo con melancolía, volviéndose—: Al menos, escríbeme. Ya sabes mis señas: Rue Saint Florentin, 22.

Luisa se acercó a la ventana. Le vió encender el cigarro en la calle, hablarle al cochero, subir al coche y cerrar la portezuela, sin dirigir una sola mirada a las ventanas.

El coche partió. Era el número 10... Nunca jamás volvería a verle. Habían sentido el mismo amor, habían cometido la misma culpa. Él partía alegre, llevando los recuerdos románticos de la aventura; ella quedaba entre las amarguras constantes de su yerro. ¡Así era el mundo!

La asaltó un sentimiento punzante de soledad y de abandono. Estaba sola y la vida se le aparecía como una extensa llanura desconocida, cubierta de densa niebla y erizada de peligros.

Entró en el cuarto lentamente y se fué a dejar caer en el sofá; vió a sus pies el saco de piel que había preparado la víspera para huír; lo abrió y empezó a sacar lentamente los pañuelos, una camisita bordada...; encontró la fotografía de Jorge, permaneció con ella en la mano, contemplando su mirada leal, su bondadosa sonrisa. No, no estaba sola en el mundo. ¡Lo tenía a él! La amaba. ¡Aquél nunca la traicionaría, nunca la abandonaría! Y llenando de besos el retrato, humedeciéndolo con sus labios convulsivos, se tiró de bruces, bañada en lágrimas, diciendo: «¡Perdóname Jorge, mi Jorge, mi querido Jorge, Jorge de mi alma!»

Después de comer, Juana le vino a decir tímidamente:

— ¿No le parece a la señora que estaría bien ir a saber qué es de la señora Juliana?

— Y ¿dónde va usted a ir a preguntar?—indagó Luisa.

— A veces ella va a casa de una amiga suya, una mala lengua, que vive hacia el lado del Carmen. Tal vez se haya pues-

to enferma, pero también... no mandar recado desde ayer por la mañana... ¡Qué cosas! Podía ir a preguntar...

— Pues bien, vaya, vaya.

Aquella brusca desaparición inquietaba también a Luisa. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? Le parecía que algo tramaba en secreto, lejos de ella, y que ese algo vendría de pronto a estallar terriblemente sobre su cabeza...

Anocheció. Encendió las velas. Sentía algo de miedo estando así, sola en casa; y al pasear por el cuarto, pensaba que en aquella hora, Basilio, en Santa Polonia, compraba alegremente su billete, se instalaba en el vagón, encendía el cigarro, y a los pocos minutos la máquina, jadeando, lo llevaba para siempre. Porque ella no creía en la ausencia de tres semanas, de un mes. Se marchaba para siempre, ¡huía!; y a pesar de aborrecerle, sentía que alguna cosa se partía en su interior con aquella separación, y sangraba dolorosamente.

Eran casi las nueve cuando la campanilla sonó con prisa. Creyó que sería Juana, ya de vuelta, y fué a abrir con un candelabro; retrocedió al ver a Juliana, amarilla, muy alterada.

— ¿La señora hace el favor de oírme un momento?

Entró en el cuarto detrás de Luisa, y en seguida dijo, gritando furiosamente:

— ¿La señora se figura que esto ha de quedar así? ¿La señora se imagina que por haberse escapado su amante, va a quedar esto así?

— ¿Qué pasa, mujer? — dijo Luisa, petrificada.

— ¿Si la señora piensa que, porque se ha escapado su amante, esto se va a quedar en nada? — gritó.

— ¡Oh mujer, por amor de Dios!...

Y su voz tenía tanta angustia, que Juliana se calló.

Pero después de un momento prosiguió más bajo:

— La señora bien sabe que si yo guardé las cartas, para algo era. Quería pedirle al primo de la señora que me ayudase. Estoy cansada de trabajar, y quiero mi descanso. No me proponía armar escándalo; lo que deseaba era que él me ayudase... Mandé un propio al hotel esta tarde; ¡el primo de la se-

ñora se había marchado! Había ido hacia los Olivares, ¡al infierno! Y el criado salía de noche con los equipajes. Pero ¿la señora piensa que me engañan? — Y, dominada por su cólera, golpeando con el puño furiosamente en la mesa: —¡Malos rayos me partan, si no va a haber una desgracia en esta casa que va a ser comentada en todo Portugal!

— ¿Cuánto quiere usted por las cartas, ladrona? — dijo Luisa, alzándose ante ella.

Juliana quedó un momento indecisa.

— O me da la señora tres mil pesetas, o yo no suelto los papeles — respondió envalentonándose.

— ¡Tres mil pesetas! ¿Dónde quiere usted que encuentre yo tres mil pesetas?

— ¡En el infierno! — gritó Juliana —. ¡O me da tres mil pesetas, o su marido lee las cartas, tan cierto como yo estoy aquí!

Luisa dejóse caer en una silla, aniquilada.

— Dios mío, ¿qué hice yo para merecer esto; qué hice para esto?

Juliana se paró delante de ella, y, muy insolente:

— La señora dice bien: soy una ladrona, es verdad; recogí la carta del polvo, saqué las otras del cajón. ¡Es verdad!; y fué para esto, para que me las pagaran.—Y, envolviendo y desenvolviendo el chal, con una excitación frenética: —¡Algún día había de llegar mi hora! ¡He sufrido mucho, estoy harta! ¡Vaya a buscar el dinero adonde quiera! Ni cinco céntimos menos; he pasado años y años disgustándome, para ganar unas monedas al mes; me canso de trabajar, desde la madrugada hasta la noche, mientras la señora está sin hacer nada. Me levanto a las seis de la mañana, y en seguida a encerar, barrer, arreglar, lavar, y la señora mientras está muy regalada entre sus sábanas, sin cuidados ni preocupaciones. Hace un mes que me levanto con el día para meter la ropa en almidón, planchar y engomar. La señora, sucia, más que sucia, quiere ir a ver a quien le parece, y presentársele con elegancias de ropa interior; y aquí está la negra, con la punzada en el corazón, ma-

tándose con los hierros en la mano. Para la señora son los paseos, los coches, buenas sedas, todo lo que le apetece. ¿Y la negra mientras? ¡La negra, reventándose!

Luisa, rota, sin fuerzas para responder, se encogía bajo aquella cólera, como un pájaro bajo el aguacero. Juliana se iba exaltando cada vez más con la misma violencia de su voz. Y el recuerdo de las fatigas, de las humillaciones, venían a encenderle la rabia, como las teas una hoguera.

— ¿Qué le parece? — exclamaba —. ¡Yo como los restos, y la señora los buenos bocados! Después de trabajar todo el día, si quiero una gota de vino, ¿quién me la da? ¡Tengo que comprarlo! ¿La señora ha ido a mi cuarto? ¡Es un asco! Las chinches son tantas, que tengo que dormir casi vestida. Y si la señora siente una picadura, tiene la negra que desarmar la cama, y coger chinche por chinche. ¡Una criada! La criada es un animal. ¡Trabaja si puedes; si no a la calle, al hospital! Pero me llegó mi vez — y dábase palmadas en el pecho, fulgurante de venganza. — ¡Quien manda ahora, soy yo!

Luisa sollozaba bajo.

— ¡La señora llora! ¡También yo tengo llorado muchas lágrimas! ¡Ay, yo no la quiero mal, señora; le aseguro que no! ¡Diviértase, goce, goce! Pero lo que yo quiero, es mi dinero. ¡Lo que quiero, es mi dinero; aquí, en mi mano, o los papeles serán entregados! ¡Aun me aplaste este techo, si no voy a enseñarle la carta a su marido, a sus amigos y a toda la vecindad, y ha de andar arrastrada por todas las amarguras!

Callóse exhausta; y, con la voz entrecortada por el cansancio, dijo:

— Pero deme la señora mi dinero, mi rico dinero, y aquí tiene los papeles; y lo pasado, pasado; y hasta, si quiere, le llevo otras. ¡Pero mi dinero venga acá! Y también le digo que me mate un rayo en este instante, si después de recibir mi dinero se vuelve a abrir esta boca.—Y se dió una palmada en la boca.

Luisa alzóse lentamente, muy pálida.

— Pues bien — dijo, casi en un murmullo —: yo encontraré el dinero. Espere unos días.

Se hizo un silencio, que después del ruido parecía más profundo, y todo quedó en el cuarto como si se tornara más solemne. Apenas se oía el tic-tac del reloj; dos velas sobre el tocador, consumiéndose, daban una llama roja y derecha.

Juliana cogió la sombrilla, se envolvió en el chal, y, después de mirar a Luisa un momento:

— Está bien, señora — dijo muy secamente.

Volvió la espalda, y salió.

Luisa la sintió batir la puerta con fuerza.

— ¡Qué expiación, Dios santo! — exclamó, cayendo en una silla, de nuevo bañada en lágrimas.

Eran casi las diez cuando volvió Juana.

— No pude saber nada, señora; ni la mujer, ni nadie, sabe de ella.

— Bueno; traiga la lamparilla.

Y Juana, al desnudarse en su cuarto, rosnaba consigo misma:

— La mujer tiene lío; seguramente está metida por ahí con algún sinvergüenza.

¡Qué noche para Luisa! Se despertaba a cada momento, sobresaltada; abría los ojos en la penumbra del cuarto, y sentía en el alma, como una puñalada, aquel punzante cuidado: ¿Qué había de hacer? ¿Cómo iba a buscar el dinero? ¡Tres mil pesetas! Sus joyas valían tal vez mil quinientas pesetas. Pero ¿qué diría Jorge? Tenía la vajilla... Pero ocurriría lo mismo...

La noche estaba cálida, y, en su inquietud, la ropa se había escurrido, y apenas le quedaba la sábana sobre el cuerpo. A veces la fatiga la adormecía, con un sueño superficial poblado de pesadillas vivísimas. Veía montones de libras relucir vagamente, mazos de billetes agitarse blandamente en el aire. Alzábase, saltaba para cogerlas; pero las libras empezaban a rodar, a rodar como ruedas diminutas sobre un suelo liso, y los billetes desaparecían, volando muy ligeros, con un batir irónico de alas. A veces era alguien que entraba en la sala, se inclinaba

respetuosamente, y empezaba a sacar del sombrero y a dejarle caer en el regazo libras, monedas de cinco duros, pesetas, profusamente; no conocía al hombre; tenía una peluca roja y una barba impúdica. ¿Sería el diablo? ¿Qué le importaba? ¡Era rica y estaba salvada! Empezaba a gritar por Juliana, a correr detrás de ella, por un corredor que no terminaba nunca, y que comenzaba a estrecharse, a estrecharse, hasta que era como una grieta, por donde ella se arrastraba de perfil, respirando mal, y apretando siempre contra sí el montón de libras que le hacía sentir la frialdad del metal en la piel del pecho desnudo. Despertaba asustada, y el contraste de su miseria real con aquellas riquezas del sueño, producía un acrecentamiento en su amargura. ¿Quién podría ayudarla? ¡Sebastián! Sebastián era rico, era bueno. Pero mandarle a llamar, y decirle ella, Luisa, la mujer de Jorge: «Présteme tres mil pesetas.»—«¿Para qué, señora?» ¿Podía ella responderle: «Para rescatar unas cartas que escribí a mi amante?» ¿Era eso posible? No; estaba perdida. No le quedaba otra solución que meterse en un convento.

A cada momento volvía el almohadón, que le quemaba el rostro; se quitó el gorro de dormir; sus largos cabellos se soltaron, los sujetó de cualquier modo con una horquilla, y, boca arriba, con la cabeza sobre los brazos desnudos, pensaba amargamente en la aventura de todo aquel verano: la llegada de Basilio, el paseo al Campo Grande, la primera visita al *Paraíso*...

¿En dónde estaría aquel infame? Durmiendo tranquilamente entre las colchonetas del vagón.

¡Y ella, mientras, allí, en aquella agonía!

Abatió la sábana que la ahogaba. Y descubierta, distinguiéndose difícilmente entre la blancura de la ropa, su durmió de madrugada.

Despertó tarde, rendida. Pero luego, en el comedor, la belleza de la espléndida mañana la reanimó. El sol entraba abundante y lleno de esplendor por la ventana abierta; los canarios cantaban alegremente; de la fragua de al lado salía un marti-

lleo jovial, y el cielo azul fuerte levantaba las almas. Aquella alegría de las cosas le produjo un valor inesperado. No debía abandonarse a una quieta desesperación... ¡Qué diablo! ¡Debía luchar!

Tuvo esperanzas. Sebastián era bueno; Leopoldina tenía recursos; había otras otras posibilidades: el azar mismo; todo esto podía, en definitiva, procurarle tres mil pesetas y salvarla. Juliana desaparecería; volvería Jorge. Y, alborozada, veía en lo futuro relucir deliciosas perspectivas de felicidad.

Al mediodía llegó el criadito de Sebastián; el señor había llegado de Almada y quería saber cómo estaba la señora.

Corrió ella misma a la puerta; le pedía al señor Sebastián que viniera en cuanto pudiese.

¡Se había terminado! Sentíase resuelta; iba a hablarle a Sebastián... Al fin no le quedaba otro remedio: o contarle ella todo a Sebastián, o que la otra le contase todo a su marido. ¡Imposible vacilar! Además, podía atenuarlo, decir que había sido solamente una correspondencia platónica... La partida de Basilio hacía que aquel error se convirtiese en un hecho pasado, casi antiguo... ¡Y Sebastián era tan amigo de ella!

Llegó; era la una. Luisa, que estaba en su cuarto, le sintió entrar, y el sonido de sus pasos en la alfombra de la sala le produjo gran timidez, casi terror. Le parecía ahora muy difícil, terrible de decir... Había preparado frases, explicaciones, una historia de galanteos, de cartas cruzadas; y estaba con la mano en el pomo de la puerta, toda temblorosa. ¡Le tenía miedo! Le sentía pasear por la sala y, temiendo que la impaciencia de la espera le malhumorase, entró.

Se le figuró más alto, más digno; nunca le había parecido su mirada tan recta ni su barba tan seria.

— ¿Qué es? ¿Necesita algo? — le preguntó él, después de las primeras palabras sobre Almada y sobre el tiempo.

Luisa, presa de una cobardía indomable, respondió:

— Es para hablarle de Jorge.

— Seguramente no le ha escrito.

— No.

— También estuvo mucho tiempo sin escribirme a mí —. Y añadió, riéndose: —Pero hoy he recibido dos cartas por junto.

Rebuscó entre los papeles del bolsillo. Luisa se había ido a sentar en el sofá, y miraba con el corazón sobresaltado; sus uñas inquietas rascaban inconscientemente la tela.

— Es verdad. Recibí dos; habla de volver; dice que está muy aburrido... — Y alargándole una carta a Luisa: —Puede leerla.

Luisa la desdobló, y había comenzado a leer; pero Sebastián, extendiendo la mano, dijo precipitadamente:

— ¡Perdón, no es ésa!

— No, déjeme ver...

— No dice nada de particular, trata de negocios...

— ¡No, quiero ver!

Sebastián, sentado al borde de la silla, rascaba la barba mirándola muy contrariado. Y Luisa, de repente, frunciendo las cejas:

— ¿Qué es esto?—La lectura le extendía por el rostro una sorpresa irritada—. ¡Realmente!...

— ¡Son tonterías, son tonterías!—murmuraba Sebastián muy rojo.

Luisa empezó a leer en alta voz, lentamente:

«Sabrás, amigo Sebastián, que he hecho una conquista. No es verdaderamente una princesa, porque es ni más ni menos que la mujer del estanquero. Pero parece estar abrasada en el más impuro fuego por este su servidor. Dios me perdone, pero creo que hasta me cobra un vinten por los cigarros de pataco, haciéndole así al esposo, al digno Carlos, la doble jugada de arruinarle la felicidad y la tienda.»

— ¡Qué gracia!—murmuró Luisa furiosa—. «Temo mucho que se repita conmigo el caso bíblico de la mujer de Putifar. Cree que hay un cierto mérito en resistirla, porque la mujer, estanquera y todo, es lindísima. Y tengo miedo que le ocurra algún percance a mi pobre virtud...»

Luisa se interrumpió, y miró a Sebastián con una mirada terrible.

— ¡Son bromas!—balbució él.

Ella siguió leyendo: «¡Mira que si Luisa se enterase de esta aventura! Además, mi éxito no para aquí; la mujer del delegado me lanza unas miradas endiabladas. Es de Lisboa, de una familia Gamacho que por lo visto vive por Belem; ¿la conoces? Se da aires de morirse de tedio en la tristeza provinciana de la localidad. Dió una *soirée* en mi honor, y creo que también se descotó en mi honor. Tiene muy bonito cuello —Luisa púsose escarlata—, y una caída del diablo...»

— ¡Está loco!—exclamó ella—. «Y aquí tienes a tu amigo hecho un don Juan del Alemtejo, y dejando un rastro de llamas sentimentales por toda esta provincia. Pimeltel envía recuerdos...»

Todavía Luisa leyó bajo algunas líneas y, alzándose bruscamente, devolviendo la carta a Sebastián:

— ¡Muy bien; se divierte, se divierte!—dijo con una voz silbante.

— ¿Son cosas que puedan tomarse en serio? No debe tomarlo en serio...

— ¡Yo! —exclamó ella—. ¡Hasta lo encuentro muy natural!

Sentóse, y comenzó con volubilidad a hablar de otras cosas: de doña Felicidad, de Julián...

— Trabaja mucho ahora para el concurso—dijo Sebastián—. A quien no he visto es al Consejero.

— Pero ¿quién es esa familia de Gamacho, de Belem?

Sebastián encogió los hombros, y con un aire casi reprensivo:

— Realmente, ¿pudo tomar en serio?...

Luisa le interrumpió:

— ¡Ah!, se me olvidaba. ¿Sabe que mi primo Basilio partió?

Sebastián tuvo un gesto de alegría.

— ¿Sí?

— Marchó para París; no creo que vuelva. —Y después de una pausa, pareciendo haber olvidado a Jorge y la carta—: Sólo en París se encuentra bien... Estaba deseando partir

—añadió pasando la mano levemente por los pliegues del vestido—: necesitaba casarse aquel muchacho.

—Para sentar la cabeza—dijo Sebastián.

Luisa, sin embargo, no creía que un hombre que amaba tanto los viajes, los caballos y las aventuras pudiese hacer un buen marido.

Sebastián opinaba que a veces sosegaban y eran buenos padres de familia...

—Tienen más experiencia—dijo.

—Pero un fondo liviano—observó ella.

Después de estas palabras vagas, calláronse con embarazo.

—Yo, para decir verdad—dijo entonces Luisa—, agradecí que mi primo partiese... Como había habido esas murmuraciones entre la vecindad... Ultimamente casi no lo veía. Cuando vino aquí ayer a despedirse quedé sorprendida...

Estaba haciendo imposible la historia de un galanteo platónico, el hablar de las cartas cruzadas; pero un sentimiento más fuerte que ella la llevaba a atenuar, a distanciar sus relaciones con Basilio. Y aun añadió:

—Yo soy amiga de él, pero somos muy diferentes... Basilio es egoísta, poco afectuoso... Por otra parte, nuestra intimidad nunca fué grande...

Se calló bruscamente, sintió que se «hundía».

Sebastián recordaba haberle oído decir «que habían sido criados juntos de pequeños»; pero aquella manera de hablar del primo le parecía la prueba mayor de que «no había habido nada». Hasta se despreciaba por haber tenido unas dudas tan injustas...

—¿Y cuándo vuelve?—preguntó.

—No me dijo, pero no creo que vuelva. ¡En encontrándose en París!...

Y con la idea de la carta, de repente, dijo:

—Entonces, Sebastián ¿es usted el confidente de Jorge?

Él rió.

—¡Oh señora!, pues crea...

—Y a mí, cuando me escribe, me dice que se aburre, que

está solo, que no soporta Alemtejo...—Pero viendo a Sebastián mirar el reloj—: ¿Ya? Es pronto.

Él dijo que tenía que estar en la Baixa antes de las tres.

Luisa quiso retenerle. No sabía para qué, porque a cada momento sentía disminuir su resolución, desaparecer como el agua de un río absorbida por su lecho. Empezó a hablarle de las obras de Almada.

Sebastián las había comenzado pensando que con mil o mil quinientas pesetas se harían las restauraciones necesarias; pero, después, unas cosas habían traido a las otras, y, decía, «se está volviendo una sangría ese arreglo».

Luisa rió forzadamente.

— ¡Cuando se es propietario y rico!...

— ¡Eso sí! Parece que no es nada, pero la pintura de la puerta, una ventana nueva, una sala empapelada, un suelo, y esto y aquello..., y allá se van cuatro mil pesetas. ¡En fin!...

Se levantó, y, despidiéndose:

— Yo espero que ese tunante no se demore mucho...

— Si la estanquera le da permiso.

Quedó paseando por la sala, nerviosa con aquella idea. ¡Dejarse conquistar por la estanquera, por la mujer del delegado y por las otras!... La verdad es que tenía confianza en el; ¡pero los hombres!... De repente representósele la estanquera cogiéndole en sus brazos, detrás del mostrador; y Jorge besando en alguna entrevista nocturna el lindo cuello de la mujer del delegado... Y tumultuosamente se le aparecieron todas las razones que probaban irrecusablemente la traición de Jorge: estaba hacía dos meses fuera, se sentía cansado de su viudez, encontraba una mujer bonita, y tomaba aquello como un placer pasajero, sin importancia... ¡Qué infame! Resolvió escribirle una carta digna y ofendida, «que viniese inmediatamente, o que partia ella». Entró en el cuarto muy excitada. La fotografía de Jorge, que ella había sacado la víspera del saco de piel, quedara en el tocador. La miró; no se admiraba de que las conquistase: era guapo, era amable... La asaltó una oleada de celos que le obscureció la vista; si la engañase, si

tuviese la certeza de «la más pequeña cosa», se separaba, se encerraba en un convento, seguramente moría, ¡lo mataba!...

— Señora—dijo Juan—, un recadero con esta carta. Espera contestación.

¡Qué espanto! ¡Era de Juliana!

Escrita en papel pautado, en una letra horrible, llena de faltas de ortografía, decía:

«Señora mía:

He sido imprudente, lo que la señora debe atribuir tanto a mi desgracia como a la falta de salud, que es lo que a veces hace que se tengan genios prontos. Pero si la señora quiere que vuelva y haga el servicio como antes, a lo cual creo que no se opondrá la señora, tendré mucho gusto en serle agradable, en la seguridad de que nunca más se hablará de nada, hasta que la señora quiera, y cumpla lo prometido. Yo cumpliré con mi servicio, y deseo que la señora encuentre bien esto, ya que es para bien de todos. Ha sido un arranque de genio, y, naturalmente, todos tenemos nuestros prontos; con esto no canso más y soy

Sierva muy obediente, la criada
Juliana Couceiro Tavira.»

Quedó con la carta en la mano, sin resolución. Su primera intencion fué decir ¡no! ¡Volver a recibirla, verla con su cara horrible, con su enorme cabeza! ¡Saber que ella tenía en el bolsillo su carta, su deshonra, y llamarla, pedirle agua, la lamparilla, ser servida por ella! ¡No! Pero la contuvo un terror: si rehusaba, irritaba a la mujer. ¡Dios sabe lo que haría! Estaba en sus manos, y debía transigir con todo. Era su castigo... Vaciló todavía un momento.

— Que sí, que venga; ésa es la respuesta.

Juliana vino, en efecto, a las ocho. Subió paso a paso al sotabanco, se puso el traje de casa y las chinelas, y bajó al cuarto de plancha, donde Juana, sentada en una alfombra, cosía a la luz del petróleo.

Juana, muy curiosa, la asedió a preguntas: ¿Dónde había estado? ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué no había mandado noticias? Juliana refirió que había ido de visita a casa de una amiga, en la calle del Marqués de Abrantes; que de repente le había dado flato y después el dolor... No quiso mandarlo a decir, porque había imaginado que volvería en seguida. ¡Pero sí!... Había estado día y medio en la cama... Quiso saber lo que había hecho la señora, si saliera, quién había estado...

— La señora ha estado un poco incomodada—dijo Juana.

— Es del tiempo—observó Juliana; había traído su costura y las dos, calladas, continuaron la velada.

A las diez, Luisa oyó golpear calladamente la puerta del cuarto. Seguramente era ella.

— Entre...

La voz de Juliana dijo de un modo natural:

— Está el te en la mesa.

Luisa no se decidía a ir a la sala, con miedo, con el terror de verla. Dió vueltas por el cuarto, retardando el momento; por fin fué, temblando. Juliana venía por el corredor; se arrimó a la pared, y con respeto dijo:

— ¿Quiere que vaya por la lamparilla, señora?

Luisa dijo que sí con la cabeza, sin mirarla.

Cuando volvió al cuarto, Juliana llenaba el jarro; y después de haber abierto la cama y cerrado las puertas, casi en las puntas de los pies:

— ¿La señora no necesita nada más?—preguntó.

— No.

— Muy buenas noches, señora.

Y no hubo otra palabra más.

¡Parece un sueño!, pensaba Luisa al desnudarse melancólicamente. Esta criatura, dueña de mis cartas, instalada en mi casa, para torturarme, para robarme. ¿Cómo se encontraba ella, Luisa, en aquella situación? No lo sabía. Las cosas habían venido tan bruscamente, con la precipitación furiosa de una borrasca que estalla; no había tenido tiempo de raciocinar, de defenderse; había sido engañado; y allí estaba, en su casa,

bajo la dominación de su criada. ¡Ah, si le hubiese hablado a Sebastián! Ahora tendría el dinero, seguramente, billetes, oro... ¡Con qué frenesí se lo arrojaría, y la expulsaría, con su baúl, y con sus trapos, y con su enorme cabeza!... Se juró a sí misma hablarle a Sebastián, decírselo todo. ¡Iría a casa de él, para impresionarle más!

De allí a poco tiempo, quebrantada por la agitación del día, se había dormido y soñaba que un extraño pájaro negro había entrado en el cuarto levantando una ventolina con sus alas negras de murciélago: ¡era Juliana! Corría aterrada al escritorio gritando: «¡Jorge!»; pero no había ni libros, ni estantes, ni mesa; había una tosca estantería de tienda de tabacos, y detrás del mostrador, Jorge acariciaba sobre las rodillas a una bella mujer de formas robustas y camisa de estopa, que le preguntaba con una voz desfallecida de voluptuosidad y los ojos radiantes de pasión: «¿Ordinarios o de Xábregas?» Huía entonces de casa, indignada, y después de sucesos confusos, se veía al lado de Basilio, en una calle sin fin, donde los palacios tenían fachadas de catedrales y los carruajes rodaban ricamente con una ostentación de cortejo. Contaba sollozando la traición de Jorge a Basilio. Y Basilio, dando saltitos alrededor de ella con galanteos de payaso, tocaba una guitarra y cantaba:

Escribí carta a Cupido
mandándole a preguntar
si un corazón ofendido
tiene obligación de amar.

— ¡No tiene!—gritaba la voz de Ernestiño, blandiendo triunfante un rollo de papel.—Y de repente, todo se obscurecía entre los largos vuelos circulares que hacía Juliana con sus alas de murciélago.

EL CRIMEN DEL PADRE AMARO

NACIÓ esta obra del avecinamiento de Eça de Queiroz en Leiria, ciudad levítica, entregada absolutamente a la influencia clerical.

Las lacras del clero portugués—que son ciertamente las lacras del clero de cualquier otro país—están admirablemente reflejadas en sus páginas.

Entre el tedio de la pequeña población, las figuras de estos sacerdotes egoístas y ociosos, poseídos de la gula y de la lujuria, los dos pecados capitales que más estrecha relación tienen con el sacerdocio, se destacan con un gran vigor de realismo.

La historia es vulgar, tan vulgar como la vida misma, a la que siempre pedía sus asuntos Eça de Queiroz. Pero no hay en ella nada del sectarismo sañudo que otros autores españoles o franceses han puesto en sus escritos al afrontar temas análogos. Eça de Queiroz no adjetiva a sus personajes ni a los hechos de sus personajes: se limita a narrarlos magistralmente. La indignación nace después, espontáneamente, en el espíritu del lector.

Eça de Queiroz se admiraba, en los últimos años de su vida, de que «El primo Basilio» suscitase más numerosas admiraciones y perseverase más en la devoción de las gentes que «El crimen del padre Amaro». Muerto el ilustre novelista, todavía se ha acentuado más este fenómeno. Y es natural. Las preocupaciones religiosas van siendo cada vez menos intensas. Puede decirse, verdaderamente, que en materia sentimental «el hábito no hace al monje». En el

siglo XX, un sacerdote que ama es un hombre que ama, y quedan, si no desaparecidas, muy atenuadas todas las agravantes que en la novela de Eça de Queiroz se acumulan sobre «El crimen del padre Amaro». Más aún que el hábito sacerdotal arrojado a los pies del lecho, nos repugna el egoísmo feroz de aquel hombre. Y no como una obra sectaria, sino como un maravilloso estudio del corazón humano, debe ser apreciada esta producción.

EL CRIMEN DEL PADRE AMARO

El canónigo, viendo pasar a lo largo una saya y una manteleta, fué a la puerta a asegurarse de que era Amelia. No era. Y volviendo, dominado ahora por su preocupación, vió que el practicante se había ido al laboratorio, y dijo al oído de Ferrón:

— ¡Una embajada de la suerte! Voy a ver a una endemoniada.

— ¡Ah!—dijo el abad muy serio ante la idea de aquella responsabilidad.

— ¿Quiere usted venir conmigo, abad? Es aquí cerca...

El abad se disculpó cortésmente; venía de hablarle al señor vicario general; había ido después junto a Silverio para pedirle aquellos dos volúmenes; llegaba allí a hacer preparar una receta para un viejo de su feligresía, y tenía que estar de vuelta en los Poyaes al toque de las dos.

El canónigo insistió; era un instante, y el caso parecía curioso...

El abad confesó al caro colega que eran cosas que no le gustaba examinar. Se aproximaba a ellas siempre con un espíritu rebelde a creer, con desconfianzas y sospechas que le disminuían la imparcialidad.

— ¡Pues, sin embargo, hay prodigios!—dijo el canónigo.

A pesar de sus propias dudas, le desagradaba aquella vacilación del abad a propósito de un fenómeno sobrenatural en

que él, el canónigo Días, estaba interesado. Repitió secamente:

— Tengo alguna experiencia y sé que hay milagros.

— Ciertamente, ciertamente hay prodigios—dijo el abad—. Negar que Dios o que la Reina del cielo puedan aparecerse a una criatura, es contra la doctrina de la Iglesia... Negar que el demonio pueda habitar en el cuerpo de un hombre, sería establecer un error funesto... Le aconteció a Job, sin ir más lejos, y a la familia de Sara. Hay milagros, claro está. Pero ¡qué rarísimos son, canónigo Días!

Se calló un momento, mirando al canónigo que atascaba la nariz con rapé, silenciosamente, y continuó más bajo, con los ojos brillantes y vivos:

— Y, además, ¿no ha notado el colega que es una cosa que sólo le sucede a las mujeres? Es sólo a ellas, cuya malicia es tan grande, que el propio Salomón no las pudo resistir; cuyo temperamento es tan nervioso, tan contradictorio, que los médicos no las comprenden; es sólo a ellas a quienes les suceden milagros... ¿El colega había oído alguna vez que se le hubiera aparecido Nuestra Santa Virgen a un respetable notario? ¿Había oído de algún digno juez perseguido por el espíritu maligno? No. Esto hace reflexionar... Yo saco en consecuencia que es malicia de ellas, ilusión, imaginación, dolencia, etc... ¿No le parece? Mi regla en esos casos es ver todo eso por alto y con mucha indiferencia.

Pero el canónigo, que vigilaba la puerta, blandió súbitamente el quitasol, gritando hacia lo lejos:

— ¡Pst, pst! ¡Eh!

Era Amelia que pasaba. Se paró, contrariada por aquel encuentro que iba todavía a retrasarla más, y ya el señor párroco debía estar desesperado...

— De modo que—dijo el canónigo ya a la puerta, abriendo su quitasol—usted, abad, en oliéndole a prodigio...

— Sospecho en seguida escándalo...

El canónigo le contempló un momento con respeto.

— Usted, Ferrón, es capaz de darle a Salomón una lección de prudencia.

— ¡Oh colega!, ¡oh colega!—exclamó el abad, ofendido por aquella injusticia hecha a la incomparable sabiduría de Salomón.

— ¡Al propio Salomón!—afirmó todavía el canónigo desde la calle.

Había preparado una hábil historia para justificar su visita a la paralítica; mas durante su conversación con el abad se le había olvidado, como todo lo que dejaba un momento confiado a la memoria; y fué sin transición como dijo simplemente a Amelia:

— Vamos allá; también yo quiero ir a ver a Totó.

Amelia quedó petrificada. El señor párroco, naturalmente, ya debía estar allí. Pero su Protectora, Nuestra Señora de los Dolores, que ella invocó en aquel aprieto, no la dejó sumida en el embrollo. Y el canónigo, que caminaba al lado de ella, quedó sorprendido oyéndola decir con una risita:

— ¡Bien, hoy es el día de las visitas a Totó! El señor párroco me dijo también que tal vez hoy apareciese por allí... Quizá ya esté con ella.

— ¡Ah!, ¿el amigo párroco también? Está bien, está bien. Haremos una consulta a Totó.

Amelia, contenta de su malicia, charló sobre Totó. El señor canónigo iba a ver... Era una criatura incomprensible... Últimamente..., ella no lo había querido contar en casa, pero Totó le había tomado rabia... Y decía unas cosas, tenía un modo de hablar de perros y de animales, que estremecía... ¡Ay, era un encargo que ya le pesaba!... Porque la muchacha no escuchaba las lecciones, ni las oraciones, ni los consejos... ¡Era una fiera!

— ¡Qué olor más desagradable!—rosnó el canónigo, entrando.

¡Qué quería! La muchacha era una puerca, no se podía tener arreglado. El padre..., ése era un descuidado también...

— Es aquí, señor canónigo—dijo abriendo la puerta de la alcoba, que ahora, en obediencia a las órdenes del señor párroco, el tío Esguellas dejaba siempre cerrada.

Encontraron a Totó medio erguida sobre la cama, con el rostro encendido por la curiosidad que en ella había despertado aquella voz del canónigo, que no conocía.

— ¡Salud a la señora Totó!—dijo él desde la puerta, sin aproximarse.

— Vamos, saluda al señor canónigo—dijo Amelia, comenzando, con una caridad desacostumbrada, a arreglarle las ropas de la cama, y a ordenar la alcoba—. Dile cómo estás... ¡No te hagas la enfadada!

Pero Totó permaneció tan muda como la imagen de San Benito que tenía a la cabecera de la cama, examinando detenidamente a aquel sacerdote tan gordo, tan canoso, tan diferente del señor párroco... Y sus ojos, más brillantes cada día a medida que se le consumía el rostro, iban, como de costumbre, desde el hombre hasta Amelia, con una ansiedad de comprender por qué traía allí a aquel viejo obeso, y si iba también a subir con él al cuarto.

Amelia ahora temblaba, ¡Si el señor párroco entrase y allí, delante del canónigo, Totó, presa de su frenesí, rompiese a gritos llamándoles perros!... Con el pretexto de dar una ojeada, fué a la cocina a vigilar el patio. Haría una señal desde la ventana apenas Amaro apareciese.

Y el canónigo, solo en la alcoba de Totó, preparándose para comenzar sus observaciones, iba a preguntarle cuántas eran las personas de la Santísima Trinidad, cuando ella, acercando el rostro, le dijo con una voz sutil como un soplo:

— ¿Y el otro?

El canónigo no comprendió. Que hablase alto. ¿Qué era?

— ¡El otro, el que viene con ella!

El canónigo acercóse a la niña con el oído aguzado por la curiosidad:

— ¿Qué otro?

— El guapo. El que va con ella para el cuarto. El que la pellizca...

Pero Amelia entraba ya, y la paralítica se calló, reposando con los ojos cerrados y respirando tranquilamente como en

un alivio repentino de todo su sufrimiento. El canónigo, inmovilizado de asombro, permanecía en la misma postura, inclinado sobre la cama como para auscultar a Totó. Levantóse por fin, sopló como si le abrasase un bochorno de agosto, sorbió despacio un polvo de rapé, y quedó con la caja abierta entre los dedos y con los ojos enrojecidos clavados en la colcha de Totó.

— Señor canónigo, ¿qué le parece mi enferma?—preguntó Amelia.

Él respondió, sin mirarla:

— Muy bien, sí, señor... Está bien... Es singular... Bueno, hay que marcharse, hay que marcharse. Adiós...

Salió, murmurando que tenía ocupaciones, y volvió inmediatamente a la botica.

— ¡Un vaso de agua!—exclamó, dejándose caer sobre una silla.

Carlos, que ya había vuelto, se apresuró a ofrecerle flor de azahar, preguntando si su excelencia estaba incomodado...

— Cansado—dijo.

Cogió el *Popular* de encima de la mesa, y allí quedó sin moverse, abismado en las columnas del periódico. Carlos intentó hablar de la política del país; después, de los asuntos de España; después, de los peligros revolucionarios que amenazaban a la sociedad; luego, de la deficiente administración del Municipio, del que era ahora un adversario feroz... Inútilmente. Su excelencia gruñía apenas monosílabos taciturnos. Y Carlos, en fin, se recogió en un silencio ofendido, comparando, con un desdén interior que le plegaba sarcásticamente las extremidades de los labios, el obtuso entendimiento de aquel sacerdote con la palabra inspirada de un Lacordaire o de un Malhão. Por eso el materialismo erguía su cabeza de hidra en Leiria y en todo Portugal...

Daba la una en la torre cuando el canónigo, que vigilaba la plaza con el rabillo del ojo, viendo pasar a Amelia, dejó el periódico, y salió de la botica sin decir una palabra, dirigiendo su paso de obeso hacia la casa del tío Esguellas. Totó se

estremeció de miedo al ver de nuevo aparecer aquella figura panzuda en la puerta de la alcoba. Pero el canónigo se rió para ella, le llamó Totoíta, le prometió una moneda para pasteles y se sentó a los pies de la cama como un *¡ah!* regalado, diciendo:

— Ahora vamos a hablar nosotros, amiguita... Esta es la piernecita enferma, ¿eh? ¡Pobrecita! Te has de curar... He de pedírselo a Dios... Queda de mi cuenta.

Ella se ponía ya pálida, ya roja, mirando para aquí y para allá, inquieta, con la perturbación que le producía aquel hombre a solas con ella, y tan cerca, que sentía su aliento fuerte.

— Oye—dijo él, acercándose más y haciendo crujir el catre con su peso—, oye, ¿quién es el otro? ¿Quién es el que viene con Amelia?

Ella respondió, pronunciando las palabras sin respirar:

— ¡Es el guapo, es el delgado; vienen los dos, suben para el cuarto, se cierran por dentro... son como perros!

Los ojos del canónigo se inyectaron, desorbitados.

— Pero ¿quién es él, cómo se llama? Tu padre ¿qué te dice?

— ¡Es el otro, es el párroco, Amaro!—dijo ella, impaciente.

— Y van para el cuarto ¿eh? ¿Para allá arriba? Y tú ¿qué oyes, tú qué oyes? ¡Dime todo, pequeña, dímelo todo!

La paralítica entonces contó, con un furor que daba tonos sibilantes a su voz de tísica, cómo los dos entraban y la venían a ver, y se miraban uno al otro, y se marchaban al cuarto de arriba, y estaban allí una hora encerrados...

Pero el canónigo, con una curiosidad lúbrica, que le ponía una llama en los ojos mortecinos, quería saber los detalles torpes:

— Y oye, Totoíta, tú ¿qué oyes? ¿Sientes crujir la cama?

Ella respondió con la cabeza afirmativamente, toda pálida, con los dientes apretados.

— Y, mira, Totó, ¿les has visto besarse, abrazarse? Anda, dímelo, que te doy dos pesetas.

Ella no despegaba los labios, y su faz trastornada le parecía al canónigo salvaje.

—Tú la aborreces, ¿no es verdad?

Ella dijo que sí con una afirmación rotunda de cabeza.

— ¿Y les viste pellizcarse?

— ¡Son como perros!—silbó ella entre dientes.

El canónigo, entonces, se levantó, sopló otra vez con su enorme soplo de ahogado y rascó vivamente la tonsura.

— Bueno —dijo levantándose—. Adiós, pequeña; cuídate. No te constipes...

Salió, y, al cerrar con fuerza la puerta, exclamó en alta voz:

— ¡Esto es la infamia de las infamias! ¡Yo lo mato! ¡Yo me pierdo!

Estuvo un momento pensando, y partió hacia la calle de las Soussas, quitasol en ristre, apresurado, con la faz apoplética de furor. Frente a la catedral, sin embargo, se paró a reflexionar, y, arrastrando los tacones, entró en la iglesia. Iba tan trastornado, que, olvidando un hábito de cuarenta años, no dobló la rodilla ante el Santísimo. Y se dirigió hacia la sacristía precisamente cuando el padre Amaro salía calzándose cuidadosamente los justos guantes que usaba ahora siempre para agradar a Amelita.

El aspecto descompuesto del canónigo le asombró.

— ¿Qué es eso, padre-maestro?

— ¡Lo que es —exclamó el canónigo de pronto— es la bribonada de las bribonadas! ¡Es su infamia! ¡Su infamia!...

Y enmudeció, sofocado de cólera.

Amaro, que se había quedado muy pálido, balbució:

— ¿Qué está usted diciendo, padre-maestro?

El canónigo había tomado alientos:

— ¡No hay nada de padre-maestro! ¡Usted pervirtió a la muchacha! ¡Eso es lo que se llama una canallada maestra!

El padre Amaro entonces frunció el entrecejo como descontento de una burla pesada:

— ¿Qué muchacha? Usted está de broma...

Hasta sonrió, afectando seguridad, y sus labios pálidos temblaban.

— ¡Hombre, yo lo vi!—gritó el canónigo.

El párroco, súbitamente aterrado, retrocedió.

— ¡Me vió!

Imaginaba de pronto una traición; el canónigo escondido en un rincón de la casa del tío Esguellas...

— ¡No he visto nada; pero es como si hubiese visto! —continuó el canónigo en un tono excitado—. Sé todo; vengo de allí; me lo dijo Totó. ¡Se encierran en el cuarto horas y horas! ¡Hasta se oye abajo el crujido de la cama! ¡Es una ignominia!

El párroco, viéndose cogido, tuvo, como un animal acosado y arrinconado, un movimiento de desesperación.

— Dígame una cosa. ¿Qué es lo que usted tiene que ver con eso?

El canónigo dió un salto.

— ¡Lo que tengo! ¿Lo que tengo? ¿Y aun se atreve a hablarme en ese tono? ¡Lo que tengo es que voy a dar inmediatamente parte de todo al señor Vicario general!

El padre Amaro fué hacia él con el puño cerrado.

— ¡Ah, bribón!

— ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —exclamó el canónigo alzando el quitasol—. ¿Quiere ponerme las manos encima?

El padre Amaro se contuvo; pasó la mano por la cabeza, cubierta de sudor, con los ojos cerrados, y, después de un momento, hablando con una serenidad forzada:

— Oiga usted, señor canónigo Días. Mire que yo le he visto una vez en la cama con la San Joanneira...

— ¡Miente! —rugió el canónigo.

— ¡Vi, vi, vi! —afirmó el otro con furor—. Una noche, al entrar en casa... El señor estaba en mangas de camisa; ella se había levantado, y estaba apretándole el chaleco. Hasta el señor me preguntó: «*¿Quién está ahí?*» Lo vi como lo estoy viendo ahora. ¡Usted diga una palabra, y yo le pruebo delante de todo el clero que usted vive en amistad íntima con la San Joanneira desde hace diez años! ¡Ahí tiene usted!

El canónigo, agotado ya por los excesos de su furor, quedó ahora ante aquellas palabras como un buey aturdido. Sólo pudo decir al poco tiempo, muy mustio:

— ¡Qué pícaro me sale usted!

El padre Amaro, casi tranquilo, seguro del silencio del canónigo, dijo con sencillez:

— Pícaro, ¿por qué? Dígamelo. Pícaro, ¿por qué? Los dos tenemos culpas en cartera: ahí está todo. Y piense que yo no fuí a preguntar ni a sorprender a Totó... Fué naturalmente, al entrar en casa, cuando le vi a usted. ¡Y viene ahora con cosas de moral! Eso me hace reír. La moral es para la escuela y para el sermón. Aquí, en la vida, yo hago esto; el señor hace aquello, y los otros hacen lo que pueden. El padre-maestro, que ya tiene edad, se agarra a la vieja; yo, que soy joven, me arreglo con la pequeña. Es triste; pero ¿qué quiere? Es la naturaleza quien lo manda. Somos hombres. Y como sacerdotes, para honra de la profesión, lo que tenemos que hacer es apoyarnos.

El canónigo le escuchaba moviendo la cabeza en aceptación muda de aquellas verdades. Se había dejado caer en una silla para descansar de una cólera inútil, y alzando los ojos para Amaro:

— Pero, hombre, ¡al principio de la carrera!...

— Y usted, padre-maestro, ¡al final de la carrera!...

Entonces riéronse ambos. Inmediatamente, cada uno declaró que retiraba las palabras ofensivas que había dicho; se estrecharon gravemente la mano; después hablaron.

Al canónigo lo que le había enfadado era que aquello hubiese ocurrido con la pequeña de la casa. Si fuese con otra, hasta lo aprobaría. Pero ¡con Amelita!... Si la pobre madre llegase a saberlo, reventaba con el disgusto.

— Pero ¡la madre excusa de saber nada! —exclamó Amaro—. Esto queda entre nosotros. ¡Esto es secreto de muerte! Ni la madre sabe nada, ni yo digo a la hija lo que pasó hoy entre nosotros. Las cosas quedan como estaban, y el mundo continúa dando vueltas... Pero usted, padre-maestro, tenga cuidado... Ni una palabra a la San Joanneira... ¡Que no haya ahora traición!

El canónigo, con la mano sobre el pecho, dió gravemente su

palabra de honor de caballero y de sacerdote de que aquel secreto quedaba para siempre sepultado en su corazón.

Entonces se estrecharon otra vez afectuosamente las manos.

La torre dió tres campanadas. Era la hora de comer del canónigo. Y, al salir, dió una palmadita en la espalda de Amaro, haciendo brillar una mirada de inteligente:

—¡El señor bellaco tiene buen gusto!

— ¿Qué quiere? ¡Qué diablo!... Se empieza por broma...

— ¡Hombre —dijo el canónigo sentenciosamente—, eso más se lleva alcanzado de este mundo!

— ¡Es verdad, padre-maestro, es verdad! Eso más se lleva alcanzado de este mundo.

.....

— ¿El señor canónigo? ¡Quiero hablarle! ¡De prisa!

La criada del canónigo le indicó al padre Amaro el escritorio, y corrió arriba a contarle a doña Josefa que el señor párroco había venido a buscar al señor canónigo con una cara tan trastornada, que debía haber sucedido alguna desgracia.

Amaro había abierto rudamente la puerta del escritorio; la cerró de un golpe, y, sin dar los buenos días al colega, exclamó:

— ¡Amelia está embarazada!

El canónigo, que estaba escribiendo, se desplomó como una masa en el respaldo de la silla.

— ¿Qué dice?

— ¡Embarazada!

Y en el silencio que reinaba se oía crujir el suelo bajo los pasos furiosos del párroco desde la ventana hasta la librería.

— ¿Está usted seguro de eso? —preguntó, por último, el canónigo, lleno de pavor.

— Segurísimo; la mujer hace ya días que estaba desconfiada. No hacía más que llorar... Pero ahora es cierto... Las mujeres lo conocen, no se equivocan. Hay todas las pruebas... ¿Qué voy a hacer yo, padre-maestro?

— ¡Qué contrariedad!—dijo el canónigo, aturdido.

— ¡Imagine el escándalo! La madre, la vecindad... ¡Y si sos-

pechan de mí!... Estoy perdido... ¡Yo no quiero saber nada, yo me escapo!

El canónigo rascaba estúpidamente la nuca, con el labio caído como una trompa. Se le representaban ya la noche del parto, los gritos en la casa, la San Joanneira sumida en lágrimas, toda su tranquilidad extinguida para siempre...

— ¡Pero diga algo! —le gritó Amaro desesperado—. ¿Qué piensa? Vea si tiene alguna idea... ¡Yo no puedo, estoy idiota, estoy de todo!

— ¡Ahí están las consecuencias, mi caro colega!

— ¡Vaya al infierno, hombre! No se trata de moral... Es claro que fué una burrada... Pero ya está hecha.

— Pero entonces, ¿qué quiere? —dijo el canónigo—. No querrá que se le dé una droga a la muchacha que lo deshaga todo...

Amaro se encogió de hombros impaciente ante aquella idea insensata. El padre-maestro positivamente estaba divagando...

— Pero entonces, ¿qué quiere?—repetía el canónigo con un tono grave, arrancando las palabras de lo profundo del tórax.

— ¿Qué quiero? Quiero que no haya escándalo. ¡Qué he de querer yo?

— ¿De cuántos meses está?

— ¿De cuántos meses? ¡Está de ahora; está de un mes!...

— ¡Entonces hay que casarla! —exclamó el canónigo con rapidez—. ¡Entonces hay que casarla con el escribiente!

El padre Amaro dió un salto.

— ¡Tiene razón, por todos los diablos! ¡Es de maestro!

El canónigo afirmó gravemente con la cabeza que, efectivamente, era «de maestro».

— ¡Casarla en seguida, mientras es tiempo! *Pater est quem nuptia demostrant*... Quien es el marido es quien es el padre.

La puerta se abrió y aparecieron los anteojos azules y la toca negra de doña Josefa. No se había podido contener arriba, en la cocina, llena de una aguda curiosidad; había bajado en la punta de los pies y había pegado el oído a la cerradura del escritorio; pero el grueso repostero de bayeta estaba ce-

rrado por dentro, y un ruido de leña que estaban descargando en la calle apagaba las voces. La buena señora se decidió a entrar «a dar los buenos días al señor párroco».

Pero todo fué en vano: por detrás de sns cristales ahumados, sus ojillos agudos escudriñaban ansiosamente la cara grande de su hermano y el rostro pálido de Amaro. Los dos sacerdotes estaban impenetrables como dos ventanas cerradas. El párroco habló ligeramente del reumatismo del señor chantre, de las noticias que corrían acerca del señor secretario general... Al fin de una pausa, alzándose, contó que tenía para comer ese día una hermosa oreja de cerdo, y la señora doña Josefa, recomiéndose de curiosidad, lo vió partir después de haber dicho ya desde la puerta al canónigo:

— Entonces, hasta la noche en casa de la San Joanneira, ¿eh, padre-maestro?

— Hasta la noche.

Y el canónigo, muy grave, continuó escribiendo. Doña Josefa entonces no se contuvo, y después de arrastrar las chinelas en torno al sillón del hermano:

— ¿Hay novedad?

— ¡Gran novedad, hermana! — dijo el canónigo sacudiendo los puntos de la pluma—. ¡Murió el rey don Juan VI!

— ¡Malcriado!—rugió ella, arrastrándose sobre las chinelas, cruelmente perseguida por una risotada del hermano.

Fué por la noche, abajo, en la salita de la San Joanneira, mientras Amelia, arriba, con la muerte en el alma, tecleaba el *Vals de los Dos Mundos*, cuando los dos sacerdotes, sentados en el canapé, con el cigarro entre los dientes, debajo del tenebroso cuadro donde la vaga mano del cenobita se extendía en garra sobre la calavera, cuchicheaban su plan: antes que todo era necesario hallar a Juan Eduardo, que desapareciera de Leiria; Dionisia, mujer de olfato, iba a buscar en todos los rincones de la ciudad para descubrir la choza en que se ocultaba la fiera; después, inmediatamente, porque el tiempo urgía, Amelia le escribiría... Sólo cuatro sencillas palabras: que supiera que había sido víctima de una intriga; que nunca había olvida-

do la amistad que le tenía; que le debía una reparación, y que viniese a verla... Si el rapaz vacilaba ahora, que no era probable—el canónigo tenía la seguridad—, se le hacía concebir la esperanza del empleo en el Gobierno civil, fácil de obtener por mediación de Godiño, enteramente gobernado por la mujer, que era una esclava del padre Silverio...

—Pero Natalio—dijo Amaro—, Natalio, que detesta al escribiente, ¿qué dirá a este cambio?

— ¡Hombre! —exclamó el canónigo dándose una palmada en el muslo —, se me había olvidado. ¿No sabe usted lo que le ocurrió al pobre Natalio?...

Amaro no sabía nada.

— ¡Rompió una pierna! ¡Se cayó de la yegua!

— ¿Cuándo?

— Esta mañana. Yo lo supe ahora al anochecer. Yo siempre se lo dije: ¡hombre, ese animal le hará alguna trastada! Pues, señor, se la hizo. ¡Y fuerte! Tiene para rato... ¡Y yo que me había olvidado! Ni las señoras de arriba saben nada.

Arriba hubo una desolación cuando lo supieron. Amelia cerró el piano. Todos recordaron los remedios que se le debían mandar; fué una granizada de ofrecimientos: vendas, hilas, un ungüento de las monjas de Alcobaca, media botellita de un licor de los frailes del Desierto, cerca de Córdoba... Era necesario también asegurar la intervención del Cielo, y cada una se apresuró a usar de su valimiento con los santos de su intimidad: doña María de la Asunción, que últimamente era devota de San Eleuterio, ofreció su influencia; doña Josefa Díaz se encargaba de interesar a Nuestra Señora de la Visitación; doña Joaquina Gansoso habló de San Joaquín.

— ¿Y la pequeña?—preguntó el canónigo a Amelia.

— ¡Yo!...

Y púsose pálida, llena de tristeza toda su alma, pensando que ella, con sus pecados y sus delirios, había perdido la útil amistad de Nuestra Señora de los Dolores. Y no poder también ella concurrir con su influencia en el cielo para restablecer la pierna de Natalio, fué una de las amarguras mayores,

tal vez el castigo más doloroso que sentía desde que amaba al padre Amaro.

En casa del campanero, de allí a pocos días, el padre Amaro participó a Amelia el plan del padre-maestro. La preparó, revelándole primero que el canónigo lo sabía todo...

—Sabe todo en secreto de confesión—añadió él para tranquilizarla—. Además, él y tu madre también tienen sus culpas... Todo queda en familia...

Después le cogió la mano, y mirándola con ternura, como compadeciéndose ya de las lágrimas de aflicción que ella iba a verter:

— Y ahora escucha, hija. No te aflijas por lo que te voy a decir; pero es necesario, es nuestra salvación...

Sin embargo, a las primeras palabras acerca del casamiento con el escribiente, Amelia se indignó enloquecida.

— ¡Nunca; antes morir!

¿Qué? ¿La ponía en aquel estado, y ahora quería descartarse de ella y pasársela a otro? ¿Era ella acaso un trapo que se usa y que se tira a un pobre? Después de haber echado fuera de casa a aquel hombre, ¿había de humillarse, llamarle y caer en sus brazos?... ¡Ah, no! ¡También ella tenía su orgullo! Los esclavos se cambiaban y se vendían; pero en el Brasil...

Se enterneció. ¡Ah, él ya no la amaba, estaba harto de ella! ¡Ah, qué desgraciada, qué desgraciada era! Se echó de bruces sobre la cama y rompió a llorar de un modo estridente.

—¡Cállate, mujer, que te pueden oír en la calle!—dijo Amaro desesperado, sacudiéndola por un brazo.

— ¡No me importa; que oigan! ¡A la calle voy a ir a gritar que estoy en este estado; que fué el padre Amaro, y que ahora me quiere dejar!...

Amaro se puso lívido de rabia, con un deseo loco de pegarle. Pero se contuvo; y con una voz que temblaba bajo su aparente serenidad, dijo:

— Tú estás fuera de ti... Dí, ¿me puedo yo casar contigo?

¡No! Entonces, ¿qué quieres? Si se dan cuenta de que estás así; si das a luz en casa, ¡figúrate el escándalo!... ¡Tú estás perdida, perdida para siempre! Y yo, si se supiera, ¿qué me sucedería? Perdido también, suspenso, quizás metido en un proceso... ¿De qué quieres que viva?... ¿Quieres que me muera de hambre?

Se enterneció ella ante la idea de las privaciones del padre sometido a la censura eclesiástica. ¡Ah, era ella; era ella quien no lo amaba; quien después de haber sido él tan cariñoso y tan delicado, le quería pagar con el escándalo y con la desgracia!...

— ¡No, no! — exclamó Amelia en sollozos, lanzándosele al cuello.

Y quedaron abrazados, temblando, con el mismo enternecimiento; ella, humedeciendo de llanto el hombro del párroco; él, mordiéndose el labio, con los ojos turbios de lágrimas.

Se desprendió blandamente por fin, y limpiando las lágrimas:

— No, Amelia; es una desgracia que nos sucede; pero tiene que ser. Si tú sufres, ¡imagina yo! Verte casada viviendo con otro... No hablemos de eso... ¡Pero es la fatalidad, y es Dios quien la manda!

Ella había quedado aniquilada, al borde del lecho, presa todavía de grandes sollozos. Había llegado por fin el castigo, la venganza de Nuestra Señora, que ella sentía preparar hacía tiempo en el fondo de los cielos como una complicada tormenta. Aquí estaba ahora peor que en los fuegos del Purgatorio. Tenía que separarse de Amaro, a quien imaginaba amar más ahora, e ir a vivir con el otro, con el excomulgado. ¿Cómo podría ella volver nunca a la gracia de Dios, después de haber dormido y vivido con un hombre que los cánones, el Papa, toda la tierra consideraba maldito?... Y ése debía ser su marido, acaso el padre de sus hijos... ¡Ah, Nuestra Señora vengábase demasiado!

— ¿Y cómo podré casarme con él, si está excomulgado?

Amaro apresuróse a tranquilizarla, prodigando toda clase

de argumentos. Era preciso no exagerar... El muchacho no estaba verdaderamente excomulgado... Natalio y el canónigo habían interpretado mal los cánones y las bulas... Injuriar a un sacerdote que no estaba revestido para oficiar, no era motivo de excomunión *ipso facto*, según ciertos autores... Él, Amaro, era de esa opinión... Dentro de poco podrían levantarle la excomunión.

— ¿Comprendes? Como dice el santo Concilio de Trento y como tú sabes, nosotros atamos y desatamos. ¿El muchacho fué excomulgado?... Pues bien, levantámosle la excomunión... Y queda tan limpio como antes. No; eso no te dé cuidado.

— Pero ¿de qué vamos a vivir, si él ha perdido el empleo?

— No me dejaste hablar... Se le arregla lo del empleo. Se lo arregla el padre-maestro. Está todo combinado ya, hija.

Ella no respondió, muy pálida y muy triste, con dos lágrimas constantes a lo largo del rostro.

—Dime, ¿tu madre no desconfía de nada?

— No; por ahora no se nota—respondió ella dando un suspiro.

Quedaron callados; ella, limpiándose las lágrimas y serenándose para salir; él, con la cabeza baja, pisando lúgubremente el suelo del cuarto, pensando en las buenas mañanas de otros tiempos, cuando sólo había allí besos y risas ahogadas; todo había mudado ahora, hasta el tiempo, que estaba nublado: un día de fin de verano amenazando lluvia.

— ¿Se nota que lloré?—preguntó ella, arreglándose el cabello al espejo.

— No. ¿Te vas?

— Mamá está esperándome...

Se dieron un beso triste, y ella salió.

Entretanto Dionisia olfateaba por la ciudad la pista de Juan Eduardo. Su actividad se había acrecentado, sobre todo al saber que el canónigo Días, el ricachón, estaba interesado en la «pesquisa». Y todos los días, al anochecer, entraba furtiva-

mente en el portal de Amaro a contarle las novedades. Ya sabía que el escribiente había estado al principio en Alcobaca con un primo boticario; después había ido a Lisboa, y allí, con una carta de recomendación del doctor Gouvea, se había empleado es la escribanía de un procurador; pero el procurador, pasado algún tiempo, por desdicha había muerto de apoplejía, y desde entonces el rastro de Juan Eduardo se perdía, incierto, en los rincones de la capital. Había, sí, una persona que debía saber su morada y sus pasos: era el tipógrafo Gustavo. Pero, desgraciadamente, Gustavo, después de una cuestión con Agustín, había dejado el distrito y había desaparecido. Nadie sabía dónde estaba; por desgracia, la madre del tipógrafo no la podía informar porque había muerto también.

— ¡Oh señores! — decía el canónigo cuando el padre Amaro le iba a llevar estas informaciones—. ¡Oh señores! ¡Pero en esa historia toda la gente muere! Eso es una hecatombe.

— Usted bromea, padre-maestro, pero esto es serio. Mire que un hombre en Lisboa es una aguja en un pajar. ¡Es una fatalidad!

Entonces, afligido, viendo pasar los días, escribió a la tía pidiéndole que escudriñase por toda Lisboa a ver si aparecía por allí «un tal Juan Eduardo Barbosa»... Recibió una carta de la tía, con tres páginas llenas de garabatos, quejándose de Juanito, de su Juanito, que la había hecho la vida un infierno, emborrachándose con ginebra, hasta el punto que no le paraban huéspedes en casa. Pero ahora estaba más tranquila; el pobre Juanito, hacía días, había jurado por el alma de su madre que de allí en adelante no bebería sino gaseosa. En cuanto al tal Juan Eduardo había preguntado en la vecindad y al señor Palma, del Ministerio de Obras públicas, que conocía a todo el mundo; pero nada había averiguado. Había, sí, un tal Joaquín Eduardo que tenía una tienda de quincalla en el barrio... Y si fuese el asunto con él, bien iba, porque era un buen hombre...

— ¡Música! ¡Música!—interrumpió el canónigo, impaciente.

Se decidió entonces a escribir él mismo. E instado por el

padre Amaro—que no cesaba de representarle lo que la San Joanneira y el mismo canónigo Días sufrirían con el escándalo—llegó a autorizar a su amigo de la capital los gastos necesarios para utilizar la Policía. La contestación retardóse; pero vino, en fin, prometedora y magnífica. El hábil policía Mendes había descubierto a Juan Eduardo. No se sabía aún nada de su morada; le había visto apenas en un café; pero en dos o tres días el amigo Mendes prometía informaciones precisas.

El disgusto de los dos sacerdotes fué, sin embargo, grande cuando de allí a unos días el amigo del canónigo escribió que el individuo que el hábil policía Mendes había tomado por Juan Eduardo en un café de la Baixa, guiado por los informes incompletos, era un muchacho de San Tirso que estaba en la capital haciendo unas oposiciones para delegado... ¡Y había tres libras y diez y siete tostones de gastos!

— ¡Diez y siete demonios!—rugió el canónigo, volviéndose furioso hacia Amaro—. Y al fin de cuentas fué usted el que gozó y el que se divirtió, y soy yo el que estoy aquí perdiendo mi salud con estas andanzas y con hacer desembolsos de esta clase...

Amaro, que dependía del padre-maestro, inclinó los hombros bajo la injuria.

Pero nada estaba perdido, gracias a Dios. Dionisia andaba por allá a la caza...

Amelia recibía estas noticias con desconsuelo. Después de las primeras lágrimas, la irremediable necesidad se le había impuesto fuertemente. ¿Qué le restaba? Dentro de dos o tres meses, con aquel desgraciado cuerpo de cintura fina y caderas estrechas, no podría esconder su estado. Y ¿qué haría entonces? ¿Huír de casa; ir, como la hija del tío Cigüeño, para Lisboa, a ser apaleada en el Barrio Alto por los marineros ingleses, o como Juanita Gomes, que había sido la amiga del padre Abilio, a recibir en la cara las ratas muertas que le tiraban los soldados? No. Tenía que casarse...

Después le nacería un niño al cabo de siete meses—¡era tan frecuente!—, legitimado por el sacramento, por la ley y por Dios Nuestro Señor... Y su hijo tendría padre, recibiría educación, no sería un expósito...

Desde que el señor párroco le había afirmado, con juramento, que el escribiente *no estaba realmente excomulgado*, que con algunas oraciones se le levantaría la excomunión, sus escrúpulos devotos se desvanecían como brasas que se apagan. Al fin, en todos los yerros del escribiente, ella sólo podía descubrir la obra de los celos y del amor; había sido en un despecho de enamorado cuando había escrito el *Comunicado*; fuera en un furor de pasión traicionada cuando había apaleado al señor párroco... ¡Ah, no le perdonaba esta barbaridad! Pero había sido demasiado castigado. Sin empleo, sin casa, sin mujer, tan perdido en la miseria anónima de Lisboa, que ni la policía lo encontraba... Y todo por ella. ¡Pobre rapaz! Al fin, no era feo... Hablaban de su impiedad; pero ella lo había visto siempre muy atento en misa, rezaba todas las noches una oración especial a San Juan, que ella le había dado impresa en un cartón bordado...

Con el empleo en el Gobierno civil podían tener una casita y una criada... ¿Por qué no iba a ser feliz? Él no era hombre de cafés ni de vagancias. Tenía la certeza de dominarle, de imponerle sus gustos y sus devociones. Y sería agradable salir los domingos por la mañana para misa, arreglada, con el marido al lado, saludada por todos, pudiendo pasear a su hijo a la faz de la ciudad, muy vistoso con su gorrita de encajes y su gran capa de franjas. ¡Quién sabe si entonces, por el cariño que tuviese al pequeñito y por los cuidados de que rodease al marido, el Cielo y Nuestra Señora se ablandarían! ¡Ah!, por eso haría todo para alcanzar otra vez en el Cielo a aquella amiga, su querida Nuestra Señora, amable y confidente, siempre pronta a curarle los dolores y a librarla de infortunios, ocupada en prepararle en el Paraíso un luminoso refugio!

Pensaba así horas enteras, sobre su costura; pensaba así también en el camino de la casa del campanero; y después de

haber estado un momento con Totó, muy quieta ahora, extenuada por la fiebre lenta, cuando subía al cuarto, la primera pregunta que hacía a Amaro era:

— ¿Hay alguna noticia?

Él fruncía el entrecejo y murmuraba:

— Por allá anda Dionisia... ¿Por qué? ¿Tienes mucha prisa?

— Tengo mucha prisa, tengo —respondía ella muy seria— porque la vergüenza es para mí.

Él callábase, y había tanto odio como amor en los besos que le daba a aquella mujer que se resignaba así tan fácilmente a ir a dormir con otro!...

Tenía celos de ella, le habían asaltado últimamente desde que la había visto conformarse con aquel casamiento odioso. Ahora que ella ya no lloraba, comenzaba a enfurecerle la falta de sus lágrimas; y secretamente se desesperaba de que ella no prefiriese la vergüenza con él a la rehabilitación con otro. No le sería tan penoso si ella continuase debatiéndose, entre alaridos y llantos; eso sería una prueba seria de amor, en la que su vanidad se bañaría deliciosamente; pero aquella aceptación del escribiente ahora, sin repugnancia y sin gestos de horror, le indignaba como una traición. Había llegado a sospechar que a ella en el fondo no le *desagradaba el cambio*. Juan Eduardo, al fin, era un hombre; tenía la fuerza de los veintiséis años, el atractivo de un bello bigote. Ella encontraría en los brazos de él el mismo delirio que encontraba en los suyos... Si el escribiente fuese un viejo consumido por el reumatismo, ella no mostraría la misma resignación. Entonces, por venganza, para «deshacerle el arreglo», deseaba que Juan Eduardo no apareciese; y muchas veces, cuando Dionisia le venía a dar cuenta de sus pasos, le decía con una falsa sonrisa:

— No se canse. El hombre no aparece. Déjelo ya... No vale la pena de contraer dolor de pecho...

Pero Dionisia tenía el pecho fuerte, y una noche llegó triunfante a decirle que estaba sobre la pista del hombre. Había visto al fin a Gustavo, el tipógrafo, entrar en la casa de comidas del tío Osorio. Al otro día iba a hablarle, y había de saberlo todo...

Fué una hora amarga para Amaro. Aquel casamiento, por el que suspirara en el primer momento de terror, ahora que lo veía seguro, le parecía la catástrofe de su vida.

Perdía a Amelia para siempre... Aquel hombre que él había expulsado, que él había suprimido, venía, por una de estas peripecias malignas en que la Providencia se complace, a llevarle a la mujer de un modo legítimo. Y la idea de que él iba a tenerla en los brazos y de que ella le daría los besos fogosos que a él le daba, balbuciendo *¡oh Juan!*, como ahora murmuraba *¡oh Amaro!*, le enfurecía. Y no podía evitar el casamiento; todos lo querían: ella, el canónigo, hasta Dionisia con su celo venal.

¿De qué le servía ser un hombre sano, con sangre en las venas y fuertes pasiones? Tenía que decirle adiós a la muchacha, verla partir del brazo con el otro, con el marido; marchar ambos a su casa a saltar con el hijo, ¡un hijo que era suyo! Él asistiría a la destrucción de su alegría con los brazos cruzados, esforzándose por sonreír; volvería a vivir solo, eternamente solo, y a releer el Breviario... ¡Ah! ¡Si estuviésemos en el tiempo en que se suprimía a un hombre con una denuncia de herejía!... Que el mundo retrocediese doscientos años, y el señor Juan Eduardo había de saber lo que cuesta ridiculizar a un sacerdote y casarse con Amelia...

Esta idea absurda, en la excitación de fiebre en que estaba, apoderóse tan fuertemente de su imaginación, que toda la noche soñó un claro sueño que muchas veces después contó riendo a las señoras. Era una calle estrecha bañada por un sol ardiente; entre las altas puertas chapeadas, el populacho apiñábase; en los balcones, hidalgos muy adornados retorcíanse el caballeresco bigote; relucían los ojos, entre los pliegues de las mantillas, encendidos en un santo furor. Por la

calzada, la procesión del auto de fe movíase lentamente, con un amplio ruido bajo el tremendo toque a muerto de todas las campanas vecinas. Delante, los flageladores medio desnudos, de capuz blanco sobre el rostro, se laceraban, aullando el *Miserere*, con las costillas empapadas de sangre; sobre un jumento iba Juan Eduardo, idiota de terror, con las piernas colgantes, la blanca camisa salpicada de diablos color de fuego, y al pecho un rótulo en que estaba escrito: *Por hereje*. Detrás, un terrorífico criado del Santo Oficio aguijoneaba furiosamente al jumento, y a su lado un sacerdote, levantando alto el crucifijo, le gritaba en los oídos los consejos del arrepentimiento. Él, Amaro, caminaba al lado cantando el *Requiem*, con el Breviario abierto en una mano, y con la otra repartiendo bendiciones a las viejas, a las amigas de la calle de la Misericordia, que se inclinaban para besarle el alba. A veces volvíase para gozar de aquella pompa lúgubre, y veía la larga fila de la cofradía de los nobles: aquí era un personaje panzudo y apoplético, más allá un rostro místico con un bigote feroz y dos ojos llameantes; cada uno llevaba una tea encendida, y en la otra mano sustentaba el sombrero, cuya pluma negra barría el suelo; los capacetes de los arcabuceros relucían; una cólera devota alteraba los rostros hambrientos del populacho; la procesión ondeaba en las tortuosidades de la calle, entre el clamor del canto llano, los gritos de los fanáticos, el doblar aterrador de las campanas, el tintinear de las armas, entre un terror que llenaba toda la ciudad, aproximándose a la plataforma de ladrillo donde ya humeaban las pilas de leña.

Su desengaño fué grande después de aquella gloria eclesiástica de ensueño, cuando la criada vino a despertarle temprano con agua caliente para afeitarse.

Era en ese día cuando se iba a escribir a Juan Eduardo... Debía encontrarse con Amelia a las once, y fué lo primero que le dijo, cerrando de mal humor la puerta del cuarto:

— Nuestro hombre ya apareció... Por lo menos, apareció su amigo íntimo, el tipógrafo, que sabe dónde está esa bestia...

Amelia, que estaba en un día de desaliento y de terror, exclamó:

— ¡Gracias a Dios que se acaba este tormento!

Amaro tuvo una sonrisa amarga.

— Entonces, te agrada, ¿eh?

— Si te parece... En estos sustos en que ando...

Amaro tuvo un gesto desesperado de impaciencia. ¡Susto! ¡Buena hipocresía! ¿Susto de qué? Con una madre que era una tonta, que le consentía todo... Lo que pasaba era que se quería casar... Quería otro. No le agradaba aquella diversión por la mañana, de ocultis... Quería la cosa cómodamente, en casa. ¿Imaginaba Amelia que le engañaba a él, un hombre de treinta años de vida y de cuatro años de experiencia de confesonario? Bien veía al través de ella... Era como las otras: quería mudar de hombre.

Ella no respondía, muy pálida. Y Amaro, furioso contra su silencio, insistió:

— Te callas; claro está... ¿Qué has de decir tú? Si es la verdad pura. Después de mis sacrificios... Después de lo que tengo sufrido por ti... Te aparece otro y te vas con el otro.

Ella se levantó batiendo el pie en el suelo desesperadamente.

— Fuiste tú el que lo quisiste, Amaro.

— Puede ser. ¡Si imáginas que me había de perder por tu culpa!... Claro está que quise.

Y mirándola despreciativamente, haciéndola sentir el desdén de un alma recta, agregó:

— Pero ni vergüenza tienes en mostrar la alegría, la furiosa prisa de ir junto al hombre... Eres una desvergonzada; esto es lo que eres...

Ella, sin pronunciar una palabra, blanca como la cal, agarró su manteleta para salir.

Amaro, exasperado, la agarró violentamente por un brazo.

— ¿Adónde vas? Mira bien para mí. Eres una desvergonzada. Te estoy diciendo... Estás muerta por irte a dormir con el otro...

— ¡Pues se acabó: estoy!—dijo ella.

Amaro, enloquecido, le dió una bofetada.

— ¡No me mates!—gritó ella—. ¡Es tu hijo!

Él quedó delante de ella irresoluto y trémulo: aquella palabra, aquella idea de su hijo, despertó en todo su ser una piedad, un amor desesperado; y aproximóse a ella en un abrazo que la estrujaba, como queriendo ocultarla en su pecho, absorberla toda para sí, dándole besos furiosos que la lastimaban, en la cara, en los cabellos...

— ¡Perdona—murmuraba—, perdona, Amelita! ¡Perdona, que estoy loco!

Ella sollozaba, presa de un llanto nervioso; y toda la mañana entregáronse en el cuarto del campanero a un delirio de amor en que aquel sentimiento de la maternidad, ligándoles como un sacramento, daba una ternura mayor, un renacimiento incesante de deseo que los lanzaba cada vez más ávidos al uno en los brazos del otro.

Olvidaron las horas, y Amelia sólo se decidió a saltar del lecho cuando oyeron abajo en la cocina la muleta del tío Esguellas.

Mientras ella se arreglaba delante del trozo de espejo que adornaba la pared, Amaro la contemplaba con melancolía, viéndola pasar el peine por los cabellos, por los cabellos que él bien pronto no tornaría a ver peinar. Dió un gran suspiro y le dijo con ternura:

— Entonces acabáronse estos buenos días para nosotros. Y eres tú la que lo quieres así... Algunas veces te has de acordar de estas buenas mañanas...

— No digas eso—exclamó ella, con los ojos arrasados de lágrimas.

Y lanzándosele de repente al cuello con la antigua pasión de los tiempos felices, murmuró:

— Siempre seré la misma para ti, aun después de casada.

Amaro le cogió dulcemente las manos.

— ¿Lo juras?

— Lo juro.

— ¿Por la hostia sagrada?
— Lo juro por la hostia sagrada, lo juro por Nuestra Señora.
— ¿Siempre que tengas ocasión?
— Siempre.
— ¡Oh Amelita, oh adorada: no te cambiaba por una reina!

Ella se marchó. El párroco, mientras arreglaba la cama, la oía abajo hablar tranquilamente con el tío Esguellas; y se decía hablando consigo mismo que era una gran mujer, capaz de engañar al diablo, y que había de hacer andar de coronilla al tonto del escribiente.

Aquel pacto, como le llamaba el padre Amaro, tornóse entre ellos tan irrevocable, que ya discutían los detalles tranquilamente. El casamiento con el escribiente lo consideraban como una de esas necesidades que la sociedad impone y que ahoga a las almas independientes; pero a las que la naturaleza se sustrae por la menor grieta como un gas incoercible. Delante de Nuestro Señor, el verdadero marido de Amelia era el señor párroco; era el marido del alma para quien serían guardados los mejores besos, la obediencia íntima, la voluntad; el otro poseería a lo más el *cadáver*... A veces tramaban sus planes para la correspondencia secreta, para los ocultos lugares del *rendez vous*...

Amelia estaba de nuevo como en los primeros tiempos, en todo el fuego de la pasión. Ante la certeza de que dentro de algunas semanas el casamiento iba a tornarlo todo blanco como la nieve, sus angustias habían desaparecido y el mismo terror de la venganza del cielo se calmara. Después, la bofetada que le había dado Amaro había sido como el latigazo que despierta un caballo que se empereza y se atrasa, y su pasión, sacudiéndose y relinchando fuerte, iba llevándola de nuevo en el ímpetu de una carrera fogosa.

Amaro se regocijaba. Ciertamente, a veces la idea de aquel hombre al lado de ella día y noche, le importunaba. Pero en el fondo, ¡qué compensaciones! Todos los peligros desaparecían

mágicamente, y las sensaciones se refinaban. Concluían para él aquellas atroces responsabilidades de la seducción, y quedaba la mujer más apetitosa.

Instaba ahora a Dionisia para que apurase aquel fastidioso negocio. Pero la buena mujer, seguramente para hacerse pagar mejor por la multiplicidad de esfuerzos, no podía descubrir al tipógrafo, aquel famoso Gustavo que poseía el secreto de la torre maravillosa donde vivía el príncipe encantado.

— Señor—decía el canónigo—, esto ya huele mal. Casi hace dos meses que se está buscando a un bribón... Hombre, escribientes no faltan. Procúrese otro.

Por último, una noche en que él había entrado a descansar en casa del párroco, Dionisia apareció exclamando desde la puerta del comedor donde los dos sacerdotes tomaban café:

— ¡Por fin!

— ¿Por fin, Dionisia?

La mujer, sin embargo, no se apresuró; sentóse, con licencia de los señores, porque venía cansada.. No, el señor canónigo no imaginaba los pasos que ella se había visto obligada a dar... El maldito tipógrafo le recordaba la historia que había oído de pequeña, de un venado que estaba siempre a la vista y al que los cazadores al galope nunca alcanzaban. Esta persecución había sido igual... Pero al fin le había atrapado...

— Acabe, mujer—gritó el canónigo.

— Pues he aquí todo—dijo ella—: nada.

Los dos sacerdotes la miraron con sorpresa.

— ¿Nada qué, criatura?

— Nada. Nuestro hombre se marchó al Brasil.

Gustavo había recibido dos cartas de Juan Eduardo: en la primera, donde le mandaba sus señas, cerca del Pozo del Porratem, le anunciaba su resolución de marcharse al Brasil; en la segunda, le decía que se había mudado de casa, sin indicar su nueva dirección, y declaraba que en el próximo barco se iría a Río Janeiro; no decía ni con qué dinero ni con qué esperanzas. Todo era vago y misterioso. Desde entonces, hacía ya un mes, Juan Eduardo no había vuelto a escribir. De donde el

tipógrafo deducía que su amigo encontrábase en alta mar... «Pero hemos de vengarlo», le había dicho él a Dionisia.

El canónigo, perplejo, revolvía pausadamente su café,

— ¿Y ahora, padre-maestro?—exclamó Amaro muy pálido.

— Ahora... estamos aviados.

— ¡El diablo lleve a las mujeres y el infierno las confunda! —dijo sordamente Amaro.

— Amén—respondió gravemente el canónigo.

LA RELIQUIA

Es la obra de Eça de Queiroz más conocida en España.

En medio de una fábula risueña, en la que un ambiente de devoción extremada—una señora beata, varios contertulios hipócritas y un sobrino cazurramente sometido a tan tedioso ambiente por la golosina de una herencia esperada — se engarza el sueño de «Teodorico Raposo», que es el fundamento de la novela, su finalidad esencial, pudiéramos decir que la novela toda.

Ese sueño es una evocación de la condena y muerte de Jesús, tal como Eça de Queiroz—y no ciertamente él solo— la ha concebido.

Hemos desglosado de «La Reliquia», íntegramente, el sueño de «Raposo», todas las páginas que a él se refieren.

Y así, independientemente de la novela, este trozo que traducimos ofrece al lector un episodio completo, de interés propio, desconectado del resto de la obra.

LA RELIQUIA

Mucho tiempo seguí a Topsius a través de la antigua Jerusalén en una caminata jadeante, perdido en el tumulto de mis pensamientos. Pasamos junto a un jardín de rosas, del tiempo de los profetas, espléndido y silencioso, que dos levitas guardaban, armados de lanzas doradas. Después entramos en una calle fresca, aromatizada por las tiendas de los perfumistas, adornadas con muestras en forma de flores y de almireces; un toldo de esteras finas sombreaba las puertas; el suelo estaba regado y alfombrado de hierba fresca y hojas de anémonas; y por la sombra deambulaban mancebos lánguidos, de cabellos rizados en racimos, de ojeras pintadas, irguiendo difícilmente, en las manos cargadas de anillos, las sedas rozagantes de sus túnicas de color de cereza y color de oro. Más allá de esta calle indolente, abríase una plaza, abrasada por el sol, tapizada de un polvo espeso y blanco donde los pies se enterraban; solitaria en el medio, una vetusta palmera arqueaba su penacho, inmóvil y como de bronce; y al fondo negreaban en la luz las columnatas de granito del viejo palacio de Herodes. Allí era el Pretorio.

Frente al arco de entrada, donde rondaban con plumas negras en el yelmo reluciente dos legionarios de Siria, un bando de muchachas, con rosas detrás de la oreja y en el regazo re-

des de esparto, pregonaban los panes ácimos. Bajo un enorme quitasol de plumas clavado en el suelo, hombres de mitra de fieltro, con tablas sobre las rodillas y balanzas, cambiaban la moneda romana. Y los vendedores de agua, con sus odres felpudos, lanzaban un grito trémulo. Entramos: un vago terror me envolvió.

Era un claro patio, abierto bajo el azul, enlosado de mármol, que tenía a cada lado una arcada, elevada en terraza, con parapeto, fresca y sonora como claustro de monasterio. De la arcada del fondo, sobre la que se alzaba la fachada austera del palacio, extendíase un toldo de tela escarlata franjeado de oro, proyectando una sombra cuadrada y dura; dos mástiles de sicomoro la sustentaban, rematados por una flor de loto.

Apretábase allí un grupo de gente donde se confundían las túnicas de los fariseos, orladas de azul, el rudo sayal de estameña de los obreros, ceñido con un cinto de cuero, los amplios albornoces listados de ceniciento y blanco de los hombres de Galilea, y la capa carmesí, de gran capucha, de los mercaderes de Tiberiades; algunas mujeres, separadas de la sombra del toldo, alzábanse en la punta de sus chinelas amarillas, extendiendo encima del rostro, para defenderlo del sol, un doblez de su manto ligero. Y de aquella multitud salía un olor caliente de sudor y de mirra. Más allá, por encima de los blancos turbantes apiñados, brillaban puntas de lanza. Al fondo, sobre un solio, un hombre, un magistrado, envuelto en los nobles pliegues de una toga pretexta, y más inmóvil que un mármol, apoyaba sobre el puño fuerte la barba densa y gris; sus ojos hundidos parecían indolentemente adormecidos; una cinta escarlata le sujetaba los cabellos. Por detrás, sobre un pedestal que hacía espaldar a su silla curul, la figura de bronce de la loba romana abría de través la boca voraz. Pregunté a Topsius quién era aquel magistrado melancólico.

— Un tal Poncio, llamado Pilatos, que fué prefecto en Batavia.

Lentamente caminé por el patio, procurando, como en un templo, hacer más sumiso y respetuoso el ruido de mis pisa-

das. Un grave silencio caía del cielo rutilante; sólo a veces llegaba de los jardines, áspero y triste, el gritar de los pavos. Extendidos en el suelo, junto a la balaustrada del claustro, algunos negros dormitaban con la barriga al sol. Una vieja contaba monedas de cobre arrinconada delante de su cesta de fruta. En andamios puestos contra una columna había trabajadores componiendo un tejado. Y unos niños, en un rincón, jugaban con discos de hierro que tintineaban levemente en las losas.

De súbito alguien tocó familiarmente en el hombro del historiador de los Herodes. Era el hermoso Manasés; con él venía un viejo magnífico, de una nobleza de pontífice, a quien Topsius besó filialmente la manga de su túnica blanca, bordada de verdes hojas de parra. Una barba de nieve, lustrosa de aceite, le caía hasta la faja que lo ceñía, y los hombros amplios desaparecían bajo la dispersa abundancia de los cabellos blancos que salían del turbante como una pura esclavina de armiños reales. Una de sus manos, llena de anillos, se apoyaba en un fuerte bastón de marfil, y de la otra conducía a un niño pálido, que tenía los ojos más bellos que estrellas, y semejaba, junto al anciano, un lirio a la sombra de un cedro.

— Subid a la galería—nos dijo Manasés—. Allí tendréis reposo y frescura.

Seguimos al patriota, y yo pregunté cautelosamente a Topsius quién era aquel viejo tan augusto.

— El Rabí Robam—murmuró con veneración mi docto amigo—. Una luz del Sanhedrín, fecundo y sutil entre todos, y confidente de Caifás.

Reverente, saludé tres veces al Rabí Robam, que se había sentado en un banco de mármol, pensativo, acogiendo sobre su amplio pecho ancestral la cabeza del niño, más rubia que los trigos de Joppé. Después continuamos andando por la galería sonora y clara: en su extremidad brillaba una suntuosa puerta de cedro con chapas de plata labrada; un pretoriano de Cesárea la guardaba somnoliento, apoyado en su alto escudo de mimbre. Conmovido, me acerqué a la balaustrada. ¡Y mis

ojos mortales encontraron allá abajo la forma encarnada de mi Dios!

Pero ¡oh rara sorpresa del alma variable! ¡No sentí éxtasis ni terror! Era como si de repente hubiesen huído de mi memoria largos, laboriosos siglos de la Historia y de Religión. No pensé que aquel hombre seco y moreno fuese el Redentor de la Humanidad. Inexplicablemente, me hallé anterior en los tiempos. Ya no era Teodorico Raposo, cristiano y doctor; diríase que mi individualidad se había perdido, a manera de un manto que resbala, en aquella carrera ansiosa desde la casa de Gamaniel. Toda la antigüedad de las cosas ambientes me penetrara, me rehiciera un ser. Yo también era un antiguo. Era Teodoricus, un lusitano llegado en una galera de las playas resonantes del Promontorio Magno, y que viajaba, siendo Tiberio emperador, por tierras tributarias de Roma. Y aquel hombre no era Jesús, ni Cristo, ni el Mesías, sino apenas un hombre de Galilea que, lleno de grandes sueños, desciende de su verde aldea para transfigurar todo un mundo y renovar todo un cielo, y encuentra en una esquina un Nethenim del Templo que lo amarra y trae al Pretor, cierta mañana de audiencia, entre un ladrón que robara en el camino de Sichem, y otro que anduviera a cuchilladas en una riña en Emath.

En un espacio con pavimento de mosaico, frente al solio donde se erguía la silla curul del pretor, bajo la loba romana, Jesús estaba en pie, con las manos en cruz y débilmente atadas por una cuerda que colgaba hasta el suelo. Un largo albornoz de lana gruesa, a rayas pardas, orlado de franjas azules, le cubría hasta los pies, calzados con sandalias ya gastadas por los caminos del desierto, y atadas con correas. No le ensangrentaba la cabeza esa corona inhumana de espinas, como yo había leído en los Evangelios: tenía un turbante blanco hecho de una larga tira de lino enrollada, cuyas puntas le pendían a cada lado sobre los hombros; un cordel lo ataba por debajo de la barba encaracolada y aguda. Los cabellos, secos, pasados por detrás de las orejas, le caían en rizos por la espalda; y en el rostro magro, requemado, bajo las cejas densas,

unidas en un solo trazo, negreaba con una profundidad infinita el resplandor de sus ojos. No se movía, fuerte y sereno, delante del pretor. Sólo algún estremecimiento de las manos atadas delataba el tumulto de su corazón; y a veces respiraba largamente, como si su pecho, acostumbrado a los libres y claros aires de los montes y de los lagos de Galilea, se sofocase entre aquellos mármoles, bajo el palio romano, en la estrechez formalista de la ley.

A un lado, Sareas, miembro del Sanhedrín, que había dejado en el suelo su manto y su báculo dorado, iba desenrollando y leyendo una tira obscura de pergamino en un murmullo adormecedor y cantarín. Sentado en un escabel, el asesor romano, sofocado por el calor ya áspero del mes de Nizam, refrescaba con un abanico de secas hojas de hiedra la faz rasurada y blanca como un yeso; un escriba viejo y rollizo, en una mesa de piedra llena de tabularios y de reglas de chumbo, afilaba minuciosamente sus cálamos; y entre ambos, el intérprete, un fenicio imberbe, sonreía con las manos en la cintura, arqueando el pecho, donde llevaba pintado sobre la blusa de lino un papagayo bermejo. En torno al velario volaban constantemente palomas. Fué así como yo he visto a Jesús de Galilea, preso delante del pretor de Roma.

En tanto, Sareas, que había enrollado en torno a una barrita de hierro el pergamino obscuro, saludó a Pilatos, besó un anillo que llevaba en el dedo, para marcar en sus labios el sello de la verdad, e inmediatamente pronunció en griego una arenga llena de textos, verbosa y aduladora. Hablaba del tetrarca de Galilea, el noble Antipas; loaba su prudencia; celebraba a su padre Herodes el Grande, restaurador del templo... La gloria de Herodes llenaba la tierra; había sido terrible, y siempre fiel a los Césares. Su hijo Antipas era ingenioso y fuerte... Pero, reconociendo su sabiduría, Sareas se extrañaba de que el tetrarca se negase a confirmar la sentencia del Sanhedrín, que condenaba a Jesús a muerte... ¿No estaba aquella sentencia fundada en las leyes que diera el Señor? El justo Hannán había interrogado al Rabí, que enmudeciera en un

silencio ultrajante. ¿Era esa la manera de responder al sabio, al puro, al piadoso Hannán? Por eso un ciudadano, sin contenerse, abofeteara el rostro del Rabí... ¿Dónde estaba el respeto a los antiguos tiempos y la veneración al Pontificado?

Su voz extensa y hueca resonaba inacabable. Yo, aburrido, bostezaba. Bajo nosotros, dos hombres, sentados en las baldosas, comían dátiles de Bathabara, que traían en el sayo, y bebían de una calabaza. Pilatos, apoyada la barba en el puño, miraba somnolientamente sus borceguíes escarlata salpicados de estrellas de oro.

Y Sareas, ahora, proclamaba los derechos del templo. ¡Él era el orgullo de la nación, la morada elegida del Señor! César Augusto ofreciérale escudos y vasos de oro... Y ese templo, ¿cómo lo respetaba el Rabí? ¡Amenazando destruirlo! «¡Yo destruiré el templo de Jehovah y lo reedificaré en tres días!» Testigos puros, oyendo esta ruda impiedad, se habían cubierto la cabeza de ceniza para aplacar la cólera del Señor... ¡La blasfemia arrojada contra el santuario subía hasta el seno de Dios!...

Bajo el velario, los fariseos y los escribas, los Nethenims del templo, esclavos sórdidos, susurraban como arbustos agrestes que un viento comienza a agitar. Y Jesús permanecía inmóvil, abstraídamente indiferente, con los ojos cerrados, como para aislar mejor su sueño continuo y hermoso, lejos de las palabras duras y vacías que lo manchaban. Entonces el asesor romano irguióse, dejó en el escabel su abanico de hojas, recogió con arte el manto forense, orlado de azul; saludó tres veces al pretor, y su mano delicada comenzó a accionar en el aire, haciendo rebrillar una joya.

— ¿Qué dice?...

— Cosas infinitamente hábiles — murmuró Topsius —. Es un pedante, pero tiene razón. Dice que el pretor no es un judío; que nada sabe de Jehovah ni le importan los profetas que se alzan contra Johovah; y que la espada de César no venga dioses que no protegen a César... ¡El romano es ingenioso!

Sofocado, el asesor dejóse caer lánguidameute en el esca-

bel, y entonces Sareas volvió a arengar, sacudió los brazos hacia la multitud de los fariseos, como para invocar su protesta, refugiándose en su fuerza. Ahora, más retumbante, acusaba a Jesús, no de su revuelta contra Jehovah y el templo, sino de sus pretensiones como príncipe de la casa de David. Toda la gente, en Jerusalén, le había visto, hacía cuatro días, entrar por la puerta de Oro, en un engañoso triunfo, entre palmas verdes, rodeado de una multitud de galileos, que gritaban: «¡Hosanna al hijo de David! ¡Hosanna al rey de Israel!...»

— ¡Él es el hijo de David, que viene para volvernos mejores! — gritó a lo lejos la voz de Gad, llena de persuasión y de amor.

Mas de pronto, Sareas dejó caer a lo largo del cuerpo los brazos, mudo y más tieso que una lanza. El escriba romano, de pie, con los puños apoyados en la mesa, inclinaba el cuerpo, reverente y rollizo; el asesor sonreía atento. Era que el pretor iba a interrogar al Rabí; y yo, temblando, vi cómo un legionario empujaba a Jesús, que alzó la faz...

Inclinándose levemente hacia el Rabí, con las manos abiertas, que parecían soltar, dejar caer, todo interés por ese pleito ritual de sectarios sutiles, Poncio murmuró tedioso e incierto:

— Eres tú, entonces, el rey de los judíos... Los de tu nación te traen aquí... ¿Qué has hecho tú?... ¿Dónde es tu reino?

El intérprete, enfatuado, perfilado junto al solio de mármol, repitió muy alto estas palabras en la antigua lengua hebraica de los Libros Santos; y como el Rabí permanecía silencioso, las gritó en el habla caldaica que se usa en Galilea.

Entonces Jesús dió un paso. Yo oí su voz. Era clara, segura, dominadora y serena:

— ¡Mi reino no es de aquí! ¡Si por voluntad de mi Padre fuese yo rey de Israel, no estaría delante de ti con esta cuerda en las manos!... ¡Mas mi reino no es de este mundo!

Un grito atronó, desesperado:

— ¡Libradlo, entonces, de este mundo!

Como leña seca que una chispa inflama, el furor de los fariseos y de los servidores del templo estalló, crepitando, en clamores impacientes:

— ¡Crucificadle! ¡Crucificadle!

Pomposamente, el intérprete repetía en griego al pretor los gritos tumultuosos, lanzados en la lengua siria que habla el pueblo en Judea... Poncio golpeó con el pie sobre el mármol. Los dos lictores levantaron al aire las varas, rematadas en una figura de águila. El escriba gritó el nombre de Cayo Tiberio, y entonces los brazos amenazadores se bajaron, y pasó como un terror ante la majestad del pueblo romano.

De nuevo Poncio habló, lento y vago:

— Dices que eres rey... Y ¿qué vienes a hacer aquí?

Jesús dió otro paso hacia el pretor. Su sandalia pisó fuertemente sobre las losas, como si tomase posesión suprema de la tierra. Y lo que salió de sus labios trémulos me pareció fulgurar, vivo en el aire, como el resplandor que salió de sus ojos negros.

— Yo vine a este mundo a testimoniar la verdad. ¡Quien desee la verdad, quien quisiera pertenecer al reino de la verdad, tiene que escuchar mi voz!

Pilatos lo miró un momento, pensativo; después, encogiéndose de hombros:

— Pero, hombre, ¿qué es la verdad?

Jesús de Nazareth enmudeció; y en el Pretorio se esparció un silencio, como si todos los corazones hubiesen quedado suspensos, llenos súbitamente de incertidumbre...

Entonces, Pilatos, recogiendo despacio su amplia toga, descendió los cuatro escalones de bronce; y precedido de los lictores, y seguido del asesor, penetró en el palacio, entre el rumor de armas de los legionarios, que lo saludaban batiendo el hierro de las lanzas sobre el bronce de los escudos. Inmediatamente elevóse por todo el patio un áspero y ardiente susurro, como de abejas irritadas. Sareas peroraba blandiendo el báculo entre los fariseos, que apretaban las manos llenos de terror. Otros, desviados, cuchicheaban sombríamente. Un gigan-

tesco viejo, con un manto negro que ondeaba al viento, corría angustiado hacia el Pretorio por entre los que dormían al sol, por entre los vendedores de panes ácimos, gritando: «¡Israel está perdido!» Levitas fanáticos arrancaban las borlas de las túnicas como en una calamidad pública.

Gad surgió ante nosotros, irguiendo los brazos triunfantes:

— ¡El pretor es justo y liberta al Rabí!...

Y con la faz radiante, nos revelaba la dulzura de su esperanza. El Rabí, apenas libre, dejaría Jerusalén, donde las piedras eran menos duras que los corazones. Sus amigos, armados, le esperaban en Bethania; y partirían al salir la luna para el oasis de Engaddí. Allí estaban los que le amaban. ¿No era Jesús el hermano de los essenios? Como ellos, el Rabí predicaba el desprecio de los bienes terrenales, la ternura hacia los que son pobres, la incomparable belleza del reino de Dios...

Yo, crédulo, me regocijaba, cuando un tumulto invadió la galería que un esclavo acababa de regar. Era el bando obscuro de los fariseos, en marcha para el banco de piedra, donde Rabí Robam conversaba con Manasés, enrollando dulcemente en los dedos los cabellos del niño, más dorados que los trigos. Topsius y yo corrimos hacia la turba intolerante. Ya Sareas, en el medio, inclinado, pero con la firmeza de quien amenaza, decía:

— ¡Rabí Robam, es necesario que vayas a hablar al pretor y a salvar nuestra ley!

Entonces, de todos lados, fué un suplicar ansioso:

— ¡Rabí, habla al pretor! ¡Rabí, salva a Israel!

Lentamente erguíase el viejo, majestuoso como un gran Moisés. Y delante de él un levita, muy pálido, doblaba las rodillas y murmuraba temblando:

— ¡Rabí, tú eres justo, sabio, perfecto y fuerte delante del Señor!

Rabí Robam levantó las dos manos abiertas hacia el cielo, y todos se inclinaron, como si el espíritu de Jehovah, obedeciendo la muda invocación, hubiese descendido para llenar

aquel corazón justo. Después, con la mano del niño en la suya, se puso a caminar en silencio; tras él, la turba producía un rumor de sandalias flojas sobre las losas de mármol.

Nos detuvimos, aglomerados, delante de la puerta de cedro, donde el pretoriano había cruzado la lanza, después de golpear las argollas de plata. Los pesados goznes rechinaron; un tribuno del palacio acudió, llevando en la mano un largo sarmiento de vid. En el interior había una fría sala, mal alumbrada, severa, con los muros decorados de estucos obscuros. En el centro, alzábase pálidamente una estatua de Augusto, con el pedestal cubierto de coronas de laurel y de ramos votivos; dos grandes candelabros de bronce dorado relucían en los rincones, en la sombra.

Ninguno de los judíos entró, porque pisar en día pascual un suelo pagano era cosa impura ante el Señor. Sareas anunció altivamente al tribuno que «algunos de la nación de Israel, a la puerta del palacio de sus padres, estaban esperando al pretor». Después pesó un silencio lleno de ansiedad...

Mas dos lictores avanzaron; y detrás, caminando a pasos largos, con la vasta toga recogida contra el pecho, apareció Pilatos.

Todos los turbantes se inclinaron, saludando al procurador de Judea. Él se había detenido junto a la estatua de Augusto, y como repitiendo el gesto noble de la figura de mármol, extendió la mano, que empuñaba un pergamino enrollado, y dijo:

— ¡Que la paz sea con vosotros y con vuestras palabras!... ¡Hablad!

Sareas, vocal del Sanhedrín, adelantándose, declaró que sus corazones venían en verdad llenos de paz... Pero, habiendo el pretor dejado el Pretorio sin confirmar ni anular la sentencia del Sanhedrín que condenaba a Jesús-ben-José, se hallaban como el hombre que ve la uva en la viña, suspendida, sin secar y sin madurar.

Poncio me pareció penetrado de equidad y de clemencia.

— Interrogué a vuestro preso—dijo él—, y no hallé en él culpa alguna que deba castigar el procurador de Judea... An-

tipas Herodes, que es prudente y fuerte, que practica vuestra ley y ora en vuestro templo, le interrogó también, y ninguna culpa le encontró... Ese hombre dice apenas palabras incoherentes, como los que hablan en sueños... Pero sus manos están limpias de sangre; no oí que escalase el muro de su vecino... César no es un amo inexorable... Ese hombre es apenas un visionario.

Entonces, con un sombrío murmullo, todos retrocedieron, dejando al Rabí Robam solo en el umbral de la sala romana. Un brillo de joya temblaba en la punta de su tiara, y sus canas, cayendo sobre los amplios hombros, le coronaban de majestad como la nieve a los montes. Las azules franjas de su suelto manto rozaban las baldosas en derredor de él. Despacio, sereno, como si explicase la Ley a sus discípulos, levantó la mano y dijo:

— Oficial de César, Poncio, muy justo y muy sabio: el hombre que tú llamas visionario, hace años que ofende todas nuestras leyes, y blasfema contra nuestro Dios. Pero ¿cuándo lo hemos prendido nosotros, cuándo lo hemos traído nosotros? Solamente cuando lo vimos entrar en triunfo por la Puerta de Oro, aclamado como rey de Judea. Porque la Judea no tiene otro rey que Tiberio, y apenas un sedicioso se proclama contra el César, nos apresuramos a castigarle. Así hacemos nosotros, que no tenemos mandato de César ni cobramos de su erario; y tú, oficial de César, ¿no quieres que sea castigado el rebelde a tu amo?

El largo rostro de Poncio, que una somnolencia entontecía, relampagueó vivamente, rayado de sangre. Aquella tortuosidad habilidosa de judíos que, execrando a Roma, hacían ahora gala de un celo ruidoso por el César, para poder, en nombre de su autoridad, saciar un odio sacerdotal, trastornó la rectitud del romano, y la audaz amonestación se hizo intolerable a su orgullo. Desabridamente exclamó, con un gesto que los repelía:

— Basta. Los procuradores de César no vienen a aprender a una colonia bárbara del Asia sus deberes para con el César.

Manassés, que a mi lado, ya impaciente, se mesaba la barba, alejóse con indignación. Yo temblé. Pero el soberbio Rabí prosiguió, más indiferente a la ira de Poncio, que al balar de un cordero al que arrastrase al ara:

— ¿Qué haría el procurador de César en Alejandría, si un visionario descendiere de Bubastes proclamándose rey del Egipto? Lo que tú no quieres hacer en esta tierra bárbara del Asia. ¿Tu amo te da a guardar una viña, y tú dejas que entren en ella y que la vendimien? ¿Para qué estás entonces en la Judea, para qué está la sexta legión en la torre Antonia? Pero nuestro espíritu es claro, y nuestra voz es, Poncio, bastante clara y alta para que César la oiga.

Poncio dió un lento paso hacia la puerta. Y con los ojos brillantes clavados en aquellos judíos que astutamente le iban enlazando en la trama sutil de sus rencores religiosos:

— Yo no recelo de vuestras intrigas - murmuró sordamente—. Elius Lamma es amigo mío... Y César me conoce bien.

— Tú ves lo que no está en nuestros corazones—dijo Rabí Robam, calmoso, como si conversase a la sombra de su vergel—. Pero nosotros bien vemos lo que está en el tuyo, Poncio. ¿Qué te importa a ti la vida o la muerte de un vagabundo de Galilea?... Si tú no quieres, como dices, vengar dioses cuya divinidad no respetas, ¿cómo puedes querer salvar a un profeta en cuyas profecías no crees?... Tu intención maliciosa es otra, romano. Tú quieres la destrucción de Judá.

Un estremecimiento de cólera, de devota pasión, agitó a los fariseos; algunos tentaron su pecho sobre la túnica, como buscando un arma. Y Rabí Robam continuaba denunciando al pretor con severidad y lentitud:

— Tú quieres dejar impune al hombre que predicó la insurrección, declarándose rey de una provincia de César, para tentar, por la impunidad, otras ambiciones más fuertes, y llevar otro Judas de Gamala a atacar las guarniciones de Samaria. Así preparas un pretexto para abatir sobre nosotros la espada imperial y apagar completamente la vida nacional de la Judea. Tú quieres una sublevación para ahogarla en san-

gre y presentarte después a César como soldado victorioso, administrador sabio, digno de un proconsulado o de un Gobierno en Italia. ¿Es a eso a lo que llamáis la fe romana? Yo no estuve en Roma, pero sé que a eso se llama allí la fe púnica... No nos supongas, sin embargo, tan sencillos como un pastor de Idumea. Nosotros estamos en paz con César, y cumplimos nuestro deber condenando al hombre que se sublevó contra César... ¿Tú no quieres cumplir el tuyo, confirmando esa condena? Está bien. Mandaremos emisarios a Roma, llevando nuestra sentencia y tu recusación, y salvando ante César nuestra responsabilidad; mostraremos a César cómo procede en la Judea aquel que representa la ley del imperio... Y ahora, pretor, puedes volver al Pretorio.

— Y acuérdate de los escudos votivos—gritó Sareas—. Tal vez veas, nuevamente, a quién da César la razón.

Poncio inclinó la cabeza, perturbado. Seguramente imaginaba ya ver allá, en una clara terraza junto al mar de Capreia, a Sejanius, Cesonius, a todos sus enemigos, hablando al oído de Tiberio y mostrándole a los emisarios del Templo... César, desconfiado y siempre inquieto, sospecharía un pacto entre él y ese «rey de los judíos» para sublevar una rica provincia imperial... y así, su justicia, y el orgullo de mantenerla, podían costarle el proconsulado de la Judea. Orgullo y justicia fueron entonces en su débil alma como olas, altas un momento, que una sobre otra se abaten, se deshacen. Llegó hasta el umbral de la puerta, despacio, abriendo los brazos, como llevado por un impulso magnánimo de conciliación, y comenzó a decir, más blanco que su toga:

— Hace siete años que gobierno la Judea. ¿Me encontrasteis jamás injusto o infiel a las promesas juradas?... Ciertamente, vuestras amenazas no me conmueven... César me conoce bien... Pero entre nosotros, para provecho de César, no debe haber desacuerdos... Siempre os hice concesiones. Más que ningún otro procurador, desde Coponius, he respetado vuestras leyes... Cuando vinieron los dos hombres de Samaria a profanar vuestro Templo, ¿no les condené al suplicio?

Entre nosotros no debe haber disensiones ni palabras amargas...

Vaciló un momento; después, frotándose lentamente las manos, y sacudiéndolas, como si las hubiese mojado en un agua impura:

— ¿Queréis la vida de ese visionario? ¿Qué me importa? Tomadla... ¿No os basta la flagelación? ¿Queréis la cruz? Crucificadlo... mas no soy yo quien derrama esa sangre.

El levita macilento gritó apasionadamente:

— Somos nosotros; y que esa sangre caiga sobre nuestras cabezas.

Y algunos se estremecieron, creyentes en que todas las palabras tienen un poder sobrenatural, y tornan vivas las cosas pensadas.

Poncio abandonó la sala; el decurión, saludando, cerró la puerta de cedro. Entonces el Rabí Robam se volvió, sereno, resplandeciente como un justo, y adelantándose entre los fariseos que se inclinaban para besarle las franjas de la orla de la túnica, murmuraba con una grave dulzura:

— Antes sufra un solo hombre que un pueblo entero.

Enjugando las gotas de sudor, con que la emoción me humedeciera la cabeza, caí, trémulo, sobre un banco. Y al través de mi abandono, confusamente, distinguía en el Pretorio dos legionarios de flojo cinturón bebiendo en una gran escudilla de hierro que un negro iba llenando, con el odre sostenido en sus hombros; más cerca, una mujer bella y fuerte, sentada al sol con los hijos colgados de los pechos desnudos; lejos, un pastor envuelto en pieles, riendo y mostrando su brazo manchado de sangre. Después cerré los ojos; un momento pensé en la vela que había dejado en la tienda, ardiendo, junto a mi catre, humosa y roja; por fin me envolvió un sueño ligero... Cuando desperté, la silla curul permanecía vacía, con la almohada de púrpura delante, sobre el mármol, gastada, hundida por los pies del pretor; y una multitud más densa llenaba en un largo rumor de campamento el viejo atrio de Herodes. Eran hombres rudos con cortas capas de estameña, su-

cias de polvo, como si hubiesen servido de tapices sobre las losas de una plaza. Algunos traían balanzas en la mano, jaulas de palomas; y las mujeres que les seguían, sórdidas y macilentas, gritaban de lejos, con el brazo estremecido, maldiciones al Rabí. Otros, mientras tanto, caminando en la punta de las sandalias, pregonaban en voz baja los objetos ínfimos y ricos que llevaban en su seno, entre los pliegues de los sayones: granos de avena tostada, pomos de ungüento, corales, brazaletes de filigrana de Sidrón... Interrogué a Topsius, y mi docto amigo, limpiando los lentes, me explicó que eran los mercaderes contra quienes Jesús, en la víspera de Pascua, irguiendo un látigo, reclamó la estrecha aplicación de la ley que prohibía tráficos profanos en el Templo, fuera de los pórticos de Salomón...

— Otra imprudencia del Rabí, don Raposo—murmuró con ironía el fino historiador.

Entretanto, como era la sexta hora judaica y había terminado el trabajo, iban entrando obreros de las tintorerías vecinas, manchados de escarlata o de azul; escribas de las sinagogas, apretando debajo del brazo sus tabletas; jardineros con la hoz al hombro, el ramo de arrayán en el turbante; sastres con una larga aguja de hierro pendiendo de la oreja... Músicos fenicios afinaban las arpas en un rincón y arrancaban suspiros de sus flautas de barro; y delante de nosotros rondaban dos prostitutas griegas de Tiberiades, con pelucas amarillas, enseñando la punta de la lengua y sacudiendo la túnica que exhalaba un olor de mejorana. Los legionarios, con las lanzas cruzadas sobre el pecho, formaban un cerco de hierro en torno de Jesús; yo ahora apenas podía distinguir al Rabí al través de aquella multitud susurrante en que las consonantes ásperas de Moab y del desierto entrechocaban sobre la grave dulzura del habla caldea... Bajo la galería tilintaba una campanilla triste. Era un hortelano que ofrecía en un serón de esparto, colocados sobre hojas de parra, entreabiertos higos de Bephtagé. Debilitado por las emociones, le pregunté, inclinado sobre el parapeto, el precio de aquel regalo de los

vergeles que los Evangelios tanto alaban. Y el hombre, riendo, alargó los brazos como si hallase al esperado de su corazón:

— Entre yo y tú, hombre generoso que vienes de más allá del mar, ¿qué son estos pobres higos? Jehovah manda que los hermanos cambien presentes y bendiciones. Estos frutos los cogí en el huerto uno a uno a la hora en que el día nace en el Hebrón; son suculentos y consoladores; podrían ser servidos en la mesa de Hannán... pero ¿qué valen vanas palabras entre tú y yo, si nuestros pechos se entienden? Toma estos higos, los mejores de Siria, y que el Señor cubra de bienes a aquella que te ha criado.

Yo sabía que esta oferta era una cortesía consagrada en compras y ventas desde el tiempo de los patriarcas. Cumplí también el ceremonial; declaré que Jehovah, el muy fuerte, me ordenaba que con el dinero acuñado por los príncipes pagase los frutos de la tierra... Entonces el hortelano bajó la cabeza, cedió al mandato divino, y posando el cesto en las baldosas, tomando un higo en cada una de sus manos negras y llenas de tierra:

— En verdad—exclamó—, Jehovah es el más fuerte. Si él lo manda, yo debo poñer uñ precio a estos frutos de su bondad, más dulces que los labios de la esposa. Justo es, pues, hombre generoso, que por estos dos que me llenan las palmas, tan perfumados y frescos, me des un buen *traphik*.

¡Oh Dios magnífico de Judá! El verboso hebreo reclamaba por cada higo cien reis de la moneda de mi patria. Le grité: «¡Larga, ladrón!» Después, goloso y tentado, le ofrecí un dracma por todos los higos que cupiesen en el amplio forro de uñ turbante. El hombre llevó las manos al pecho para despedazar su túnica en la inmensidad de su humillación. E iba a invocar a Jehovah, Elías y a todos los profetas, sus patronos, cuando el sapiente Topsius, enojado, intervino secamente, mostrándole un menudo disco de hierro que tenía por cuño un lirio abierto:

— En verdad, Jehovah es grande, y tú eres ruidoso y vacío como un odre lleno de viento. Por todos los higos del cesto te doy este *meah*. Y si no quieres, conozco el camino de los

huertos tan bien como el del Templo, y sé dónde las dulces aguas de Enrogel bañan los mejores plantíos... ¡Vete!

El hombre, luego, trepando rápidamente al balaustre de mármol, llenó de higos un extremo del albornoz que yo le había extendido, enfadado y digno. Después, descubriendo los dientes blancos, murmuró risueñamente que nosotros éramos más benéficos que el rocío del Carmelo.

Sabrosa y rara me parecía aquella merienda de higos de Bephtagé en el palacio de Herodes. Pero, apenas nos habíamos acomodado con la fruta en el regazo, reparé allá abajo en un viejecito magro, que clavaba en nosotros humildemente unos ojos nublados, doloridos y llenos de cansancio. Compadecido iba a echarle higos y una moneda de plata de los Ptolomeos, cuando él, rebuscando con la mano trémula en los harapos, que mal le velaban el pecho velludo, me alargó con una sonrisa blanda una piedra que relucía. Era una placa oval de alabastro que tenía grabada una imagen del Templo. Y mientras Topsius la examinaba doctamente, el viejo fué sacando del seno otras piedras de mármol, de ónix, de jaspe, con reproducciones del Tabernáculo en el desierto; los nombres de las tribus grabados, y figuras confusas en relieve simulando las batallas de los macabeos... Después esperó con los brazos cruzados; y en su pobre rostro, enflaquecido por los cuidados, brillaba la ansiedad, como si de nosotros esperase solamente misericordia y descanso.

Topsius dedujo que el viejo era uno de esos guebros, adoradores del fuego y hábiles en las artes, que van descalzos hasta el Egipto con antorchas encendidas a salpicar sobre la Esfinge la sangre de un gallo negro. El viejo negó horrorizado, y tristemente murmuró su historia. Era un cantero de Naim que había trabajado en el Templo y en las construcciones que Antipas Herodes alzaba en Bezetha. El látigo de los intendentes le había rasgado la carne; después la enfermedad le había quitado las fuerzas, como la helada seca el manzano. Y ahora, sin trabajo, con los hijos de su hija a quien alimentar, buscaba piedras raras en los montes, y grababa en ellas nombres

santos, sitios santos, para vender en el Templo a los fieles. ¡En vísperas de Pascua había venido, no obstante, un Rabí de Galilea, lleno de cólera, que le había quitado su pan!...

— ¡Aquél!—balbuceó sofocado, extendiendo la mano hacia el lado de Jesús.

Yo protesté. ¿Cómo le podría haber venido la injusticia y el dolor de ese Rabí de corazón divino que era el mejor amigo de los pobres?

— ¿Entonces vendías en el Templo? — preguntó el pulido historiador de los Herodes.

— Sí—suspiró el viejo—; era allí, por las fiestas, donde ganaba el pan de todo el año. En esos días subía al Templo, ofrecía mis preces al Señor, y junto a la puerta de Suza, delante del Pórtico del Rey, extendía mi estera y disponía mis piedras que brillaban al sol... Verdaderamente yo no tenía derecho a poner tienda allí; pero ¿cómo podría yo pagar al Templo el alquiler de un terreno enlosado para vender el trabajo de mis manos? Todos los que pregonan a la sombra, debajo del pórtico, sobre tableros de cedro, son mercaderes ricos que pueden pagar el tributo; algunos pagan un siclo de oro. Yo no podía, con las criaturas en casa, sin pan... Por eso permanecía en un rincón, fuera del pórtico, en el peor sitio. Allí estaba bien encogido, bien callado; ni aun me quejaba cuando hombres duros me empujaban o me pegaban con los bastones en la cabeza. Y a mi lado había otros pobres como yo: Eboim de Joppe, que ofrecía un aceite para hacer crecer el cabello; Oseas de Ramah, que vendía flautas de barro... Los soldados de la Torre Antonia, que hacen la ronda, pasaban delante de nosotros y desviaban la vista, fingiendo distracción. Hasta Menahem, que estaba casi siempre de guardia por Pascua, nos decía: «Permaneced mientras no pregonéis alto.» Porque todos sabían que éramos pobres, que no podíamos pagar el terreno enlosado, y que teníamos en nuestras casas pequeñuelos con hambre... En Pascua y en los tabernáculos vienen peregrinos a Jerusalén de lejanas tierras, y todos me compraban una imagen del Templo para enseñar en su al-

dea, o una de las piedras de luna que espantan al demonio... A veces, al final del día, había ganado tres dracmas, llenaba el sayo de lenteja y descendía a mi choza alegre, cantando los loores del Señor...

Yo, enternecido, había olvidado la merienda. Y el viejo desahogaba sus largos resentimientos:

— Pero he aquí que hace días ese Rabí de Galilea aparece en el Templo lleno de palabras de cólera; alzó el cayado y arremetió sobre nosotros, clamando que aquella «¡era la casa de su padre, y que nosotros la profanábamos!», y dispersó todas mis piedras, que nunca más vi, y que eran el pan de los míos. Rompió en las losas los vasos de aceite de Eboim de Joppe, que no gritaba, espantado. Acudieron los guardianes del Templo. Menahem acudió también, y, con indignación, dijo al Rabí: «Eres bien duro con los pobres. ¿Cuál es tu autoridad?» Y el Rabí habló «de su padre», e invocó contra nosotros la ley severa del Templo. Menahem bajó la cabeza... Y nosotros tuvimos que huír entre la rechifla de los mercaderes ricos, que, bien sentados en sus tapices de Babilonia, y con su enlosado bien pagado, aplaudían al Rabí... ¡Ah! ¡Contra ésos el Rabí nada podía decir; eran ricos y habían pagado!... Y ahora... heme aquí. Mi hija, viuda y enferma, no puede trabajar, acurrucada en un rincón entre sus harapos; y los hijos de mi hija, aún pequeñitos, tienen hambre, miran para mí, me ven tan triste y no lloran. ¿Y qué hice yo? Siempre fuí humilde; cumplo con el sábado; voy a la Sinagoga de Naim, que es la mía, y las raras migajas que sobraban de mi pan las juntaba para aquellos que ni migajas tienen en la tierra... ¿Qué mal hacía yo vendiendo? ¿En qué ofendía al Señor? Siempre, antes de extender la estera, besaba las losas del Templo; cada piedra era purificada por las aguas lustrales... En verdad, Jehovah es grande y sabe... ¡Pero yo fuí expulsado por el Rabí, solamente porque soy pobre!

Callóse, y sus manos flacas, tatuadas de líneas mágicas, temblaban, limpiando las abundantes lágrimas que le inundaban el rostro.

Golpeé mi pecho, desesperado, y toda mi angustia era porque Jesús ignorase esta desgracia, que, en la violencia de su espiritualismo, sus manos misericordiosas habían creado involuntariamente, como, a veces, la lluvia benéfica que, haciendo nacer la sementera, quiebra y mata una flor aislada. Entonces, para que no hubiese nada imperfecto en su vida, ni de ella quedase una queja en la tierra, pagué la deuda de Jesús —¡así su Padre perdone la mía! — echando sobre el sayo del viejo abundantes monedas, dracmas, crysos griegos de Philipo, áureos romanos de Augusto, hasta una gruesa moneda de Cirenaica, que yo estimaba por tener una cabeza de Zeus Amnón que parecía mi imagen. Topsius unió a este tesoro una lepta de cobre, que tiene en Judea el valor de un grano de maíz...

El viejo cantero de Naim empalidecía emociado. Después, con el dinero en un doblez del sayo, bien apretado contra el pecho, murmuró tímida y religiosamente, alzando los ojos, todavía húmedos, hacia las alturas:

— ¡Padre que estás en los cielos, acuérdate de la faz de este hombre que me dió el pan de muchos días!

Y, sollozando, se perdió entre la turba que ahora afluía de todo el atrio, rumorosamente, y se agrupaba en torno a los mástiles altos del velario. Apareció el escriba, aún más rojo, y limpiando los labios. Al lado del Rabí y de los guardianes del Templo, Sareas vino a colocarse apoyado en su báculo. Después, entre un brillo de armas, surgieron las varas blancas de los lictores. Nuevamente Poncio, pálido y pesado, con su amplia toga, subió los peldaños de bronce, ocupando el asiento curul.

Reinó un silencio tan profundo que se oían, tocando a lo lejos, las trompetas de la Torre Mariana. Sareas desenrolló su obscuro pergamino y lo extendió sobre la mesa de piedra entre las tablillas, y yo vi las manos gordas y pesadas del escriba trazar una rúbrica y estampar un sello bajo las líneas rojas que condenaban a muerte a Jesús de Galilea, mi Señor... Después Poncio Pilatos, con una dignidad indolente, irguien-

do de un modo leve su brazo desnudo, confirmó en nombre de César la «sentencia del Sanhedrín que juzga en Jerusalén...»

Inmediatamente Sareas atrajo sobre el turbante una punta del manto y permaneció orando, con las manos abiertas hacia el cielo. Los fariseos triunfaban; junto a nosotros dos viejos mesábanse en silencio las barbas blancas; otros agitaban en el aire los bastones, o lanzaban sarcásticamente la exclamación forense de los romanos: *¡Bene et belle! ¡Non potest melius!*

De súbito el intérprete apareció encima de un escabel, ostentando sobre el pecho su papagayo flamante. La turba había enmudecido sorprendida. Y el fenicio, después de haber consultado con el escriba, sonrió y gritó en caldeo, extendiendo los brazos cargados de pulseras de coral:

— ¡Escuchad! En vuestra fiesta de Pascua el Pretor de Jerusalén acostumbra, desde que Valerius Gratus así lo determinó, y con el beneplácito de César, perdonar a un criminal... El Pretor os propone el perdón de éste... Escuchad aún. Vosotros tenéis también el derecho de escoger entre los condenados... El Pretor tiene en su poder en las ergástulas de Herodes otro sentenciado a muerte...

Vaciló, e, inclinado en el escabel, interrogó de nuevo al escriba, que revolvía en un tráfago de papiros y de tablillas. Sareas, sacudiendo la punta del manto que le ocultaba en su oración, miraba asombrado para el Pretor, con las manos abiertas en el aire. Mas ya el intérprete vociferaba, alzando más la faz risueña:

— Uno de los condenados es el Rabí Jeschoua, que ahí tenéis, y que se dice hijo de David... Ese es el que propone el Pretor. El otro, endurecido en el mal, fué preso por haber dado muerte, traidoramente, a un legionario en una riña cerca de Xistus. Su nombre es Bar-Abbás... ¡Escoged!

Un grito brusco y enronquecido salió de entre los fariseos:

— ¡Bar-Abbás!

Aquí y allí, por el atrio, resonó confusamente el nombre de Bar-Abbás. Y un esclavo del Templo, de sayo amarillo, acer-

cándose hasta los peldaños del solio, rompió a gritar, frente a Poncio, dándose palmadas furiosas en los muslos:

— ¡Bar-Abbás! ¡Oyelo bien! ¡Bar-Abbás! ¡El pueblo sólo quiere a Bar-Abbás!

La lanza de un legionario le hizo rodar por las losas. Pero ya toda la multitud, más ligera y fácil de inflamar que un montón de paja, aclamaba a Bar-Abbás; unos, con furor, golpeando las sandalias y los cayados con puntas de hierro como si quisiesen destruir el Pretorio; otros, de lejos, tirados al sol, indolentes y levantando un dedo. Los vendedores del Templo, rencorosos, sacudiendo las balanzas de hierro y repicando campañillas, gritaban, entre maldiciones al Rabí: «¡Bar-Abbas es el mejor!» Hasta las prostitutas de Tiberiades, pintadás de bermellón, como ídolos, herían el aire con gritos sibilantes:

— ¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás!

Casi nadie conocía allí a Bar-Abbás; muchos, en verdad, no odiaban al Rabí; mas todos engrosaban el tumulto rápidamente, sintiendo en esa absolución del preso que atacara a los legionarios como un ultraje al Pretor romano, togado y augusto en su tribunal. Poncio, entretanto, indiferente, trazaba letras en una gran hoja de pergamino colocada sobre sus rodillas. Y en torno, los clamores disciplinados resonaban cadenciosos como mazos en una era:

— ¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás! ¡Bar-Abbás!

Entonces Jesús, mansamente, volvióse hacia aquel populacho duro y rebelde que lo condenaba: y en sus refulgentes ojos humedecidos, en el fugitivo temblor de sus labios, sólo apareció en ese instante una aflicción misericordiosa, por la inconsciencia de los hombres, que así empujaban a la muerte a su mejor amigo... Con las manos atadas limpióse una gota de sudor, después quedó delante del Pretor tan imperturbable y callado como si ya no perteneciese a la tierra.

El escriba, batiendo tres veces con una regla de hierro en la mesa de piedra, impuso silencio en nombre del César. El ardiente tumulto agonizaba. Poncio irguióse, y grave, sin de-

mostrar impaciencia ni cólera, pronunció, alzando la mano, el mandato final:

— ¡Id y crucificadle!

Descendió del estrado; la turba aplaudía ferozmente.

Ocho soldados de la cohorte siriaca aparecieron pertrechados, en marcha, con los escudos revestidos de lona, las armas envainadas y la cantimplora a un lado. Sareas, vocal del Sanhedrín, tocando en el hombro a Jesús, lo entregó al Decurión; un soldado le aflojó las cuerdas, otro le despojó del albornoz de lana, y vi al dulce Rabí de Galilea dar su primer paso hacia la muerte.

Apresurados, liando un cigarrillo, dejamos el palacio de Herodes por un pasaje que el docto Topsius conocía, lóbrego y húmedo, con estrechas ventanas enrejadas, de donde salía un canto triste de esclavos encarcelados... Salimos a una plaza abrigada por el muro del jardín, todo plantado de cipreses. Dos dromedarios echados en el polvo rumiaban junto a un montón de hierbas recién cortadas. El grave historiador tomaba ya el camino del templo, cuando bajo las ruinas de un arco cubierto de hiedra vimos al pueblo apiñado en torno de un essenio, cuyas mangas de albo lino batían el aire como las alas de un pájaro irritado.

Era Gad, ronco de indignación, clamando contra un hombre flaco, de barba rala y rubia, con gruesas argollas de oro en las orejas, que, temblando, balbucía:

— No fuí yo, no fuí yo...

— ¡Fuiste tú!—gritaba el essenio clavando la sandalia en tierra—. ¡Te conozco bien! ¡Tu madre es cardadora en Capharnaum, y maldita sea por la leche que te dió!...

El hombre retrocedía, bajando la cabeza, como un animal acorralado.

— ¡No fuí yo! ¡Yo soy Rephaim, hijo de Eliesar de Ramah! Siempre me han conocido todos sano y fuerte como la palmera nueva.

— Torcido e inútil eras tú como un sarmiento viejo de vid, ¡perro!, ¡hijo de perro!—gritó Gad—. Te he visto bien... ¡Fué en Capharnaum, en la calle donde está la fuente, junto a la

Sinagoga, cuando tú te acercaste a Jesús, Rabí de Nazareth! Le besabas las sandalias y decías: «¡Rabí, cúrame! ¡Rabí, mira esta mano que no puede trabajar!» Y le mostrabas la mano, ésa, la derecha, seca, enflaquecida y negra, como la rama desgajada del tronco! Era el Sabat, estaban los tres jefes de la Sinagoga, y Eleazar y Simeón... Y todos miraban a Jesús para ver si él osaría curarte en el día del Señor... Tú llorabas de hinojos en el suelo. ¿Te rechazó, por acaso, el Rabí? ¿Te mandó buscar la raíz de baraz? ¡Ah, perro! ¡Hijo de perros! El Rabí, indiferente a las acusaciones de la Sinagoga, y sólo escuchando a su misericordia, te dijo: «¡Extiende la mano!» La tocó, y la mano reverdeció como la planta regada por el rocío del cielo. Estaba sana, fuerte, firme, y tú movías ora un dedo, ora otro, espantado y temblando.

Un murmullo de arrobo recorrió la multitud, maravillada por el dulce milagro, y el essenio exclamó con los brazos trémulos en el aire:

— ¡Así fué la caridad del Rabí! ¿Te alargó, acaso, la punta del manto, como hacen los Rabís de Jerusalén, para que depositases dentro un siclo de plata? No. Dijo a sus amigos que te diesen de sus provisiones de lenteja... Y tú echaste a correr por el camino, fortalecido y ágil, hacia tu casa, gritando: «¡Oh madre, estoy curado!...» Y fuiste tú, puerco, hijo de puerco, el que hace poco, en el Pretorio, pedía la cruz para el Rabí y aclamaba a Bar-Abbás! No niegues, boca inmunda; yo te oí; estaba detrás de tí y veía cómo se te hinchaban las cuerdas del pescuezo con el furor de tu ingratitud!

Algunos, escandalizados, gritaban: «¡Maldito! ¡Maldito!» Un viejo, con justiciera gravedad, cogió dos grandes piedras. Y el hombre de Capharnaum, encogido y amedrentado, aún rumió sordamente:

— ¡No fuí yo! ¡No fuí yo!... Yo soy de Ramah.

Gad, furioso, lo agarró por las barbas.

— En ese brazo, cuando te remangaste delante del Rabí, todos vieron dos cicatrices curvas como de dos golpes de hoz... ¡Y ahora vas a mostrarlas, perro, hijo de perro!

Le despedazó la manga de la túnica nueva, y arrastrándolo en derredor, apretándole con fuerza entre sus manos de bronce, enseñó bien las dos cicatrices, lívidas, entre el vello rubio, y así lo lanzó despreciativamente sobre la multitud, que, levantando una gran polvareda, persiguió al hombre de Capharnaum con palos y piedras...

Nos acercamos a Gad sonriendo, alabando su fidelidad a Jesús. Él, ya calmado, había extendido las manos a un vendedor de agua, que se las purificaba con un largo chorro de su odre felpudo; después, limpiándolas en la toalla de lino que le pendía del cinto:

— ¡Escuchad! José de Ramatha reclamó el cuerpo del Rabí, y el Pretor se lo concedió... Esperadme a la hora nona en el patio de Gamaliel... ¿Adónde vais?

Topsius confesó que íbamos al templo por motivos intelectuales de arte, de arqueología...

— ¡Vano es aquel que admira piedras!—murmuró el altivo idealista.

Y separóse, echándose el capuz sobre la faz, entre las bendiciones del pueblo, que cree y ama a los essenios.

Para evitarnos, hasta llegar al Templo, la ruda caminata a través del tiropeo por la puente del Xistus, tomamos dos literas, de las que un liberto de Poncio ofrecía junto al Pretorio, a la moda de Roma.

Cansado, me estiré con las manos bajo la nuca en el colchón de hojas secas, que olía a arrayán, y lentamente comenzó a invadirme el alma una inquietud extraña, temerosa, que ya en el Pretorio me había rozado levemente como el ala erizada de un ave agorera... ¿Iba yo a quedar para siempre en esta ciudad fuerte de los judíos? ¿Había perdido irremediablemente mi individualidad de Raposo, de católico y de bachiller contemporáneo del *Times* y del gas de alumbrado, para tornarme un hombre de la antigüedad clásica, contemporáneo de Tiberio? Y dado este mirífico retroceso en los

tiempos, si volviese a mi patria, ¿qué encontraría a la orilla del río claro?

Seguramente encontraría una colonia romana, y en la falda de la colina más fresca un edificio de piedra habitado por el procónsul; al lado, un pequeño templo de Apolo o de Marte cubierto de losas; en lo alto un campo atrincherado donde estarían los legionarios, y alrededor la villa lusitana diseminada, con sus caminos agrestes, sus cabañas de piedras sueltas, sus cobertizos para recoger el ganado y estacas clavadas en el lodo para que se amarren las balsas... Así encontraría mi patria. ¿Y qué haría allí, pobre solitario? ¿Sería pastor en los montes? ¿Barrería las grandes escaleras del Templo? ¿Partiría leña para las tropas, para ganar un salario romano?... ¡Miseria incomparable!

Mas si permaneciese en Jerusalén, ¿qué carrera seguiría en esta sombría y devota ciudad de Asia? ¿Me tornaría un judío, rezando el Schema, cumpliendo con el sábado, perfumando las barbas con nardo, yendo a emperezarme en los atrios del Templo, siguiendo las lecciones de un Rabí y paseando por las tardes con un bastón dorado en los jardines de Gareb entre los túmulos?... Y esta existencia monótona me parecía pavorosa... ¡No! De quedar encarcelado en el mundo antiguo con el doctísimo Topsius, deberíamos galopar en esta misma noche, al salir la luna, para Joppe; desde allí embarcar en cualquier embarcación fenicia que partiese para Italia, e ir a vivir a Roma, aunque fuese en una de las obscuras callejuelas del Velabro, en una de esas altas y humosas buhardillas, con doscientas escaleras que subir, con el aire viciado por los guisados de ajo e intestinos de animales, que escasamente duran dos calendas sin derrumbarse o arder.

Así me inquietaba cuando paró la litera; descorrí las cortinas, y vi ante mí el duro granito de la muralla del Templo. Penetramos bajo la bóveda de la puerta de Huldah, y permanecimos quietos mientras los guardianes del Templo arrancaban a un pastor, obstinado y rudo, el cayado armado de clavos con que quería entrar en el Santuario. El creciente rumor que ve-

nía de lejos, de los atrios, semejante a una selva o a un gran mar irritado, me atemorizaba...

Y al salir, por fin, de la bóveda estrecha, me agarré al brazo esquelético del historiador de los Herodes, deslumbrado y traspasado de terror. Un brillo de nieve y oro vibraba profusamente en el aire tibio, irradiado de los claros mármoles, de los granitos bruñidos, de los preciosos ornatos bañados por el divino sol de Nizan. Los lisos patios que yo, de mañana, había visto desiertos espejeando como el agua quieta de un lago, desaparecían ahora bajo el pueblo que los invadía, adornado y festivo. Los aromas mareaban, acres, emanados de las telas teñidas, de las resinas aromáticas y de la carne que se freía en las brasas. Sobre el denso ruido se percibían los roncos mugidos de los bueyes. Y constantemente los humos votivos desaparecían en la refulgencia del cielo...

— ¡Caramba!—murmuré asombrado—. ¡Estas son magnificencias que admiran!

Fuimos penetrando bajo los pórticos de Salomón, donde resonaba el profano tumulto de un mercado. Tras gruesas cajas enrejadas, se mostraban los cambistas con una moneda de oro pendiente de la oreja, entre las melenas sórdidas, trocando el dinero sacerdotal del Templo por monedas paganas de todas las regiones y de todas las edades: desde las macizas rodelas del viejo Lacio, más pesadas que broqueles, hasta los ladrillos grabados que circulaban como señal en las ferias de Asiria. Más adelante brillaba la frescura y abundancia de un pomar; las granadas, rajadas por la madurez, sobrecargaban las ramas de los árboles; hortelanos con un ramo de almendro preso en su gorro, pregonaban guirnaldas de anémonas o hierbas amargas de Pascua; jarras de leche pura mostrábanse sobre sacos de lenteja; y los corderos, tumbados en las losas, amarrados por las patas a las columnas, balaban tristemente de sed.

Pero la multitud se apiñaba, sobre todo, con suspiros de codicia en torno a los tejidos y a las joyas. Mercaderes de las colonias fenicias, de las islas griegas, de Tardis, de Mesopotamia, de Tadmor, unos con soberbias zamarras de lana bor-

dada, otros con toscos tabardos de cuero pintado, desdoblaban los paños azules de Tiro que reproducen el brillo ardiente de los cielos orientales, las sedas impúdicas de Sheba, de una transparencia verde, que vuelan en la brisa, y esas solemnes estofas de Babilonia que siempre me extasiaban, negras, con largas flores color de sangre... Dentro de cofres de cedro esparcidos sobre tapetes de Galacia, relucían espejos de plata simulando la luna y sus rayos, sellos de turmalina que los hebreos usan en el pecho, pulseras de pedrería ensartadas en cuernos de antílope, diademas de sal-gema con la que se adornan las novias; y, resguardados más preciosamente, talismanes y amuletos que me parecían pueriles, pedazos de raíces, pedruscos negros, cueros tiznados y huesos con emblemas.

Topsius aun se detuvo entre las tiendas de los perfumistas, apreciando un espléndido bastón de Tylos, de una rara madera mosqueada como la piel del tigre; pero pronto huímos del ardiente olor que nos sofocaba, salido de las resinas de las gomas de los países de los negros, de los manojos de pluma de avestruz, de la mirra de Oriente, de las ceras de Cirenaica, de los óleos rosados de Cysico y de los grandes cofres de piel de hipopótamo llenos de violetas secas y de hojas aromáticas...

Entramos entonces en la galería llamada *Real*, consagrada a la doctrina y a la Ley, donde todos los días estallaban rencorosas controversias entre saduceos, escribas, fariseos, sectarios de Schemaia, sectarios de Hillel, juristas, dramáticos, fanáticos de toda la tierra judaica. Junto a las columnas de mármol se instalaban los maestros de la Ley sobre altos escabeles, teniendo al lado un plato de metal donde caían los óbolos de los fieles; y en torno, sentados en el suelo, con las sandalias colgadas al cuello, las pellizas cubiertas de letras bermejas desdobladas sobre las rodillas, los discípulos imberbes o decrépitos rosnaban los dictámenes, balanceando lentamente los hombros. Aquí y allá, en medio de devotos absortos, dos doctores disputaban con los rostros irritados sobre temerosos puntos de la doctrina: «¿Se puede comer un huevo de gallina puesto en el día de Sabbat? ¿Por qué hueso de la espina dorsal

comienza la resurrección?» El filosófico Topsius reía tapándose con un extremo del manto, pero yo temblaba cuando los doctores barbudos y enflaquecidos gritaban y se amenazaban introduciendo la mano en su túnica como para buscar un hierro escondido.

A cada momento nos cruzábamos con esos fariseos resonantes y vacíos como tambores, que vienen al templo a hacer gala de su piedad, unos con las espaldas curvadas, humilladas por la amplitud del pecado humano; otros tropezando y palpando el aire, cerrados los ojos para no ver las formas impuras de las mujeres; algunos manchados de ceniza, gimiendo, con las manos apretadas sobre el estómago, en testimonio de sus duros ayunos. Después Topsius me mostró un Rabí, intérprete de sueños: en una cara lívida y consumida, sus ojos profundos lucían con la tristeza de lámparas sepulcrales, y sentado sobre sacos de lana, extendía por encima de cada devoto que venía a arrodillarse a sus pies desnudos, el extremo de un basto manto negro con signos blancos pintados. Yo, curioso, pensaba en consultarle, cuando de repente resonaron gritos afligidos en el atrio. Corrimos. Eran levitas, con cuerdas y vergajos, golpeando furiosamente a un leproso que en estado de impureza había penetrado en el patio de Israel. La sangre salpicaba las losas. Alrededor, los niños reían.

Caía la sexta hora judaica, la más grata al Señor, cuando el sol, en su marcha hacia el mar, se detiene sobre Jerusalén para contemplarla con pasión. Para acercarnos al atrio de Israel, fuimos hendiendo penosamente la multitud que allí se arremolinaba, llegada de toda la tierra bárbara y culta... El rudo sayo de pieles de los pastores de Idumea rozaba la clámide corta de los griegos de faz rasurada y más blancos que mármoles. Había hombres solemnes de la planicie de Babilonia, con las barbas metidas dentro de sacos azules, que una cinta de plata les sujetaba a las mitras de cuero pintado; y había galos rubios, de bigotes colgantes como las hierbas de sus lagunas, que reían y hablaban devorando los dulces limones de Siria. A veces un romano togado pasaba tan grave

como si descendiese de un pedestal. Gente de la Dacia y de la Mysia, con las piernas fajadas de fieltro, tropezaba deslumbrada por el claro esplendor de los mármoles. Y no era menos extraño el que fuese yo, Teodorico Raposo, arrastrando mis botas de montar detrás de un sacerdote de Moloch, enorme y sensual dentro de su túnica de púrpura, que en medio de un bando de mercaderes de Serepta, desdeñaba a aquel Templo sin imágenes, sin bosques y más ruidoso que una feria fenicia.

Así, lentamente, fuimos llegando a la puerta llamada «La Bella», que daba acceso al atrio sagrado de Israel. Bella en verdad, preciosa y triunfal, sobre las catorce gradas de mármol verde de Numidia, veteado de amarillo; sus largos batientes, revestidos de chapas de plata, brillaban como los de un relicario; las dos jambas, semejantes a gruesos haces de palmas, sostenían una torre redonda y blanca guarnecida de escudos tomados a los enemigos de Judá, brillantes al sol como un collar glorioso sobre el cuello fuerte de un héroe. Más adelante de esta entrada suntuosa, erguíase severamente un pilar, rematado por una placa negra con letras de oro donde se leía esta amenaza escrita en griego, en latín, en arameo y en caldeo: «Que ningún extranjero penetre aquí, bajo pena de muerte».

Afortunadamente, avistamos al flaco Gamaliel, que se encaminaba al Santo Patio, descalzo, apretando contra el pecho un haz de espigas votivas; con él venía un hombre rollizo y risueño, con el rostro encendido, coronado por una enorme mitra de lana negra adornada con hilos de coral... Inclinados hasta las losas, saludamos al austero doctor de la Ley. El salmodió, con los párpados entornados:

— Sed bien venidos... Esta es la hora mejor para recibir la bendición del Señor. El Señor dice: «Salid de vuestras habitaciones y venid a mí con las primicias de vuestros frutos, y yo os bendeciré en todas las obras de vuestras manos...» Vosotros hoy perteneceis milagrosamente a Israel. ¡Subid a la morada del Eterno! Este que viene a mi lado es Eliezer de Silo, benéfico y sabio entre todas las cosas de la naturaleza.

Nos dió dos espigas de maíz; y tras él pisamos con nuestras suelas gentiles el atrio interdicto de Judá.

Caminando a mi lado, Eliezer de Silo, cortés y suave, me preguntó si era remota mi patria y peligrosos los caminos...

Yo murmuré vaga y prudentemente:

— Sí... Venimos de Jericó.

— ¿Es buena por allá la cosecha de bálsamo?

— Rica—afirmé con calor—. ¡Alabado sea el Eterno, que en este su año de gracia estamos por allá abarrotados de bálsamo!

Él pareció regocijado. Y me reveló entonces que era uno de los médicos que residen en el Templo, donde los sacerdotes y los sacrificadores sufren perennemente indisposiciones intestinales, por pisar sudorosos y descalzos las losas frías de los atrios.

— Por eso—murmuró él, con una chispa alegre en los ojos benignos—el pueblo en Sión nos llama «Doctores de la Tripa».

Me retorcí de risa y de gozo con aquella jocosidad, así susurrada en la austera morada del Eterno... Después, recordando mis indisposiciones intestinales en Jericó, por amar mucho los divinos y pérfidos melones de Siria, pregunté al amable físico si en esos casos él recetaba el bismuto.

El hombre magistral movió cautamente su mitra panzuda. Después, clavando un dedo en el aire, me dijo en secreto esta receta incomparable:

— Tomad goma de Alejandría, azafrán de jardín, una cebolla de Persia y vino negro de Emaus... Mézclese y cuézase... Dejad enfriar en un vaso de plata... Colocaos en una encrucijada al nacer el sol...

Pero enmudeció súbitamente, con los brazos abiertos y la faz inclinada hacia las losas. Habíamos penetrado en el soberbio atrio, llamado «Patio de las Mujeres», y en ese instante terminaban las bendiciones que a la sexta hora un sacerdote viene a trazar sobre el pueblo desde lo alto de la puerta de Nicanor.

Severa, toda de bronce, dejaba entrever allá al fondo el oro, la nieve, las pedrerías del santuario refulgiendo serenamente... En las anchas gradas, más lustrosas que alabastro, se

extendían dos filas de levitas arrodillados y vestidos de blanco, unos con una trompa curvada, otros posando los dedos sobre las cuerdas mudas de las liras. Y por entre estas filas de hombres prosternados, un magnífico viejo erguido iba descendiendo lentamente, con un incensario de oro en las manos...

Su túnica justa de fino lienzo tenía la parte inferior orlada de piñas de esmeralda alternando con cascabeles que sonaban débilmente; los pies, sin sandalias y teñidos de rojo, parecían de coral; y en el centro de la faja que le ceñía las delgadas costillas brillaba bordado en oro un gran sol. Los fieles, arrodillados, callados, sin un murmullo, casi posaban en las losas la cabeza escondida bajo los mantos y los velos, y con los colores alegres, donde dominaba el rojo de la anémona y el verde de la higuera, era como si el atrio estuviese sembrado de flores y follajes en una mañana triunfal, esperando el paso de Salomón.

Con la barba aguda y dura levantada a los cielos, el viejo incensó el lado de Oriente y de las arenas, después el lado de Occidente y de los mares; el recogimiento era tan intenso, que se oía en el fondo del santuario los mugidos lentos de los bueyes. Descendió todavía, alzó más la mitra salpicada de joyas y movió el incensario, que brilló lanzando chispas al sol, y, con el humo blanco, venía extendiéndose tenue y fragante sobre Israel la bendición del Muy Fuerte. Entonces los levitas al unísono hirieron las cuerdas de las liras; de las trompetas curvas subió un grito de bronce; y todo el pueblo erguido, con los brazos alzados al cielo, entonó un salmo celebrando la eternidad de Judá... Súbitamente todo cesó: los levitas descendían por la escalera de mármol sin un rumor de sus pies desnudos; Eliezer de Silo y el rígido Gamaliel habían desaparecido bajo los pórticos, y el claro patio en derredor resplandecía suntuoso y lleno de mujeres.

Los revestimientos de alabastro eran tan lustrosos, que Topsius miraba en ellos como en un espejo los pliegues nobles de su capa; todos los frutos del Asia y las flores de los vergeles se entrelazaban en múltiples labores de plata en las puertas

de las cámaras rituales donde se perfuma el aceite, se consagra la leña, se purifica la lepra; entre las columnas pendían en cestones gruesos hilos de perlas y de cuentas de ónix, más numerosos que en el pecho de una novia; y en las boetas de bronce, semejantes a trompetas de guerra colosales, posadas en las losas, se enrollaban, rebrillando y reclamando dádivas, inscripciones en relieve, de oro, graciosas como los versos de un cántico: «Quemad inciensos y nardos, ofreced palomas y tórtolas»...

Mas el santo atrio resplandecía de mujeres, y mis ojos muy de prisa dejaron metales y mármoles para cautivamente prendarse de aquellas hijas de Jerusalén llenas de gracia y morenas como las tiendas de Cedar. Todas traían en el Templo el rostro descubierto o apenas un blando velo, de una muselina leve como el aire, a la moda romana, envuelto finamente en el turbante que ponía en torno de los rostros una blancura de espuma y donde los ojos negros adquirían un encanto más húmedo, enlanguidecidos por las densas pestañas y alargados por la tintura de ciprés. La abundancia extraña del oro, de las pedrerías, envolvíalas en un resplandor trémulo, desde los pechos fuertes hasta los cabellos, más rizados que la lana de las cabras de Galaad. Las sandalias, adornadas de cascabeles y de cadenas, sonaban sobre las losas con una melodía argentina: tanta era la gracia armoniosa de sus movimientos ondulantes y graves; y los tejidos bordados, los algodones de Galacia, los finos linos de colores que las ceñían, humedecidos en las esencias ardientes de ámbar y otros perfumes, llenaban el aire de fragancia y de molicie el alma de los hombres; las más ricas caminaban solemnemente entre esclavas vestidas de paños amarillos, que sostenían el quitasol de plumas de pavo real, los rodillos devotos en que está escrita la Ley, sacos de dátiles dulces y espejos ligeros de plata. Las más pobres, con una simple camisa de algodón de rayas multicolores, y sin más joyas que un rudo talismán de coral, corrían, charlaban, mostrando desnudos los brazos y el cuello, del color del madroño mal maduro... ¡Y sobre todas ellas mi deseo zumbaba como una abeja que vacila entre flores de igual dulzura!

— ¡Ah, Topsius, Topsius!—murmuraba yo—. ¡Qué mujeres! ¡Qué mujeres! ¡Yo desfallezco, esclarecido amigo!

El sabio afirmaba con desdén que aquellas mujeres no tenían más intelectualidad que los pavos de los jardines de Antipas; seguramente ninguna había leído a Aristóteles o a Sófocles... Yo encogía los hombros. ¡Oh esplendor de los cielos! ¡Por cualquiera de estas mujeres que no habían leído a Sófocles daría yo, si fuese César, una ciudad de Italia y toda la Iberia! Unas me admiraban por su gracia doliente y macerada de vírgenes en devoción que vivían en la penumbra constante de sus estancias de cedro, con el cuerpo saturado de perfumes y el alma henchida de oraciones. Otras me deslumbraban por la suntuosidad sólida y apetitosa de su belleza. ¡Qué rasgados y obscuros ojos de ídolos! ¡Qué claros y suaves brazos de mármol! ¡Qué sombría molicie! ¡Qué magníficas desnudeces cuando, al borde de sus lechos bajos, se les soltasen los cabellos pesados y fuesen escurriendo dulcemente los velos y los linos de Galacia!...

Fué preciso que Topsius me arrastrase por el albornoz hacia la escalera de Nicanor. Y aun me paraba a cada peldaño, volviendo atrás la cabeza, con los ojos encandilados, bramando como un toro en el mes de mayo.

— ¡Ay, hijas de Sión! ¡Capaces sois de hacerme perder el juicio!

Al volverme, empujado por el docto historiador, tropecé en el hocico de un cordero blanco que un viejo conducía al hombro, amarrado por las patas y adornado de rosas. Enfrente alzábase una larga balaustrada de cedro labrado, donde una cancela, toda de plata, abierta y floja en sus goznes, se movía en silencio, brillando al sol.

— Es aquí —dijo el erudito Topsius— donde se dan a beber las aguas amargas a las mujeres adúlteras... Y ahora, don Raposo, ahí tienes a Israel adorando a su Dios.

¡Era, al fin, el atrio sacerdotal! Yo me estremecí delante de aquel santuario, entre todos grandioso y deslumbrante. En el medio del amplio y claro terrado alzábase, hecho de enormes

piedras negras, el altar de los Holocaustos; en sus esquinas se enristraban cuatro cuernos de bronce: de uno pendían guirnaldas de lirios; de otros dos, hilos de corales; del otro goteaba sangre. De la inmensa parrilla del altar subía una humareda rojiza y lenta, y en derredor se agrupaban los sacrificadores descalzos, todos de blanco, con horquillas de bronce en las manos pálidas, espetos de plata y cuchillas metidas en el cinto color de cielo... En el afanoso y severo rumor del ceremonial sacrosanto, confundíase el balar de los corderos, el son argentino de los platos y el crepitar de la leña, el sordo golpe de los mazos, el cantar lento del agua en las tazas de mármol y el sonido estridente de las bocinas. A pesar de los aromas que ardían en los pebeteros y de los anchos abanicos de hojas de palmera con que los servidores agitaban el aire, yo tuve que llevarme el pañuelo a las narices, molestado por ese olor dulzón de carne cruda, de sangre, de gorduras fritas y de azafrán, que el Señor reclamó a Moisés como el don más preciado que podía recibir en la tierra...

Al fondo, bueyes engalanados con flores y terneras blancas con los cuernos dorados sacudían, mugiendo y dando cabezadas, las cuerdas que los sujetaban a fuertes argollas de bronce; más allá, sobre mesas de mármol, entre pedazos de hielo, se veían rojos y sangrientos grandes trozos de carne, sobre los cuales los levitas balanceaban abanicos de plumas para ahuyentar las moscas. De columnas rematadas por chispeantes globos de cristal, pendían corderos muertos, que los Methenims, resguardados por abanicos de cuero cubiertos de textos sagrados, desollaban con cuchillos de plata; en cuanto a los victimarios de sayo azul, remangándose los brazos, conducían baldes de donde rebosaban e iban arrastrando entrañas. Coronados por una mitra redonda de metal, esclavos idumeos limpiaban constantemente las losas con esponjas; algunos se curvaban bajo el peso de los haces de leña; otros, agachados, soplaban hornillos de piedra.

A cada momento, algún viejo sacrificador, descalzo, marchaba hacia el altar, trayendo en los brazos un tierno recen-

tal, que no balaba, contento y abrigado entre los dos brazos desnudos; un tocador de lira lo precedía; detrás, los levitas transportaban los jarros de aceites aromáticos. Frente al ara, rodeado de acólitos, el sacrificador lanzaba sobre el cordero un puñado de sal; después, salmodiando, cortábale un poco de lana de entre los cuernos. Las trompetas resonaban, y un grito de animal herido se perdía en el tumulto sagrado; por encima de las tiaras blancas, dos manos enrojecidas se erguían al aire sacudiendo sangre; de las brasas del altar, avivadas por los óleos y por la grasa, resaltaba una llama de alegría y de oferta, y el humo rojizo y lento ascendía serenamente al azul, llevando en sus espirales el aroma que deleita al Eterno.

— Esto es un matadero —murmuré aturdido—. ¡Es un matadero! Amigo Topsius, vámonos otra vez allá abajo, junto a las mujercitas...

El sabio miró para el sol. Después, gravemente, posándome en el hombro su mano amiga:

— ¡Es casi la hora nona, don Raposo!... Y tenemos que ir fuera de la Puerta Judiciaria, más allá del Gared, a un sitio agreste que se llama el *Calvario*.

Palidecí. Me parecía que ninguna ventaja espiritual obtendría mi alma, ni ninguna inesperada adquisición enriquecería el saber de Topsius, por irnos a contemplar desde lo alto de una colina, entre brezos, a Jesús atado a un madero y sufriendo: ¡era apenas un tormento para nuestra sensibilidad! Pero, sumiso, seguí a mi sapiente amigo por la escalera de las aguas, que lleva al largo enlosado de basalto, donde empiezan las primeras casas de Acra. Vecinas al Santuario, habitadas por sacerdotes, ostentaban una profusa devoción pascual en palmas, lámparas y alfombras colgadas de las azoteas; algunas tenían los umbrales salpicados con la sangre fresca de un cordero.

Antes de penetrar en una sórdida y sucia calle que se iba torciendo bajo viejos toldos de esparto, volvíme hacia el Templo: ahora sólo veía la inmensa muralla de granito, con bas-

tiones en lo alto, sombría e inderrumbable, y la arrogancia de su fuerza y de su eternidad llenó de cólera mi corazón. Entre tanto, sobre una colina de muerte, destinada a los esclavos, el hombre de Galilea, el incomparable amigo de los hombres, agonizaba en su cruz y para siempre se apagaba aquella pura voz de amor y de espiritualidad; allí quedaba el Templo que lo mataba, rutilante y triunfal, con el balar de sus rebaños, las estridencias de sus sofismas, la usura bajo los pórticos, la sangre sobre las aras, la iniquidad de su duro orgullo y la inoportunidad de su perenne incienso.., Entonces, con los dientes apretados, mostré el puño a Jehovah y a su ciudadela y clamé:

— ¡Arrasados seáis!

No desplegué más los secos labios hasta que llegamos a la estrecha puerta en las murallas de Ezkaiah, que los romanos denominaban Judiciaria. Ya ante ella, me estremecí viendo pegado a un pilar de piedra un pergamino con tres sentencias transcriptas: «La de un ladrón de Bettebara, la de un asesino de Emath y la de Jesús de Galilea.» El escriba del Sanhedrín, que, conforme a la ley, vigilaba para recoger, hasta que los condenados pasasen, algún inesperado testimonio de inculpabilidad, iba a partir, con sus tabularios debajo del brazo, después de trazar sobre cada sentencia un grueso trazo bermejo. Y aquel rasgo final, color de sangre, trazado aprisa por un escribano, que regresaba contento a su morada para comer su cordero, me conmovió más que la melancolía de los Libros Santos.

Setos de cactus en flor bordeaban el camino, y, más allá, había verdes oteros donde los muros bajos, de piedras sin unir, cubiertos de rosas silvestres, servían de límite a los huertos. Todo allí resplandecía alegre y pacífico. A la sombra de las higueras, debajo de los pilares de las parras, las mujeres, sentadas en tapices, hilaban el lino o ataban los ramos de espliego y mejorana que se ofrecen en Pascua, y los niños, al-

rededor, con amuletos de coral en el cuello, se columpiaban en cuerdas o lanzaban flechas... Por el camino descendía una fila de lentos dromedarios llevando mercancías para Joppé; dos mocetones regresaban de caza, con altos coturnos bermejos cubiertos de polvo, el carcaj golpeándoles el muslo, una red colgada a la espalda y los brazos cargados de perdices y de buitres amarrados por las patas; delante de nosotros caminaba despacio, apoyado en el hombro de un niño que le guiaba, un pobre viejo de luengas barbas, llevando sujeta al cinto, como un bardo, la lira griega de cinco cuerdas, y sobre la frente una corona de laurel...

Al fondo de un muro, cubierto de ramos de almendro, delante de una cancela pintada de rojo, dos siervos esperaban, sentados en un tronco derribado, con los ojos bajos y las manos sobre las rodillas. Topsius se detuvo, tirándome del albornoz.

— Este es el huerto de José de Ramatha, un amigo de Jesús, miembro del Sanhedrín; hombre de espíritu inquieto, que se inclina hacia los essenios... ¡Precisamente allí viene Gad!

Del fondo del huerto, en efecto, por una calle de mirtos y rosas, descendía Gab corriendo con un lío de ropa y un cestillo de mimbres colgados en un palo. Nos detuvimos.

— ¿Y el Rabí?—le gritó el alto historiador, trasponiendo la cancela.

El essenio entregó a uno de los esclavos el hatillo y el cesto, que estaba lleno de mirra y de hierbas aromáticas, y permaneció ante nosotros un momento trémulo, sofocado, con la mano fuertemente apretada sobre el corazón para dominar su ansiedad.

— ¡Sufrió mucho! —murmuró por fin—. Sufrió cuando le taladraron las manos... Sufrió más todavía cuando le alzaron en la cruz... Al principio rechazó el vino de Misericordia que le daría la inconsciencia... El Rabí quería entrar con el alma clara en la muerte por la que había clamado... Pero José de Ramatha, Nicodemus, estaban allí vigilando. Ambos le recordaron las promesas de una noche en Bethania... ¡El Rabí, enton-

ces, tomó la escudilla de las manos de la mujer de Rosmophin y bebió!

Y el essenio, fijos en Topsius sus ojos relucientes, como para grabar firmemente en su alma una recomendación suprema, retrocedió un paso y dijo con una grave lentitud:

— Esta noche, después de la cena, en el huerto de Gamaliel...

Y otra vez desapareció en la avenida fresca del huerto entre los mirtos y los rosales.

Topsius abandonó pronto el camino de Joppé, y, apretando el paso por un atajo agreste, donde mi largo albornoz se prendía en los espinos de las pitas, me explicaba que la bebida de Misericordia era un vino fuerte de Tharses con azúcar de adormideras y especias, suministrado por una cofradía de mujeres devotas para insensibilizar a los crucificados... Yo apenas escuchaba a aquel copioso espíritu. En lo alto de un áspero cerro, todo de roca y brezos, había visto, destacando duramente en el claro azul del cielo liso, un grupo de gente parada, y en medio de ella se elevaban tres gruesos maderos, y se movían, brillando al sol, yelmos bruñidos de legionarios. Cansado, me apoyé a un lado del camino en un pino blando, recaliente del sol. Pero viendo marchar a Topsius con la sabia serenidad de quien considera la muerte como una purificadora liberación de las formas imperfectas, no quise ser menos fuerte ni menos espiritual; arranqué el albornoz que me sofocaba, y trepé valerosamente a la colina temerosa.

De un lado, ahondábase el valle de Hinom, abrasado y lívido, sin una hierba, sin una sombra, sembrado de huesos, de esqueletos y de cenizas; delante de nosotros, el cerro se elevaba, con manchas leprosas de tojo obscuro, interrumpidas de trozo en trozo por una roca pulida y blanca como un hueso. El sendero, donde nuestros pasos espantaban los lagartos, iba a perderse entre las ruinas de una choza de adobe; dos almendros, más tristes que plantas crecidas en la grieta de un sepulcro, erguían a un lado sus ramas ralas y sin flor, donde cantaban ásperamente las cigarras. Y en la sombra tenue,

cuatro mujeres, descalzas, desgreñadas, rasgadas en señal de duelo sus túnicas pobres, lloraban como en un funeral.

Una, inmóvil, rígida contra un tronco, gemía sordamente bajo el extremo del manto negro; otra, exhausta de lágrimas, yacía en una piedra con la cabeza caída sobre las rodillas, y los espléndidos cabellos dorados, manchados, arrastrando hasta el suelo. Las otras dos deliraban, arañadas, ensangrentadas, golpeándose desesperadamente el pecho y cubriéndose la cara de tierra; después, lanzando al cielo los brazos desnudos, atronaban el cerro con sus gritos: «¡Oh mi encanto, oh mi tesoro, oh mi sol!» Y un perro que vagaba entre las ruinas, abriendo la boca, aullaba también siniestramente.

Despavorido, tiré de la capa del docto Topsius, y atravesamos por los brezos hasta lo alto, donde se agrupaban, mirando y charlando, obreros de Gareb, servidores del Templo, vendedores y algunos de esos sacerdotes miserables y en harapos que viven de la nigromancia y de las limosnas. Delante de la blanca capa en que Topsius se envolvía, dos cambistas, con monedas de oro pendientes de las orejas, se pararon, murmurando bendiciones serviles. Una cuerda de esparto nos detuvo, sujeta a los postes clavados en el suelo para aislar lo alto del cerro; en el sitio en que nos habíamos detenido, hacía las veces de poste un viejo olivo, que tenía colgados de las ramas escudos de legionarios y un manto rojo.

Entonces, ansioso, alcé los ojos... Alcé los ojos hacia la cruz más alta, clavada con cuñas en una hendidura de la roca. El Rabí agonizaba. Y aquel cuerpo que no era de marfil ni de plata y que jadeaba vivo, caliente aún, atado y clavado a un madero, con un paño viejo en la cintura y un travesaño de madera bajo las piernas, me llenó de terror y de espanto... La sangre que había manchado la madera nueva, le ennegrecía las manos, coagulada en torno a los clavos; los pies casi tocaban el suelo, atados con una gruesa cuerda, rojos y torcidos de dolor. La cabeza, ahora obscurecida por una onda de sangre, más lívida que un mármol, iba de un hombro a otro dulcemente; y por entre los cabellos enmarañados, que el sudor

había emplastado, los ojos agonizaban hundidos, apagados, pareciendo llevar para siempre con su luz, toda la luz y toda la esperanza de la tierra...

El centurión, sin manto, con los brazos cruzados sobre la coraza de escamas, rondaba gravemente junto a la cruz del Rabí, clavando a veces los duros ojos en la gente del Templo, llena de rumores y de risas. Topsius me mostró enfrente, junto a la cuerda, un hombre cuya faz amarillenta y triste, casi desaparecía entre los dos largos mechones negros de cabello que le descendían sobre el pecho, y que abría y envolvía con impaciencia un pergamino, ya espiando la marcha lenta del sol, ya hablando bajo a un esclavo que estaba a su lado.

— Es José de Ramatha — me dijo quedamente el docto historiador —. Acerquémonos a él; nos dirá cosas que es conveniente saber...

Pero en este instante, de entre el bando sórdido de los siervos del Templo y de los sacerdotes miserables que están nutridos por los despojos de los holocaustos, partió un rumor más fuerte, como el graznar de los cuervos en la altura. Y uno de ellos, colosal, escuálido, con costurones de cuchilladas a través de la barba rala, extendió los brazos hacia la cruz del Rabí y gritó entre una tufarada de vino:

— Tú que eres fuerte y querías destruir el Templo con sus murallas, ¿por qué no quiebras por lo menos el madero de esa cruz?

En torno estallaron risas groseras. Y el otro, extendiendo las manos sobre el pecho, inclinado con infinito escarnio, saludaba al Rabí:

— ¡Heredero de David! ¡Oh príncipe mío! ¿Qué te parece ese trono?

— ¡Hijo de Dios! ¡Llama a tu padre a ver si te viene a salvar! —decía con gritos roncos a mi lado un flaco viejo con la barba temblorosa, apoyado en su bastón.

Algunos brutales vendedores recogían del suelo terrones secos a los que mezclaban saliva para arremeter al Rabí; una piedra, por fin, pasó rozando ligeramente el madero. Enton-

ces el centurión corrió indignado; la hoja de su larga espada cimbreó en el aire, y el grupo retrocedió, blasfemando. Entretanto, algunos envolvían en el borde del sayo los dedos por los que corría la sangre.

Nos acercamos a José de Ramatha. Pero el sombrío hombre se apartó bruscamente, esquivando la inoportunidad del sabio Topsius. Y lastimados por su rudeza nos quedamos allí, junto a un tronco de olivo seco, frente a las otras cruces.

Los dos condenados habían vuelto del primer desmayo con la frescura de la brisa del atardecer.

El uno, grueso, velludo, con los ojos desorbitados, con el pecho hacia afuera y las costillas casi estallando, como si en un esfuerzo desesperado quisiera arrancarse del madero, aullaba continuamente, lleno de pavor; la sangre corríale en gotas lentas de los pies negros, de las manos desgarradas, y abandonado, sin afectos ni piedad que lo asistiesen, era como un lobo herido que, aullando, muere en un jaral. El otro, delgado y rubio, pendía sin un gemido, como una rama de planta medio tronchada. Frente a él una mujer macilenta, vestida de harapos, pasando a cada instante las piernas sobre la cuerda, le mostraba en los brazos una criatura desnuda y gritaba, ya ronca: «¡Mírala aún! ¡Mírala todavía!» Los párpados lívidos no se movían; un negro, que guardaba las herramientas de la crucifixión, iba empujándola blandamente; ella, enmudecida, apretaba desesperadamente a su hijo para que no se lo llevasen también, batiendo los dientes, temblando toda ella, y el niño entre los harapos buscaba el pecho enflaquecido.

Algunos soldados, sentados en el suelo, desdoblaban las túnicas de los crucificados; otros, con el yelmo embrazado, limpiábanse el sudor, o, por una escudilla de hierro, a tragos lentos, bebían *posca*. Abajo, en la polvareda del camino, bajo el sol ya pálido, pasaba la gente recogida pacíficamente de los campos. Un viejo aguijoneaba sus vacas hacia la puerta de Genath; mujeres, cantando, acarreaban leña; un jinete trotaba

envuelto en un manto blanco. A veces los que atravesaban el camino o volvían de los pomares de Gareb, avistaban las tres cruces erguidas; y arremangando las túnicas subían a la colina, despacio, a través de los matorrales. El rótulo de la cruz del Rabí, escrito en griego y en latín, causaba asombro: «Rey de los judíos». ¿Quién era ése? Dos mozos patricios y saduceos, con aretes de perlas en las orejas y bordados de oro en los bocreguíes, interpelaron al centurión escandalizados. ¿Por qué había escrito el pretor «Rey de los judíos»? ¿Era acaso aquél clavado en la cruz, Cayo Tiberio? ¡Sólo Tiberio era rey de Judea! ¡El pretor había querido ofender a Israel; pero, en verdad, sólo ultrajaba al César!...

Impasible, el centurión hablaba a dos legionarios que revolvían la tierra con gruesas barras de hierro. Y la mujer que acompañaba a los saduceos, una romana menudita y morena, con cintas de púrpura en los cabellos empolvados de azul, contemplaba suavemente al Rabí y aspiraba su frasco de esencias, condolida de aquel hombre mozo aún, rey vencido, rey bárbaro, que moría en el suplicio de los esclavos.

Cansado, fuí a sentarme con Topsius en una piedra. Era cerca de la octava hora judaica: el sol, sereno, como un héroe que enveceje, descendía hacia el mar, tras las palmeras de Bethania. Delante de nosotros, el Gareb verdeaba cubierto de jardines. Junto a las murallas, en el barrio nuevo de Bezetha, grandes paños rojos y azules secábanse en cuerdas a las puertas de las tintorerías; el fuego de una herrería brillaba en la obscuridad; algunos niños corrían por los bordes de una piscina; en lo alto de la torre Hípica, que extendía ya su sombra sobre el valle de Hinom, soldados de pie, sobre la barbacana, apuntaban sus flechas a los buitres que volaban en lo azul. En último término, entre arboledas, surgían, frescas y rosadas por la tarde, las terrazas del palacio de Herodes.

Triste, con el espíritu desordenado, pensaba en Egipto, en nuestras tiendas, en la vela que allá se me había olvidado encendida, humosa y roja, cuando vi, subiendo a la colina lenta-

mente, apoyado en el hombro del niño que lo conducía, al viejo que ya habíamos encontrado en el camino de Joppe, con una lira sujeta a la cintura. Sus pasos se arrastraban más inciertos en la fatiga de una jornada penosa; una gran tristeza abatíale sobre el pecho la clara barba ondeante, y debajo del manto color vino que le cubría la cabeza pendían, mustias y escasas, las hojas de la corona de laurel.

Topsius le gritó: «¡Eh, rapsoda!» Y cuando él, sorteando los brezos del camino, se acercó, el docto historiador le preguntó si de las dulces islas traía algún canto nuevo; el viejo alzó la faz entristecida, y muy noblemente murmuró que una mocedad imperecedera sonríe en los más antiguos cantos de la Hélada. Después, habiendo apoyado las sandalias sobre una piedra, tomó la lira entre las manos cansadas; el niño, derecho, con los párpados bajos, puso en la boca una flauta de caña, y en el resplandor de la tarde que envolvía y doraba a Sión, el rapsoda lanzó un canto ya tembloroso, pero lleno de gloria e impregnado de adoración, como ante el ara de un templo en una playa de Jonia... Yo adiviné que cantaba a los dioses, a su belleza, a su actividad heroica. Decía el Delphico imberbe y color de oro, purificando los pensamientos humanos con el ritmo de su cítara; Atenea, armada e industriosa, guiando las manos de los hombres sobre los telares; Zeus, ancestral y sereno, dando belleza a las razas, orden a las ciudades, y encima de todos, sin forma, vagoroso, el Hado, más fuerte que todos.

Pero, súbitamente, un grito taladró el cielo en lo alto de la colina, supremo y arrebatado como el de una liberación. Los cansados dedos del viejo enmudecieron entre las cuerdas de metal; con la cabeza inclinada, la corona de épico laurel, medio deshojada, parecía llorar sobre la lira helénica, muda ya por largo tiempo. Y a su lado, el niño, apartando de los labios la flauta, levantaba hacia las cruces negras los claros ojos, donde brillaba la curiosidad y la pasión de un mundo nuevo.

Topsius le preguntó al viejo su historia, y él la contó con amargura. Llegaba de Samos a Cesárea y tocaba su lira jun-

to al Templo de Hércules. Pero la gente había abandonado el puro culto de los héroes, y sólo había fiestas y ofrendas para la Buena Diosa de Siria. Acompañó después a unos mercaderes a Tiberiades; los hombres no respetaban allí la vejez y tenían los corazones duros como esclavos. Siguió entonces por los largos caminos, deteniéndose en los puestos romanos, donde los soldados le escuchaban; en las aldeas de Samaria llamaba a las puertas de los lagares, y para ganar el pan duro había tocado la cítara griega en los funerales de los bárbaros. Ahora erraba allí en aquella ciudad, donde había un gran Templo y un dios feroz y sin forma que detestaba a las gentes. Y su deseo era volver a Mileto, su patria; sentir el débil murmullo de las aguas del Meandro, y poder palpar los mármoles santos del Templo de Febo Dydimeo, donde él, siendo niño, había llevado en un cesto, cantando, los primeros rizos de sus cabellos...

Las lágrimas rodaban por su faz, tristes, como la lluvia por un muro en ruinas. Y mi piedad fué grande hacia aquel rapsoda de las islas de Grecia, perdido también en la dura ciudad de los judíos, envuelto en la influencia siniestra de un dios ajeno. Le di mi última moneda de plata. Él descendió la colina apoyado en el hombro del niño, lento y encorvado, con la orla deshilachada de su manto batiendo en las piernas desnudas, y muda y mal segura en el cinto la heroica lira de cinco cuerdas.

Mientras tanto, en torno a las cruces, en lo alto, creció un rumor de revuelta y encontramos a la gente del Templo con las manos en el aire, mostrando el sol que descendía como un escudo de oro hacia el mar de Tiro, intimando al centurión a que hiciese descender de la cruz a los condenados antes de que sonase la santa hora de la Pascua. Los más devotos reclamaban que se aplicase a los crucificados, si aun vivían, el *crurifragio* romano, quebrándoles los huesos con barras de hierro y arrojándolos al despeñadero de Hinon. Y la indiferencia del centurión exasperaba el celo piadoso. ¿Osaría macular el Sabat dejando un cuerpo muerto en el aire? Al-

gunos recogían sus mantos para correr e ir al Acra, a avisar al pretor.

— ¡El sol declina! ¡El sol va a dejar el Hebrón!—gritó, desde lo alto de una piedra, un levita aterrado.

— ¡Rematadlos, rematadlos!

Y a nuestro lado, un hermoso mancebo exclamaba, entornando los ojos lánguidos, moviendo los brazos llenos de pulseras de oro:

— ¡Echad el Rabí a los cuervos! ¡Dad a las aves de rapiña su Pascua!

El centurión que observaba desde lo alto de la torre Mariana, donde los escudos brillaban heridos por el sol poniente, hizo un lento ademán con la espada.

Dos legionarios, llevando pesadamente al hombro las barras de hierro, marcharon con ellas hacia las cruces. Yo, estremecido, agarré el brazo de Topsius. Pero frente al madéro de Jesús, el centurión se detuvo extendiendo la mano...

El cuerpo blanco y fuerte del Rabí tenía la serenidad de un adormecimiento; los pies empolvados que, aun hacía poco, torcía el dolor entre las cuerdas, pendían ahora hacia el suelo como si en breve lo fuesen a pisar; no se le veía el rostro, caído blandamente hacia atrás, sobre uno de los brazos de la cruz, vuelto hacia el cielo, donde él había puesto su deseo y su reino... Yo también miré al cielo: rebrillaba sin una sombra, sin una nube, liso, claro, mudo, muy alto y lleno de impasibilidad.

— ¿Quién reclamó el cuerpo de este hombre?—gritó, mirando a los lados, el centurión.

— ¡Yo, que le amé en vida!—dijo José de Ramatha, acercándose y extendiendo sobre la cuerda su pergamino.

El esclavo que esperaba junto a él, depositó después en el suelo la tela de lino y corrió hacia las ruinas de la cabaña donde las mujeres lloraban entre los almendros.

Detrás de nosotros, fariseos y saduceos que se habían reunido extrañábanse agriamente de que José de Ramatha, un miembro del Sanhedrín, hubiese solicitado el cuerpo del Rabí

para perfumarlo y hacer sonar en su torno las flautas y los llantos de un funeral... Uno de ellos, corcovado, con sueltas melenas brillantes de aceite, afirmaba que siempre había tenido a José de Ramatha por hombre inclinado a todos los innovadores y a todos los sediciosos... Más de una vez le había visto hablar con aquel Rabí en el campo de los Tintoreros... Y con ellos estaba Nicodemus, hombre rico, poseedor de ganados, de viñas y de todas las casas que están a ambos lados de la Sinogoga de Cirenaica...

Otro, rubicundo y craso, gimió:

— ¡Qué será de la nación si los más considerados se juntan a los que adulan al pobre, y le enseñan que los frutos de la tierra deben ser igualmente para todos!

— ¡Raza de Mesías!—gritó el más joven con furor, golpeando con el bastón los brezos—. ¡Raza de Mesías, perdición de Israel!

Pero el saduceo de melenas oleosas irguió levemente su mano envuelta en tiras sagradas.

— Sosegaos: Jehovah es grande y todo, en verdad, es para su mayor gloria... En el Templo y en el Consejo no faltarán jamás hombres fuertes que mantengan la antigua Orden; y encima de los calvarios, felizmente, han de alzarse siempre las cruces.

Y todos susurraron:

—¡Amén!

Mientras tanto, el centurión, seguido por los soldados que llevaban al hombro las barras de hierro, marchaba hacia los otros maderos donde los condenados, vivos aún, agonizantes, pedían agua; uno, agobiado y gimiente; otro, torcido, con las manos rasgadas, rugiendo terriblemente. Topsius, que sufría estoicamente, murmuró:

— Ya es tiempo. Vámonos.

Con los ojos húmedos por las lágrimas, tropezando en las piedras, descendí, al lado del fecundo crítico, la colina de la Inmolación. Y sentía una intensa melancolía entenebrecer mi alma pensando en esas cruces venideras, anunciadas por el

conservador de las guedejas oleosas.... Así sería, ¡oh dura miseria! ¡Sí! De ahora en adelante, por todos los siglos, iría siempre recomenzando en torno a la leña de las hogueras, bajo la frialdad de las mazmorras, junto a las escalas de las horcas, este afrentoso escándalo de juntarse sacerdotes, patricios, magistrados, soldados, doctores y mercaderes para matar ferozmente, en lo alto de un cerro, al Justo, que, penetrado del esplendor de Dios, enseñe la adoración al Espíritu, o, lleno de amor hacia los hombres, proclame el reino de la igualdad.

Con estos pensamientos entré en Jerusalén, mientras las aves, más felices que los hombres, cantaban en los cedros del Gareb.

Había obscurecido y era la hora de la cena pascual cuando llegamos a casa de Gamaliel. En el patio, preso a una argolla, estaba el asno albardado con paños negros que había traído al amable físico Eliezer de Silo.

En la sala azul, de techo de cedro, perfumada, el austero doctor nos aguardaba ya, extendido en el diván de blancas correas, con los pies desnudos, las largas mangas subidas y dobladas en el hombro, y a su lado un bordón de viaje, una calabaza para agua y un hato, emblemas rituales de la salida del Egipto. Frente a él, en una mesa incrustada de madrépora, entre vasos de barro con flores pintadas, bandejas de filigrana de plata rebosantes de fruta y pedazos brillantes de hielo, alzábase un candelabro en forma de arbusto, pendiendo en el extremo de cada brazo una pálida llama azul; y con los ojos perdidos en su trémulo brillo, las manos cruzadas sobre el vientre, Eliezer, el benigno «Doctor de la Tripa», sonreía beatíficamente recostado en almohadones de cuero bermejo. Junto a él, dos escabeles recubiertos con tapices de Asiria esperaban por mí y por el sagaz historiador.

—Sed bien venidos—rosnó Gamaliel—. Grandes son las maravillas de Sión; debéis de venir hambrientos...

Batió levemente las palmas. Los esclavos, caminando sin ruido sobre sus sandalias de fieltro y precedidos majestuosamente por el hombre obeso de túnica amarilla, entraron, levantando muy alto grandes platos de cobre, humeantes.

A un lado teníamos, para limpiar los dedos, un bollo de blanca harina, fino y blando como un paño de lino; de otro, un largo plato con orla de perlas, donde ennegrecía entre un festón de salsa un montón de cigarras fritas; en el suelo, jarros con agua de rosas. Cumplimos las abluciones, y Gamaliel, habiendo purificado la boca con un pedazo de hielo, murmuró la oración ritual sobre la vasta fuente de plata donde el cabrito asado hacía desbordar la azafranada salsa.

Topsius, buen conocedor de las costumbres orientales, eructó fuertemente, por cortesía, demostrando hartura y deleite; después, con una fibra de cordero entre los dedos, afirmó, sonriendo, a los doctores, que Jerusalén le había parecido magnífica, hermosa de claridad, y bendita entre todas las ciudades...

Eliezer de Silo intervino con los ojos cerrados de gozo, como si lo acariciasen:

— Es una joya mejor que el diamante, y el Señor la engastó en el centro de la tierra para que irradiase igualmente su brillo en rededor...

— ¡En el centro de la tierra!...—murmuró el historiador con docto espanto.

— ¡Sí!

Y ensopando un pedazo de bollo en la salsa de azafrán, el profundo físico explicó la tierra. Es chata y más redonda que un disco; en el medio está Jerusalén la santa, como un corazón lleno de amor al Altísimo, y alrededor la Judea, rica en bálsamos y palmeras, cercada de sombra y de aromas; más allá quedan los paganos en regiones duras donde ni la miel ni la leche abundan; después están los mares tenebrosos... Y, por encima, el cielo, sonoro y sólido.

— ¡Sólido!... —balbució mi sapiente amigo, estupefacto.

Los esclavos servían en tazas de plata cerveza amarilla de

la Media. Con solicitud, Gamaliel me aconsejó que, para avivar su sabor, comiese una cigarra frita. El Rabí Eliezer, sabio entre todos en las cosas de la naturaleza, revelaba a Topsius la divina construcción del cielo.

El cielo está hecho de siete duras, maravillosas, rutilantes capas de cristal; por encima de ellas ruedan constantemente las grandes aguas, sobre las cuales fluctúa, en un fulgor, el espíritu de Jehovah... Estas láminas de cristal, agujereadas como una criba, resbalan unas sobre otras con una música dulce y lenta que los profetas, precedidos por el Señor, oyen algunas veces... El mismo, una noche que oraba en el terrado de su casa en Silo, había sentido, por un raro favor del Altísimo, esa armonía, tan penetrante y suave, que las lágrimas le caían una a una en las manos abiertas... En los meses de Kisleu y de Tebeth, los agujeros de las láminas coinciden, y por ellos caen sobre la tierra las gotas de las aguas eternas que hacen crecer las cosechas.

— ¿La lluvia?—preguntó Topsius con acatamiento.

— ¡La lluvia!—respondió Eliezer con serenidad.

Topsius, disimulando una sonrisa, alzó hacia Gamaliel sus anteojos de oro, que brillaban de sabia ironía; pero el piadoso hijo de Simeón conservaba en el rostro, enflaquecido por el estudio de la Ley, una seriedad impenetrable. Entonces el historiador, rebuscando entre las aceitunas, deseó saber del esclarecido físico por qué tenían los cristales del cielo ese color azul que deleita el espíritu.

Eliezer de Silo explicó:

— Una gran montaña azul, invisible hasta hoy a los hombres, se levanta en Occidente; cuando el sol cae, su reverberación baña el cristal del cielo y lo tiñe de añil. Tal vez en esa montaña es donde viven las almas de los justos...

Gamaliel tosió blandamente y murmuró:

— ¡Bebamos, alabando al Señor!

Levantó una taza llena de vino Sichem, pronunció sobre ella una bendición, y me la entregó, llamando la paz sobre mi corazón. Yo murmuré:

— ¡A la suya; por muchos y felices!

Y Topsius, recibiendo su taza, bebió con veneración «por la prosperidad de Israel, por su fuerza, por su sabiduría».

Después, los siervos, precedidos por el hombre obeso de túnica amarilla, que hacía resonar sobre las losas, pomposamente, su vara de marfil, trajeron el resto de la devota comida pascual: las hierbas amargas.

Era una fuente repleta de lechuga, berros, achicoria, manzanilla, con vinagre y gruesas piedras de sal. Gamaliel las comía solemnemente como cumpliendo un rito. Ellas representaban las amarguras de Israel en el cautiverio de Egipto.

Y Eliezer, chupando los dedos, las declaró deliciosas, fortificantes y saturadas de alto simbolismo espiritual.

Pero Topsius recordó, fundado en autores griegos, que todas las legumbres ablandan en el hombre la virilidad y destruyen su elocuencia y enervan su heroísmo; y con torrencial erudición, citó entonces Theophrasto, Eubulo, Nicandro, en la segunda parte de su *Diccionario*; Phenias, en su *Tratado de las plantas*; Dephilo y Epicharmo.

Gamaliel, secamente, condenó la futilidad de esa ciencia, porque Hecateus de Mileto, sólo en el primer libro de su *Descripción del Asia*, encierra cincuenta y tres errores, catorce blasfemias y ciento nueve omisiones... Así decía el indiscreto griego que los dátiles, maravilloso don del Altísimo, debilitan el intelecto.

— Pero—exclamó Topsios con ardor—la misma doctrina establece Jenofonte en el libro segundo del *Anabasis*. Y Jenofonte...

Gamaliel rechazó la autoridad de Jenofonte. Entonces Topsius, enrojecido, golpeando con una cuchara de oro el borde de la mesa, exaltó la elocuencia de Jenofonte, la fuerte nobleza de su sentimiento, su tierna reverencia por Sócrates... Mientras tanto yo partía una empanada de Commagenia, los dos cultos doctores, ásperamente, comenzaron a discutir a Sócrates. Gamaliel afirmaba que las *voces secretas* oídas por Sócrates, y que tan divina y puramente lo regían, eran mur-

mullos distantes que le llegaban de Judea, repercusiones milagrosas de la voz del Señor... Topsius, agitado, encogía los hombros con desesperado sarcasmo. ¡Sócrates inspirado por Jehovah! ¡Música!

Gamaliel, ya lívido, insistía en que los gentiles iban saliendo de sus tinieblas atraídos por la luz fuerte y pura que derramaba Jerusalén; porque la reverencia hacia los dioses aparecía en Esquilo, profunda y llena de terror; en Sófocles, amable y llena de serenidad; en Eurípides, superficial y llena de duda..., y cada uno de los Trágicos daba así, largamente, un paso hacia el Dios verdadero.

— ¡Oh Gamaliel, hijo de Simeón!—murmuró Eliezer de Silo—. Tú, que posees la verdad, ¿para qué das acceso en tu espíritu a los paganos?

Gamaliel respondió:

— Para despreciarlos mejor dentro de mí.

Harto de tan clásica controversia, aproximé a Eliezer un cubilete de miel del Hebrón, y le conté cuánto me había agradado el camino del Gareb, entre jardines. Él convino en que Jerusalén, cercada de vergeles, era dulce a la vista como la frente de la novia tocada de anémonas. Después admiróse de que yo escogiese para recrearme esos alrededores de Gihón, lleno de mataderos de ganado, junto al cerro pelado donde se yerguen las cruces. Más suave me habría sido la fragancia de Siloeh...

— Fuí a ver a Jesús—atajé severamente—. Fuí a ver a Jesús, crucificado esta tarde por mandato del Sanhedrín...

Eliezer, con oriental cortesía, golpeó su pecho demostrando aflicción, Y quiso saber si pertenecía a mi sangre o había partido conmigo el pan de la alianza ese Jesús, a cuya muerte de esclavo había asistido.

Yo le contemplé, asombrado.

— Es el Mesías.

Y él me contempló más asombrado aún, con un hilo de miel resbalándole por la barba.

¡Cosa extraña! Eliezer, doctor del Templo, físico del Sanhe-

drín, no conocía a Jesús de Galilea. Atareado con los enfermos que por la Pascua llenaban Jerusalén, confesó que no había ido al Xistus, ni a la tienda del perfumista Cleos, ni a las terrazas de Hannán, donde las noticias vuelan más numerosas que las palomas; por eso nada había oído de la aparición del Mesías...

Además — añadió —, no podía ser el Mesías, que debería llamarse Manahem «El Consolador», porque traería el consuelo a Israel. Habría dos Mesías: el primero, de la tribu de José, sería vencido por Gog; el segundo, hijo de David y lleno de fuerza, vencería a Magog. Antes de nacer él comenzarían siete años de maravillas: habría mares evaporados, estrellas desprendidas del cielo, hambres y tales harturas que hasta las rocas darían fruto; en el último año correría sangre entre las naciones; por último, resonaría una voz portentosa, y sobre el Hebrón, con una espada de fuego en la mano, surgiría el Mesías.

Decía estas cosas peregrinas rajando la monda de un higo. Después, con un suspiro:

— Todavía ninguna de esas maravillas, hijo mío, anunció la consolación...

Y clavó los dientes en el higo.

¡Entonces fuí yo, Teodorico, ibero, de un remoto Municipio romano, quien contó a un físico de Jerusalén, criado entre los mármoles del Templo, la vida del Señor! Dije las dulces cosas y las cosas fuertes: las tres claras estrellas sobre su cuna; su palabra amansando las aguas de Galilea; el corazón de los sencillos palpitando por él; el Reino del Cielo que prometía, y su faz augusta resplandeciendo delante del pretor de Roma...

— ¡Después los sacerdotes, los patricios y los ricos lo crucificaron!

El doctor Eliezer, volviendo a rebuscar en el cesto de los higos, murmuró pensativamente:

— ¡Es triste, triste!... Todavía, hijo mío, el Sanhedrín es misericordioso. En siete años, desde que lo sirvo, apenas ha

lanzado tres sentencias de muerte... Sí; ciertamente el mundo bien necesita escuchar una palabra de amor y de justicia; pero Israel ¡ha sufrido tanto con los innovadores, con los profetas!... En fin, nunca se debería derramar la sangre del hombre... Y la verdad es que estos higos de Bephtage no valen lo que los míos de Silo.

Silencioso envolví un cigarrillo. En este momento, el docto Topsius, discutiendo todavía con Gamaliel el helenismo y las escuelas socráticas, levantado, con los anteojos en la punta de la nariz, soltaba este fuerte resumen:

— ¡Sócrates es la semilla; Platón, la flor; Aristóteles, el fruto!... ¡Y de este árbol, así completo, se ha nutrido el espíritu humano!

Pero Gamaliel alzóse súbitamente; el doctor Eliezer, también, eructando con efusión. Ambos tomaron los cayados, y los dos gritaron:

— ¡Aleluya! ¡Alabad al Señor, que nos sacó de la tierra del Egipto!

Había terminado la cena pascual. El esclarecido historiador, que limpiaba el sudor de la controversia, miró vivamente el reloj y rogó a Gamaliel permiso para subir a la terraza a refrescar su dulce emoción en el aire tibio de Ofel... El doctor de la ley nos condujo a la baranda del balcón, iluminada pálidamente por lámparas de mica; nos mostró la empinada escalera de ébano que conducía a los terrados, y, llamando sobre nosotros la gracia del Señor, penetró con Eliezer en un aposento cerrado por cortinas de Mesopotamia, de donde salió un suave aroma, un débil rumor de risas y lentos sones de lira.

¡Qué dulce aire en la terraza! ¡Y qué alegre esa noche de Pascua en Jerusalén! En el cielo, mudo y cerrado como un palacio donde hay luto, ningún astro brillaba; pero la ciudad de David y la colina de Acra, con sus iluminaciones rituales, parecían salpicadas de oro. En cada terrado, vasos con estopa ardiendo, impregnada en óleo, lanzaban una llama ondulante y roja. Aquí y allá, en alguna casa más alta, los hilos de luces

relucían en la pared obscura como un collar de joyas en el cuello de una negra. El aire estaba dulcemente cortado por gemidos de flautas y por la doliente vibración de las cuerdas del konnor; en las calles, alumbradas por grandes hogueras, veíamos agitarse las claras y cortas túnicas de los griegos, danzando la *Callabida*. Sólo las torres más altas, la Híppica, la Mariana y la Farsala, se conservaban obscuras en la noche, y el sonido de sus trompetas pasaba a veces, ronco y rudo como una amenaza, sobre la santa ciudad en fiestas.

Más allá de las murallas recomenzaba la alegría de la noche pascual. Había luces en Siloeh. En los campamentos, sobre el monte de los Olivos, ardían claros fuegos, e hileras de antorchas humeaban por los caminos entre un rumor de cantares.

Sólo una colina más allá del Gareb permanecía en tinieblas. A esa hora, en su falda, en una cueva entre rocas, albeaban dos cuerpos despedazados, donde los picos de los buitres, con un ruido seco de hierros entrechocados, hacían su cena pascual. Pero otro cuerpo, preciosa envoltura de un espíritu perfecto, yacía resguardado en un túmulo nuevo, envuelto en finos lienzos, ungido, perfumado de canela y de nardo. Así lo habían dejado en esa noche, la más santa de Israel, aquellos que lo amaban, y que desde entonces, para siempre jamás, lo amarían entrañablemente... Así lo habían dejado con una piedra lisa por encima; y ahora entre las casas de Jerusalén, llenas de luces y llenas de cantos, alguna había obscura y cerrada, donde corrían lágrimas sin consuelo. Allí el hogar apagado se había quedado frío; la lámpara triste agonizaba sobre la artesa; en el cántaro no había agua porque nadie había ido a la fuente; y sentadas en la estera, con los cabellos caídos, aquellas que lo habían seguido desde Galilea, hablaban de Él, de las primeras esperanzas, de los tiempos suaves a la orilla del lago...

Así pensaba yo reclinado sobre el muro, mirando Jerusalén, cuando en la terraza surgió, sin rumor, una forma envuelta en linos blancos esparciendo un suave aroma de canela y

nardo. Me pareció que de ella irradiaba una claridad, que sus pies no pisaban las losas, y mi corazón tembló. Mas de entre los pálidos paños salió una bendición grave y familiar:

— ¡Que la paz sea con vosotros!

¡Ah! ¡Qué alivio! Era Gad.

— ¡Que la paz sea contigo!

El esenio se paró delante de nosotros, callado, y yo sentía sus ojos bucear en el fondo de mi alma para sondar bien su grandeza y su fuerza. Por fin murmuró, inmóvil, como una imagen tumular con sus amplias vestiduras blancas:

— La luna va a nacer... Todas las cosas esperadas se están cumpliendo... Ahora decid: ¿Sentís el corazón fuerte para acompañar a Jesús y guardarlo hasta el oasis de Engaddi?

Me erguí, alzando los brazos al aire, lleno de terror... ¡Acompañar al Rabí! ¿No yacía, pues, muerto, ligado y perfumado bajo una piedra, en una huerta del Gareb?... ¡Vivía! ¡Al nacer la luna iba a partir entre sus amigos para Engaddi! Me agarré ansiosamente al hombro de Topsius, amparándome en su saber fuerte y en su autoridad...

Mi docto amigo parecía sumido en una pesada incertidumbre...

— ¡Sí, tal vez!... Nuestro corazón es fuerte; pero... ¡además de eso no tenemos armas!

— ¡Venid conmigo! — insistió Gad ardientemente —. Pasaremos por casa de alguien que nos dirá las cosas que conviene saber y que os dará armas...

Yo, aun trémulo, sin separarme del sapiente historiador, osé balbucir:

— ¿Y Jesús?... ¿Dónde está?

— En casa de José de Ramatha — cuchicheó el esenio, espiando en torno como el avaro que habla de un tesoro —. Para que nada sospechase la gente del Templo, en su presencia depositamos al Rabí en el túmulo nuevo que está en el huerto de José. Tres veces las mujeres lloraron sobre la piedra, que, siguiendo los ritos, como sabéis, no cerraba enteramente el túmulo, dejando una larga hendidura, por donde se veía el ros-

tro del Rabí. Algunos guardianes del Templo miraron y dijeron: «Está bien.» Cada uno se retiró a su morada... Yo entré por la puerta de Genath, pero nada vi. Apenas anocheciese, José y otro, enteramente fiel, debían ir a buscar el cuerpo de Jesús, y con las recetas que vienen en el libro de Salomón hacerlo revivir del desmayo en que lo había dejado el narcótico y el sufrimiento... ¡Venid, pues, vosotros que le amáis también y creéis en él!...

Impresionado, decidido, Topsius se embozó en su amplia capa, y descendimos en un cauto silencio por la escalera que de la terraza llevaba a un camino de menuda piedra próximo a la muralla nueva de Herodes.

Largo tiempo marchamos en la obscuridad, guiados por las ropas blancas del esenio. De entre los caseríos en ruinas saltaba a veces un perro aullando. Sobre las altas almenas pasaban mortecinas linternas de la ronda. Después, una sombra que tosía salió de debajo de un árbol, triste y blanda como si saliese de su sepultura; y, rozando mi brazo, agarrando la capa de Topsius, nos rogaba, al través de gemidos y tufaradas de ajo, que fuésemos a dormir a su lecho, que ella había perfumado de nardo.

Nos detuvimos, finalmente, delante de un muro en una puerta cuya entrada cerraba una estera gruesa de esparto. Un corredor que rezumaba agua nos llevó a un patio rodeado por una baranda asentada sobre fuertes vigas de madera; el suelo blando, como lodo, apagaba el rumor de nuestras suelas.

Gad, con un corto intervalo, lanzó por tres veces el grito de los chacales. Nosotros esperábamos en medio del patio, al borde de un pozo cubierto con tablas; el cielo, sobre nosotros, encerraba la obscuridad dura e impenetrable de un bronce. A un lado sobre la baranda surgió una claridad viva de lámpara, iluminando la cara negra del hombre que la traía, y que había pasado sobre su cabeza el extremo de un albornoz pardo de galileo. Pero la luz se apagó bajo un soplo fuerte, y el hombre, lentamente, en las tinieblas, caminó hacia nosotros.

Gad interrumpió la desolada mudez:

— ¡Que la paz sea contigo, hermano! Estamos prontos.

El hombre posó lentamente la lámpara sobre la tapadera del pozo y dijo:

— ¡Todo está consumado!

Gad, estremecido, gritó:

— ¿Y el Rabí?

El hombre extendió la mano para apagar el grito del esenio. Después, habiendo sondeado la sombra en derredor con los ojos inquietos, que relucían como los de un animal del desierto:

— Son cosas más complicadas que las que podemos entender. Todo parecía seguro. El vino narcotizado había sido bien preparado por la mujer de Rosmophim, que es hábil y conoce los simples... Yo había hablado al centurión, un camarada a quien salvé la vida en Germania, en la campaña de Publio. Y cuando colocamos la piedra sobre el túmulo de José de Ramatha, el cuerpo del Rabí estaba caliente.

Callóse y, como si el patio cerrado bajo el cielo negro no no fuese bastante secreto y seguro, tocó en el hombro de Gad, y, sin un rumor de los pies desnudos, recorrió la obscuridad, más densa bajo la baranda, hasta las piedras del muro. Nosotros, junto a él, mudos, temblábamos de ansiedad; y yo sentí que una revelación iba a pasar suprema y prodigiosa iluminando los misterios.

— Al anochecer — dijo en voz baja el hombre, como un murmullo triste de agua corriendo en la sombra — volvimos al túmulo. Miramos por la hendidura; la faz del Rabí estaba serena y llena de majestad. Levantamos la piedra; sacamos el cuerpo. Parecía adormecido, tan bello como divino en los paños que lo envolvían... José traía una linterna, y llevámosle por el Gareb corriendo al través del arbolado. Al pie de la fuente encontramos una ronda de la cohorte auxiliar. Dijimos: «Es un hombre de Joppe que ha enfermado y que llevamos a su sinagoga.» La ronda dijo: «Pasad.» En casa de José estaba Simeón, el esenio, que vivió en Alejandría y sabe la naturaleza de las plantas; todo había sido preparado, hasta la raíz de

baraz... Extendimos a Jesús en la estera. Dímosle a beber los cordiales, le llamamos, esperamos, oramos... Mas, ¡ay!, sentimos bajo nuestras manos enfriar su cuerpo... Un instante abrió lentamente los ojos; una palabra salió de sus labios. Era vaga, no la comprendimos... Parecía que invocaba a su Padre y que se quejaba de un abandono... Después se estremeció; un poco de sangre apareció en sus labios... ¡Y con la cabeza sobre el pecho de Nicodemus, el Rabí quedó muerto!

Gad cayó pesadamente de rodillas, sollozando, y el hombre, como si todas las cosas hubiesen sido dichas, dió un paso para ir a buscar su lámpara al pozo. Topsius le detuvo con avidez.

— ¡Escucha! Necesito conocer toda la verdad. ¿Qué hicisteis después?

El hombre se detuvo junto a uno de los pilares de madera. Después, alargando los brazos en la obscuridad y tan cerca de nuestras caras que sentí su aliento cálido:

— ¡Era necesario, para bien de la tierra, que se cumpliesen las profecías! Durante dos horas, José de Ramatha oró, prosternado. No sé si el Señor le habló en secreto, mas cuando se alzó resplandecía todo, y gritó: «¡Veo a Elías! ¡Veo a Elías! ¡Los tiempos llegaron!» Después, por su orden, enterramos al Rabí en una caverna que él tiene, tallada en la roca, detrás del molino...

Atravesó el patio, tomó su lámpara y se retiraba lentamente sin un rumor, cuando Gad, alzando la faz, le llamó al través de sus sollozos:

— ¡Escucha aún! ¡Grande es el Señor, en verdad!... ¿Y el otro túmulo, donde las mujeres de Galilea le habían dejado ligado y envuelto en paños con áloes y con nardo?

El hombre, sin pararse, murmuró, ya envuelto en las tinieblas:

— ¡Allá quedó abierto, quedó vacío!...

Entonces Topsius me arrastró por el brazo tan arrebatadamente, que tropezamos en la obscuridad contra los pilares de la baranda. Una puerta, al fondo, se abrió con un brusco es-

truendo de hierros caídos... Y vi una plaza rodeada de pálidos arcos, triste y fría, con hierba entre las grietas de las losas como en una ciudad abandonada. Topsius se detuvo; sus anteojos fulguraban...

— ¡Teodorico, la noche termina, vamos a partir para Jerusalén!... Nuestra jornada al pasado acabó... La leyenda inicial del cristianismo está hecha; va a terminar el mundo antiguo.

Contemplé asombrado y estremecido al docto historiador. Sus cabellos ondeaban agitados por un viento de inspiración. Y lo que suavemente salía de sus finos labios retumbaba terrible y enorme, cayendo sobre mi corazón:

— Después del alba, al acabar el Sabath, las mujeres de Galilea volverán al sepulcro de José de Ramatha, donde dejaron a Jesús sepultado... Lo encontrarán abierto, lo encontrarán vacío... «¡Desapareció, no está aquí!...» Entonces María de Magdala, creyente y apasionada, irá a gritar por Jerusalén: «¡Resucitó, resucitó!» ¡Y así el amor de una mujer, muda la faz del mundo y da una religión más a la humanidad!

Y alzando los brazos al aire, corrió a traves de la plaza, donde los pilares de mármol comenzaban a caer sin ruido y blandamente. Jadeando paramos en el portón de Gamaliel. Un esclavo que tenía en las muñecas pedazos de cadenas partidas sujetaba nuestros caballos. Montamos. Con un fragor de piedras arrastradas por un torrente, llegamos a la Puerta de Oro, y galopamos para Jericó por la vía romana de Sichem, tan vertiginosamente, que no sentíamos las herraduras hiriendo las negras losas de basalto. Delante, la capa blanca de Topsius se retorcía azotada por una furiosa racha de aire. Los montes corrían a los lados como fardos sobre dorsos de camellos en la desbandada de un pueblo. Las ventanas de la nariz de mi yegua lanzaban, como dardos, trazos de humo enrojecido, y yo me agarraba a las crines atontado, como si volase entre nubes...

De pronto avistamos, alargada, excavada hasta las sierras de Moab, la planicie de Canaán. Nuestro campamento albeaba junto a las brasas moribundas de una hoguera. Los caballos

se detuvieron temblando. Corrimos hacia las tiendas; sobre la mesa, la vela que Topsius había encendido para vestirse hacía mil ochocientos años, moría en una llama lívida... Y cansado de la larga jornada me arrojé sobre el catre, sin descalzarme siquiera las botas, blancas de polvo...

Inmediatamente me pareció que una antorcha humeante penetraba en la tienda, esparciendo un brillo de oro... Me incorporé asustado. Con un largo rayo de sol que venía de los montes de Moab, el gracioso Potte entraba, en mangas de camisa, con mis botas en la mano.

Arrojé la manta, eché hacia atrás los cabellos para comprobar mejor la mudanza terrible que desde la víspera se hiciera en el universo. Sobre la mesa yacían las botellas de *champagne* con que habíamos brindado por la Ciencia y la Religión. El envoltorio de la Corona de Espinas descansaba a mi cabecera. Topsius, en su catre, en camisola y con un pañuelo atado a la cabeza, bostezaba, colocando los lentes de oro en la nariz. Y el risueño Potte, censurando nuestra pereza, quería saber si apetecíamos en esta mañana «tapioca o café».

Dejé salir deliciosamente del pecho un ruidoso y consolador suspiro. Y en el júbilo triunfal de sentirme reintegrado a mi individualidad y a mi siglo, salté sobre el colchón, y con la falda de la camisa al viento grité:

— ¡Tapioca, querido Potte! ¡Una tapioca bien dulce y cocidita, que sepa bien a mi amado Portugal!

LA ILUSTRE CASA DE RAMIRES

HABILMENTE trenzadas, dos narraciones llenan el cauce de esta novela: la historia del implacable Tructesindo, viejo caballero portugués, altivo y belicoso, valiente y recio, esclavo tan sólo de los preceptos del honor, y la historia de Gonzalo Ramires, su descendiente, joven que sintetiza y representa las claudicaciones, la abulia, las vacilaciones de la aristocracia portuguesa de su tiempo, que, como la de todos los países, ha perdido ya sus virtudes y no es más que la sombra debilísima, y a veces grotesca, de algo que no encuentra razón de existir.

Los rudos contrastes entre una y otra conducta, entre la del remoto bisabuelo y la del joven Ramires, son los que traman la filosofía de esta novela. Como en todas las de Eça de Queiroz, los tipos son de una realidad asombrosa, observados con una fría mirada irónica, y su humano calor templa todas las admirables páginas del libro.

LA ILUSTRE CASA DE RAMIRES

HASTA las altas horas de la noche, Gonzalo, paseando por su habitación, rumió la amarga certeza de que siempre, al través de toda su vida, casi desde el colegio de San Fidel, había padecido humillaciones. Y todas derivábanse de intentos sencillos, tan seguros para cualquier hombre como el vuelo para cualquier ave, y sólo para él rematados por el dolor, la vergüenza o el fracaso. En los comienzos de la vida, elige con entusiasmo un confidente, un hermano, al que introduce en la tranquila intimidad de la Torre; y ese hombre se apodera prontamente del corazón de Graciña, y ultrajantemente la abandona. Después concibe el deseo, tan corriente, de penetrar en la vida política, y el Acaso le fuerza a rendirse y a acogerse a la influencia de aquel mismo hombre, ahora autoridad poderosa, tan detestado y combatido por él durante todos esos años de despecho. Después abre al amigo, ahora restablecido a su intimidad, la puerta de los Cuñaes, confiado en la seriedad, en el rígido orgullo de la hermana, y la hermana se abandona al antiguo engañador, sin lucha, en la primera tarde en que se encuentra con él en la sombra favorable de un pabellón del jardín. Más adelante piensa en casarse con una mujer que le ofrecía, con una gran belleza, una gran fortuna, e inmediatamente un compañero de Villa-Clara llega y secretea: «La mujer que escogiste, Gonzalito, es una mujer liviana que ha

tenido ya varios amantes.» A esa mujer no la amaba con un amor noble y fuerte, mas había decidido descansar en los hermosos brazos de ella, muy confortablemente, su suerte insegura; y he aquí que lo abatía con aplastadora puntualidad la humillación acostumbrada... ¡Realmente, el Destino mazaba sobre él con rencor desmedido!

— ¿Y por qué—murmuraba Gonzalo, quitándose melancólicamente la chaqueta—en vida tan corta, tanta decepción?... ¿Por qué? Pobre de mí.

Se desplomó en el amplio lecho como en una sepultura; enterró la faz en la almohada con un suspiro, un enternecido suspiro de piedad por aquella su suerte tan contrariada, tan sin socorro. Y recordaba el presuntuoso verso de Videiriña cantado en esa misma noche a la guitarra:

Vieja casa de Ramires,
Honra y flor de Portugal.

¡Cómo se había marchitado la flor! ¡Qué mezquina honra! ¡Y qué contraste el del último Gonzalo, encogido en su rincón de Santa Ireneía, con esos grandes abuelos Ramires cantados por Videiriña; todos ellos, si la historia y la leyenda no mentían, de vidas tan triunfales y sonoras! ¡No!, ni siquiera había heredado de ellos la cualidad por todos heredada a través de los tiempos: el valor. Su padre aun había sido un buen Ramires valeroso, que en el clamoroso tumulto de la romería de la Riosa había avanzado con un quitasol contra tres carabinas engatilladas. Pero él... Allí en el secreto del cuarto a obscuras bien lo podía gemir libremente: él había nacido con una falta, la falta de mayor desdoro, esa irremediable flaqueza de la carne que, irremediablemente, delante de un peligro, una amenaza, una sombra, le forzaba a retroceder, a huír... A huír de un Casco. A huír de un malandrín de patillas rubias que en un camino, y después en un venta, le insulta sin motivo, para meramente ostentar su matonismo. ¡Ah, vergonzosa carne, tan espantadiza!

¿Y el Alma?... En aquella callada tiniebla del cuarto bien lo

podía reconocer también, gimiendo. ¡La misma flaqueza le tullía el Alma! Era esa flaqueza que le abandonaba a cualquier influencia, llevado por ella como la hoja seca por cualquier soplo de viento. Porque la prima María, una tarde, dulcificando los despiertos ojos, le aconseja tras el abanico que se interese por doña Ana, él, ardiendo de esperanza, levanta sobre el dinero y la belleza de doña Ana una presuntuosa torre de ventura y lujo. ¿Y la elección, esa desgraciada elección?... ¿Quién lo había empujado a la elección, a la reconciliación vergonzosa con Cavalleiro y a los disgusto de ahí emanados? ¡Gouveia, con leves argucias murmuradas por encima del tapabocas desde la tienda de Ramos hasta la esquina del Correo! Allí mismo, dentro de su Torre, era gobernado por Benito, que con superioridad le imponía gustos, dietas, paseos, opiniones y corbatas. Hombre de tal naturaleza, por muy bien dotado que esté de inteligencia, es masa inerte a la que el Mundo constantemente imprime formas variadas y contrarias. Juan Gouveia había hecho de él un candidato servil. Manuel Duarte podía convertirlo en un borracho inmundo. Benito le llevaría fácilmente a atar al cuello, en vez de una corbata de seda, una collera de cuero. ¡Qué miseria! El hombre sólo vale por la Voluntad; sólo en el ejercicio de la Voluntad reside el gozo de la vida. Porque si la Voluntad bien ejercida encuentra en torno sumisión, entonces es la delicia del dominio sereno; y si encuentra en torno resistencia, entonces es la delicia mayor de la lucha interesante. La inercia que se deja arrastrar mudamente en un silencio y blandura de cera, no produce gozo fuerte y viril. El, que descendía de tantos varones famosos por el querer, ¿no conservaría, escondida en alguna parte de su ser, durmiendo y caliente como una brasa bajo la ceniza, una partícula de esa energía hereditaria?... Tal vez, sin embargo, nunca en ese encogido y oculto vivir de Santa Ireneia la chispa despertaría restallando en llama intensa y útil. ¡No, pobre de él! Hasta en los movimientos del Alma donde todo hombre realiza la libertad pura, él sufriría siempre la opresión de la suerte enemiga.

Con otro suspiro más se escondió debajo de la ropa. No dormía; la noche terminaba; ya el reloj de saetas, en el corredor, había dado sonoramente las cuatro. Y entonces, al través de los párpados cerrados, en el confuso cansancio de tantas tristezas removidas, Gonzalo percibió entre las tinieblas del cuarto, destacando palidamente, rostros que pasaban con lentitud...

Eran rostros muy antiguos, con desusadas barbas ancestrales, con cicatrices de feroces hierros, unas aún enrojecidas como en el fragor de una batalla, otras sonriendo majestuosamente, como en la pompa de una fiesta; todas dilatadas por el uso soberbio de mandar y vencer. Y Gonzalo, acechando desde el borde del embozo, reconocía en esos rostros las verdaderas facciones de viejos Ramires, ya así contempladas en ennegrecidos retratos, o por él así concebidas, como había concebido la de Tructesindo, en concordancia con la rigidez y esplendor de sus hechos.

Vagorosas, pero vivas, crecían entre la sombra que palpitaba espesa y como poblada de fantasmas. Ahora los cuerpos emergían también; robustísimos cuerpos cubiertos de cotas de malla enmohecidas, apretados por arneses de acero centelleante, embozados en foscos mantos de revueltos pliegues, ceñidos por fastuosos jubones de brocado donde rebrillaban las pedrerías de los collares y de los cintos; y armados todos, con las armas todas de la Historia, desde la clava goda de raíz de roble erizada de púas, hasta el espadín de gala con tahalíes de seda y oro.

Sin temor, erguido sobre la almohada, Gonzalo no dudaba de la realidad maravillosa. Sí, eran sus abuelos Ramires, sus formidables abuelos históricos, que, desde sus tumbas dispersas corrían, se juntaban en la vieja casa de Santa Ireneia, nueve veces secular, y formaban en torno de su lecho, del lecho en que él había nacido, como la asamblea majestuosa de su raza resurgida. Hasta reconocía a algunos de los más esforzados, que ahora, con el repaso constante del poema del tío Duarte y con Videiriña gimiendo fielmente su «fado», le andaban siempre en la imaginación...

Aquel de allá, con el brial blanco, al que la cruz bermeja llenaba el pectoral, era ciertamente Gutierres Ramires *el de Ultramar*, como cuando corría de su tienda al escalo de Jerusalén. En el otro, tan viejo y arrogante, que extendía el brazo, él adivinaba a Egas Ramires, negando hospitalidad en su puro solar al rey don Fernando y a la adúltera Leonor. Ese de crespa barba rubia que cantaba sacudiendo el pendón real de Castilla, ¿quién sino Diego Ramires, el *trovador*, lleno aún de la alegría de la radiante mañana de Aljubarrota? Delante de la incierta claridad del espejo, temblaban las blandas plumas rojas del casco de Paio Ramires, que se armaba para salvar a San Luis, rey de Francia. Levemente balanceado como por las ondas humildes de un mar vencido, Ruy Ramires sonreía a las naves inglesas que, ante la proa de su capitana, sumisamente amainaban sus velas ante Portugal; y recostado en la columna del lecho, Paulo Ramires, paje del Guión del rey en los campos fatales de Alcacer, sin yelmo, rota la coraza, inclinaba hacia él su faz de doncel, con la dulzura grave de un abuelo enternecido.

Entonces, ante aquella ternura atenta del más poético de los Ramires, Gonzalo sintió que su ascendencia toda le amaba, y que de la obscuridad de las tumbas dispersas había acudido para velarlo y socorrerle en su flaqueza. Con un largo gemido, arrojando la ropa, desahogó su espíritu; dolorosamente contó a sus abuelos resurgidos la desdichada suerte que le combatía, y que sobre su vida, sin descanso, amontonaba tristeza, vergüenza y daño. Y he aquí que, súbitamente, un hierro chispeó en las tinieblas con un sofocado grito: «¡Nieto, dulce nieto, toma mi lanza nunca partida!...» Y después el puño de una clara espada le rozó el pecho, con otra grave voz que lo animaba: «¡Nieto, dulce nieto, toma la espada pura que batió en Ourique!...» Y un hacha de relampagueante filo batió en la almohada, ofrecida con altivez: «¿Qué no derribara ese hacha, que derribó las puertas de Arcila?...»

Como sombras llevadas por un viento sublime, todos los formidables abuelos continuaban su camino y arrebatadamente

le extendían sus armas, rígidas y probadas armas; todas, al través de toda la Historia, ennoblecidas en los ataques contra la morería, en los trabajosos cercos de castillos y de villas, en las grandes batallas con el castellano soberbio... Había, en torno del lecho, un heroico relucir y resonar de hierros. Todos, soberbiamente, gritaban: «¡Oh nieto, toma nuestras armas y vence a la suerte enemiga!...» Gonzalo, mirando con ojos tristes hacia las sombras ondeantes, respondió: «¡Oh abuelos!, ¿de qué me sirven vuestras armas, si me falta vuestra alma?...»

Se despertó, muy temprano, con el confuso recuerdo de una pesadilla en que había hablado a los muertos; y sin la pereza que siempre le retenía en el lecho, se puso un ropón y abrió de par en par las ventanas. ¡Qué hermosa mañana! Una mañana de fines de septiembre, suave, clara y tibia; ni una nube manchaba el vasto e inmaculado azul; el sol ya se posaba en las arboledas, en los oteros distantes, con una dulzura otoñal. A pesar de respirar lentamente la suavidad y la pureza, Gonzalo permaneció entoldado en sombras, en las sombras de la víspera, retenidas en su espíritu oprimido, como nieblas en un valle muy hondo. Y fué, aún con un suspiro, arrastrando tristemente las chinelas a tirar del cordón de la campanilla. Benito no tardó con la bacía de agua caliente para la barba; y acostumbrado al alegre despertar del hidalgo, tanto extrañó aquel silencioso e inquieto moverse por el cuarto, que deseó saber si el señor doctor había pasado mala noche...

— ¡Pésimamente!

Benito declaró, con vivacidad y reprobación, que ciertamente le había hecho daño al señor doctor tanto cognac de moscatel. Cognac muy endulzado, muy excitante..., bueno para el señor don Antonio, hombrón pesado. Pero el señor doctor, tan nervioso, nunca debía probar aquel cognac. A lo sumo, media copa escasa.

Gonzalo levantó la cabeza con la sorpresa de encontrar ya, al comienzo del día y tan flagrante, aquel dominio que todos se arrogaban sobre él, y de que tanto se había dolido duran-

te toda la amarga noche. ¡Y he aquí a Benito mandando, marcando su ración de cognac! Benito insistía:

— El señor doctor bebió más de tres copas. Y eso no le conviene... Yo también tuve la culpa en no quitarle la botella...

Entonces, ante despotismo tan declarado, el hidalgo de la Torre tuvo una brusca sublevación:

— ¡Hombre, no dictes tantas leyes! ¡Bebo el cognac que preciso y que quiero!

Al mismo tiempo, con la punta de los dedos, probaba el agua de la bacía.

— ¡Esta agua está tibia!—exclamó—. Ya estoy harto de decirlo: para la barba preciso siempre el agua hirviendo.

Benito, gravemente, sumergió también el dedo en el agua.

— Pues esta agua está casi hirviendo... Para la barba no se necesita el agua más caliente.

Gonzalo se encaró con Benito con furor:

— ¡Pero qué! ¿Más objeciones, más leyes? ¡Pues vete inmediatamente a buscar otra agua! ¡Cuando yo pido agua caliente, quiero que venga hirviendo a borbotones! ¡Diantre con tanta sentencia!... ¡Yo no quiero moral, quiero obediencia!

Benito contempló a Gonzalo al través de un espanto que le sofocaba el rostro. Después, lentamente, con lastimada dignidad, empujó la puerta llevando la bacía. Ya Gonzalo se arrepentía de su violencia. ¡Pobre; no era culpa de Benito si su vida andaba tan disipada y sacudida! Además, en casa tan antigua, no desentonaba la tradición de los antiguos ayos, y Benito, con perfecto rigor, reproducía sus impertinencias y sus lealtades. Su ascendiente y su confianzudo hablar bien le convenían, bien los merecía por tan larga y tan probada abnegación...

Benito, todavía rojo e hinchado, volvía con la bacía humeante. Gonzalo, dulcemente, para suavizarle, dijo:

— Día muy hermoso, ¿eh, Benito?

El viejo rosnó, aún amoscado:

— Muy hermoso.

Gonzalo se enjabonaba la faz rápidamente, con la impacien-

cia de reconciliarse con Benito y de restablecerle en su supremacía amable. Y, por fin, más dulcemente, casi humilde:

— Pues si encuentras el día tan bonito, doy un paseo a caballo antes del almuerzo. ¿Qué te parece? Tal vez me siente bien a los nervios... En efecto, aquel cognac no me conviene... Entonces, Benito, haz el favor: grita ahí, a Joaquín, que me tenga la yegua lista inmediatamente. Seguramente me calma un galope... Y el baño, ahora, de agua bien caliente. También me calma el agua caliente; por eso la necesito siempre bien caliente, casi hirviendo; pero tú, con esas viejas ideas tuyas... Pues todos los médicos lo declaran: para la salud agua caliente, bien caliente, ¡a sesenta grados!

Después del rápido baño, mientras se vestía, abrió más familiarmente al viejo ayo la intimidad de sus tristezas:

— ¡Ah, Benito, Benito; lo que yo verdaderamente necesitaba para calmarme no era un paseo, era un viaje!... ¡Tengo el alma muy cargada, hombre! Estoy harto de esta eterna Villa-Clara, de la eterna Oliveira. Muchos chismes, mucha deslealtad... Necesitaba ciudades grandes, distracciones.

Benito, ya reconciliado, enternecido, recordó que el señor doctor encontraría dentro de poco, en Lisboa, en las Cortes, una agradable distracción.

— ¿Sé yo si voy a las Cortes, hombre? Nada sé; todo está por hacer aún. Además, lo que yo necesito es un viaje inmenso a Hungría, a Rusia, a tierras donde haya aventuras...

Benito sonrió superiormente de aquella fantasía. Y, presentando al hidalgo la chaqueta cenicienta, dijo:

— En efecto: en Rusia parece que no faltan aventuras. Andan todos a palos, según dice *O Seculo*... Pero aventuras, señor doctor, hasta en la carretera se encuentran. Mire: el padre de vuestra excelencia, que Dios haya, tuvo allá abajo, delante del portón, sin ir más lejos, su pelea con el doctor Avelino de la Riosa, donde le pegó un garrotazo y donde salió herido en el brazo de una puñalada...

Gonzalo se ponía los guantes de ante, mirándose al espejo.

— Pobre papá. El cuitado tuvo también poca suerte... Y ha-

blando de bastones, Benito, trae aquel manatí que encontraste ayer. Parece que es una buena arma.

Al salir del portón, el hidalgo de la Torre dejó ir la yegua, en un paso indolente, por el acostumbrado camino de los Bravaes. Pero en el Casal Nuevo, donde dos niños jugaban a los bolos debajo de los robles, pensó en visitar al vizconde de Río-Manso. Seguramente le entonaría los nervios la compañía de tan sereno y generoso anciano. Y si él le convidaba a almorzar, emplearía el tiempo visitando aquella renombrada quinta de la *Varandiña* y cortejando al «Botón de Rosa».

Gonzalo recordaba confusamente que la terraza de la *Varandiña* dominaba una carretera orillada de chopos entre el lugar de la Cerda y la dispersa aldea de Canta-Piedra. Y siguió por el viejo camino que desciende de los robledales de Casal Nuevo y penetra en el valle entre Avellan y las ruinas del Monasterio de Ribadaes, en suelo histórico donde Lopo de Bayón había derrotado a la mesnada de Lorenzo Ramires... Ya enterrada entre vallados, ya entre toscos muros de piedra suelta, la vereda seguía aburrida y sin belleza; pero las madreselvas en las cercas, entre las moras maduras, esparcían su olor; el fresco silencio recibía más frescura y gracia del aleteo de los pájaros que le rozaban; y era tanto el radiante azul en los cielos serenos, que un poco de su brillo y serenidad penetraba en el alma. Gonzalo, más tranquilo, no se apresuraba; en la iglesia de los Bravaes, cuando él pasó, sonaban las nueve, y después de bordear un prado de seca hierba se detuvo para encender calmosamente un cigarro cerca del viejo puente de piedra del riachuelo de las Dueñas. Casi seco por el estío, el agua obscura apenas corría bajo las largas hojas de los nenúfares, por entre los juncales que entorpecían la corriente. Más adelante, a la orilla de un herbazal, abrigado por un grupo de álamos, relucían las piedras de un lavadero. En a otra margen, dentro de un viejo bote encallado, un adolescente y una rapaza conversaban abstraídamente, con dos ra-

mos olvidados en los regazos. Gonzalo sonrió al idilio; después sorprendióse descubriendo en un ángulo del puente, rudamente tallado, su blasón de armas: un azor enorme que alargaba las garras feroces. Tal vez aquellas tierras habían pertenecido en otro tiempo a su casa, o alguno de sus benéficos abuelos construyera el puente sobre el torrente, entonces más profundo, para seguridad de los hombres y de los ganados. ¿Quién sabe si sería el abuelo Tructesindo, en piadosa memoria de Lorenzo Ramires, vencido y cautivo en las márgenes de aquella ribera?

El camino, más allá del puente, subía entre campos labrados; las hacinas amarilleaban pesadas y llenas por aquel año de hartura. A lo lejos, de los bajos tejados de un lugarejo, un humo indeciso subía, pronto deshecho en el radiante cielo. Y lentamente, como aquellos humos distantes, Gonzalo sentía que todas sus melancolías escapábansele del alma y se perdían también en el brillante azul... Una bandada de perdices levantó el vuelo entre el rastrojo. Gonzalo galopó hacia ellas, gritando, sacudiendo su fuerte látigo de manatí, que zumbaba como una fina lámina al cortar el viento.

En breve el camino torció, costeando un soto de alcornoques; después, hundido entre zarzas, con largos pedruscos despuntando entre el polvo; y, al fondo, el sol brillaba sobre la cal fresca de una pared. Era una casa terrena con una pequeña puerta entre dos ventanas con vidrieras, remiendos de teja nueva en el tejado, y una solana que una obscura e inmensa higuera ensombrecía. De una de sus esquinas arrancaba un muro bajo de piedra suelta continuado por una cerca en la que una vieja cancela se abría hacia la sombra de una enramada. Frente, en el vasto terrazo, había esparcidas algunas losas y una artesa de madera. Cerca pasaba una carretera lisa y bien cuidada, que a Gonzalo le pareció la de Ramilde. A lo lejos, hasta un pinar distante, descendían los prados.

Sentado en un banco, junto a la puerta, con una escopeta apoyada en el muro, un muchacho grueso, de gorra de lana

verde, acariciaba pensativamente el hocico de un perdiguero. Gonzalo se detuvo.

— Tiene la bondad... ¿Sabe acaso cuál es el mejor camino para ir a la quinta la *Varandiña*, del señor vizconde de Río-Manso?

El rapazote levantó el rostro moreno, de leve bozo, arañando levemente el borde de la gorra.

— Para la quinta de Río-Manso... Siga por la carretera hasta la cantera; después continúe a la izquierda, siempre a la orilla del valle...

Pero en ese instante asomaba a la puerta un hombretón de patillas rubias, en mangas de camisa, envuelta la cintura en una faja de seda. Y Gonzalo, sobresaltado, reconoció en él al cazador que le había injuriado en la carretera de Nacejas y le había silbado en la venta del Pintaño. El hombre miró altivamente al hidalgo. Después, poniendo su mano en el hombro del muchacho, le dijo:

— Manuel, ¿estás tú aquí para enseñar el camino a alguien? Este camino no es para asnos.

Gonzalo sintióse empalidecer y refluír al corazón toda su sangre en un tumulto confuso que era de miedo y de rabia. ¡Recibir todavía un nuevo ultraje del mismo hombre, sin haberle provocado!... Apretó el sillín entre sus rodillas, preparado para galopar. Y, temblando, en un esfuerzo que le estrangulaba:

— Usted es muy atrevido—dijo—. Y ya van tres veces. Yo no soy hombre que provoque escándalos en una carretera...; pero esté usted seguro de que le conozco y de que no se escapa sin una lección.

Inmediatamente, el otro agarró un corto cayado y saltó a la carretera, deteniendo la yegua, con las patillas erguidas y una sonrisa de desafío.

— ¡Pues aquí estoy! ¡Venga ahora esa lección!... De aquí no pasa usted, so Ramires de mier...

Una niebla turbó los ojos del hidalgo. Y de repente, en un inconsciente impulso, como llevado por una furiosa ráfaga de

orgullo y de fuerza que se desencadenaba en el fondo de su ser, gritó, dió un fuerte tirón a las riendas de la yegua. El cayado volteó; la yegua empinóse, enfurecida. Y Gonzalo entrevió la mano del hombre, obscura, inmensa, que empuñaba la camba del freno.

Entonces, erguido en los estribos, sobre la inmensa mano sacudió un golpe del silbante látigo de manatí, batiendo el rostro del hombrón con un choque tan vivo de la aguda arista, que la oreja quedó colgante, desprendida, borboteando sangre. Dando un grito, el hombre retrocedió tambaleándose. Gonzalo cargó sobre él, en otra arremetida, y le dió otro terrible latigazo que le rasgó la boca, le despedazó los dientes y le hizo caer al suelo, rugiendo. Las patas de la yegua pisotearon los fuertes muslos del caído, e, inclinado en su silla, todavía Gonzalo apaleó, cortó sañudamente el rostro y el cuello del vencido, hasta que el cuerpo quedó inerte y como muerto, con chorros de sangre obscura empapando la camisa.

Un tiro atronó el terrazo. Y Gonzalo, dando un salto en el sillín, vió al muchacho moreno, aún con la escopeta levantada y humeante, pero ya vacilando, asustado.

— ¡Ah, perro!

Lanzó la yegua, con el látigo en alto. El rapaz, despavorido, corría al través del terrado para saltar la valla y escapar hacia los sembrados.

— ¡Ah, perro; ah, perro!—gritaba Gonzalo.

Aturdido, el rapaz tropezó en una viga. Pero ya se levantaba y huía cuando el hidalgo le alcanzó con un golpe del manatí en el pescuezo, del que pronto brotó la sangre. Extendiendo las manos indecisas, vaciló, abatióse, chocó contra la arista de un pilar la cabeza, de la que brotó la sangre. Entonces Gonzalo, jadeante, detuvo la yegua. Ambos hombres yacían inmóviles. ¡Santo Dios! ¿Muertos? De ambos corría la sangre hasta la tierra seca. El hidalgo de la Torre advertía una alegría brutal. Pero un grito de espanto sonó hacia la solana.

— ¡Ay, que mataron a mi hijo!

Era un viejo que llegaba corriendo por la cancela, encorvado, a lo largo de la cerca, hacia la puerta de la casa. Tan certeramente manejó el hidalgo la yegua, que jadeaba cubierta de sudor y de espuma, para detener al recién llegado, que el viejo chocó contra la pared. Y ante el inquieto animal y Gonzalo, que se alzaba en los estribos con la faz llameante y el látigo en lo alto, el anciano, aterrado, cayó sobre las rodillas y gritó ansiosamente:

— ¡Ay, no me haga mal, hidalgo, por el alma de su padre Ramires!

Gonzalo aun lo mantuvo así un momento, suplicante, tembloroso bajo el justiciero brillar de sus ojos; y gozaba soberbiamente viendo aquellas callosas manos que se erguían hacia su misericordia, invocando el nombre de Ramires, de nuevo temido, repuesto en su prestigio heroico. Después, haciendo recular la yegua:

— Ese malvado rapaz descargó contra mí la escopeta... Usted tampoco tiene cara de hombre bueno; ¿por qué corría usted hacia la casa? ¿Iba a buscar otra carabina?

El viejo extendió desesperadamente los brazos, en testimonio de su verdad.

— ¡Oh hidalgo, no tengo en casa ni una cayada!... Así Dios me ayude y salve al rapaz.

Pero Gonzalo desconfiaba. Cuando descendiese ahora por la carretera de Ramilde, bien podía el viejo correr al caserío, apoderarse de otra escopeta y descargarla traidoramente contra él. Y entonces, con la ligereza de espíritu que la lucha le había afinado, concibió contra cualquier emboscada un ardid seguro. Y hasta un momento sonrió, recordando las mañas guerreras de don García Viegas, *el Sabedor*.

— Marche delante de mí, siempre derecho, por la carretera.

El viejo resistióse, sin alzarse, aterrado. Y golpeaba con sus gruesas manos los muslos en un ansia que le sofocaba.

— ¡Oh hidalgo, hidalgo! Pero ¿voy a dejar así al rapaz, sin sentido?...

— El rapaz está solamente atontado; ya se movió... Y el otro malandrín también... ¡Andando!

Y al irresistible mandato de Gonzalo, el viejo, después de sacudir calmosamente las rodilleras, comenzó a andar por la carretera delante de la yegua, como un cautivo, balanceando los largos brazos, rosnando con un ronco asombro: «¡Ay, cómo se arman las cosas! ¡Ay, santo nombre de Dios, qué desgracia!» Alguna vez se detenía, soslayando hacia Gonzalo una mirada torva en la que negreaba el miedo y el odio... Pero pronto el mandato fuerte le empujaba: «¡Marche!».... Y marchaba. Más adelante, donde se erguía un crucero en memoria del abad Paguim, asesinado en aquel lugar, Gonzalo reconoció un largo atajo que conducía a la carretera de las Bravaes y al que llamaban el camino de la Molinera. Hacia allí dirigió al anciano, que en el pavor de aquella senda solitaria, pensando que Gonzalo le apartaba de caminos transitados para matarle cómodamente, rompió a gemir: «¡Ay, que éste es el fin de mi vida! ¡Ay, Virgen Santísima, que es el fin de mi vida!» Y no cesó de gemir, enmarañando sus pasos vacilantes, hasta que desembocaron en la carretera alta, entre taludes escarpados, revestidos de bravas retamas. Entonces, de repente, asaltado por otro terror, el hombre se revolvió bruscamente, alzando sus manos hasta su gorra.

— ¡Oh mi señor hidalgo! ¿Es que me lleva preso?

— ¡Siga! ¡Corra, que ahora puede trotar la yegua!

La yegua trotó, y el viejo corrió, sofocado, jadeando como un fuelle de fragua. Al cabo de una milla se detuvo Gonzalo, harto de la lenta marcha del cautivo. Pensó, además, que, antes de que el hombre llegase ahora a su casa, cogiese un arma y volviese para alcanzarle, entraría él en un suelto galope por el portón de la Torre. Entonces gritó, frunciendo el ceño:

— ¡Alto! Ahora puede volver atrás... Pero antes, dígame: ¿cómo se llama su lugar?

— La Graiña, hidalgo.

— Y usted y su rapaz, ¿cómo se llaman?

El viejo, con la boca abierta, vaciló.

— Yo soy Juan y mi hijo Manuel... Manuel Domingues, hidalgo.

— Seguramente, usted me engaña. Y ¿el otro canalla de patillas rubias?

El viejo gritó, indignado:

— Ese es Ernesto de Nacejas, el valentón de Nacejas, al que llaman *Caza-Abrazos*; él fué quien me descaminó al rapaz...

— Bien. Pues diga a esos dos miserables que me atacaron a palos y a tiros, que no se quedarán solamente con la paliza, que ahora tendrán que entenderse con la Justicia. Ya irá ella allí. ¡Lárguese!

Del medio del camino, Gonzalo todavía vigiló al viejo que se alejaba, forzando los derrengados pasos, limpiando el sudor que le goteaba. Después, por la conocida carretera, galopó hacia la Torre.

E iba galopando con una alegría tan resplandeciente, que lo lanzaba en sueño y en devaneo. Era como una sensación sublime de galopar por las alturas en un corcel de leyenda, crecido magníficamente, hasta rozar las nubes lustrosas... Y por debajo, en las ciudades, los hombres reconocían en él un verdadero Ramires, de los antiguos en la Historia, de los que derrumbaban torres, de los que mudaban la configuración de los reinos y despertaban ese maravilloso murmullo que es el surco que dejan los fuertes al pasar. Todavía por la mañana, al salir de la Torre, no hubiese osado avanzar contra un rapaz decidido que blandiese un palo... Y después, de repente, en la soledad de aquella casa terrena, cuando el bruto de las patillas rubias le lanzó la injuria, he aquí un *no sé qué* que se desprende de su ser, se esparce y le llena las venas de sangre hirviente, le endurece cada nervio de fuerza diestra, y le siembra en la piel el desprecio al dolor, y le impregna hondamente el alma de indomable fortaleza... Ahora volvía como un hombre nuevo, soberbiamente virilizado, libre, en fin, de la sombra que tan dolorosamente ensombreciera su vida, la som-

bra blanda y torpe de su miedo. Porque sentía que ahora, si todos los valentones de Nacejas le afrontasen en un áspero erguir de cayados, ese *no sé qué*, allá dentro, en su ser, de nuevo se soltaría y arremetería con cada vena hinchada y cada nervio vibrando por el delicioso fragor de la brega. En fin, era un *hombre*. Cuando en Villa Clara, Manuel Duarte, o Titó, con la frente alta, contasen hazañas, ya no liaría encogidamente el cigarrillo, acobardado, mudo, no solamente por la ausencia desconsoladora de valentías, sino, sobre todo, por el humillante recuerdo de sus flaquezas. Y galopaba, galopaba, apretando furiosamente el extremo del látigo como para embestidas más bellas. Más allá de los Bravaes, avivó el galope al avistar la Torre y, singularmente, le pareció, de repente, que su Torre era ahora más suya y que una afinidad nueva, fundada en gloria y fuerza, le tornaba más señor de su Torre.

Como para acoger a Gonzalo más dignamente, el portón grande, siempre cerrado, ofrecía ahora una entrada triunfal con sus dos pesados batientes abiertos de par en par. Él guió la yegua hacia el medio del patio, gritando:

— ¡Joaquín! ¡Manuel! ¡Venid aquí uno de vosotros!

Y Joaquín salió de la caballeriza, con las mangas arremangadas y con una esponja en la mano.

— ¡Joaquín, de prisa! ¡Apareja el *Rosillo*, y corre a un sitio de la carretera de Ramilde, que llaman la Graiña!... ¡Tuve allí ahora una gran pelea! Creo que maté a dos hombres... ¡Quedaron en un charco de sangre! ¡No digas que vas de la Torre, porque te pueden atacar! Pero entérate de si están muertos... ¡De prisa, de prisa!

Joaquín, atontado, revolvió en la caballeriza obscura. De lo alto de una de las balaustradas del corredor, partieron exclamaciones de asombro:

— ¡Oh Gonzalo!, ¿qué ha sido? ¡Santo Dios!, ¿qué ha sido?

Era Barrolo. Sin desmontar, sin sorpresa ante la aparición de Barrolo, Gonzalo se acercó a la balaustrada y contó la historia de la riña, tumultuosamente. Un malandrín que le había insultado... Después otro que le disparó la escopeta... Y ambos derribados bajo las patas de la yegua en un charco de sangre... Barrolo se separó de la balaustrada y, rápidamente, irrumpió en el patio, con los cortos brazos flotantes, admirado.

— Pero ¿entonces? ¿Entonces?...

Y Gonzalo, desmontando, trémulo ahora de cansancio y de emoción, detalló más el lance... ¡En la carretera de Ramilde, un valentón que lo injurió! A ése le había rasgado la boca, le había mutilado una oreja... Después el otro, un muchachote, dispara una carabina. Él corre tan vivamente, que le alcanza con una cuchillada y lo tira encima de una piedra, como muerto...

— ¿Una cuchillada?

— ¡Con este látigo, Barrolo! ¡Arma terrible!... ¡Bien decía Titó!... Estoy perdido si no llevo este látigo.

Pálido, Barrolo remiraba el látigo. Sí, en efecto, aun estaba manchado de sangre... Entonces Gonzalo miró el látigo, la sangre... ¡Sangre humana! ¡Sangre fresca que él había derramado!... Y por entre su orgullo, una piedad pasó que le hizo empalidecer.

— ¡Qué desgracia; vean qué desgracia!

Escudriñó vivamente las ropas, las botas, pensando con horror en las gotas de sangre que lo salpicasen. ¡Sí, Santo Dios! ¡Sangre en la polaina!... E inmediatamente ansió quitarse aquellas ropas, lavarse; subió la escalera con Barrolo, que enjugaba el sudor balbuciendo: «¡Vaya un lance, señor! ¡Y de pronto, así, en la carretera!...» Pero en el corredor, subiendo apresuradamente de la cocina, apareció Graciña, pálida, con Rosa detrás, que enterraba los dedos entre el pañuelo y el pelo, en un mudo pavor.

— ¿Qué ha sido, Gonzalo? ¡Jesús!, ¿qué ha sido?

Entonces, encontrando a Graciña junto a él en la Torre, en

ese momento magnífico de su orgullo, después de tan grave peligro vencido, Gonzalo olvidó a Andrés, y olvidó las sombrías humillaciones, y en el abrazo en que la acogió, en los fuertes besos que dió a la faz querida, todo su enfado se fundió en ternura. Con ella aun cerca de su corazón, suspiró levemente, como un niño cansado; después, apretando las dos pobres manos trémulas, con una lenta y enternecida sonrisa, mientras los ojos se le humedecían de confusa emoción, de confusa alegría:

— ¡Fué el diablo, hija! Una lucha horrible... ¡yo que soy tan pacífico! ¡Imagina tú!...

Y por el corredor recomenzó, para Graciña, que palpitaba, y para Rosa, que escuchaba aterrorizada, la historia del encuentro, el sucio ultraje, el tiro que había fallado, los malandrines hechos pedazos con el bastón y el viejo caminando como un cautivo, gimiendo por la carretera de Ramilde. Con el pecho afligido por la angustia, Graciña murmuró:

— ¡Ay, Gonzalo! ¡Si uno de los hombres estuviese muerto!...

Barrolo, más rojo que una peonía, dijo con grandes gritos que tales bellacos merecían la muerte. ¡Y aun heridos, necesitaban el tremendo castigo del Africa! ¡Era necesario mandar a Villa-Clara a avisar a Gouveia!... Largos pasos ansiosos retumbaron en el entarimado: era Benito, que se irguió ante Gonzalo, braceando con ansia:

— ¿Entonces, señor doctor?... ¿Dicen que tuvo una gran lucha?...

Y a la puerta del despacho, donde todos habíanse detenido, nuevamente atentos, la historia volvió a empezar, especialmente para Benito, que la bebía con una lenta risa de gozo, creciendo, hinchándose, con los ojos húmedos reluciendo, como si también triunfase. Por fin gritó con estruendo:

— ¡Fué el látigo, señor doctor! ¡Lo que le ayudó al señor doctor fué el látigo que yo le di!

Era verdad. Y Gonzalo, conmovido, abrazó al viejo ayo, que, en una gran excitación, gritaba a Rosa, a Graciña y a Barrolo:

— ¡El señor doctor terminó con ellos!... Aquel manatí mata a un hombre... ¡Los malvados están muertos! ¡Y fué el látigo, fué el látigo que yo le di al señor doctor!

Gonzalo reclamaba agua caliente para lavarse del polvo, del sudor, de la sangre... Y Benito corrió gritando aún por el corredor y, después, por las escaleras de la cocina: «que había sido el látigo, el látigo que él le había dado al señor doctor». Gonzalo entró en el cuarto acompañado por Barrolo. Puso el sombrero sobre el mármol de la cómoda con un inmenso y consolado *¡ah!* Era el consuelo grande de encontrarse después de tan violenta mañana entre las dulces cosas de costumbre, pisando su viejo tapiz azul; rozando el lecho de madera negra en que había nacido; respirando por las ventanas abiertas, donde las ramas familiares de las hayas se empujaban en la brisa para saludarle. ¡Con qué gusto se acercó al espejo de columnas doradas, se miró y se remiró, como a un Gonzalo nuevo y tan mejorado, que en los hombros reconocía más anchura, y hasta en el bigote más fiera gallardía!

Y fué al separarse del espejo, tropezando con Barrolo, cuando súbitamente le despertó una curiosidad inmensa:

— Pero, Barrolo, ¿cómo es que os encuentro esta mañana en la Torre?

Resolución de la víspera a la hora del te. Gonzalo no aparecía, no escribía... Graciña estaba pensativa. inquieta. Él también, espantado de aquel desaparecer, después de lo del cesto de los melocotones. De modo que tomando el te, pensando también que los caballos necesitaban un trote, había propuesto a Graciña: «¿Vamos mañana a la Torre en el faetón?»

— Además de eso, precisaba hablar contigo, Gonzalo... Estoy disgustado.

El hidalgo juntó dos almohadones en el diván, donde se enterró.

— ¿Cómo disgustado?... ¿Disgustado por qué?...

Barrolo, con las manos en los bolsillos de la chaqueta de franela, que le ceñía las gruesas caderas, consideró las flores del tapete melancólicamente.

— ¡Es un gran fastidio! ¡La gente no puede confiar en nadie, ni tener familiaridades!...

En un momento, Gonzalo pensó en Cavalleiro y Graciña, mostrando imprudentemente en los Cuñaes, como en otro tiempo entre las arboledas de la Torre, el sentimiento que los dominaba. Y presintió algún desahogo, alguna queja triste del pobre Barrolo, amargado por sospechas, tal vez por intimidades que había espiado. Pero la emoción suprema de su batalla, había sumido en una sombra inferior los cuidados que aún en la víspera le oprimían: todas las dificultades de la vida le aparecían ahora de repente, en aquella frescura de su valor nuevo, tan fáciles de abatir, como los desafíos de los valentones, y no se asustó con las confidencias del cuñado, bien seguro de imponer en aquella alma sumisa la confianza y la paz. Sonrió con indolencia:

— Entonces, Barrolo, ¿sucedió alguna peripecia?

— Recibí una carta...

— ¡Ah!

Gravemente, Barrolo desabrochó el chaquetón y sacó del bolsillo interior una ancha cartera, de cuero verde y lustroso, con monograma de oro. Y fué la cartera la que mostró a Gonzalo con satisfacción.

— Bonita, ¿eh? Regalo de Andrés... Creo que hasta la mandó venir de París. El monograma tiene mucho *chic*.

Gonzalo esperaba, espantado. En fin, el buen Barrolo sacó de la cartera una carta ya arrugada, después vuelta a alisar. Era de un papel pautado, con letra menudita, que el hidalgo apenas miró rápidamente, declarando luego con seguridad:

— Es de las Louzadas.

Y leyó lentamente, serenamente, con el codo enterrado en la almohada: «Excelentísimo señor don José Barrolo.—Vuestra Excelencia, a pesar de que todos sus amigos le apodan *Ze Bacoco*, demostró ahora mucha perspicacia, llamando de nuevo a su intimidad y a la de su digna esposa al gentil Andrés Cavalleiro, nuestro gobernador civil. En efecto: la esposa de Vuestra Excelencia, la linda Graciña, que en estos últimos

tiempos andaba tan mustia y hasta pálida, lo que a todos nos inquietaba, inmediatamente volvió a revivir y ha ganado colores desde que posee la valiosa compañía de la primera autoridad del distrito. Portóse, pues, Vuestra Excelencia como marido celoso, y deseoso de la felicidad y buena salud de su interesante esposa. No parece rasgo de aquel que toda Oliveira considera como su más ilustre imbécil. ¡Nuestros sinceros parabienes!»

Gonzalo guardó muy sosegadamente en el bolsillo aquella carta, que días antes lo lanzaría en infinita amargura.

— Es de las Louzadas... Y tú ¿diste importancia a semejante necedad?

Barrolo respondió con las mejillas abrasadas:

— ¡Si te parece!... Siempre tuve aversión a las cartas anónimas... Además, esa insolencia a propósito de que los amigos me llaman *Bacoco*... ¡Qué infamia, ¿eh? ¿Tú lo crees?... Yo no lo creo; pero siembra cizaña entre mis amigos y yo... No volví al Club... *¡Bacoco!* ¿Por qué? Porque yo soy sencillo, siempre franco y dispuesto a juntarme con ellos... ¡No; si los muchachos en el Club me llaman *Bacoco* a espaldas mías, caramba, demuestran ingratitud! ¡Pero yo no lo creo!

Fué y vino por el cuarto, desconsoladamente, con las manos cruzadas a la espalda. Después, parándose delante del diván, desde donde Gonzalo le miraba con piedad:

— En cuanto al resto de la carta, es tan estúpido, tan revuelto, que al principio no lo comprendí. Ahora comprendo algo... Quieren decir que Graciña y Cavalleiro están enamorados... Es lo que me parece que quieren decir. ¡Mira tú qué disparate! Hasta la intimidad de Cavalleiro es mentira. El pobre rapaz, desde que comió allí, sólo apareció tres o cuatro veces, de noche, para jugar a la manilla con Mendoza... Y ahora partió repentinamente para Lisboa.

Entonces el hidalgo saltó, de sorpresa.

— ¿Qué? ¿Cavalleiro se fué a Lisboa?

— Partió hace tres días.

— ¿Por mucho tiempo?

— Por mucho tiempo, por largo tiempo... Sólo volverá hacia mediados de octubre, para las elecciones.

— ¡Ah!

Pero Benito irrumpió en el cuarto, con el jarro de agua caliente, todavía con una excitación que le apresuraba. Delante del espejo, lentamente, Barrolo volvía a abotonar la bata.

— Bien, hasta luego, Gonzaliño. Yo voy a la caballeriza a visitar el tiro. ¡No te lo imaginas!... ¡Desde Oliveira sin descanso, en un espléndido trote, y ni un pelo sudado! ¿Tú guardas la carta?

— La guardo, para estudiar la letra.

Apenas Barrolo cerró la puerta, el hidalgo reanudó con Benito la deliciosa historia de la pelea, reviviendo las sorpresas y los detalles, simulando las arremetidas de la yegua, arrebatándole el bastón para reproducir los golpes silbantes, que arrancaban carne y sangre... Y de pronto, en calzoncillos:

— Benito, traeme el sombrero... Creo que la bala me rozó el sombrero.

Ambos remiraron, escudriñaron el sombrero. Benito, exagerando la hazaña, encontraba la copa abollada, hasta chamuscada.

— ¡La bala pasó rozando, señor doctor!

El hidalgo negó, con la grave modestia del fuerte:

— ¡No, no rozó!... Cuando el bellaco disparó, ya el brazo le temblaba... Debemos agradecérselo a Dios, Benito. Mas yo, realmente, no corrí gran peligro.

Después de vestido, Gonzalo, paseando por el cuarto, releyó la carta. Sí, era realmente de las Louzadas. Pero ahora esa maledicencia, soplada con tan mezquina maldad sobre las pobres mejillas de Barrolo, no causaba daño; antes servía casi benéficamente, como la brasa de un hierro candente para curar una herida. El pobre Barrolo tan sólo se había impresionado con la revelación de su apodo, ese ingrato apodo puesto por los muchachos amigos, en juergas ingratas del Club y debajo de los arcos. La otra insinuación terrible, Graciña reviviendo al calor amoroso de Cavalleiro, no la había

comprendido, escasamente la atendía con un desdén distraído y cándido. Pero la carta que así silbaba sobre el buen Barrolo como una flecha errada, acertaba en Graciña, hería a Graciña en su orgullo, en su impresionable pudor, mostrando a la pobre cómo su nombre, y hasta su corazón, se arrastraban suciamente por el rastrero chismorrear de las Louzadas!... Certeza tan humillante no apagaría un sentimiento que no se apagaba con humillaciones más íntimas y, por lo tanto, más dolorosas; pero estimularía su reserva y su desconfiado recato; y ahora que Andrés se ausentaba para Lisboa, obraría en ella sordamente, solitariamente, sin que la presencia tentadora neutralizase la influencia calmante y saludable. Así el torpe papel aprovechaba a Graciña como un temible aviso pegado a una pared. Y rencorosamente preparado por las dos mujeres para desencadenar en los Cuñaes escándalo y dolor, tal vez restableciese, en la amenazada casa, quietud y equilibrio. Gonzalo se frotó las manos pensando que en tan dichosa mañana, tal vez hasta ese mal redundase en bien.

— Benito, ¿dónde está la señora doña Gracia?

— La señorita subió ahora hace poco hacia su cuarto, señor doctor.

Era su cuarto de soltera, claro y fresco sobre el pomar, donde aun se conservaba su lecho de linda madera incrustada, un tocador ilustre que había pertenecido a la reina doña María Francisca de Saboya, y el sofá y las butacas de cachemira clara, en las que Graciña había bordado, en una larga labor de años, el azor negro de los Ramires. Y siempre que volvía a la Torre, Graciña gustaba de revivir en su cuarto las horas de soltera, revolviendo en los cajones, hojeando viejas novelas inglesas en la estantería de cristales, o simplemente en el balcón contemplando la querida quinta, extendida hasta los oteros de Valverde; la verde quinta, tan mezclada a su vida, que cada árbol hablaba a su alma, y cada rincón de verdura era como un rincón de su pensamiento.

Gonzalo subió, golpeó la puerta cerrada, repitiendo el antiguo aviso: «¿Permiso para el hermano?» Ella corrió del bal-

cón, donde regaba en sus antiguos tiestos vidriados las plantas siempre renovadas y cuidadas por Rosa con cariño. Y descubriendo en seguida el pensamiento que la henchía:

— ¡Oh Gonzalo! ¡Qué felicidad, venir nosotros a la Torre precisamente hoy que te sucedió tamaña cosa!

— ¡Es verdad, Graciña; gran suerte! Y no me admiró nada el verte... Era como si aun vivieses en la Torre y te encontrase en el corredor... A quien extrañé fué a Barrolo. Y en el primer momento después de desmontar pensaba así, vagamente: «Pero ¿qué diablo hace aquí Barrolo? ¿Cómo diablos se encuentra aquí Barrolo?...» Es curioso, ¿eh? Fué tal vez porque, después de la lucha, me sentí remozado, con la sangre nueva, y me juzgué en el tiempo en que deseábamos una guerra en Portugal, nosotros sitiados en la Torre bajo nuestro pendón, y nuestro tercio tirando bombardas a los españoles...

Ella reía recordando esas imaginaciones heroicas. Y con el vestido sujeto entre las rodillas, volvió a reanudar el lento riego de sus tiestos, mientras Gonzalo, recostado en el balcón, contemplando la Torre, quedaba abstraído por la idea de una concordancia más íntima que desde aquella mañana se había establecido entre él y aquel heroico resto de la gloria de Santa Ireneia, como si su fuerza, tanto tiempo quebrada, se soldase al fin firmemente a la fuerza secular de su raza.

— Gonzalo, debes de estar muy cansado... Después de esa verdadera batalla...

— No, cansado no... Pero con hambre. Con hambre y con una sed estupenda.

Ella dejó la regadera, sacudiendo las manos alegremente.

— Pues el almuerzo no puede tardar... Ya estuve trabajando en la cocina, con Rosa, en una merluza a la española... Es una receta nueva del barón de las Marges.

— Entonces, insulsa como él.

— ¡No!; hasta picante; fué el señor vicario general quien se la enseñó.

Y como ante el tocador de la reina María Francisca ella arreglaba de prisa las horquillas, Gonzalo, para aprovechar la

soledad favorable, apresuró, con un esfuerzo, la confidencia que le conmovía:

— ¿Y en Oliveira? ¿Qué hay por Oliveira?

— En Oliveira, nada... Mucho calor.

Gonzalo, moviendo los dedos lentamente por la moldura del espejo, entrenzado de azucenas y laureles, murmuró:

— Yo sé algo de las Louzadas, de tus amigas las Louzadas. Continúan en plena actividad...

Graciña negó cándidamente:

— ¿Las Louzadas? ¡No! No han aparecido más por casa.

— Pero han conspirado.

Y como los verdes ojos de Graciña se abrieran sin comprender, Gonzalo arrancó vivamente del bolsillo la carta que guardaba, que ahora le pesaba como una plancha de hierro.

— ¡Mira, Graciña!... Vale más franquearnos... Aquí tienes lo que hace días escribieron a tu marido...

En un momento, Graciña devoró las líneas terribles. Y con oleadas de sangre en el rostro, apretando las manos, afligida, llena de desesperación, arrugó el papel.

— ¡Oh Gonzalo! Entonces...

Gonzalo acudió:

— ¡No! Barrolo no se preocupó. Hasta se rió. Y yo también cuando él me entregó ese papelucho... Y la prueba de que ambos lo consideramos un chismorreo insensato es que yo te lo muestro tan francamente.

Ella estrujaba la carta entre las manos, juntas y trémulas, pálida ahora y enmudecida por el espanto, reteniendo grandes lágrimas, que rebrillaban. Y Gonzalo, conmovido, con gravedad, con ternura:

— Pero tú, Graciña, sabes lo que son los pueblos pequeños. Sobre todo Oliveira. Necesitas mucho cuidado, mucha reserva... ¡Ay de mí! Yo tengo la culpa, Reanudé relaciones que nunca se debían reanudar... ¡Bien me he arrepentido! Y, créelo, por causa de esa situación tan falsa y tan peligrosa, que yo creé livianamente por una loca ambición, pasé aquí en la Torre días amargos... Hasta no me atrevía a volver por Oliveira

Hoy no sé por qué, después de esta aventura parece que todo se abatió, se sumergió en una gran sombra...; en fin, ya no me arde tan en brasas el corazón... Por eso desahogo así serenamente.

Ella se desató en un libre y doloroso llanto, en el que su frágil alma se deshacía. Con redoblada ternura, Gonzalo abrazó los pobres hombros curvados, sacudidos por los sollozos. Y con ella refugiada en su pecho, aconsejó dulcemente:

— ¡Graciña, el pasado murió, y todos necesitamos, para honra de todos, que continúe muerto! ¡Por lo menos, que por fuera, en cada gesto tuyo, parezca bien muerto! ¡Soy yo quien te lo pido por nuestro nombre!...

Entre los brazos del hermano, ella gimió con infinita humildad:

— ¡Pero si hasta se marchó de allí!... ¡No quiso estar más en Oliveira!

Gonzalo acarició la acongojada cabeza, que de nuevo se había escondido contra su pecho, y contra él se apretaba como buscando la fresca misericordia que dentro sintió brotar.

— Ya lo sé. Y eso me demuestra que has sido fuerte... Pero precisas mucha reserva, mucha vigilancia, Graciña... Y ahora sosiégate. No hablemos más, nunca más, de este incidente... Porque fué apenas un *incidente* que yo provoqué, ¡ay de mí!, por liviandad, por ambición... Pasó, está olvidado. Sosiega, descansa, y, cuando bajes, trae los ojos bien secos.

Lentamente la había desprendido de sus brazos, donde ella se acogía como al abrigo más cierto y al consuelo más deseado. Y salió, ahogado por la emoción, enjugando también las lágrimas. Un gemido tímido, suplicante, lo retuvo aún.

— Pero, Gonzalo, tú piensas...

El volvió, la abrazó de nuevo, la besó con lentitud en la frente.

— Yo pienso que tú, ahora, bien avisada, bien aconsejada, vas a mostrar mucha dignidad, mucha firmeza.

Rápidamente marchó; cerró la puerta. Y en la estrecha escalera, escasamente alumbrada por una claraboya, se enjugaba

los ojos, cuando tropezó con Barrolo, que buscaba a Graciña para apresurar el almuerzo.

— Graciña ya baja—le atajó el hidalgo—. Está lavándose las manos. Ya baja... Pero antes del almuerzo tenemos que ir a la caballeriza. Le debemos una visita a la yegua. A esa querida yegua que me salvó.

— Es verdad, ¡caramba!—aprobó Barrolo, descendiendo la escalera con entusiasmo—. Es necesario visitar a la yegua... ¡Grande y briosa yegua! Pero apuesto a que quedó más sudorosa que las mías... Imagina que hemos venido en un trote desde Oliveira, y ni un pelo mojado. ¡Hermosas yeguas! También es preciso ver cómo las cuido, cómo las trato.

En la caballeriza, ambos acariciaban a la yegua. Barrolo decidió que se regalase con una abundante ración de cebada. Después, para que Graciña tuviese tiempo a calmarse, el hidalgo arrastró a Barrolo hacia el pomar y la huerta.

— Tú no vienes a la Torre desde hace casi seis meses, Barroliño. Tienes que ver y admirar sus progresos. Ahora anda por aquí la sabia mano de Pereira de la Riosa...

— Ya supongo; gran hombre ese Pereira... ¡Pero yo tengo un hambre, Gonzaliño!...

— También yo.

Daba la una cuando entraron en la galería, donde la mesa esperaba florida y como en fiesta, y Graciña, sentada en un diván, recorría pensativamente las columnas de la *Gaceta de Oporto*. A pesar de habérselos bañado abundantemente, sus bellos ojos estaban algo enrojecidos, y para justificarlo, así como su abatimiento, en seguida se dolió de padecer una jaqueca. Eran las emociones, el peligro que había corrido Gonzalo...

— También yo tengo dolor de cabeza—declaró Barrolo rondando la mesa—. Pero el mío proviene del hambre... ¡Ah, hijos, estoy desde las siete de la mañana con una taza de café y un huevo cocido!

Gonzalo hizo sonar la campanilla. Pero quien entró por la puerta, jadeante, dilatando la boca en una amplia risa, fué Joaquín, el mozo de la caballeriza, que volvía de la Graiña.

Gonzalo extendió hacia él los brazos, impaciente.

— ¿Qué noticias hay?

— Pues allá estuve, hidalgo—exclamó Joaquín, reventando de importancia—. ¡Se ha armado una polvareda!... Todo el mundo está enterado ya.

»Una rapaza de los Bravaes lo presenció todo desde la solana... Después huyó a contar lo que había visto... Pero el viejo, el tal Domingues, que habita en la misma casa, y su hijo, escaparonse. El rapaz, por lo que dicen, apenas está herido. Si cayó sin sentido, fué con el susto. El Ernesto de Nacejas, ese sí, ¡santo nombre de Dios!, llevó lo suyo. Le llevaron en brazos a casa de un compadre, allí cerca, en la arribada. Parece ser que quedará sin oreja y hasta sin boca... Por todos aquellos sitios era el «ay-Jesús» de las mozas... Ahora va camino del hospital de Villa Clara, porque en casa de su compadre no le pueden curar. No se habla de otra cosa, y todo el mundo da la razón al hidalgo. El tal Domingues era un malandrín. Y en cuanto al Ernesto, a ése nadie lo podía tragar. Pero todos le tenían miedo. El hidalgo hizo una buena limpieza.

Gonzalo resplandecía. ¡Ah!, bien estaba; que no ocurriese daño más grande que la pérdida de la belleza del Don Juan de Nacejas.

— Entonces, ¿las gentes andan por allá hablando, mirando para el sitio?

— Sí; la gente anda mostrando la sangre que quedó en el suelo y las piedras por donde lanzó la yegua el hidalgo... Y ahora hasta dicen que fué una emboscada y que descerrajaron tres tiros al hidalgo, y que después, más adelante, en el pinar, aun salieron tres hombres enmascarados, a los que el hidalgo derrotó...

— He ahí la leyenda que se forma—declaró Gonzalo.

Benito había aparecido con una amplia fuente humeante. El hidalgo acarició risueñamente el hombro de Joaquín y mandó a Rosa que abriese para el almuerzo de la familia dos botellas de vino viejo de Oporto. Después, con la mano en el respaldo de su silla, murmuró gravemente:

— Pensemos un momento en Dios, que me libró hoy de un gran peligro.

Barrolo inclinó la cabeza, reverente. Graciña, al través de un leve suspiro, formuló una leve oración. Y desdoblaron las servilletas; Gonzalo aclamaba el pescado a la española, cuando el hijo de Críspula vino a empujar la puerta «con un telegrama que había llegado de Villa Clara». Una inquietud detuvo los tenedores. ¡La mañana había transcurrido entre tantas agitaciones y espantos! Pero ya una sonrisa de gozo, de triunfo, se esparcía en el rostro de Gonzalo.

— No es nada... Es de Castañeiro, que me habla de los capítulos de la novela que yo le mandé... ¡Infeliz! ¡Qué buen muchacho es!

Y retrepado en la silla recitó con aire sencillo el texto del telegrama que sus ojos acariciaban: «Recibidos capítulos novela. Leíselos a amigos. Entusiasmo. Verdadera obra maestra. Abrazos...»

Barrolo, con la boca llena, batió palmas, y Gonzalo, sin reparar en la fuente de pescado que Benito le presentaba, y llenando la copa de vino verde, con una vaga ternura y una sonrisa dichosa que no se disipaba, dijo:

— ¡En fin, buena mañana!... ¡Gran mañana!

.....

Durante toda aquella semana de fines de septiembre, Gonzalo trabajó en el capítulo final de su novela.

Era, por fin, la madrugada vengadora en que los caballeros de Santa Ireneia, reforzados por las más nobles lanzas de la mesnada de los Castros, sorprendían, en el abrupto desfiladero señalado por García Viegas, *el Sabedor*, al bando de Bayón en su apresurada huída hacia Coimbra... Lucha corta y atropellada, sin diestro y brioso terciar de armas, más semejante a la montería contra un lobo que a la remetida contra un hijodalgo. Y así la había deseado Tructesindo, con ruidosa aprobación de don Pedro de Castro, porque no se trataba de combatir a un enemigo, sino de coger a un asesino.

Antes de lucir el alba, el Bastardo había partido del castillo de

Landín con tanta prisa y con tal descuidada seguridad, que ni almogávar ni servidor alguno le atalayaban los caminos. Las cotovías cantaban cuando él, en áspero trote, penetró por esa brecha hundida entre escarpados taludes de brezos, que llaman la Roca del Moro desde que Mahoma la hendió para que se escapasen de las armas cristianas del rey don Fernando el Grande, el alcalde moro de Coimbra y la monja que llevaba a la grupa de su cabalgadura. Y apenas por la apretada grieta desaparecía la última lanza de la hilera, por la otra embocadura del valle surgió el compacto grupo de los Caballeros de Santa Ireneia, que Tructesindo guiaba con la visera erguida, sin broquel, como si anduviese holgadamente de caza. De la temerosa selva que los envolvía, irrumpieron por detrás las lanzas de los Castros, enristradas y cerrando la brecha más densamente que las púas de un puente levadizo. Por la pendiente de los cerros avanzó como suelto aluvión un rudo y siniestro peonaje. ¡Estaba cogido, perdido, el Bastardo terrible! Aun atacó furiosamente con su espada, que remolineando lo coronó de chispas... Con un fiero grito arremete contra Tructesindo; pero, bruscamente, de entre un obscuro grupo de honderos baleares, parte ondeando una cuerda de cáñamo que le sujeta por la garganta, le arranca con una brusca sacudida de la silla morisca y le derriba sobre los guijarros, en los que su larga espada se encaja y se parte junto al puño dorado. Entretanto, los caballeros de Bayón hacen frente aturdidamente al denso cerco de lanzas que les había envuelto; un grupo compacto de peones, con ásperos gritos, como mastines sobre un cerdo, arrastra al Bastardo hacia la loma del otero, donde le arrancan broquel y adarga, le despedazan el brial de lana roja, le quiebran los pasadores del yelmo para escupirle en el rostro, en las barbas color de oro, tan bellas y de tanto orgullo.

Después, la misma salvaje turba lo iza, amarrado sobre el dorso de una poderosa mula de carga; lo extiende entre dos finos cajones de virutas como res recogida de vuelta de una montería. Y los siervos del carretaje quedan guardando al caballero soberbio, al *Claro-Sol* que iluminaba la casa de Bayón,

ahora entalado entre dos cajones de palo, con cuerdas en los pies y cuerdas en las manos, y en ellas clavado un triste ramo de cardos, emblema de su traición.

Entretanto, sus quince caballeros cubrían el suelo, aplastados por el furioso choque de las lanzas que les habían embestido: unos, rígidos, como adormecidos, dentro de las negras armaduras; otros, torcidos, deshechos, con las carnes despedazadas, colgando horrendamente entre las mallas rotas de las lorigas. Los escuderos, cogidos, empujados a punta de pica hacia la boca de una barranca, sin rescate ni merced, como manada inmunda de robadores de ganado, morían, mutilados a golpes de machete por los barbudos guerreros leoneses. Todo el valle olía a sangre como un patio del matadero. Para reconocer a los compañeros del Bastardo, un bando de caballeros soltaba las hebillas de las golas de las viseras, arrancando furtivamente las medallas de plata, los escapularios, los saquitos de reliquias que todos traían como buenos creyentes. En una faz de fina barba negra, que una espuma sanguinolenta manchaba, Mendo de Briteiros reconoció a su primo Soeiro de Lugilde, con quien por las hogueras de San Juan holgara tan dulcemente, y había bailado en el castillo de Unhello, e inclinado sobre la alta silla rezó por la pobre alma sin confesión una devota Avemaría. Foscas, tristonas nubes encubrían la mañana de agosto, y desviados a la entrada del valle, bajo las ramas de una vieja encina, Tructesindo, don Pedro de Castro y García Viegas, *el Sabedor*, decidían qué muerte lenta, bien dolorosa y vil, se daría al Bastardo, villano de tan negra vileza.

Contando así la sombría emboscada con el gimiente esfuerzo de quien empuja un arado por tierra pedregosa, había gastado Gonzalo esa dulce semana de septiembre. Y el sábado, temprano, en su despacho, con los cabellos aún mojados de la ducha matinal, se frotaba las manos frente a la mesa de escritorio, porque, ciertamente, con dos horas de atento trabajo terminaría antes del almuerzo su novela, su obra. Sin embargo, casi le repelía el final con su repugnante horror. El tío

Duarte, en su poema, apenas lo había esbozado con esquiva indecisión, como noble lírico que, ante una visión de bruta ferocidad, suelta un lamento, resguarda la lira y se desvía hacia sendas más dulces. Al coger la pluma, Gonzalo también lamentaba realmente que su abuelo Tructesindo no hubiese matado de otra manera al Bastardo: en el fragor de la lucha, con una de esas cuchilladas maravillosas, tan fáciles de celebrar, que rajan al caballero, y después rajan al jinete, y para siempre resuenan en la Historia.

¡Pero no! Bajo el follaje de la encina los tres caballeros combinaban con lentitud una venganza terrorífica. Tructesindo había deseado volver a Santa Ireneia, alzar una horca delante de las barbacanas, en el suelo en que su hijo había rodado muerto, y en ella ahorcar, después de bien azotado, como villano, al villano que lo había matado. El viejo don Pedro de Castro, sin embargo, aconsejaba muerte más corta y también gustosa. ¿Para qué rodear por Santa Ireneia, desperdiciando ese día de agosto, en la prisa que los llevaba a Montemor, en socorro de las infantas de Portugal? Que se extendiese al Bastardo, amarrado sobre unos maderos, a los pies de don Tructesindo, como puerco por Navidad, y que un caballerizo le chamuscase las barbas, y después otro, con un gran cuchillo de carnicero, le desangrase por el pescuezo lentamente.

— ¿Qué os parece, señor don García?

El Sabedor, que había soltado las hebillas a su casco de hierro, limpiaba en las arrugas el sudor y el polvo de la lucha.

— ¡Señores y amigos! Tenemos algo mejor, y cerca también, sin demoras, de una galopada, delante de estos cerros, en el *Pego das Bichas*... Y no torcemos el camino, porque desde allí, por Tordezello y Santa María de Varge, enderezamos a Montemor, tan derechos como vuela el cuervo. Confía en mí, Tructesindo. Confía en mí, que yo dispondré para el Bastardo tal y tan vil muerte, que de otra no se pueda contar nada igual desde que Portugal fué condado.

— ¿Más vil que horca, para caballero, mi viejo García?

— ¡Ya la veréis, señores y amigos, ya la veréis!

— ¡Sea! Mandad sonar las trompetas.

Al mando de Alfonso Gomes, el alférez, las trompetas sonaron. Un grupo de ballesteros y de soldados leoneses rodearon a la mula que llevaba al Bastardo amarrado y entablillado entre dos maderos. Acaudillada por don García, la corta hueste se encaminó hacia el *Pego de las Bichas* en desbandada, con los lanceros esparcidos como en marcha de holganza y de paz, y todos con fuerte voz recordando entre jactancias y risotadas las proezas de la lucha.

A dos leguas de Tordezello y de su hermoso castillo, se escondía entre los cerros el *Pego de las Bichas*. Era un lugar de eterno silencio y de eterna tristeza. En esmerados versos había cantado el tío Duarte su desolada aspereza:

¡Ni trino de ave en susurrante rama,
ni frescas flores junto al fresco arroyo!
¡Tan sólo roca y matorral bravío,
y en medio el Pego tenebroso y muerto!...

Cuando los primeros caballeros, galopando hasta lo alto del cerro, lo avistaron, en la melancolía de la mañana nublada, enmudecieron su larga charla, sujetaron los frenos, asustados ante tan áspero yermo, tan propicio a brujas, fantasmas y almas en pena. Delante del accidentado barranco, por donde los jinetes discurrían, ondulaba un ribazo formado con charcos cenagosos, casi chupados por la sequía, luciendo pardamente por entre gruesos pedruscos y tojos rastreros. Al fondo, a medio tiro de ballesta, negreaba el Pego, laguna estrecna, lisa, sin una arruga en el agua, duramente negra, con manchas más negras, como lámina de estaño donde se extendiese la herrumbre del tiempo y del abandono. Alrededor subían los cerros, erizados de matorral bravío y alto, surcados por senderos de arena roja como por hilos de sangre que escurriese, y rasgados en lo alto por rocas lustrosas más blancas que osamentas. Tan pesado era el silencio, tan pesada era la soledad, que el viejo don Pedro de Castro, hombre de tantas jornadas, se espantó.

— ¡Feo paraje! ¡Y voto a Cristo y a Santa María, que nunca antes que nosotros entró en él hombre redimido por el bautismo!

— Pues, señor don Pedro de Castro —acudió *el Sabedor*—, ya por aquí se movió mucha y lucida lanza, y aun en tiempos del conde don Suero y de vuestro rey don Fernando se erguía en aquella orilla del agua una castellanía famosa!... ¡Ved más allá!

Y mostraba en lo alto de la sima, frente al barranco, dos rígidos pilares de piedra, que emergían del agua negra, y a los que la lluvia y el viento habían pulido como mármoles finos. Un pasadizo de traviesas, sobre estacas limosas y medio podridas, unía al margen el más grueso de los pilares. Y en medio de ese rudo sostén pendía una argolla de hierro.

Entretanto, ya el tropel de los guerreros se había esparcido por el ribazo. Don García Viegas desmontó, gritando por Pero Ermigues, el jefe de los ballesteros de Santa Ireneia. Y al lado del caballo de Tructesindo, risueño y gozando de la sorpresa, ordenó al caudillo que seis de sus fuertes hombres descendiesen al Bastardo de la mula, lo estirasen en el suelo, le desnudasen por completo, como su mala madre lo había echado a la negra vida...

Tructesindo se encaró con *el Sabedor*, frunciendo las cejas hirsutas:

— ¡Por Dios, don García! ¡Si vais simplemente a ahogar al villano, es ensuciar el agua inocente!...

Y algunos caballeros, en derredor, murmuraban también contra muerte tan dulce y sin malicia. Pero los menudos ojos de don García, girando, relampagueaban de triunfo y de gozo...

— ¡Sosegad, sosegad! Viejo estoy, ciertamente; pero todavía el señor Dios me consiente algunos ardides. ¡No! Ni ahorcado, ni degollado, ni ahogado... ¡Sino chupado, señores; chupado en vida, y lentamente, por las grandes sanguijuelas que llenan toda esa agua negra!

Don Pedro de Castro, maravillado, batió el guantelete en las piernas.

— ¡Vida de Cristo! ¡Tener en una hueste al señor don García, es tener juntamente para marchas y consejo, reunidos en uno solo, a Aníbal y Aristóteles!

Un rumor de admiración recorrió la hueste.

— ¡Buena venganza, buena venganza!

Y Tructesindo, radiante, gritaba:

— ¡Andad, andad, ballesteros! ¡Y vosotros, señores, retroceded hacia la loma del cerro, como al palenque, que va a ser hermoso el espectáculo!

Ya seis ballesteros bajaban de la mula al Bastardo amarrado. Otros le cercaban con rollos de cuerdas. Y, como los matarifes para desollar una res, toda la ruda turba se agrupó sobre el malhadado tirando por las cuerdas que desligaban el morrión, el sayo, las grevas, los zapatones de hierro, y después la gruesa ropa de lino cardado. Agarrado por los apretados cabellos, atado por los pies, donde se clavaban agudas uñas en el furor de mantenerlo con los brazos aplastados bajo otros gruesos brazos rígidos, el poderoso Bastardo aun se retorcía aullando, escupiendo contra los rostros confusos de la sucia mesnada una saliva enrojecida llena de espuma. Entre el obscuro tropel que lo cubría, su cuerpo todo desnudo blanqueaba, atado con cuerdas muy gruesas. Lentamente su furioso aullar se extinguía, jadeando, enronquecido. Y uno después de otro se erguían los ballesteros extenuados, resoplando, limpiándose el sudor del esfuerzo.

Entretanto los caballeros de España y de Santa Ireneia se desmontaban clavando el cuento de las lanzas entre el tojo y las piedras. Todos los declives de los oteros se cubrían con la mesnada esparcida como en palenques, en tardes de justa. Sobre una roca más lisa, que dos empobrecidos espinos sombreaban con sus escasas hojas, un paje había extendido pieles de ovejas para el señor don Pedro de Castro y para el señor de Santa Ireneia. Sólo el viejo castellano se acomodó, para un reposo largo, deshebillando su corselete de hierro, labrado de oro.

Tructesindo permanecía erguido, mudo, con los guanteletes

apoyados en el puño de su alta espada, los ojos hondos, ávidamente clavados en la tenebrosa laguna que con muerte tan fiera y tan sucia vengaría a su hijo... Y por la orilla de la sima, soldados y algunos caballeros de España revolvían con largos palos, con los cuentos de las lanzas, el agua cenagosa, en busca de las negras sanguijuelas escondidas que la poblaban.

Súbitamente, a un grito de don García, que rondaba, toda la chusma de peones amontonada en torno al Bastardo se retiró; y el fuerte cuerpo apareció, desnudo y blanco, sobre la tierra negra, con un espeso vello rubio en el pecho y su virilidad ahogada en otra mata de pelo rubio, y todo ligado por cuerdas de cáñamo que lo sostenían tieso. En aquella rigidez de fardo ni las costillas se movían; apenas los ojos rebrillaban, ensangrentados, horrendamente abiertos por el espanto y por el furor. Algunos caballeros habían corrido a mirar la envilecida desnudez del hombre famoso de Bayón. El señor de los Pazos de Argelim se mofó de él con estruendo:

— ¡Bien lo sabía, por Dios! ¡Cuerpo de mañceba, sin costura de herida!...

Leonel de Zamora restregó su zapato de hierro por el hombro del malhadado.

— ¡Ved este *Claro-Sol*, tan claro, que se apaga ahora en agua tan negra!

El Bastardo cerraba fuertemente los párpados, de donde dos gruesas lágrimas escaparon rodando lentamente... Un agudo pregón resonó por el ribazo:

— ¡Justicia! ¡Justicia!

Era el adalid de Santa Ireneia que, andando, sacudía una lanza y atronaba los cerros:

— ¡Justicia! ¡Justicia que manda hacer el señor de Treixedo y de Santa Ireneia en un perro matador!... ¡Justicia en un perro, hijo de perra, que mató vilmente y así muera vilmente por ella!...

Tres veces pregonó por delante de la hueste apiñada en los cerros. Después se paró, saludó humildemente a Tructesindo Ramires y al viejo Castro, como a jueces en su estrado.

— ¡Avivad, avivad! — tronó el señor de Santa Ireneia.

Inmediatamente, a un mandato de *el Sabedor*, seis ballesteros, con las piernas envueltas en mantas de carga, irguieron el cuerpo del Bastardo, como se yergue un muerto envuelto en su sudario, y con él entraron en el agua hasta cerca del más alto pilar de granito. Otros, arrastrando rollos de cuerdas, corrieron por el limoso pasadizo de traviesas. Con un alarido de «¡aguanta!», «¡arriba!», «¡alza!», en un desesperado esfuerzo, el robusto cuerpo blanco fué sumergido en el agua hasta la cintura, arrimado al más alto pilar, y después atado a él con un largo cabo que, pasando por la argolla de hierro, lo suspendía, sin escurrirse, tan seguro como un rollo de vela que se amarra al mástil. Rápidamente los ballesteros escaparon del agua, desentrapajando en seguida las piernas, que palpaban y rascaban en el horror de los bichos succionadores. Los otros corrieron por el pasadizo en una fila atropellada. En el Pego quedaba Lopo de Bayón bien preparado para la aparatosa muerte lenta con el agua que le cubría las piernas, con cuerdas que se le enroscaban hasta el pescuezo como un esclavo al poste; y un espeso mechón de cabellos rubios enlazado en la argolla de hierro, echando hacia atrás el rostro claro para que todos en él gozasen largamente la humillada agonía de *Claro-Sol;* entonces la atención de las huestes esperando esparcidas por las laderas del cerro, entristeció más el anubarrado silencio del yermo. El agua yacía sin un estremecimiento, con sus manchas negras como una lámina de estaño enmohecido. Entre las crestas de las rocas, arqueros apostados por *el Sabedor* atalayaban hasta más allá de los descampados. Una grulla atravesó graznando en un alto vuelo. Después un vaho lento agitó las flámulas de las lanzas clavadas en el tojo espeso.

Para despertar y dar prisa a la lentitud de las sanguijuelas, algunos peones tiraban piedras al agua cenagosa. Ya algunos caballeros españoles rosnaban impacientes por la detención en aquella cueva ahogada. Otros, descendiendo encogidos hasta el borde de la laguna para demostrar que las dichas sangui-

juelas nunca acudirían, sumergían lentamente en el agua negra las manos sin guantes, que después sacudían riendo y mofándose de *el Sabedor*... De repente un estremecimiento sacudió el cuerpo del Bastardo; sus rígidos músculos, en el furioso esfuerzo hecho para desprenderse, hinchábanse entre las cuerdas como culebras que se arquean; de los labios amenazadores salieron, en rugidos, en gruñidos, ultrajes y amenazas contra el cobarde Tructesindo y contra toda la raza de Ramires, que él emplazaba dentro de un año para las llamas del infierno! Indignado, un caballero de Santa Ireneia agarró una ballesta en la que puso tirante la cuerda. Don Garcia detuvo su empuje.

— ¡Por Dios, amigo! No robéis a las sanguijuelas ni una gota de esa sangre fresca. ¡Ved cómo acuden! ¡Ved cómo acuden!

En el agua espesa, en torno a los muslos sumergidos del Bastardo corría un temblor, gruesas ampollas burbujeaban, y de ellas blandamente surgió una sanguijuela, después otra y otra, lucidas y negras, que ondulaban y se pegaban a la blanca piel del vientre, de donde pendían chupando después, engrosadas, más lustrosas con la lenta sangre que ya escurría. El Bastardo había enmudecido, sus dientes rechinaban. Asqueados, hasta los rudos peones desviaban el rostro escupiendo hacia los brezos; otros, sin embargo, burlándose, azuzaban a las sanguijuelas gritando: «¡A él, doncellas, a él!» Y el gentil Zamora de Cendufe clamaba riendo contra tan insulsa muerte: «¡Por Dios! Una aplicación de sanguijuelas, como a enfermo de almorranas. No era sentencia de rico hombre, sino receta de curandero moro.»

— Pues ¿qué más queréis, mi Leonel?—respondió alegremente *el Sabedor*, resplandeciendo—. Muerte es ésta para contarse en los libros. Y no tendréis este invierno anochecer al amor de la lumbre, por todos los solares desde el Miño al Duero, en que no se cuente la historia del Pego de las Bichas. Mirad al primo Tructesindo Ramires. Famosos hechos presenció seguramente en sus largas lides guerreras... Sin embargo, ¡cómo goza, tan atento, tan maravillado!

En el talud del otero, junto a su estandarte que el alférez había clavado entre dos piedras, y tan quieto como la propia asta, el viejo Ramires no separaba su mirar del cuerpo del Bastardo, con bravío deleite y un sombrío fulgor en los ojos. Nunca había esperado él venganza tan magnífica. El hombre que había atado a su hijo con cuerdas, y le llevara en unas andas, y le degollara con su puñal delante de las barbacanas de su torre, estaba ahora vilmente desnudo, amarrado también como un cerdo, colgado de una pilastra, sumergido en un agua sucia y chupado por sanguijuelas, delante de dos mesnadas de las mejores de España, que miraban y se mofaban. Aquella sangre, la sangre de la raza detestada, no la bebía la revuelta tierra en una tarde de batalla, brotando de herida honrosa al través de rígida armadura, sino gota a gota, obscuramente, sorbida por repugnantes bichos que surgían hambrientos del lodo y en el lodo volvían a caer hartos, para vomitar sobre el lodo la sangre que los había hartado. En un charco donde él le había sumergido, viscosos animalitos absorbían sosegadamente al caballero de Bayón. ¿Dónde había habido malquerencia de casas solariegas fundadas en venganza más dulce?

Y la fiera alma del anciano acompañaba con inexorable gozo a las sanguijuelas que surgían y se esparcían por aquel cuerpo bien amarrado, como tranquilo rebaño por el declive de la colina donde pasta. Una fila de los repugnantes bichos succionaba la cintura encorvada por el ansia y por donde la sangre resbalaba en una franja lenta. El abundante vello rubio del pecho, como la espesura de una selva, contenía a muchas que ondulaban manchadas aún de lodo. Un enovillado montón sangraba un brazo. Las más, hartas, ya hinchadas, relucientes, desprendíanse, caían blandamente. Pero pronto otras, hambrientas, se aferraban. De las llagas abandonadas, la sangre escurría débilmente, deteniéndose en las cuerdas, de donde volvía a caer como una rala lluvia. En el agua obscura flotaban coágulos de sangre diseminados. Y así sorbido, rezumando sangre, el desgraciado aun rugía, al través de ultrajes inmundos, amenazas de muertes, de incendios contra la raza de los

Ramires. Después, con un jadeo en que las ligaduras casi estallaban, la boca horrendamente torcida y ávida, prorrumpía en roncos alaridos, implorando *¡agua, agua!* En su furor, las uñas, que las ligaduras le habían dejado colocadas contra los fuertes muslos, desgarraban la carne, clavándose en ella, haciendo brotar la sangre.

Y este furioso tumulto languidecía luego en un largo y cansado gemir, hasta que el Bastardo parecía como adormecido bajo sus ligaduras, relucientes las barbas por el sudor, como bajo una gruesa lluvia, y entre ellas la espantosa lividez de una delirante sonrisa.

Mientras tanto, la hueste, esparcida por los cerros como en un palenque, sentía embotarse la salvaje curiosidad suscitada por aquel nuevo suplicio, e iba pensando en que se acercaba la hora de la ración del mediodía. El adalid de Santa Ireneia, y después el heraldo español, mandaron sonar las trompetas. Entonces todo el áspero yermo se animó en una faena de campamento. El carro de las vituallas de las dos mesnadas se había detenido detrás de los cerros, en un pequeño prado por el que un regato claro se arrastraba sobre trozos de cuarzo entre las raíces de los alisos y de los sauces. Con una hambrienta prisa, saltando sobre las piedras, los peones corrían hacia la fila de los machos de carga; recibían de los espoliques la ración de carne y la mitad de un gran pan negro, y, diseminados a la sombra del arbolado, comían con silenciosa lentitud, bebiendo el agua del regato en cuencos de palo. Después, perezosamente extendidos en el campo, dormitaban o trepaban en grupos por los cerros al través de los matorrales, con la esperanza de poder disparar sus venablos contra alguna pieza de caza. En el ribazo, delante de la laguna, los caballeros, sentados sobre gruesas mantas, comían también, en torno de las abiertas alforjas, cortando con sus puñales trozos de grasienta carne de puerco y empinando en largos tragos las panzudas calabazas de vino.

Convidado por don Pedro de Castro, el viejo *Sabedor* descansaba compartiendo en una larga escudilla de barro un man-

jar, mezcla de miel y flor de harina, donde ambos caballeros introducían lentamente los dedos, que después limpiaban en el forro de sus vestiduras. Sólo el viejo Tructesindo no comía ni reposaba, erguido y mudo delante de su pendón, entre los dos mastines, en aquel fiero deber de acompañar, sin que se le escapase un temblor, un gemido, un hilo de sangre, la agonía del Bastardo. Inútilmente el castellano, ofreciéndole un vaso de plata, alababa su vino de Tordesillas, fresco como ningún otro para la sed de tan dura jornada. El viejo rico-hombre ni aun le había atendido; y don Pedro de Castro, después de arrojar dos panes hacia los fieles mastines, volvió a discurrir con Garcia Viegas acerca de aquel temerario amor del Bastardo hacia Violante Ramires, que tantos odios y tantos furores había provocado.

— Dichosos nosotros, señor don García; nosotros, a quienes la edad y el quebranto y la hartura alejan ya de esas tentaciones... Que la mujer, como me enseñaba cierto físico cuando yo andaba con los moros, es viento que consuela y perfuma; pero todo lo revuelve y trastorna. Ved cómo los míos penaron por ellas. Mi padre, en un desvarío de celos, acuchilló a mi dulce madre Estefanía. ¡Ella, tan santa, hija del Emperador! A todo lleva la violencia de la pasión; hasta a morir como ese que ahí está chupado por sanguijuelas, delante de una hueste que merienda y se mofa. ¡Mas, por Dios, cuánto tarda en morir, señor don García!

— Muriendo está, señor don Pedro de Castro, y ya con el diablo al lado para llevárselo.

El Bastardo moría entre los nudos de las cuerdas ensangrentadas; todo él era una asquerosa llaga roja y negra, con las viscosas manchas de sanguijuelas que lo cubrían, latiendo con los lentos hilos de sangre que de cada herida escurrían, más copiosos que los hilos de humedad en un muro denegrido.

El desesperado jadeo había cesado y el debatirse entre las cuerdas y todo el furor. Blando e inerte como un fardo, apenas alguna que otra vez revolvía horrendamente el mirar vagoroso, contemplando con pavor las personas y las cosas al

través de la niebla que empañaba sus ojos. Después abatía la faz flácida y lívida, con el labio colgante, abierta la boca en negro agujero, de donde resbalaba una baba sanguinolenta. De los párpados, nuevamente cerrados, entumecidos, goteaba una mucosidad como de lágrimas mezcladas con sangre.

Los peones, mientras tanto, volviendo de la batida, llegaban al ribazo y miraban, entre rudas chanzas, para el cuerpo pavoroso que las sanguijuelas aún succionaban. Ya los pajes recogían manteles y alforjas. Don Pedro de Castro había llegado con el Sabedor hasta el borde del agua lodosa, en la que casi sumergía los zapatos de hierro, para contemplar más de cerca al que de tan rara agonía agonizaba. Y algunos señores, molestos por la demora, enhebillando los corseletes, murmuraban:

— Está muerto.

Entonces García Viegas gritó al heraldo de los ballesteros:

— Ermigues, id a ver si aun queda soplo de vida en aquella llaga.

El jefe corrió por el pasadizo de traviesas, y, estremecido de asco, palpó la lívida carne y acercó a la boca, toda abierta, la clara lámina de su daga.

— ¡Muerto, muerto! — gritó.

Estaba muerto. Entre las cuerdas que le ceñían el cuerpo, resbalaba, chupado, vacío. La sangre ya no manaba; habíase coagulado en obscuras postillas, donde algunas sanguijuelas perseveraban, latiendo y reluciendo. Otras aun subían, tardías. Dos, enormes, revolvíanse en una oreja. Otra tapaba un ojo. El *Claro-Sol* no era más que una inmundicia que se descomponía. Sólo la madeja de los rubios cabellos, recogida, presa en la argolla, relucía como una llama, como el rastro dejado por la ardiente alma que huyera.

Sacudiendo la daga, el ballestero avanzó hacia el Señor de Santa Ireneia y gritó:

— ¡Está hecha la justicia que mandaste hacer en el perro asesino que murió!

Entonces el anciano rico-hombre, extendiendo el brazo, el

velloso puño, con poderosa amenaza clamó con un ronco bramido que rodó por peñascos y cerros:

— ¡Muerto está! ¡Y así muera de muerte infame quien traidoramente me afrente a mí y a los de mi raza!

Después, subiendo por la ladera del cerro al través de los matorrales, dijo con solemne ademán al alférez:

— Alfonso Gomes, mandad tocar las trompetas. Y a caballo, si os place, señor don Pedro de Castro, primo y amigo, que leal y bueno me fuisteis.

El castellano agitó risueñamente su guantelete.

— ¡Por Santa María, primo y amigo, que honra y placer he recibido de vos! A caballo, pues, si os place, que nos promete el señor don García vernos aún con el sol alto junto a los muros de Monte-Mayor.

Ya el peonaje formaba las cuadrillas; los mozos de armas llevaban para el ribazo a los jinetes, cuyas cabalgaduras asustábanse de la amplia extensión del agua obscura. Y con los dos estandartes al viento, el azor negro y las trece roelas, la cabalgata subió al trote por el barranco empinado, por donde los pedruscos rodaban. En lo alto, algunos caballeros aun torcíanse en sus sillas para mirar silenciosamente al hombre de Bayón, que allá quedaba, amarrado a la pilastra, en la soledad del *Pego*, pudriéndose. Pero cuando el ala de los honderos y ballesteros de Santa Ireneia desfiló, una áspera gritería brotó con burlas y soeces injurias contra el perro asesino. En medio de la cuesta, un ballestero, dando la vuelta, tendió furiosamente la ballesta. La flecha hundióse en el agua. Otra silbó bien pronto, y una piedra de honda, y una saeta barbada que se clavó en las costillas del Bastardo sobre un negro hacinamiento de sanguijuelas. El jefe gritó: «¡Adelante!» La recua de acémilas de carga avanzaba bajo el estallido de los látigos; los mozos de convoy cogían gruesos cantos y apedreaban al muerto. Después, los siervos que llevaban las carretas pasaron con sus cortos sayos de cuero crudo, balanceando las cortas lanzas, y el capataz apresó el estiércol de las bestias y lo lanzó a la faz del Bastardo sobre las finas barbas de oro.

LOS MAIAS

SUTILMENTE observada, la vida de la alta sociedad lisboeta de los tiempos de Eça está retratada con magistrales trazos en este libro.

«Los Maias» son dos novelas fundidas en una. Eça de Queiroz concibió primero el desarrollo de un asunto — cuyo protagonista sería «Juan de Ega» — en el que se pintase la vida en la capital portuguesa, al través de las andanzas de un joven escritor llegado de su provincia para acometer la conquista de la fama; y el asunto de la otra novela lo había de constituir lo que en ésta son los incestuosos amores de Carlos de Maia.

Ambas novelas llegaron a ser anunciadas. Pero Eça de Queiroz decidió entrelazarlas para formar una sola.

«Los Maias» es una novela costumbrista, en la que se ha atendido mucho más al episodio, a la presentación de ambientes y de tipos, que al interés de la trama. Existen en ella muchos capítulos, como el que a continuación recogemos, que por sí solos son admirables narraciones con vida propia.

El señor Ega—anunció Bautista alzando el repostero, cuando comenzaba justamente a tocar la campanilla del almuerzo.

—Háblale de la frase...—dijo Alfonso riendo.

—¿Eh? ¿Qué frase? ¿Qué?... —exclamó Ega, que irrumpió por el cuarto con el aire atolondrado, la barba por afeitar, el cuello del paletó levantado—. ¡Oh, por aquí a estas horas, señor don Alfonso de Maia! ¿Cómo está vuestra excelencia? Dime, Carlos, tú eres quien me puedes quitar de este atolladero... ¿Tendrás, por casualidad, una espada que me sirva?

Y como Carlos le miraba asombrado, añadió, ya impaciente:

—¡Sí, hombre, una espada! No es para batirme; estoy en paz con toda la humanidad... Es para esta noche, para el traje de máscara.

Mattos, aquel animal, no le había dado el traje de máscara hasta la víspera; y cuál sería su horror al ver que le había enviado, en lugar de una espada artística, un sable de la Guardia municipal. Había tenido intención de atravesarle con él las entrañas. Corrió a casa del tío Abraham, que sólo tenía espadines de corte, sucios y pretenciosos como la propia corte. Habíase acordado de Craft y de su colección; venía de allí, y allí sólo había unos espadones de hierro, alfanjes pesando

arrobas, espadas tremendas como las de los brutos que habían conquistado la India... Nada que le sirviese. Había sido entonces cuando le vinieron a la idea las panoplias antiguas del Ramillete.

— Tú eres quien debes tener alguna... Yo necesito una espada larga y fina, con la guarnición en escamas de acero recortado, forrada de terciopelo escarlata. Y sin cruz, ¡sobre todo sin cruz!

Alfonso, tomando un interés paternal por aquella dificultad de Juan, recordó que había en el corredor unas espadas españolas...

— ¿En el corredor?—exclamó Ega, ya con la mano en el repostero.

Era inútil que se precipitase. Juan no las podría encontrar. No estaban a la vista colocadas en panoplias; se conservaban todavía en los cajones en que habían venido de Bemfica.

— Voy allá, hombre fatal; ahora voy yo—dijo Carlos, levantándose con resignación—. Pero te advierto que no tienen vainas.

Ega quedó parado. Y aun fué Alfonso quien halló una idea salvadora:

— Manda hacer una simple vaina de terciopelo negro; eso se hace en una hora. Y manda coserle a lo largo discos de terciopelo escarlata...

— ¡Espléndido!—gritó Ega—. ¡Lo que es tener gusto!

Apenas Carlos salió, Ega comenzó a protestar contra Mattos.

— Vea vuestra excelencia esto: ¡un sable de guardia municipal! Y él es quien hace aquí los trajes para todos los teatros. ¡Qué idiota!... Todo es así. ¡Este es un país insensato!...

— Mi buen Ega, tú no querrás hacer a Portugal entero, al Estado, a siete millones de almas, responsables de ese comportamiento de Mattos.

—Sí, señor —exclamaba Ega paseando por el gabinete, con las manos hundidas en los bolsillos del paletó—; sí, señor; todo eso se enlaza. El sastre, con un traje del siglo XIV, manda un

sable de guardia municipal; por otro lado, el ministro, a propósito de impuestos, cita la *Meditación* de Lamartine, y el literato, esa bestia suprema...

Pero se calló, viendo la espada que Carlos traía en la mano, una hoja del siglo XVI de gran temple, fina y vibrante, con las guarniciones trabajadas como un encaje, que tenía grabado en el acero el nombre ilustre del fabricante: Francisco Ruy de Toledo.

La envolvió en un periódico, rehusó de prisa el almuerzo que le ofrecían, dió dos efusivos apretones de manos, echó el sombrero hacia la nuca e iba a partir, cuando la voz de Alfonso le detuvo.

— Oye, Juan—decía el viejo alegremente —, es una espada de aquí, de casa, que nunca brilló sin gloria, creo yo... ¡Mira bien cómo te sirves de ella!

Junto a la puerta, Ega volvióse y exclamó, apretando contra el pecho el hierro, envuelto en el *Diario del Comercio*:

— ¡No la sacaré sin justicia, ni la envainaré sin honra! Hasta luego.

— ¡Qué vida, qué juventud! —murmuró Alfonso—. ¡Muy feliz es este Juan!. . Vete arreglando, hijo, que ya tocó la primera campanada para el almuerzo.

.....

A las diez Carlos se vestía para el baile de los Cohens. Fuera, la noche se había hecho tenebrosa, con ráfagas de viento y chubascos que, a cada instante, batían fuertemente el jardín. Allí, en el gabinete de *toilette*, flotaba en el aire tibio un vago aroma de jabón y de buen cigarro. Sobre dos cómodas de ébano, incrustadas de marfil, dos candelabros de bronce antiguo levantaban sus velas encendidas, poniendo largos y suaves reflejos en la seda castaña de las paredes. Al lado del alto espejo, encima de una poltrona, estaba extendido el dominó de satén negro con un gran lazo azul pálido.

Bautista, con la levita en la mano, esperaba que Carlos acabase la taza de te negro que estaba bebiendo a sorbos, en pie, en mangas de camisa y con corbata blanca.

De repente, el timbre eléctrico de la puerta particular resonó apresurado y violento.

— Tal vez otra sorpresa—murmuró Carlos—; hoy es el día de las sorpresas.

Bautista sonrió, e iba abandonar la levita para abrir, cuando abajo vibró otro repique brutal, de una impaciencia frenética.

Entonces Carlos, curioso, salió a la antecámara, y allí, a la media luz de las lámparas, atenuada por el tono de los terciopelos color cereza, vió, al abrirse la puerta por donde entró un soplo áspero de la noche, aparecer bruscamente una forma alargada y roja, con un confuso tintinear de hierro. Después, ya en la escalera, dos negras plumas de gallo ondearon, un manto escarlata agitóse... Y he aquí que Ega apareció delante de él, caracterizado, vestido de Mefistófeles.

Carlos apenas pudo decir «bravo»; el aspecto de Ega le hizo enmudecer. A pesar del retoque de la caracterización, que casi lo enmascaraba—cejas de diablo, guías de bigote ferozmente exageradas—, se advertía bien claramente la aflicción en que venía, inyectados los ojos, cubierto de una terrible palidez... Hizo un gesto a Carlos y entró en el gabinete. Bautista, discretamente, se retiró, cerrando el repostero.

Estaban solos. Entonces Ega, apretando desesperadamente las manos, con una voz ronca de agonía dijo:

— ¿Sabes lo que me ha ocurrido, Carlos?

Pero no pudo decir más, sofocado, temblando todo; y delante de él, devorándolo con los ojos, Carlos temblaba también, asombrado.

— Llegué a casa de los Cohens—continuó Ega, al fin, después de un esfuerzo y casi balbuciendo—más temprano que los demás invitados, como habíamos convenido. Cuando entré en la sala estaban apenas dos o tres personas... Él vino derecho a mí y me dijo: «Usted, infame, a la calle... Pronto, a la calle; si no, delante de esta gente le expulso a puntapiés.» Y yo, Carlos...

Pero la cólera otra vez le ahogó la voz. Y estuvo un momen-

to mordiendo los labios, conteniendo los sollozos, con los ojos relucientes de lágrimas.

Cuando las palabras volvieron, fué una explosión salvaje:

— ¡Me quiero batir con aquel malvado, a cinco pasos, y meterle una bala en el corazón!

Otros sonidos estrangulados escapáronse de su garganta, y batiendo furiosamente el pie, agitando los brazos, gritaba sin cesar, como tomando alientos de la misma estridencia de su voz.

— ¡Quiero matarle! ¡Quiero matarle! ¡Quiero matarle!

Después, alucinado, sin ver a Carlos, comenzó a pasear desabridamente por el cuarto a grandes pasos, con la capa echada hacia atrás y la espada batiéndole en las pantorrillas escarlatas.

— ¡Entonces se descubrió todo!—murmuró Carlos.

— ¡Claro que se descubrió todo!—exclamó Ega sin cesar en su apresurado paseo, alzando los brazos al cielo—. Cómo lo descubrió, no lo sé. Sé esto, que ya no es poco: ¡me echó a la calle!... ¡Le he de meter una bala en el cuerpo! ¡Por el alma de mi padre, le he de atravesar el corazón!... Quiero que vayas junto a él con Craft por la mañana... Las condiciones son éstas: a pistola, a quince pasos.

Ahora, Carlos, otra vez sereno, acababa su taza de te. Después dijo sencillamente:

— Querido Ega, tú no puedes desafiar a Cohen.

El otro se detuvo de repente, con un relámpago de ira en los ojos, a los que las amedrentantes cejas de crepé y las dos plumas de gallo ondeando en la gorra daban una ferocidad teatral y cómica.

— ¿No puedo desafiarle?

— No.

— Entonces me echa de su casa...

— Estaba en su derecho.

— ¡En su derecho! ¿Delante de todo el mundo?...

— ¿Y tú no eras el amante de su mujer delante de todo el mundo?

Ega quedó mirando a Carlos, asombrado. Después hizo un gesto.

— No se trata de la mujer... No se habló de la mujer. Es una cuestión de honor para mí, y quiero desafiarle, quiero matarle...

Carlos encogió los hombros.

— Tú no estás en ti. Tan sólo tienes que hacer una cosa: quedar mañana en tu casa por si él manda a desafiarte a ti...

— ¿Quién? ¿Cohen?—exclamó Ega—. ¡Es un cobarde; es un canalla!... O le mato o le cruzo la cara con un látigo. ¡Desafiarme! ¡Ese!... Tú estás loco...

Y recomenzó su paseo, impaciente, del espejo a la ventana, soplando, rechinando los dientes, rebatiendo hacia atrás la capa, que hacía oscilar en los candelabros la larga llama de las velas.

Carlos, en pie junto a la mesa, llenando lentamente de nuevo su taza, nada decía; todo aquello comenzaba a parecerle poco serio, poco digno: las amenazas de puntapiés del marido; los furores melodramáticos de Ega... Y no podía dejar de sonreír delante de aquel Mefistófeles flaco y alto que paseaba por la habitación el rojo brillo de su manto de terciopelo y hablaba furiosamente de honor y de muerte con cejas postizas y escarcela de cuero al cinto.

— Vamos a hablar a Craft—exclamó de repente Ega, deteniéndose al adoptar esta brusca resolución—. Quiero saber lo que dice Craft. Tengo abajo un coche; estamos allá en un instante.

— ¿Ir ahora a la quinta, a los Olivares?—dijo Carlos mirando el reloj.

— Si eres mi amigo, Carlos...

Carlos, inmediatamente, sin llamar a Bautista, acabó de vestirse.

Mientras tanto, Ega preparaba una taza de te y le echaba ron, aún tan nervioso, que mal podía coger la botella. Después, con un gran suspiro, encendió un cigarrillo. Carlos había entrado en el cuarto de baño, que alumbraba un mechero

de gas. Fuera, la lluvia continuaba seguida y monótona, y las goteras escurrían sobre el blando suelo del jardín.

— ¿Crees que aguantará el coche de punto?—preguntó Carlos desde dentro.

— Aguanta; es del *Cañoto*—dijo Ega.

Ahora había reparado en el dominó y lo examinaba mirando el rico satén, el bello lazo azul pálido. Después, encontrando ante él el gran espejo, se puso el monóculo, retrocedió un paso, se contempló de alto a bajo y terminó por posar una de las manos en la cintura y apoyar la otra gallardamente en la empuñadura de la espada.

— No estaba mal del todo, ¿eh, Carlos?

— Estabas espléndido—respondió el otro desde dentro del cuarto—. Fué una pena que se estropease todo... ¿De que vestía ella?

— Debía ir de Margarita.

— ¿Y él?

— ¿La bestia esa? De beduíno.

Y continuó al espejo, admirando su esbelta figura, las plumas del gorro, los picudos zapatos de terciopelo, y la punta flamante de la espada levantando la capa por detrás en pliegues caballerescos.

— Pero entonces — dijo Carlos apareciendo limpiándose las manos — tú no sabes lo que pasó, lo que él habrá dicho a su mujer, el escándalo que acaso haya habido...

— No sé nada — dijo Ega, ahora más sereno —. Cuando entré en el primer salón, estaba él allí, vestido de beduíno; estaba otro sujeto, de oso, y una señora no sé de qué, creo que de tirolesa... Él vino hacia a mí y me dijo aquello: «¡Márchese a la calle!» No sé nada más... Ni puedo adivinar... El canalla, si descubrió algo, no dijo nada a Raquel, naturalmente, para no estropear la fiesta... Después sí que será ella.

Levantó las manos al cielo y murmuró:

— ¡Es horroroso!

Aun dió una vuelta por la habitación, y después, en otro tono de voz, contrayendo el rostro:

— No sé qué diablo me dió aquel Godefroy para pegar las cejas, que me pican a rabiar.

— Quítalas...

Delante del espejo, Ega vacilaba en descomponer su feroz semblante de Satanás. Pero las arrancó por fin, y también el gorro emplumado, muy justo, que le daba un intolerable calor a la cabeza. Entonces Carlos le indicó que, para ir a casa de Graft, se desembarazase de la capa y de la espada y se pusiese un abrigo suyo. Ega dirigió una larga y muda mirada a su flamante traje infernal, y, con un profundo suspiro, comenzó a desprender el tahalí. Pero el gabán era muy largo y tuvo que doblar las mangas. Después Carlos le puso una gorra escocesa. Y así arreglado, con las pantorrillas rojas de diablo surgiendo bajo el gabán, la gargantilla bermeja a lo Carlos IX, y el viejo gorro de viaje en la nuca, el pobre Ega tenía el aire lamentable de un Satanás venido a menos, agasajado por la caridad de un gentleman qne le había facilitado un traje viejo.

Bautista les alumbró grave y discreto. Ega, al pasar junto a él, murmuró:

— Esto va mal, Bautista; esto va mal...

El viejo criado tuvo un triste movimiento de hombros, como significando que nada en el mundo iba bien.

En la calle negra, el inmóvil tronco de caballos doblaba la cabeza bajo la lluvia. El *Cañoto*, al oír hablar de una propina de una libra, hizo un gran aspaviento y arreó a los caballos; y el viejo coche partió al galope, escurriendo agua, atronando la calzada.

A veces un cupé particular se cruzaba con ellos, y los impermeables de los criados blanqueaban a la luz de las linternas. Entonces la idea de la fiesta que ahora debía resplandecer; la de Margarita, ignorante de todo, danzando en brazos de otros, ansiosa, esperándole; la de la cena después, el champagne, las cosas brillantes que él habría dicho... Todas estas delicias perdidas venían a clavarse en el corazón del pobre Ega y arrancaban sordas blasfemias. Carlos fumaba silenciosamente, puesto su pensamiento en el Hotel Central.

Después de Santa Apolonia, la carretera comenzó, interminable, desabrigada, batida por el agreste aire del río. Ninguno hablaba, arrinconados a uno y otro lado del coche, estremecidos por el frío que penetraba por las grietas... Una hora después llegaron a la quinta; la campanilla del portón, a los tirones del ensopado cochero, resonó lúgubremente en aquel obscuro silencio de aldea. Un perro ladró con furia y otros ladridos le respondieron a lo lejos. Aun esperaron mucho tiempo antes de que un criado soñoliento apareciese, rezongando, con una linterna. Un camino de acacias conducía hasta la casa. Ega juraba, enterrando sus hermosos zapatos de terciopelo en el suelo enlodado.

Sorprendido por aquel tumulto, Craft salióles al encuentro en el corredor, de bata y con la *Revista de Ambos Mundos* debajo del brazo. Advirtió en seguida que se trataba de un desastre. Les condujo en silencio hacia su gabinete, en donde una buena lumbre calentaba y alegraba el aposento, todo tapizado de claras cretonas. Los recién llegados fueron derechamente hacia la chimenea.

Ega comenzó en seguida a contar su caso, mientras Craft, sin espanto ni exclamaciones, iba preparando metódicamente sobre la mesa tres grogs de coñac y limón. Carlos, sentado junto al fuego, calentaba los pies, y Craft vino a oír a Ega acomodándose también en su poltrona al otro lado de la chimenea, con su pipa en la boca.

— En fin — exclamó Ega, en pie, cruzando los brazos —, ¿qué me aconsejas ahora?

— Solamente esto — dijo Craft —: esperar mañana en casa a que él te mande sus padrinos... que tengo la certeza que no te enviará... Y después, si os batieseis, dejarte herir o matar.

— Exactamente lo que yo dije — murmuró Carlos, probando su grog.

Ega miró a ambos sucesivamente, petrificado. Y luego, en un desordenado flujo de palabras, se quejó de no tener amigos. Helo allí, en aquella crisis, la mayor de su vida... Y en lugar

de encontrar en sus camaradas de la infancia y de Coimbra, apoyo, solidaridad, lealtad *à tort et à travers*, le abandonaban, parecían querer hundirle, exponerle a irrisiones intolerables... Ibase conmoviendo, y los ojos enrojecíansele bajo las lágrimas. Y cuando alguno le interrumpía con una palabra sensata, batía el suelo con el pie y persistía en su tema: ¡un desafío, matar a Cohen, vengarse! Había sido insultado. No había otra cosa; no se había hablado de la mujer. Era él quien primeramente debía enviar sus padrinos, lavar su honra. Había personas en el salón cuando le insultó el otro. Había un oso y una tirolesa... Y en cuanto a dejarse atravesar por una bala, ¡no! Tenía más derecho a vivir que Cohen, que era un burgués y un agiotista... Y él era un hombre de estudio y de arte. Tenía en la cabeza libros, ideas, cosas grandes. ¡Se debía al país, a la civilización!... Si iba al campo del honor, era para hacer puntería y abatir allí a Cohen como a una bestia inmunda...

— Lo que pasa es que no tengo amigos—gritó él ya exhausto, desmoronándose sobre un sofá.

Craft bebía en silencio y a sorbos su coñac.

Fué Carlos el que se irguió, serio y desabrido. Ega no tenía derecho a dudar de su amistad. ¿Cuándo le había ella faltado? Pero era necesario no ser pueril ni teatral... La cuestión estaba sencillamente reducida a que Cohen le había sorprendido amándole a la mujer. Luego podía matarle, podía entregarle a los tribunales, podía destrozarlo en sus salones a puntapiés...

— O peor — interrumpió Craft —; mandarte su señora con esta tarjetita: «¡Guárdela!»

— ¡O eso también! — continuó Carlos —. Y no, señor: se limita a prohibirte la entrada en su casa, un poco ásperamente, sí, pero indicando que después de haber hecho esto no quiere nada que sea más violento ni más dramático. Tuvo, por lo tanto un acto de moderación. ¿Y tú quieres desafiarle por eso?

Pero Ega sublevóse otra vez, dió un salto, recorrió agitadamente la sala, sin abrigo ya, despeinado, más fantástico aún con aquel jubón escarlata, con los zapatos de terciopelo enlodados, las largas piernas de cigüeña cubiertas de malla de

seda roja. Y terqueaba que no se trataba de eso. No, no se trataba de la mujer. La cuestión era otra...

Carlos entonces se indignó.

— ¿Por qué diablo te expulsó él de la casa entonces? ¡No digas disparates, hombre! Nosotros estamos diciendo lo que hace un hombre de sentido común. Y es triste que te cueste tanto trabajo comprender lo que manda el sentido común. Traicionaste a un amigo tuyo... ¡Nada de equívocos! Tú declarabas bien alto tu amistad con Cohen. Le traicionaste, tienes que aceptar la ley: Si él te quisiera matar, tienes que morir. Si él no te quiere hacer nada, tienes que permanecer con los brazos cruzados. Si te quisiera llamar por ahí, por esas calles, infame, tienes que bajar la cabeza y reconocer tu infamia...

— Entonces ¿tengo que soportar la afrenta?

Los dos amigos explicáronle que aquel disfraz de Satanás le privaba de la lucidez de criterio mundano, y que llegaba a ser, torpe hablar él, Ega, de afrenta.

Ega, agobiado sobre el sofá, conservó un momento la cabeza oprimida entre las manos.

— Yo ya no sé nada — dijo por fin —. Ustedes deben tener razón... Me siento idiota... Entonces ¿qué he de hacer yo?

— ¿Ustedes tienen el coche esperando? — preguntó tranquilamente Craft.

Carlos había mandado desenganchar, recoger el ganado extenuado.

— ¡Excelente! Entonces, mi caro Ega, tienes otra cosa que hacer antes de morir mañana, tal vez, y es cenar esta noche. Yo iba a cenar, y por motivos largos de explicar, hay en esta casa un pavo frío. Y habrá seguramente una botella de Borgoña...

A los pocos minutos se sentaban a la mesa en aquel hermoso comedor de Craft, que encantaba siempre a Carlos, con sus tapicerías ovaladas representando fragmentos solitarios de arbolado, las severas cerámicas de Persia y su original chimenea flanqueada por dos negras figuras de nubios con rutilantes ojos de cristal. Carlos, que se había declarado hambrien-

to, trinchaba ya el pavo, mientras Craft descorchaba con veneración dos botellas de su viejo Chambertin, para reconfortar a Mefistófeles.

Pero Mefistófeles, sombrío y con los ojos enrojecidos, rechazó el plato, desvió la copa, Después condescendió en probar el Chambertin.

— Pues yo — decía Craft, empuñando el cubierto —, cuando ustedes llegaron, estaba leyendo un artículo interesante sobre la decadencia del protestantismo en Inglaterra...

— ¿Qué es aquello, de aquella lata?—preguntó Ega con una voz moribunda.

Una *pâté de foie-gras*. Mefistófeles escogió con tedio una trufa.

— Es muy bueno este Chambertin tuyo- -suspiró.

— Anda, come y bebe con franqueza—le dijo Craft—. No te hagas el romántico. Lo que tú tienes es hambre. Todas tus ideas se resienten esta noche de debilidad.

Entonces Ega confesó que debía de estar débil. Con aquella excitación de su traje de Satanás no había comido, contando cenar bien en casa del otro... Sí, en efecto, tenía apetito. ¡Excelente *foie-gras!*...

A los pocos momentos devoraba: había comido tajadas de pavo, una porción inmensa de lengua de Oxford, dos veces jamón de York, todas aquellas sabrosas cosas inglesas que había siempre en casa de Craft. Y él solo bebió casi toda una botella de Chambertin.

El criado había ido a preparar el café; entretanto, iban discutiendo todas las hipótesis, la actitud probable de Cohen con su mujer. ¿Qué haría él? Tal vez la perdonase. Ega afirmaba que no; era vanidoso y de rencores duraderos. En un convento tampoco la podía encerrar, siendo judía...

— Tal vez la mate—dijo Craft con toda su seriedad.

Ega, ya con los ojos brillantes del Borgoña, declaró trágicamente que él, entonces, entraba en un monasterio. Los dos se burlaron de él sin piedad. ¿En qué monasterio quería entrar? Ninguno congeniaba con el carácter de Ega. Para domi-

nico era muy delgado; para trapense, muy lascivo; muy hablador, para jesuíta, y para benedictino, muy ignorante... Era necesario crear una Orden para él. Craft inventó una: la *Santa Farsa*.

— Ustedes no tienen corazón—exclamó Ega, llenando otra gran copa—. Ustedes no saben lo que yo adoraba a aquella mujer.

Entonces habló largamente de Raquel. Y en aquel momento tuvo, seguramente, los mejores momentos de aquella pasión, porque pudo, sin escrúpulo, hacer relucir su aureola de amante, bañarse en el agua de rosas de las confidencias vanidosas. Comenzó por contar su encuentro con ella en Foz, en tanto Craft, sin perder una palabra, como quien se instruye, se había levantado a abrir una botella de Champagne. Relató después los paseos por la Cantareira, las cartas todavía vacilantes y platónicas, metidas entre hojas de libros prestados, en que ella firmaba «Violeta de Parma»; el primer beso, el mejor, dado furtivamente entre dos puertas, mientras el marido había corrido arriba a buscarle cigarros especiales; las citas en Oporto, en el Cementerio del Reposo; los apretones ardientes de manos a la sombra de los cipreses, y los planes de voluptuosidad combinados entre las lápidas fúnebres...

— ¡Muy curioso!—decía Craft.

Pero Ega tuvo que callarse: el criado entraba con el café. Mientras se llenaban las tazas y Craft salía a buscar una caja de cigarros, él acabó la botella de Champagne, ya pálido y con la nariz afilada.

El criado salió, corriendo el repostero de tapicería; y entonces Ega, con la copa de coñac al lado, volvió a reanudar las confidencias: contó la vuelta a Lisboa, a Villa Balzac, las mañanas deliciosas pasadas allí con ella en el calor de un nido de amor...

Pero ahora interrumpíase, vago y con los ojos turbios, sepultando un momento la cabeza entre las manos. Después venía otro detalle: los nombres lúbricos que ella le daba, cierta colcha de seda negra donde ella brillaba como un jaspe... Dos

lágrimas empañáronle los ojos y juró que quería morir.

— ¡Si ustedes supiesen qué cuerpo de mujer!—gritó él, de repente—. ¡Oh amigos míos, qué cuerpo de mujer!... Imaginen ustedes un pecho...

— No queremos saber nada—dijo Carlos—. ¡Cállate; estás borracho, miserable!

Ega alzóse, estirando las piernas, arrimado a la mesa.

¿Borracho él? ¡A buena parte iban!... Era una cosa que no había podido hacer nunca: emborracharse. Había hecho muchas veces todo lo posible, había bebido de todo; hasta aguarrás. Y nada. No podía...

— Veréis; voy a poner aquella botella en la boca; tú verás... Y quedo frío, quedo impasible, capaz de discutir filosofía... ¿Quieres que te diga lo que pienso de Darwin? Es una bestia... Dame la botella.

Pero Craft no se la dió, y en un momento, Ega quedó oscilando, mirando para él con la faz lívida.

— O me das la botella... O me das la botella o te meto una bala en el corazón... No; ni vales la bala... ¡Te voy a dar una bofetada!

De repente, cerráronsele los ojos, cayóse sobre una silla, y de ahí al suelo como un fardo.

— ¡Tierra!—dijo tranquilamente Craft.

Tocó la campanilla, el criado entró y recogieron a Juan de Ega. Y mientras lo llevaban para el cuarto de los huéspedes y le quitaban el traje de Satanás, no cesó de gemir, dando besos babosos en las manos de Carlos, balbuciendo:

— ¡Raquelita!... ¡Raquel, mi Raquelita! ¿Quieres a tu bichito?

Cuando Carlos partió en el coche de alquiler para Lisboa, no llovía ya; un viento frío iba barriendo el cielo; ya clareaba el alba.

Al otro día, a las diez de la mañana, Carlos volvió a los Olivares. Halló a Craft durmiendo, y subió al cuarto de Ega. Las ventanas habían quedado abiertas, un largo rayo de sol doraba el lecho; y él roncaba aún, en medio de aquella aureo-

la, echado sobre un lado, con las rodillas contra el estómago, y la nariz debajo del embozo de las sábanas.

Cuando Carlos le sacudió, el pobre Juan abrió un ojo triste, y bruscamente alzóse sobre el codo, espantado, mirando al cuarto, a los cortinajes de damasco verde y a un retrato de dama empolvada que le sonreía dentro de su moldura dorada. Seguramente le asaltaron los recuerdos de la víspera, porque se escurrió hacia abajo, con las sábanas hasta la barbilla, y su faz lívida, envejecida, expresó el desconsuelo de dejar aquellos blandos colchones, la paz confortable de la quinta, para ir a afrontar a Lisboa toda clase de amarguras.

— ¿Hace frío fuera?—preguntó él, melancólicamente.

— No; es un día adorable. ¡Pero levántate de prisa! Si fuera alguien a tu casa de parte de Cohen, puede imaginar que huíste...

Ega dió un salto de la cama, y aturdido, despeinado, buscaba la ropa con las piernas desnudas, tropezando contra los muebles. Sólo encontró el jubón de Satanás. Llamaron al criado, que le trajo unas calzas de Craft. Ega se las puso de prisa; y, sin lavarse, con la barba por afeitar, el cuello del paletó alzado, metió por fin la cabeza en la gorra escocesa y, volviéndose hacia Carlos, dijo con aire trágico:

— ¡Vamos!

Craft, que se había levantado, fué a acompañarles al portal, donde esperaba el cupé de Carlos. En la alameda de acacias, tan tenebrosa la víspera bajo la lluvia, cantaban ahora los pájaros. La quinta, fresca y lavada, verdeaba al sol. El hermoso terranova de Craft saltaba alrededor de ellos.

— ¿Te duele la cabeza, Ega?—preguntó Craft.

— No — respondió el otro, acabando de abotonar el paletó —. Yo ayer no estaba borracho... Lo que estaba era débil.

Al subir al cupé, hizo, con un aire profundo y filosófico, esta reflexión:

— ¡Lo que es beber buenos vinos!... ¡Estoy como si no hubiese bebido nada!

Craft le recomendó que, si había novedad, le mandase un telegrama; cerró la cancela; el coche partió.

Durante la mañana no hubo telegrama en la quinta; y cuando Craft apareció en «Villa Balzac», donde un carruaje de Carlos esperaba a la puerta, ya había obscurecido, y dos velas ardían en la triste sala verde. Carlos, tumbado en el sofá, dormitaba con un libro abierto sobre el estómago; y Ega paseaba de un lado a otro, todo vestido de negro, pálido, y con una rosa en el ojal. Había estado allí, en la sala, en aquella actitud, esperando todo el día a los testigos de Cohen.

— ¿No te lo decía yo? No hay nada, ni podía haberlo— murmuró Craft.

Pero Ega, ahora asaltado por negras ideas, temía que él hubiese asesinado a su mujer. La sonrisa escéptica de Craft le indignó. ¿Quién conocía a Cohen mejor que él? Bajo la apariencia burguesa era un monstruo. Le había visto matar a un gato sólo por el capricho de derramar sangre...

— Tengo el presentimiento de una desgracia—balbució él, aterrado. En ese momento la campanilla sonó. Ega despertó precipitadamente a Carlos, y empujó a los dos amigos hacia el dormitorio. Craft dijo que a aquella hora no podían ser los amigos de Cohen. Pero él quería estar solo en la sala, y allí quedó, más pálido, rígido, abotonada la levita, y con los ojos clavados en la puerta.

— ¡Qué trance!—decía Carlos dentro, andando a tientas en la obscuridad del cuarto.

Craft encendió en el tocador un cabo de vela. Una luz triste se esparció por la habitación; todo apareció desordenado; en medio del suelo, tirada, estaba una camisa de dormir; en un rincón había quedado la bañera con agua de jabón, y en el centro, el enorme lecho, envuelto en sus cortinas de seda roja, conservaba una majestad de tabernáculo.

Permanecieron callados durante un momento. Craft, metódico, y como quien se instruye, examinaba el tocador, donde había un mazo de horquillas, una liga con el broche roto y un ramo de violetas mustias. Después fué a mirar el mármol de

la cómoda: allí había quedado un plato con huesos de pollo, y al lado, una cuartilla de papel, escrita a lápiz, toda enmendada, con cierto trabajo literario de Ega. Él hallaba todo esto muy curioso.

De la sala, entretanto, venía un silbar de voces íntimo y sutil. Carlos, escuchando, creyó sentir el habla ahogada de una mujer... Impaciente, fué a la cocina. La criada estaba sentada a la mesa, con la mano metida entre el pelo, sin hacer nada, mirando para la luz; el criado, desmoronado en una silla, fumaba un cigarro.

— ¿Quién entró?—preguntó Carlos.

— Fué la criada del señor Cohen—dijo el criado, escondiendo el cigarro detrás de la espalda.

Carlos volvió al cuarto anunciando:

— Es la confidente. Las cosas terminan amablemente.

— ¿Y cómo quería usted que terminasen?—dijo Craft—. Cohen tiene su Banco, sus negocios, sus letras a vencer, su crédito, su respetabilidad, todo el orden de cosas en las que no conviene un escándalo... Esto es lo que calma a los maridos. Además de eso, ya ha quedado satisfecho, ya le ha ofrecido puntapiés...

En ese instante hubo un rumor en la sala. Ega abrió violentamente la puerta.

— Ya no hay nada—exclamó él—; le dió una paliza, y se van mañana para Inglaterra.

Carlos miró para Craft, que movía la cabeza, viendo todas sus previsiones realizadas, y aprobando plenamente.

— Una paliza—decía Ega con los ojos llameantes y con una voz sibilante—. Y después han hecho las paces... Aun va a ser un *ménage* modelo. El palo lo purifica todo... ¡Qué canalla!

Estaba furioso. En ese momento odiaba a Raquel, no perdonando a su ídolo el haberse dejado vencer a palizas. Recordaba con precisión el bastón de Cohen, un junco de la India, con una cabeza de galgo por puño. ¡Y aquello había azotado las carnes que él estrechara tantas veces con pasión! ¡Aquello

había puesto verdugones rojos donde sus labios habían puesto señales color de rosa! ¡Hicieron las paces! ¡Así terminaba, en groserías y escándalo, la novela mejor de su vida! Prefería saber que estaba muerta a saber que había sido apaleada. Pero no; llevaba los golpes y acostábase después con el marido, y él mismo, seguramente arrepentido, llamándole nombres dulces, le ayudaba, en calzoncillos, a poner aplicaciones de árnica.

—Entre usted aquí, señora Adelia—gritó él desde la sala—, entre aquí. Aquí sólo hay amigos. ¡El secreto acabó, el pudor acabó! Son amigos. Somos tres, pero somos uno. Tiene usted delante de sí el gran misterio de la Santísima Trinidad. Siéntese, señora Adelia; siéntese... No haga cumplidos... Y puede usted hablar... Aquí la señora Adelia, amiguitos, vió todo, ¡ha visto la caza!

La señora Adelia, una moza gordita y baja, de bonitos ojos, con un sombrero de flores rojas, vino de la sala rectificando. No, ella no había visto... El señor Ega no había entendido bien... Ella sólo había oído.

—He aquí cómo fué, señores... Yo había quedado en pie, naturalmente, hasta el fin del baile, y estaba que no me tenía de las piernas. Era ya día claro cuando el señor, aún vestido de moro, se encerró en el cuarto con la señora. Yo quedé en la cocina con Domingo esperando que tocasen la campanilla. De repente oímos gritos... Yo quedé fría, creí que eran ladrones. Corrimos yo y Domingo, pero la puerta del cuarto estaba cerrada, y los dos estaban por dentro, allá hacia el fondo de la alcoba. Miré por el ojo de la cerradura, pero no pude ver nada. Eso sí, el estallido de las bofetadas, los golpes, los palos, se oían perfectamente, así como los gritos. Yo dije a Domingo: «Esto es una disputa, ¡ay! ¡qué pasará!»... Pero, de pronto, se hizo un silencio general. Nosotros volvimos a la cocina; de allí a poco el señor Cohen apareció todo despeinado, en mangas de camisa, diciendo que nos podíamos acostar, que ellos no necesitaban nada, y que mañana hablaríamos... Después quedaron allí toda la noche, y por la mañana parece

que estaban muy amigos... Yo no he visto a la señora. El señor Cohen, apenas se levantó, vino a la cocina, me hizo la cuenta y me echó fuera; es muy mal educado; hasta me amenazó con la Policía... Fué por Domingo por quien supe ahora, cuando fuí a buscar el baúl con un mozo de cuerda, que el señor Cohen marchaba con la señora para Inglaterra. En fin, un escándalo... Yo hasta tengo el estómago todo el día asqueado.

La señora Adelia, con un suspiro, fijó los ojos en el suelo y callóse. Ega, con los brazos cruzados, miraba amargamente a sus amigos. ¿Qué les parecía aquello? ¡Una paliza!... Entonces, un cobarde como aquél no merecía una bala en el corazón! ¡Pero ella, también, dejarse tocar, no haber huído, consentir aún, después, en dormir con él!... ¡Todo era una canallada!

— Y la señora Adelia—preguntaba Craft—, ¿no tiene idea de cómo él pudo descubrir...?

— ¡Eso sí que es prodigioso!—gritó Ega apretando la cabeza con las manos...

— Sí, prodigioso. No había sido ninguna carta: ellos no se escribían. No podía haber sorprendido las visitas a «Villa Balzac»: las cosas estaban combinadas con gran precaución, perfectamente impenetrables. Para llegar hasta allí ella, nunca había cometido la indiscreción de servirse de su coche. Nunca había entrado francamente. Los criados de él nunca la habían visto, no sabían quién era la señora que lo visitaba... ¡Tantas precauciones, y todo estropeado!

— ¡Es extraño, extraño!—murmuraba Craft.

Hubo un silencio. La señora Adelia había terminado por sentarse familiarmente en una silla, con su lío de ropa en el regazo.

— Pues mire, señor Ega—dijo ella después de reflexionar—, crea entonces una cosa: fué en sueños. Ya tiene ocurrido... Fué que la señora soñó en alto con vuecencia y dijo todo; el señor Cohen la oyó y descubrió lo que ocurría... A mí me consta que ella sueña en alta voz.

Ega delante de Adelia, inmóvil, la miraba con los ojos brillantes desde las flores del sombrero hasta el borde de la saya.

— ¿Cómo es posible que él la oyese? ¡Si dormían en cuartos separados!... Yo sé que dormían en cuartos separados.

Adelia bajó los párpados, acarició con los dedos calzados de guantes negros el lío de ropa que llevaba y pronunció en voz baja estas palabras:

— No, señor; no tenían... La señora no consentía tal separación... La señora gusta mucho de su marido y tiene celos de él.

Hubo un silencio embarazoso y desagradable. Sobre el tocador, el trozo de vela acabábase con una luz lúgubre. Y Ega, que afectaba sonreír, encoger los hombros, paseaba lentamente por el cuarto, triturando el bigote entre la mano trémula.

Entonces, Carlos, molesto, cansado de aquel episodio que duraba desde la víspera, y en el que constantemente se revolcaba en lodo, declaró que era necesario terminar. Eran las ocho y él quería comer...

— Sí, vamos a comer todos — murmuró Ega con aire confuso y embarazado.

Bruscamente hizo una señal a Adelia, la arrastró hacia el salón y encerróse otra vez.

— ¿No está usted harto de esto, Craft? — exclamó Carlos desesperado.

— No; me parece un curioso asunto, digno de estudio.

Esperaron todavía diez minutos. Súbitamente extinguióse la vela. Carlos, furioso, gritó por el criado. Y el criado entraba con un inmundo quinqué de petróleo cuando Ega, más sereno, retornó del salón. Todo había acabado; Adelia había partido ya.

— Vamos a comer — dijo —. Pero ¿adónde a esta hora?

Y él mismo propuso ir a «André», en el Chiado. Abajo, además del cupé de Carlos, esperaba el coche de Craft. Los dos carruajes arrancaron, llevándoles. «Villa Balzac» quedaba apagada, muda, inútil ya para lo sucesivo.

En «André» tuvieron que esperar mucho tiempo en un gabinete triste, revestido de un papel de estrellitas doradas, con cortinillas baratas bajo franjas de reps azul y dos mecheros de gas que silbaban. Ega, enterrado en el sofá de blandos y gastados muelles, había cerrado los ojos y parecía exhausto. Carlos iba contemplando los dibujos de la pared, todos relativos a españolas: una, saliendo de la iglesia; otra, saltando un charquito; otra, bajos los ojos, oyendo los consejos de un canónigo... Craft, ya a la mesa, con la cabeza entre las manos, leía el *Diario de la Mañana*, que el criado había ofrecido para que los señores se entretuviesen.

De repente Ega dió un salto en el sofá, que crujió lamentablemente.

— Lo que yo no comprendo — gritó — es cómo pudo descubrir aquel malvado...

— La hipótesis de Adelia — dijo Craft, alzando los ojos del diario — parece probarlo. O despierta o en sueños, la pobre señora se descubrió. Tal vez fuese también una denuncia anónima. O tal vez una casualidad... El hecho es que el hombre desconfió, la espió y pudo sorprenderla.

Ega alzóse.

— Yo no quise deciros delante de Adelia, que no estaba en el secreto de todo... Pero frente a mi casa, al otro lado de la calle, hay una casa con un gran jardín. Allí vive una tía de la Gouvariño, doña María Lima, una persona respetable. Raquel iba a verla de vez en cuando. Son íntimas; doña María Lima es íntima de todo el mundo. Después salía por una puertecilla del jardín, atravesaba la calleja y llegaba a la puerta de mi casa, a la puerta excusada que da a la escalera que llega hasta el cuarto del baño. Ya ven ustedes... Ni aun los criados la veían. Cuando ella merendaba allí, la merienda estaba ya dispuesta en mi cuarto, a puertas cerradas. Si alguien se fijase, no podía ver más que una señora con un velo negro que venía de casa de la Lima... ¿Cómo podía sorprenderla el marido?... Además de eso, en casa de la Lima ella cambiaba de sombrero y se ponía un *water-proof*.

Craft felicitóle.

— Es admirable. Parece de Scrib.

— Entonces... — dijo Carlos sonriendo.

— ¿Doña María? ¡Cuitada!... Te aseguro que es una excelente anciana a la que se recibe en todas partes, pero es pobre y hace esta clase de favores, a veces en su misma casa...

— ¿Cobra caro esos servicios? — preguntó tranquilamente Craft, que en toda aquella historia procuraba instruirse.

— No. ¡Infeliz! — dijo Ega —. Se le dan de vez en cuando cinco libras.

El camarero entraba con una fuente de camarones. Los tres amigos acomodáronse en silencio a la mesa.

Después de la comida fueron al Ramillete. Ega iba allí a dormir, rehuyendo por la excitación de sus nervios la soledad de «Villa Balzac». Partieron, con los cigarros encendidos, en un coche abierto bajo la noche estrellada y dulce.

Felizmente no había nadie en el Ramillete; Ega, cansado, pudo retirarse en seguida para su habitación, un aposento destinado a los huéspedes. en el segundo piso, donde había un hermoso lecho antiguo de ébano. Apenas le dejó el criado, aproximóse Ega a la consola, donde ardían las luces, y quitóse de bajo la camisa, donde lo llevaba colgado al cuello, un medallón de oro. Dentro estaba la fotografía de Raquel, y su intención ahora era quemarla, arrojando al cubo del agua sucia las cenizas de aquella pasión. Pero al abrir el medallón, el lindo rostro, bañado por una sonrisa, bajo el vidrio oval, pareció mirar para él con cierta tristeza en el terciopelo de las lánguidas pupilas... La fotografía mostraba apenas la cabeza y algo de la abertura del escote en el comienzo del vestido; y los recuerdos de Ega alargaron aquel escote una vez más, volviendo a ver la garganta desnuda, el singular satinado de la piel, el lunarcito sobre el pecho izquierdo... El sabor de sus besos le pasó de nuevo por los labios; sintió en el alma otra vez como el eco de los cansados suspiros que ella había lanzado en sus brazos. Y ella se alejaba, *¡nunca más* la volvería a ver! Esta desolada amargura del *nunca más* le conturbó, y

con el rostro enterrado en la almohada, el pobre demagogo, el gran fraseador, sollozó mucho tiempo en el secreto de la noche.

Toda aquella semana fué dolorosa para Ega. Al día siguiente de este a que nos referimos, Dámaso había aparecido en el Ramillete, y por él conocían los comentarios de Lisboa. Ya se sabía en el Gremio, en el Chiado, en todas partes, que Ega había sido expulsado de casa de los Cohens. El oso y la pastora del Tirol, testigos del episodio, lo habían difundido con entusiasmo. Se decía también que Cohen le había dado un puntapié. Los amigos de la casa, sobre todo Alencar, defendían fervorosamente la inocencia de Raquel. Alencar contaba públicamente que Ega, provinciano inexperto y *dandy* de Celorico, habiendo tomado por evidencias de pasión las sonrisas de amabilidad de una señora que recibe en su casa, había escrito a doña Raquel una carta casi obscena, que ella, la infeliz, bañada en lágrimas, había mostrado a su marido.

— Entonces me desprecian, ¿eh, Dámaso? — murmuró Ega, que, en el gabinete de Carlos, envuelto en una vieja bata y recogido en una poltrona, oía estas murmuraciones con un aire cansado y doliente.

Dámaso confesó que entre la buena sociedad, efectivamente, se le censuraba.

¡Ah, ya lo sabía él! Tenía antipatías en Lisboa; nadie le perdonaba todavía su gabán de pieles. Sus frases sarcásticas ofendían. Y era desagradable para mucha gente que un hombre dotado de ese peligroso espíritu de hierro en ascua, tuviese una madre rica y fuese independiente.

Después, al siguiente sábado, cuando Carlos volvió de comer con los Gouvariños, le contó la conversación que había tenido con la condesa. La condesa le había hablado muy libremente, como un hombre, de aquel desastre de Ega. Se había afligido mucho, no sólo por Raquel, ¡infeliz!, de quien era amiga, sino por Ega, al que ella apreciaba tanto, tan interesante, tan brillante y que salía de todo aquello desacreditado. Cohen decía a todo el mundo (se lo había dicho también a

Gouvariño) que había amenazado a Ega con darle de puntapiés por haber escrito a su mujer una carta inmunda. Los que nada sabían, como Gouvariño, le creían y se llevaban las manos a la cabeza; y los que estaban en el secreto, los que hacía seis meses venían sonriéndose de la intimidad de Ega con los Cohens, afectaban también darle crédito y cerraban los puños con indignación. Ega era odiado. Y la pequeña Lisboa que vive entre el Gremio y la casa Havaneza, holgábase en hundir a Ega.

Ega, en efecto, sentíase hundido. Y esa noche declaró a Carlos que había decidido ir a la quinta de su madre, pasar allí un año, acabar las *Memorias de un átomo* y reaparecer en Lisboa con su libro publicado, triunfando sobre la ciudad, aplastando a los mediocres. Carlos no perturbó esta radiante ilusión.

Pero cuando Ega, antes de partir, fué a saldar sus asuntos de dinero, encontróse delante de conflictos abominables. Debía a todo el mundo, desde el tapicero hasta el panadero; tenía tres letras próximas a vencer; si dejase aquellas deudas sueltas, gritando, se unirían a la murmuración pública, al caso de los Cohens; y él sería, además del amante amenazado de puntapiés, el pobre diablo perseguido por los acreedores. ¿Qué había de hacer sino valerse de Carlos? Carlos, para arreglarlo todo, le prestó dos mil duros.

Después, habiendo despedido a la servidumbre de «Villa Balzac», surgieron otras complicaciones: la madre del criadito llegó de allí a pocos días al Ramillete, de un modo insolente, gritando que le había desaparecido el hijo. Y era verdad: el famoso criado, pervertido por la cocinera, habíase marchado con ella a las callejuelas de la Mouraría a empezar allí una divertida existencia de crápula.

Ega rehusó a atender a las reclamaciones de la matrona. ¿Qué diablo tenía él que ver con esas torpezas?

Entonces el amante de la mujer intervino amenazadoramente. Era un policía, un sostén del orden, y dió a entender que le sería fácil probar que en «Villa Balzac» ocurrían «cosas

contra la naturaleza», y que el criadito no era solamente para servir a la mesa... Profundamente asqueado, Ega acalló la intriga dándole cinco libras al policía. Cuando en esa noche, una noche triste de agua, Carlos y Craft lo acompañaron a Santa Apolonia, él les dijo en el carruaje estas palabras, triste resumen de un amor romántico:

— ¡Siento como si el alma me hubiese caído a una letrina; necesito un baño por dentro!

EL MANDARÍN

EN esta breve novela, Eça de Queiroz nos cuenta las tribulaciones de orden ético de un humilde oficinista que se hace responsable de la muerte de un mandarín, a quien ni aun conoce, para heredar sus millones.

Nada hay de terrible en este asesinato. Teodoro se limita a agitar una campanilla, en su cuarto de una casa de huéspedes de Lisboa, y he aquí que, en aquel momento, y por obra de esta sencilla decisión, el mandarín, envuelto en su amplia ropa de seda amarilla, cae muerto, panza arriba, en un jardín del Celeste Imperio, con su cometa aún entre las manos.

Pero la posesión de la fabulosa herencia no hace feliz al matador. En vano procura librar su espíritu de la obsesión del remordimiento. La visión de aquel anciano mandarín, que le persigue insistentemente, rígido y amarillo, con su cometa sobre el pecho, amarga su vivir.

En una agridulce prosa, esta narración, aun sin ser de lo mejor que ha brotado de la pluma del ilustre novelista, retiene hasta el fin el interés de los lectores.

EL MANDARÍN

Me llamo Teodoro, y fuí amanuense del Ministerio del Reino.

En ese tiempo vivía yo en la travesía de la Concepción, núm. 106, en la casa de huéspedes de doña Augusta, la espléndida doña Augusta, viuda del mayor Marqués. Tenía dos compañeros: Cabrita, empleado en la Administración del barrio central, flaco y amarillo como un cirio, y el poderoso y exuberante teniente Couceiro, gran tocador de guitarra francesa.

Mi existencia era bien equilibrada y tranquila. Toda la semana con mis manguitos de lustrina, en la oficina de mi negociado, iba haciendo con una hermosa letra cursiva sobre el papel del Estado estas fáciles frases: «Iltmo. Sr.: Tengo el honor de comunicar a V. Exc.ª... Tengo el honor de poner en su conocimiento, Iltmo. y Excmo. Sr...»

Los domingos descansaba: me instalaba en el canapé del comedor con la pipa entre los dientes y admiraba a doña Augusta que, en días de misa, acostumbraba a limpiar con clara de huevo la caspa del teniente Couceiro. Esta hora, sobre todo en el verano, era deliciosa; por las ventanas medio cerradas penetraba el vaho de la solana, algún repique distante de las campanas de la Concepción Nueva y el arrullar de las

tórtolas en la baranda; el monótono zumbido de las moscas balanceándose sobre el viejo cambray, antiguo velo nupcial de la señora Marqués, que cubría ahora en el aparador los platos de cerezas; poco a poco el teniente, envuelto en el lienzo como un ídolo en su manto, iba adormeciéndose bajo la fricción blanda de las cariñosas manos de doña Augusta, y ella, levantando la puntita del dedo meñique, blanquito y gordezuelo, le rascaba la caspa lustrosa con la lendrera... Yo entonces, enternecido, decía a la deliciosa señora:

— ¡Ay, doña Augusta, usted es un ángel!

Ella se reía; me llamaba «encanijado». Y yo sonreía sin escandalizarme. *El encanijado* era efectivamente el nombre que me dadan en la casa, por ser flaco, entrar siempre en las habitaciones con el pie derecho, tener miedo a los ratones, ostentar a la cabecera de la cama una litografía de Nuestra Señora de los Dolores, que había pertenecido a mi madre, y andar encorvado. Desdichadamente, me encorvo de lo mucho que doblé el espinazo en la Universidad, retrocediendo como una urraca asustada delante de los señores catedráticos, y en el negociado, doblando la frente hasta el suelo delante de los directores generales. Esta actitud, por otra parte, conviene al bachiller, mantiene la disciplina de un Estado bien organizado, y a mí me garantizaba la tranquilidad de los domingos, el uso de alguna ropa blanca y veinte mil reis mensuales. No puedo negar, sin embargo, que en ese tiempo era ambicioso, como lo reconocían sagazmente la señora Marqués y el alegre Couceiro. No es que me revolviese el pecho el apetito heroico de dirigir desde lo alto de un trono vastos rebaños humanos; ni que mi alma loca aspirase jamás a rodar por la Baixa en un coche de ministro, seguido de un correo; mas punzábame el deseo de poder comer en el Hotel Central con champagne, apretar la mano mimosa de vizcondesas, y, por lo menos dos veces por semana, adormecerme en un éxtasis mudo sobre el seno fresco de Venus. ¡Oh mozos que os dirigís vivamente a San Carlos, arrebujados en amplios paletós donde blanquea la corbata de *soiréel* ¡Oh calesas rebosan-

tes de andaluzas, marchando gallardamente a los toros; cuántas veces me hicisteis suspirar! Porque la certeza de que mis veinte mil reis y mi gesto encogido de encanijado me excluían para siempre de esas alegrías sociales, venía entonces a herirme en el pecho como una flecha que se clava en un tronco y queda mucho tiempo vibrando.

Aun así, yo no me consideraba sombríamente como un paria. La vida humilde tiene dulzuras; es grato, en una mañana de sol alegre, con una servilleta al cuello, delante de un *bistech* a la parrilla, desdoblar el *Diario de las Noticias*; en las tardes de verano gózanse suavidades de idilio en los bancos gratuitos del paseo; es sabroso, por la noche, en Martinho, sorber poco a poco el café, oyendo a los charlatanes injuriar a la Patria... Además, nunca fuí exclusivamente infeliz porque no tengo imaginación; no me consumía, rondando y deseando en torno a paraísos ficticios nacidos en mi propia alma ansiosa, como nubes que proceden de la evaporación de un lago. No suspiraba, mirando a las brillantes estrellas, por un amor romántico a lo Romeo, o por una gloria social a lo Camoens. Soy un positivo. Sólo aspiraba a lo racional, a lo tangible, a lo que ya había sido alcanzado por otros en mi barrio y que es accesible a un bachiller. Íbame resignando, como quien en una mesa redonda mastica la corteza de pan seco esperando que le llegue el rico plato de *Charlotte russe*. Las venturas habían de llegar, y, para apresarlas, yo hacía todo lo que debía como portugués y como constitucional: rezaba todas las noches a Nuestra Señora de los Dolores, y compraba décimos de la lotería.

Entretanto procuraba distraerme. Y como las circunvoluciones de mi cerebro no me hacían hábil para componer odas, a manera de tantos otros que a mi lado se desquitaban así del tedio de la profesión; como mi sueldo, después de pagar la casa y el tabaco, no me permitía ningún vicio, había tomado el hábito discreto de comprar en la feria de Labra antiguos volúmenes desencuadernados y, de noche, en mi cuarto, me atracaba de esas lecturas curiosas. Eran siempre obras de tí-

tulos sugestivos: *Galería de la Inocencia, Espejo Milagroso, Tristeza de los Desheredados*... El anticuado tipo de letra, el papel amarillento con picaduras de polilla, la severa encuadernación frailuna, la cintita verde marcando la página, encantábanme. Después, aquellos relatos ingenuos en letra grande, daban una gran paz a todo mi ser, sensación comparable a la paz penetrante de una vieja cerca de monasterio en la hondonada de un valle, en el crepúsculo suave de la tarde, oyendo correr el agua triste...

Una noche, hace años, había comenzado a leer en uno de esos vetustos infolios un capítulo titulado «Brecha de las almas»; iba cayendo en una somnolencia grata, cuando este período singular se destacó del tono neutro y apagado de la página, como el relieve de una medalla de oro nueva, brillando sobre el tapete obscuro. Copio textualmente:

«En el fondo de la China existe un mandarín más rico que todos los reyes que la fábula y la historia cuentan. De él nada conoces: ni el nombre, ni el semblante, ni la seda de que se viste. Para que tú heredes sus caudales infinitos, basta que toques esa campanilla colocada a tu lado sobre un libro. Él soltará apenas un suspiro en sus confines de la Mongolia. Será entonces un cadáver, y tú verás a tus pies más oro del que puede soñar la ambición de un avaro. Tú que me lees y eres un hombre mortal, ¿tocarás la campanilla?»

Permanecí asombrado delante de la página abierta: aquella interrogación «hombre mortal, ¿tocarás tú la campanilla?», parecíame burlona, picaresca, y me perturbaba prodigiosamente. Quise leer más, pero las líneas huían ondulando como serpientes asustadas, y en el vacío que dejaban, de una lividez de pergamino, quedaba allí resaltando en negro la interpelación extraña: «¿tocarás tú la campanilla?»

Si el volumen fuese de una modesta edición Michel-Levy, de cubierta amarilla, yo, que por suerte no me hallaba perdido en una floresta de balada alemana y podía desde mi ventana ver blanquear a la luz del gas el correaje de la patrulla, habría simplemente cerrado el libro y quedaría disipada la aluci-

nación nerviosa. Mas aquel sombrío infolio parecía exhalar magia: cada letra afectaba la inquietadora configuración de esos signos de la vieja cábala que encierran un atributo fatídico; las comas tenían el retorcido petulante de rabos de diablillos entrevistos en un blanco de luna; en el signo de interrogación final yo veía el pavoroso gancho con que el tentador va revolviendo en las almas que se adormecieron sin refugiarse en la inviolable ciudadela de la oración... Una influencia sobrenatural, apoderándose de mí, me arrebataba lentamente fuera de la realidad, del raciocinio, y en mi espíritu se habían ido formando dos visiones: de un lado, un mandarín decrépito muriendo sin dolor, lejos, en un kiosco chino, a un *ti-lin-tín* de campanilla; de otro, toda una montaña de oro rebrillando a mis pies. Esto era tan claro, que yo veía los ojos oblicuos del viejo personaje empañarse, como cubiertos de una tenue capa de polvo, y sentía el argentino tintineo de las libras rodando juntas. Inmóvil, estremecido, clavaba los ojos ardientes en la campanilla colocada pacíficamente delante de mí sobre un Diccionario francés: la campanilla prevista, citada en el maravilloso infolio...

Fué entonces cuando del otro lado de la mesa una voz insinuante y metálica me dijo en el silencio:

— ¡Vamos, Teodoro, amigo mío, extienda la mano, toque la campanilla, sea usted fuerte!

La pantalla verde de la lámpara esparcía una penumbra en derredor. La alcé temblando. Y vi, pacíficamente sentado, a un individuo corpulento, todo vestido de negro, de sombrero de copa, con las dos manos calzadas de guantes negros, gravemente apoyadas en el puño de un paraguas. No tenía nada de fantástico. Parecía tan contemporáneo, tan regular, tan de la clase media, como si saliese de mi negociado...

Toda su originalidad estaba en el rostro: sin barba, de líneas fuertes y duras; la nariz, rotunda y exageradamente aguileña, presentaba la expresión rapaz y ofensiva de un pico de águila; el corte de los labios, muy firme, le hacía como una boca de bronce; los ojos, al fijarse, semejaban fogonazos,

partiendo súbitamente de entre las zarzas tenebrosas de las fruncidas cejas; era lívido, mas aquí y allá, en la piel, le surcaban rayas rojas como en un viejo mármol fenicio.

Me asaltó de repente la idea de que tenía delante de mí al diablo. Pero en seguida mi raciocinio se sublevó resueltamente contra esta imaginación. Yo nunca creí en el diablo, como nunca creí en Dios. Jamás lo dije en alta voz, ni lo escribí en los periódicos, para no descontentar a los Poderes públicos encargados de mantener el respeto hacia tales entidades; pero que existan estos dos personajes viejos como la substancia, rivales bonachones, haciéndose mutuamente amables perrerías, uno de barbas nevadas y túnica azul, con la *toilette* del antiguo Jove, habitando en las alturas luminosas entre una corte más complicada que la de Luis XIV, y otro enfurruñado y mañoso, adornado de cuernos, viviendo en las llamas inferiores como una imitación burguesa de pintoresco Plutón..., no lo creo. ¡No; no lo creo! Cielo e infierno son concepciones sociales para uso de la plebe, y yo pertenezco a la clase media. Rezo, es verdad, a Nuestra Señora de los Dolores, porque así como pedí recomendaciones para el señor catedrático al licenciarme, y para obtener mis veinte mil reis imploré la benevolencia del señor diputado, igualmente para sustraerme a la tuberculosis, a las anginas, a la navaja de punta afilada, a la fiebre que producen las aguas, a la cáscara de naranja escurridiza donde se puede romper una pierna y a otros males públicos, necesito tener una protección extraordinaria. O por la adulación o por el incensario, el hombre prudente debe ir haciendo una serie de sabias lisonjas, desde la Universidad hasta el Paraíso. Con un compadre en el barrio, y una comadre mística en las alturas, el destino del bachiller está seguro.

Por eso, libre de torpes supersticiones, dije familiarmente al hombre del vestido negro:

— Entonces, realmente, ¿me aconseja que toque la campanilla?

Él alzó un poco el sombrero, descubriendo la frente estre-

cha, adornada de un mechón de pelo crespo y negro como el del fabuloso Alcides, y respondió palabra por palabra:

— He aquí su caso, estimable Teodoro. Veinte mil reis mensuales son una vergüenza social. Por otra parte, hay en este mundo cosas prodigiosas: hay vinos de Borgoña, como, por ejemplo, el *Romanée-Conti* del 58, y el *Chambertin* del 61, que cuestan cada botella de diez a once mil reis, y quien bebe la primera copa no dudará, para beber la segunda, en asesinar a su padre... Se fabrican en París y en Londres carruajes de tan suaves muelles, tapizados de tan delicadas telas, que es preferible recorrer en ellos el Campo Grande, a viajar como los antiguos dioses por los cielos, sobre los fofos cojines de las nubes... No haré a su cultura la ofensa de informarle de que se amueblan hoy las casas con un estilo y un *confort*, que ellas solas realizan superiormente ese regalo ficticio llamado en otro tiempo la Bienaventuranza. Tampoco le hablaré, Teodoro, de otros gozos terrestres, como, por ejemplo, el teatro del *Palais Royal*, el *baile Laborde* o el *café Anglais*... Sólo llamaré su atención sobre este hecho: existen seres que se llaman *mujeres*, diferentes de aquellas que conoce y se denominan *hembras*; estos seres, Teodoro, en mi tiempo, en la página 3 de la Biblia, apenas usaban exteriormente una *hoja de parra*. Hoy, Teodoro, es toda una sinfonía, todo un ingenioso y delicado poema de encajes, batistas, sedas, flores, joyas, cachemires, gasas y terciopelos... Comprende usted la satisfacción inenarrable que habrá para los cinco dedos de un cristiano en recorrer, en palpar estas suaves maravillas; mas comprenda también que no es con el trozo de cobre de una placa honesta de cinco tostones como se pagan las cuentas de estos querubines... Ellas poseen algo mejor, Teodoro: poseen cabellos color de oro o color de tinieblas, teniendo así en sus trenzas la apariencia emblemática de las dos grandes tentaciones humanas: el hambre del metal precioso y el conocimiento de lo absoluto trascendental. Y aun tienen más: son los brazos color de mármol, de una frescura de lirio húmedo; son los pechos sobre los cuales el gran Praxiteles modeló su copa, y que es

la línea más pura y más ideal de la antigüedad... Los pechos, en otro tiempo — en la idea de este ingenuo anciano que los formó, que fabricó el mundo, y de quien una enemistad secular me veda el pronunciar el nombre—eran destinados a la nutrición augusta de la humanidad; sosiéguese, sin embargo, Teodoro; hoy ninguna mamá racional los expone a esa función deterioradora y severa; sirven sólo para resplandecer anidados entre encajes a la luz de las *soirées* y para otros usos secretos. Las conveniencias impídenme proseguir esta exposición radiante de las bellezas que constituyen el *Fatal Femenino*... Además sus pupilas ya rebrillan. Todas estas cosas, Teodoro, están más allá, infinitamente más allá, de sus veinte mil reis mensuales... Confíe, al menos, en que estas palabras tienen el venerable sello de la verdad...

Yo murmuré con las fauces abrasadas:

— ¡Tienen!

Y su voz prosiguió, paciente y suave:

— ¿Qué me dice de ciento cinco o ciento seis millones de duros? Bien sé que es una bagatela... Pero, en fin, constituyen un principio; son una ligera habilitación para conquistar la felicidad. Ahora piense bien esto: el mandarín, ese mandarín del fondo de la China, está decrépito y gotoso; como hombre, como funcionario del Celeste Imperio, es más inútil en Pekín y en la humanidad que una piedra en la boca de un perro hambriento. Mas la transformación de la substancia existe; se la garantizo yo, que sé el secreto de las cosas... Porque la tierra es así: recoge aquí un hombre podrido, y lo restituye allá al conjunto de las formas como vegetal frondoso. Bien puede ser que él, inútil como mandarín en el Imperio, vaya a ser útil en otra tierra como rosa perfumada o sabroso repollo. Matar, hijo mío, es casi siempre equilibrar las necesidades universales. Es eliminar aquí el exceso, para ir a suplir allá la falta. Penétrese de estas sólidas filosofías. Una pobre costurera de Londres ansía ver florecer en su guardilla un vaso lleno de tierra negra: una flor consolaría a aquella desheredada; mas en la disposición de los seres, desdichadamente, en ese momen-

to, la substancia que allí debía ser rosa es aquí, en la Baixa, un hombre de Estado... Viene entonces el matón de abierta navaja y hiere al estadista; la puñalada le vacía el vientre; le llevan a enterrar con coches detrás; la materia comienza a descomponerse; mézclase a la vasta evolución de los átomos, y el superfluo hombre de gobierno va a alegrar, bajo la forma del perfume de los pensamientos, la guardilla de la rubia costurera. ¡El asesino es un filántropo! Resumiendo, Teodoro: la muerte de ese viejo mandarín idiota le trae al bolsillo algunos millones de duros. Puede desde ese momento dar de puntapiés en los Poderes públicos: ¡medite en la intensidad de este gozo! Y desde luego verse citado en los periódicos. ¡Mírese usted en ese máximo de la gloria humana! Fíjese bien: es solamente agarrar la campanilla y hacer *ti-lin-tín*. Yo no soy un bárbaro; comprendo la repugnancia de un caballero en asesinar a un contemporáneo; la sangre ensucia vergonzosamente los puños, y es repulsivo el agonizar de un cuerpo humano. Pero aquí no se trata de ninguno de esos espectáculos torpes... Es como quien llama a un criado... Y son ciento cinco o ciento seis millones de duros, no lo recuerdo bien, pero lo tengo en mis anotaciones... Teodoro, no dude de mí. Soy un caballero; lo demostré cuando, haciendo la guerra a un tirano en la primera insurrección de la justicia, me vi precipitado desde alturas que ni vuestra señoría concibe... ¡Un salto considerable, mi caro señor! He tenido grandes disgustos. Lo que me consuela es que el *otro* está también muy perturbado; porque, amigo mío, cuando un Jehovah tiene frente a sí un Satanás, quítase muchas dificultades de encima mandando cargar sobre él una legión de arcángeles; pero cuando el enemigo es un hombre armado de una pluma de pato y un cuaderno de papel blanco, está perdido... En fin, son ciento seis millones de duros. ¡Vamos, Teodoro, ahí tiene la campanilla: sea un hombre!

Yo sé lo que un cristiano se debe a sí mismo. Si este personaje me hubiese elevado a la cumbre de una montaña de Palestina, en una noche de luna llena, y allí, mostrándome ciuda-

des, razas e imperios adormecidos, sombríamente me dijese: «Mata al mandarín, y todo lo que ves en el valle y la colina será tuyo», yo sabría replicarle, siguiendo un ejemplo ilustre, e irguiendo el dedo hacia las profundidades consteladas: «¡Mi reino no es de este mundo!» Conozco a mis autores. Pero eran ciento y tantos millones de duros ofrecidos a la luz de una vela de estearina, en la travesía de la Concepción, por un sujeto de sombrero de copa, apoyado en un paraguas...

Entonces no dudé. Y con mano firme repiqué la campanilla. Fué tal vez una ilusión; pero me pareció que una campana tan grande como el mismo cielo daba campanadas en la obscuridad, al través del universo, con un tono tenebroso que seguramente fué a despertar ecos en planetas panzudos resonando sobre sus ejes...

El individuo llevó un dedo a su párpado, y limpiando la lágrima que había nublado por un momento su ojo rutilante:

— ¡Pobre Ti-Chin-Fú!...

— ¿Murió?

— Estaba en su jardín, sosegadamente, armando, para lanzarla al aire, una cometa de papel, pasatiempo honesto de un mandarín retirado, cuando le sorprendió este *ti-lin-tín* de la campanilla. Ahora yace a la orilla de un arroyo cantarín, todo vestido de seda amarilla, muerto, panza arriba, sobre la verde hierba; y en los brazos, fríos, tiene su cometa de papel, que parece tan muerta como él. Mañana son los funerales. ¡Que la sabiduría de Confucio, penetrando en él, le ayude a bien emigrar su alma!

Y el sujeto, irguiéndose, sacó respetuosamente el sombrero, y salió con su paraguas debajo del brazo.

Entonces, al sentir cerrar la puerta, se me figuró que escapaba de una pesadilla. Salí al corredor. Una voz jovial hablaba con la señora Marqués; la puerta de la escalera cerróse suavemente.

— ¿Quién ha salido ahora, doña Augusta? — pregunté lleno de sudor.

— Fué Cabritilla, que va a jugar un momento...

Volví al cuarto; todo permanecía tranquilo, idéntico, real. El infolio aun estaba abierto en la página temerosa. Releída ahora, parecíame apenas la prosa anticuada de un moralista ridículo; cada palabra se había vuelto como un carbón apagado...

Me acosté y soñé que estaba lejos, más allá de Pekín, en las fronteras de Tartaria, en un convento de Lamas, oyendo máximas prudentes y suaves que corrían con un aroma fino de te de los labios de un budha vivo.

LA CIUDAD Y LAS SIERRAS

CASI al final de su vida escribe Eça de Queiroz «La Ciudad y las Sierras», y en ella, el hombre que ha fustigado tan rudamente a Portugal, que ha expuesto agriamente sus vicios y se ha reído con risa burlona de sus miserias, se advierte tocado de ternura.

Los frecuentes viajes, la casi permanente vida en el extranjero, que le han procurado una norma con la que medir a su patria y encontrarla pequeña y decadente, son, al perder la juventud sus arrestos, las mismas causas que le llevan a entonar este lírico canto a las tierras portuguesas, que son las páginas de «La Ciudad y las Sierras».

El propio Eça de Queiroz es «Jacinto», envenenado de cosmopolitismo, de supercivilización, que regresa sólo por unos días, y bien acompañado de docenas de baúles, a la tierra natal, que consideró siempre con desprecio. Y esta tierra le seduce y le ata para el resto de sus días, con los encantos de la naturalidad. Todo lo otro, los refinamientos parisienses, las que él creía comodidades y ventajas de una vida exquisita, se le presenta de pronto con su abominable carácter artificial, falto de cordial expresión.

Es el propio Eça el que en esta novela, que es un primor de estilo y un trozo de fresca y sencilla poesía bucólica, vuelve a su solar, arrepentido de su anterior conducta, como un hijo en el que el cariño a la madre le hace olvidar los defectos que vió claramente en ella.

LA CIUDAD Y LAS SIERRAS

Muy temprano, sin hacer ruido, para no despertar a mi Jacinto, que, con las manos cruzadas sobre el pecho, dormía beatíficamente en su jergón de granito, partí para Guiães.

Al cabo de una semana, una mañana, al ir a almorzar, encontré en el corredor mis tan deseadas maletas que un mozo del casal de Giestas había traído en un carro, con «recuerdos del señor Pimentiña». Mi pensamiento saltó hacia mi príncipe. Y lancé a Lisboa, hacia el hotel Braganza, este grito alegre por el telégrafo: «¿Estás ahí? ¿Recuperaste ya a Grillo y a la civilización? ¡Hurra! Abrazos.» Después de siete días transcurridos en una delicada recolección de espárragos con que en otro tiempo había civilizado la huerta de la tía Vicencia, noté el silencio de Jacinto. En una tarjeta postal renové, volví a lanzar el grito amistoso: «¿Estás ahí? ¿Son los placeres de la Baixa los que te tornan tan desatento y mudo? Yo todo espárragos. Escribe cuándo llegas. Tiempo delicioso. 23 a la sombra. ¿Y los huesos?...» Vino después la devota romería de Nuestra Señora de la Roqueiriña. Durante la luna nueva anduve a salto de mata por mi tierra de las Corcas. La tía Vicencia vomitó, por una indigestión de morcillas. Y el silencio de mi príncipe era ingrato e implacable.

Por último, una tarde, volviendo de la Flor de Malva, de casa de mi prima Juanita, paré en Sandofin en la venta de Manuel Rico, para beber de cierto vino blanco que mi alma conoce y pide siempre.

Frente a la puerta del herrador, Severo, el sobrino de Melchor de Tormes y el más fino albéitar de la sierra, picaba tabaco, montado en un banco. Mandé llevar otro cuartillo; él acarició el cuello de mi yegua, que ya había salvado de un enfriamiento, y como yo preguntase por nuestro Melchor, Severo me contó que la víspera había comido con él en Tormes, y que se había incorporado también el hidalgo...

— ¡Vamos! Entonces el señor don Jacinto ¿está en Tormes?

Mi admiración divirtió a Severo.

— Entonces vuestra excelencia no sabe... Está en Tormes hace ya más de cinco semanas, y sin separarse de allí. Me parece que se queda para la vendimia, y ¡va a visitarlo un señorío!...

¡Santísimo nombre de Dios! Al otro día, domingo, después de la misa, y sin asustarme con el bochorno que cargaba, troté alegremente para Tormes. Al sonar la esquila, cuando traspuse el portal solariego, la comadre de Melchor acudió del lado del corral, con un barreño de lavar apoyado en la cintura.—¿El señor don Jacinto?...—El señor don Jacinto andaba por allá abajo, con Silverio y con Melchor, por los campos de Freixomil...

— ¿Y el señor Grillo, el negro?

— Hace un momento le vi también en el huerto con el francés, recogiendo limones dulces...

Todas las ventanas del solar rebrillaban, con sus vidrieras nuevas, muy limpias. En un rincón del patio había baldes de cal y tinajas de pintura. Una escalera de cantero descansaba durante el día santo apoyada en el tejado. Y junto al muro de la capilla dos gatos dormían sobre montones de paja recién desembalada de grandes cajones.

— Bien—pensé yo—. He aquí la civilización.

Até la yegua, subí apresuradamente la escalera. En el bal-

cón, sobre una pila de tablas, relucía al sol una bañera de zinc. Dentro encontré todos los suelos remendados, fregados con retama. Las paredes, muy caleadas y desnudas, confortaban como las de un convento. Un cuarto, al que me llevaron tres puertas abiertas de par en par con la franqueza de la sierra, era el de Jacinto; la ropa colgaba de perchas de madera; el lecho de hierro, con la cubierta de fustán, encogía tímidamente su rigidez virginal en un rincón, entre la pared y un banquillo donde un candelero de latón resplandecía sobre un volumen de *Don Quijote*. En el lavabo, pintado de amarillo, imitando bambú, apenas cabía el jarro, la bacía, un trozo grande de jabón; y un estante pequeño bastaba para contener el esmerado aliño del cepillo, del peine, de las tijeras, el espejito de viaje y el frasquito de agua de nardos que yo le había mandado de Guiães. Las tres ventanas, sin cortinas, contemplaban la belleza de la sierra, respirando un aire suave y delicado, perfumado por la resina de los pinos y por los rosales de las huertas. Enfrente, en el corredor, otro cuarto repetía la misma sencillez. Ciertamente, la previsión de mi príncipe lo había destinado a su José Fernandes. Colgué dentro, en la percha, mi guardapolvos de lustrina.

En la sala inmensa, donde tanto habíamos filosofado mirando las estrellas, Jacinto había arreglado un lugar de reposo y de estudio, y había desenvuelto esa «riqueza» que impresionaba a Severo. Las sillas de varillas de madera, amplias y de brazos, ofrecían la comodidad de sus almohadillas de indiana. Sobre la mesa enorme de madera blanca, fabricada en Tormes, admiré un candelero de metal de tres bujías, un tintero de fraile, adornado con plumas de pato, y un vaso de capilla rebosando clavos. Entre dos ventanas una cómoda antigua, embutida con herrajes labrados, tenía sobre su mármol rosado el peso devoto de un pesebre, donde Reyes Magos, pastores de zurrones vistosos y corderos de despeinadas lanas, se apresuraban, al través de precipicios, a llegar junto al Niño que desde su cuna les abría los brazos, adornada su cabeza por una enorme corona real. Un estante de madera ocupaba

entre dos retratos negros, con marcos negros, otro lienzo de pared; sobre una de sus estanterías reposaban dos fusiles; en los otros, esparcidos como los primeros doctores en los bancos de un concilio, algunos nobles libros: un Plutarco, un Virgilio, la Odisea, el Manual de Epitecto, las Crónicas de Froissar. Después, en fila decorosa, sillas de paja, muy nuevas y muy barnizadas. Y en un rincón, un haz de varas.

Todo resplandecía de aseo y de orden. Las maderas, cerradas, resguardaban del sol que daba en aquel lado de Tormes recalentando los alféizares de las ventanas. Del suelo salpicado de agua, subía en la suavidad de la penumbra una grata frescura. Los claveles esparcían su fragancia. Ni en el campo, ni en la casa, se elevaba rumor alguno. Tormes dormía en el esplendor de la mañana santa. Penetrado por aquella consoladora quietud de convento rural, terminé por tenderme en una silla de mimbre junto a la mesa, abrir lánguidamente un tomo de Virgilio, y murmurar adaptando el dulce verso que había encontrado:

Fortunate Jacinthe! Hic, inter arva nota
Et fontes sacros, frigus captibis opacum...

¡Afortunado Jacinto, en verdad! ¡Ahora, entre campos que son tuyos y aguas que son sagradas para ti, disfrutas, en fin, la sombra y la paz! Leí todavía otros versos. Y con la fatiga de las dos horas de yegua y de calor desde Guiães, me dormí irreverentemente sobre el divino bucólico. Me despertó una voz amiga. Era mi príncipe. Y muy decididamente, después de soltarme de su recio abrazo, lo comparé a una planta decolorada, mustia en la obscuridad, entre tapetes y sedas, que trasplantada al viento y al sol, y profusamente regada, reverdece, se cuaja de brotes y honra a la naturaleza. Jacinto ya no se inclinaba. Sobre su fría palidez de super-civilizado, el aire montañés y la vida más verdadera había esparcido un color moreno y caliente de sangre nueva que lo virilizaba soberbiamente. De los ojos, que en la ciudad estaban siempre tan apa-

gados y desviados del mundo, salía ahora un brillo de mediodía, resuelto y largo, encantado de embeberse en la belleza de las cosas. Hasta el bigote se le había encrespado. Ya no deslizaba la mano desencantada por el rostro, sino que batía con ella fuertemente el muslo. ¿Qué más? Era un Jacinto nuevo. Y casi me asustaba de tener que aprender y penetrar en este nuevo príncipe sus modos y sus nuevas ideas.

— ¡Caramba, Jacinto!; pero ¿y esto?...

Él encogió jovialmente los hombros ensanchados. Y sólo me supo contar, surcando soberanamente con los zapatos blancos, cubiertos de polvo, el piso remendado, que al despertar en Tormes, después de lavarse en una tina y de ponerse mi ropa blanca, se había sentido de repente como *desenmohecido, desenvejecido.* Había almorzado una fuente de huevos con chorizos, ¡sublime! Había paseado por aquella magnificencia de la sierra con pensamientos ligeros de libertad y de paz. Había mandado a Oporto a comprar una cama, unas perchas... Y allí estaba...

— ¿Por todo el verano?

— ¡No! Pero un mes... Dos meses... Mientras haya chorizos, y agua de la fuente, bebida en una teja, o en una hoja de col, y me sepa tan divinamente.

Caí en una silla de mimbres, y contemplé entusiasmado, casi espantado, a mi príncipe. Él enrollaba, en su mortaja, tabaco picado, tabaco ordinario, guardado en una escudilla vidriada. Y exclamaba:

— Ando por ahí, por las tierras, desde el romper del alba. Pesqué hoy cuatro truchas magníficas... Allá abajo, en el Naves, un riachuelo que desaparece por el valle de Seranda... Tenemos esas truchas a la hora de comer.

Yo, ávido por saber la historia de aquella resurrección:

— Entonces ¿no estuviste en Lisboa?... Yo telegrafié...

— ¿Qué telégrafo? ¿Qué Lisboa? Estuve allá, en lo alto, al pie de la fuente de la Lira, a la sombra de un gran árbol, *sub tegmine* no sé qué, leyendo ese adorable Virgilio... Y también estuve arreglando mi palacio. ¿Qué te parece, José Fernan-

des? En tres semanas, todo entarimado, caleado, revocado y con los cristales puestos... ¡Trabajó el pueblo entero! Hasta pinté yo, con una inmensa brocha. ¿Viste el comedor?

— ¡No!

— Entonces ven a admirar la belleza dentro de la sencillez, ¡bárbaro!

Era el mismo donde nosotros habíamos elogiado tanto el arroz con habas; pero muy fregoteado, muy caleado, con un friso manchado de azul estridente, donde en seguida adiviné la obra de mi príncipe. Cubría la mesa una toalla de lino de Guimaraes con las franjas cayendo hasta el suelo. En el fondo de los platos de loza fuerte, relucía un gallo amarillo. Era el mismo gallo y la misma loza en que en nuestras casas de Guiães se sirven las habichuelas a los cavadores...

En el patio ladraban los perros. Y Jacinto corrió al balcón con una ligereza curiosa que me deleitó. ¡Ah, definitivamente se había deshecho aquella red apretada que, sin percibirse, le iba ahogando! En ese momento apareció el Grillo, con su casaca de lino, agarrando en cada mano una garrafa de vino blanco. Se alegró mucho «al ver en la quinta al señor Fernandes». Pero su venerada faz ya no resplandecía como en París, con un tan sereno y luminoso brillo de ébano. Hasta me pareció que se encorvaba... Cuando le interrogué sobre aquel cambio, extendió con aire de duda su grueso labio:

— Al niño le gusta, y a mí, entonces, también me gusta... ¡Porque el aire aquí es muy bueno, señor Fernandes; el aire es muy bueno!

Y después, más bajo, envolviendo en un gesto desolado la loza de Barcellos, los cuchillos de mango de hueso, los anaqueles de pino como en un refectorio de franciscanos:

— ¡Pero es mucha pobreza, señor Fernandes; mucha pobreza!

Jacinto volvía con un montón de periódicos que aun conservaban sus fajas.

— Era el cartero. Ya ves que no reñí completamente con la civilización. ¡He aquí la imprenta!... Pero nada de *Fígaro*, o

del horrendo *Ambos Mundos*. ¡Periódicos de agricultura! Para aprender cómo se producen las risueñas mieses, bajo qué signo se casa la viña con el olmo, y qué cuidados necesita la próvida abeja... *Quid faciat laetas segetes*... Además, para esta noble educación, ya me bastaban las *Geórgicas*, que tú ignoras.

Yo reí.

— ¡Alto allá! *Nos quoque gens sumus et nostrum Virgilium sabemus!*

Pero mi novísimo amigo, apoyado en la ventana, batía las palmas, como Catón para llamar a los siervos en la sencilla Roma. Y gritaba:

— ¡Anna Vaqueira! ¡Una copa de agua bien lavada, de la fuente vieja!

Salté, inmensamente divertido:

— ¡Oh Jacinto! ¿Y las aguas carbonatadas? ¿Y las fosfatadas? ¿Y las esterilizadas? ¿Y las sódicas?

Mi príncipe encogió los hombros con un desdén soberbio. Y aclamó la aparición de una gran copa, empañada toda por la frescura helada del agua cristalina, que una bella moza traía en un plato. Yo admiré sobre todo a la moza... ¡Qué ojos de un negro tan húmedo y tan grave! ¡Qué armonía y qué gracia de ninfa latina, en el andar y en el doblar la cintura!

Y apenas desapareció por la puerta la espléndida aparición:

— ¡Oh Jacinto, yo dentro de un momento también quiero agua! Y si la obligación de esta muchacha es traer las copas, yo, de cinco en cinco minutos, quiero una copa... ¡Qué ojos, qué cuerpo!... ¡Caramba, hombre! Es la poesía viva de la sierra...

Mi príncipe sonreía con sinceridad.

— No; no nos engañemos, José Fernandes, ni hagamos Arcadia. Es una bella moza, pero una bruta... No hay en ella más poesía ni más sensibilidad, ni hasta más belleza, que en una linda vaca. Merece su nombre de Anna Vaqueira. Trabaja bien, digiere bien, concibe bien. Para eso la hizo la Naturaleza así: sana y fuerte, y ella cumple. El marido no parece contento to-

davía, porque la golpea. También es un bello bruto... No, hijo mío; la sierra es maravillosa y muy agradecido le estoy... Pero tenemos aquí a la hembra en toda su animalidad, y al macho en todo su egoísmo... Son, sin embargo, verdaderos; genuinamente verdaderos. Y esta verdad, José Fernandes, es para mi un descanso.

Lentamente, gozando de la frescura, el silencio y la libertad del vasto caserón, volvimos a la sala que Jacinto había denominado ya librería. Y de repente, al ver en un rincón una caja con la tapa a medio desclavar, casi me atraganté, con la furiosa curiosidad que me asaltó.

— ¿Y los cajones, Jacinto?... ¿Aquella inmensa nube de cajones que mandamos abarrotada de civilización? ¿Supiste de ellos? ¿Aparecieron?

Mi príncipe se detuvo, golpeando alegremente el muslo.

— ¡Sublime! ¿Te acuerdas todavía de aquel hombrecito que admiramos tanto por su sagacidad y su saber geográfico?... ¿Recuerdas? Apenas hablé de Tormes, gritó que lo conocía, garrapateó una nota... ¡No era necesario más! «¡Oh, Tormes, perfectamente; muy antiguo, muy curioso!» ¡Pues mandó todo para Alba de Tormes, en España! ¡Está todo en España!

Rasqué la barba desconsolado.

— ¡Vaya, vaya!... ¡Un hombre tan despierto, tan expedito, que hacía tanta honra al progreso! ¡Todo para España!... ¿Y lo mandaste venir?

— ¡No! Quizás más tarde... Ahora, José Fernandes, estoy saboreando esta delicia de levantarme por la mañana y de tener sólo un cepillo para alisarme el pelo.

Miré, lleno de recuerdos, para mi amigo.

— Tenías unos nueve...

— ¿Nueve? ¡Tenía veinte! ¡Tal vez treinta! Y era una confusión, no me bastaban... Nunca en París anduve bien peinado. Lo mismo ocurrió con mis setenta mil volúmenes: eran tantos, que nunca leí ninguno. E igualmente con mis ocupaciones: tanto me oprimían, que nunca fuí útil.

Al anochecer, después de atenuado el calor, fuimos vagando por los caminos colindantes de aquella rica quinta que, al través de dos leguas, ondula por valle y monte. No me había encontrado con Jacinto en plena Naturaleza, desde el lejano día del entremés, en que él había sufrido tanto en el sociable y cortés bosque de Montmorency. ¡Ah, pero, ahora, con qué seguridad e idílico amor se movía él al través de esa Naturaleza de donde había andado desviado tantos años, por teoría y por hábito! Ya no recelaba de la humedad mortal de las selvas; ni rechazaba como molesto el rozar de las ramas; ni le inquietaba el silencio de las alturas como si se desplomase el Universo. Y enterraba sus gruesos zapatos en las blandas tierras con delicia, con un consolador sentimiento de estabilidad recuperada, como en su elemento natural y paterno; sin razón, dejaba los senderos fáciles, para enredarse al través de los enmarañados arbustos y recibir en el rostro la caricia de las hojas tiernas; sobre los oteros se detenía inmóvil, conteniendo mis gestos y casi mi aliento, para saturarse de silencio y de paz; y dos veces le sorprendí atento y sonriente a la orilla de un arroyuelo parlero, como si escuchase su confidencia...

Después filosofaba, sin parar, con el entusiasmo de un convertido, ávido de convertir:

— ¡Cómo se libera aquí la inteligencia!, ¿eh? ¡Y qué animado está todo de vida fuerte y profunda!... Dí tú ahora, José Fernandes, que no hay aquí pensamiento...

— ¿Yo? Yo no digo nada, Jacinto...

— Pues es una manera de reflexionar muy estrecha y muy grosera...

— ¡Mira éste! Pero si yo...

— No, no comprendes. La vida no se limita a pensar, mi caro doctor...

— ¡Que yo no soy...!

— La vida es esencialmente voluntad y movimiento; y en aquel pedazo de tierra plantado de maíz, va todo un mundo de impulsos, de fuerzas que se revelan, y que atraen a su ex-

presión suprema, que es la forma. No, esa filosofía tuya es todavía extremadamente grosera...

— ¡Diablo! Pero yo no...

— Y, además, hijo, ¡qué inagotable y milagrosa diversidad de formas!... Y todas bellas.

Agarraba mi pobre brazo, y exigía que me fijase con reverencia. En la Naturaleza nunca descubriría yo un contorno feo o repetido. Nunca habría dos hojas de hiedra que se pareciesen en el verdor o en el trazo. En la ciudad, por el contrario, cada casa repite servilmente la casa anterior; todos los rostros reproducen la misma indiferencia o la misma inquietud; todas las ideas tienen el mismo valor, la misma forma, el mismo cuño, como las libras; hasta lo que hay más personal e íntimo, la ilusión, es en todos idéntica, todos la respiran y todos se pierden en ella como en la misma obscuridad... La imitación: he aquí el horror de las ciudades.

— ¡Pero aquí! Mira para aquel castaño. Durante tres semanas lo veo todas las mañanas, y siempre me parece otro. La sombra, el sol, el viento, las nubes, la lluvia, incesantemente le dan una expresión diversa y nueva, siempre interesante. Nunca me cansaría de verlo...

Yo murmuré:

— Es una lástima que no hable.

Mi príncipe retrocedió, con mirada llameante de apóstol:

— ¿Cómo que no habla? ¡Pero si es un conversador sublime! Claro está, no tiene frases, ni produce teorías, *ore rotundo*. Pero nunca paso junto a él sin que me sugiera un pensamiento o me descubra una verdad. Todavía hoy, cuando volvía de pescar las truchas... Me detuve, y entonces él me hizo sentir cómo toda su vida de vegetal está exenta de trabajo, de ansiedad, del esfuerzo que la vida humana impone; no tiene que preocuparse por el sustento, ni por el vestido, ni por el abrigo; hijo querido de Dios, Dios lo alimenta sin que él se mueva o se inquiete... Y esta seguridad es la que le da tanta gracia y tanta majestad. ¿No encuentras esto exacto?

Yo sonreía de acuerdo. Todo esto era ciertamente rebusca-

do y especioso. Pero ¿qué importaban las quintaesenciadas metáforas y esa metafísica poco madura, cogida aprisa en las ramas de un castaño? Bajo toda aquella ideología transparentábase una excelente realidad: la reconciliación de mi príncipe con la Vida. Cierta era su resurrección después de tantos años de sepultura, de la sepultura blanda en que había estado vendado como una momia con las vendas del Pesimismo!

¡Cuánto me cansó este príncipe durante toda la tarde! Buceaba, con una curiosidad insaciable, todos los rincones de la sierra; subía a las cumbres corriendo, con la esperanza de descubrir allá en lo alto los esplendores nunca contemplados de un mundo inédito. Y su tormento era no conocer los nombres de los árboles, hasta de la más humilde planta que brotaba en las hendiduras de las rocas... Constantemente me hojeaba como a un diccionario botánico.

— Hice toda clase de cursos, estuve con los profesores más ilustres de Europa, tengo treinta mil volúmenes y no sé si aquello de allí es un mimbre o un alcornoque...

— Es una encina, Jacinto.

Ya caía la tarde, cuando volvimos muy lentamente. Y toda esa adorable paz del cielo, realmente celestial, y de los campos, donde cada hojita conservaba una quietud contemplativa, en la luz dulcemente empalidecida dejando sobre las cosas como una franca y ligera caricia, penetraba tan profundamente en Jacinto, que lo sentí, en medio del silencio en que habíamos quedado, suspirar lleno de alivio.

Después muy gravemente:

— Tú dices que en la Naturaleza no hay pensamiento...

— ¡Otra vez! ¡Mira qué tontería! Yo...

— Por estar en ella suprimido el pensamiento es por lo que le está evitado el sufrimiento. Nosotros, desgraciados, no podemos suprimir el pensamiento, pero, ciertamente, lo podemos disciplinar e impedir que se atonte y se canse, como en el caos de las ciudades ideando goces que nunca se realizan, aspirando a verdades que nunca se alcanzan; y lo que aconsejan estas colinas y estos árboles a nuestra alma, que vela y que se

agita, es que viva en la paz de un sueño vago y que nada apetezca, nada tema, contra nada se insurreccione y deje rodar al mundo, no esperando de él más que un rumor de armonía que lo embalsame y lo favorezca al dormir dentro de la madre de Dios. ¿Eh? ¿No te parece, José Fernandes?

— Tal vez, pero es necesario entonces vivir en un monasterio, con el temperamento de San Bruno, o tener ciento cuarenta millones de renta y el aire de algunos Jacintos... También me parece que hemos andado varias leguas. ¡Estoy rendido y tengo un hambre!

— Tanto mejor para las truchas y para el cabrito asado que nos espera...

— ¡Bravo! ¿Quién te cocina?

— Una ahijada de Melchor. ¡Mujer sublime! ¡Has de ver qué caldo de arroz, qué pepitoria! Ella es horrible, casi enana, con los ojos torcidos, uno verde y otro negro; pero ¡qué paladar! ¡Es un genio!

En efecto. Horacio dedicaría una oda a aquel cabrito asado en un espeto de cerezo. Y con las truchas, el vino de Melchor y la pepitoria, en que la sublime enana de los ojos tuertos había puesto inspiraciones que no son de la tierra, y aquella dulzura de la noche de junio que, por las ventanas abiertas, nos envolvió en su negro manto, quedé tan blando y tan consolado, que en la sala donde nos esperaba el café me dejé caer en una silla de mimbres, en la más larga y la de mejores almohadas, y lancé un grito lleno de delicia.

Después, con un recuerdo, limpiando de café los bigotes, dije:

— ¡Oh Jacinto! ¿Y cuando andábamos por París con el pesimismo a costillas, gimiendo que todo era ilusión y dolor?

Mi príncipe, al que el cabrito había vuelto todavía más alegre, daba grandes paseos por el suelo, liando un cigarrillo.

— ¡Oh! ¡Qué ingeniosa bestia es ese Schopenhauer! Y mayor bestia yo, que lo tragaba y me desolaba sinceramente. Y, sin embargo—continuó revolviendo en la tacilla—, el pesimismo es una teoría muy desconsoladora para los que sufren, porque

desindividualiza el sufrimiento y lo prolonga hasta convertirlo en una ley universal, la ley propia de la vida; por lo tanto, le quita el carácter punzante de una injusticia especial cometida contra el que sufre por un destino enemigo y faccioso. Realmente nuestro mal nos amarga, sobre todo cuando contemplamos o imaginamos el bien de nuestro vecino; porque nos sentimos escogidos, destacados para la infelicidad, pudiendo haber nacido como él para la fortuna. ¿Quién se quejaría de ser cojo si toda la humanidad cojease? ¿Y cuáles no serían los alaridos y el furioso revolverse del hombre envuelto en la nieve, el frío y la borrasca de un invierno especial organizado en los cielos para envolverlo a él únicamente, mientras que alrededor toda la humanidad se moviese en la luminosa benignidad de una primavera?

—En efecto—murmuré yo—, ese sujeto tendría muchísima razón para gritar...

—Y después—exclamaba todavía mi amigo—el pesimismo es excelente para los inertes, porque les atenúa el desgraciado delito de la inercia. Si la meta es un monte de dolor, donde el alma va a sepultarse, ¿para qué marchar hacia la meta al través de los entorpecimientos del mundo? Por otra parte, todos los líricos y los teóricos del pesimismo, desde Salomón hasta el maligno Schopenhauer, lanzan su canción o su doctrina para disfrazar la humillación de sus miserias, subordinándolas todas a una vasta ley de vida, a una ley cósmica, adornando así con la aureola de un origen casi divino sus pequeñas desgracias de temperamento o de la suerte. El buen Schopenhauer somete a fórmulas todo su schopenhauerismo cuando es un filósofo sin editor y un profesor sin discípulos; y sufre horrendamente de terrores y de manías, esconde su dinero debajo del entarimado, y hace sus cuentas en griego entre los hondos lamentos de la desconfianza; vive en las bodegas por el miedo a los incendios, y viaja con una copa de lata en el bolsillo para no beber en vidrio acaso contaminado por los labios de un leproso... Entonces Schopenhauer es sombríamente schopenhauerista. Pero apenas penetra en la celebridad, y se calman

sus miserables nervios rodeándolo una paz amable, no hay entonces en todo Francfort burgués más optimista, de faz más alegre, y que gozase más regaladamente los bienes de la inteligencia y de la vida... Y el otro, el israelita, el muy pedantesco rey de Jerusalén... ¿cuándo descubrió ese sublime retórico que el mundo es ilusión y vanidad? A los setenta y cinco años, cuando el poder le escapa de sus temblorosas manos, y su serrallo de trescientas concubinas se le torna ridículamente superfluo. ¡Entonces empiezan los pomposos quejidos! ¡Todo es vanidad y aflicción de espíritu! ¡Nada hay estable bajo el sol! En efecto, mi buen Salomón, todo pasa; ¡principalmente el poder usar trescientas concubinas! Pero que se restituya a ese viejo sultán asiático, con ribetes de literatura, su virilidad, y ¿dónde quedará sumido el lamento del *Eclesiastés*? Entonces volvería en seguida, en segunda y triunfal edición, el éxtasis del *Libro de los Cantares*...

Así discurría mi amigo en el nocturno silencio de Tormes. Creo que todavía dijo sobre el pesimismo otras cosas joviales, profundas o elegantes; pero yo me había dormido beatíficamente envuelto en optimismo y dulzura.

Pronto, sin embargo, me hizo saltar y abrir los blandos párpados una recia, larga, sana e ingenua risotada. Era Jacinto que, estirado en una silla, leía el *Quijote*... ¡Oh bienaventurado príncipe! Había conservado el agudo poder de encontrar teorías a una espiga de maíz, todavía verde, y por una clemencia de Dios, que había hecho florecer al tronco seco, recuperara el divino don de reír con las gracias de Sancho.

Aprovechando mi compañía en las dos semanas de bucólica curiosidad que yo le había concedido, mi Jacinto preparó entonces la ceremonia tan hablada, tan meditada, del traslado de los huesos de los viejos Jacintos, de los «respetables huesos», como murmuraba cumplidamente el buen Silverio, el procurador, la mañana del viernes, almorzando con nosotros, embutido en una espantosa chaqueta de terciopelo amarillo ribeteada de seda azul. La ceremonia, por otra parte, reclamaba mucha sencillez por ser inciertos, casi impersonales, aquellos restos

que llevaríamos a la capillita del valle de Carriça, la capillita nueva, vacía y fría, todavía sin alma y sin calor de Dios.

— Porque, en fin, vuestra excelencia comprende—explicaba Silverio pasando la servilleta por su ancha faz sudada y por encina de las inmensas barbas negras, como las de un turco—, en aquella mezcla... ¡Oh, discúlpeme vuestra excelencia! En aquella confusión, cuando todo se derrumbó, no pudimos conocer a quién pertenecían los huesos. Ni siquiera, hablando con verdad, sabíamos bien que los dignos abuelos de vuestra excelencia yacían en la vieja capilla, tan antiguos como los apagados rótulos, señores de todos nuestros respetos, ciertamente, pero si vuestra excelencia me lo permite, señores ya muy deshechos... Después vino el desastre, la mezcla. Y he aquí lo que decidí después de mucho pensar: mandé hacer tantos cajones de plomo cuantas eran las calaveras que se encontraban allá abajo en la Carriça, entre la tierra y los guijarros. Había siete calaveras y media. Quiero decir, siete calaveras y una calaverita pequeña. Metimos cada calavera en su cajón. Después...—¡Qué quiere vuestra excelencia! ¡No había otro medio! Y aquí el señor Fernandes dirá si no encuentra que procedimos con habilidad—a cada calavera le añadimos una cierta cantidad de huesos; una cantidad razonable... No había otro medio... Tampoco se habían encontrado todos los huesos. Canillas, por ejemplo, faltaban. Y es muy posible que las costillas de uno de aquellos señores quedasen con la cabeza de otro... Pero ¿quién podría saberlo? Sólo Dios. En fin, hicimos lo que la prudencia mandaba... Además, el día del Juicio, cada uno de estos hidalgos se presentará con los huesos que le pertenecieron.

Lanzaba estas cosas macabras y tremendas lleno de respeto, casi con majestad, clavando ya en mí, ya en mi príncipe, sus ojillos agudos y relucientes como cuentas de vidrio.

Yo aprobé al pintoresco hombre:

— ¡Perfectamente! Hizo perfectamente, amigo Silverio. ¡Son tan vagos, tan anónimos, todos esos abuelos! Sólo es una pena, una enorme pena, que se confundiesen los restos del abuelo Galião.

— ¡No estaba allí! — dijo Jacinto —. Vine a Tormes expresamente por causa del abuelo Galião, y, afortunadamente, su sepultura nunca estuvo aquí, en la capillita de la Carriça...

Silverio sacudió gravemente la morena calva.

— Nunca tuvimos el excelentísimo señor Galião. Hace cien años, señor Fernandes; hace cien años que no se depositaba en la capilla vieja ningún cuerpo de caballero de la casa.

— ¿Dónde estará entonces?...

Mi príncipe se encogió de hombros. Por esas tierras... En la iglesita, en el cementerio de algunas de las numerosas feligresías donde él poseía tierras. ¡Casa más esparcida!

— ¡Bueno!—concluí—. Entonces, como se trata de osamentas vagas, sin nombre, sin fecha, conviene una ceremonia muy sencilla, muy sobria.

— ¡Calladita, calladita!—murmuró Silverio, dando un fuerte sorbo al café.

Y fué así, de una rústica y dulce sencillez, la ceremonia de aquellos altos señores. Temprano, en una mañana ligeramente nublada, los ocho cajones pequeñitos, cubiertos de un terciopelo rojo, más de fiesta que de funeral, con ramos de rosas diseminados, conteniendo cada uno su montoncito de inciertos huesos, salieran en hombros de los sepultureros de Tormes y de los criados de la quinta, de la iglesia de San José, cuya campana, ligera, sonaba muy fina y levemente, como pía un pajarito triste en la nublada dulzura de la mañana. Delante, un airoso mozo, de sobrepelliz, alzaba con celo la vieja cruz plateada; abrigando el cuello con un inmenso pañuelo de cuadros azules, el viejo y jorobado sacristán llevaba pensativamente el calderito del agua bendita; y el buen abad de San José, con los dedos entre el breviario cerrado, movía los labios en un lento murmullo de rezo que iba esparciendo más dulzura en el aire tibio. Después, detrás del último cofre, el más pequeñito, el de la calaverita pequeña, Jacinto caminaba, y yo, a punto de estallar dentro de un traje negro de Jacinto, sacado apresuradamente de una de las maletas de París, cuando por la maña-

na, ya tarde para mandar a Guiães, recordé que toda mi ropa era de colores festivos y pastorales.

Después seguía Silverio, solemnísimo, con una inmensa pechera, donde se extendían las largas barbas negrísimas. De levita, con el grueso labio caído todo él por aquella melancolía de entierro, que se juntaba a la melancolía de la sierra, Grillo llevaba en el brazo su corona, enorme, de rosas y de hiedras. Por último, venía Melchor entre un grupo de mujeres que, sumidas en la sombra de los negros pañuelos, desgranando largos rosarios, roznaban sordamente avemarías entre espaciados suspiros, tan doloridos como si les causase una pena inconsolable la muerte de aquellos Jacintos. Así, por las llanuras cruzadas de regatos, lenta en los declives de los cerros, y escurriéndose más rápida por los cauces pedregosos, seguía la procesión, siempre con la cruz delante, alta y plateada, rebrillando a veces en un breve rayito de sol que vagorosamente surgía de los jirones de la niebla. Bajas ramas de hocha o de sauce pasaban en una última caricia sobre el terciopelo de los cajones.

Un regato nos acompañaba a veces con discreto fulgor entre el césped, susurrando y como rezando también alegremente. Y en los jardincitos umbrosos, al transcurrir nosotros, los gallos, sobre los montones de leña, hacía sonar su clarín festivo. Después, delante de la fuente de la lira, como el camino se alargaba y deseábamos evitar fatigas a nuestro viejo abad, atravesamos un plantío ya alto, casi maduro, todo esmaltado de amapolas. El sol, espléndido; bajo la larga brisa que había llevado la niebla, toda la mies onduló en una lenta ola dorada y, como enorme amapola, la más roja, rutilaba el quitasol, abierto por el sacristán para abrigar al abad.

Jacinto me tocó con el codo.

— ¡Qué bien vamos! Vé tú la Naturaleza... En un simple entierro de huesos, ¡cuánta gracia y cuánta belleza!

En la capillita nueva, dominando el valle de la Carriça, solitaria y desnuda en medio de un atrio todavía mal alisado, sin el verdor del césped ni frescura de arbustos, dos mozos soste-

nían a la puerta haces de cirios, que Silverio distribuyó gravemente, con reverencias, solemnísimo. Dentro, las cortas llamas mal lucían, derramando apenas su claridad amarilla, triste, perdidas en la reluciente blancura de los muros estucados, en la jovial claridad que caía de las altas vidrieras limpias. En torno de los féretros, posados sobre bancos que gruesos terciopelos recubrían, el abad murmuraba un suave latín, mientras al fondo las mujeres, sumidas en la sombra de sus negros pañuelos, tenían amenes agudos, ahogaban un respetuoso sollozo. Después, cogiendo suavemente el hisopo, aun el buen abad roció, en una última purificación, los inciertos huesos de los inciertos Jacintos. Y todos desfilamos por delante de mi príncipe, tímidamente apoyado en la jamba, con Silverio a su lado, que apretaba contra la pechera las barbas inmensas, con el rostro abatido, cerrando los párpados como para contener las lágrimas.

En el atrio mi príncipe encendió regaladamente un cigarro que pidió a Melchor.

— Y entonces, Ze Fernandes, ¿qué te pareció la ceremonia?

— Muy campestre, muy suave, muy risueña... Una delicia.

Pero el abad, que se había quitado las vestiduras en la sacristía, apareció ya con su gran sobretodo de lana, su viejo sombrero deslucido, traídos por el mozo de la residencia en un saco de indiana. Jacinto, inmediatamente, acercósele para agradecerle tantos cuidados, la afable hospitalidad que había ofrecido a los huesos durante la construcción de la capillita nueva. Y el suave viejo, todo blanco, de mejillas aún aniñadas y coloradas, con una clara sonrisa, de dientes sanos, elogiaba a Jacinto, que había venido de tan lejos, en tan larga jornada, para cumplir aquel deber de buen nieto.

— Son abuelos muy remotos y ahora tan confusos...—murmuraba Jacinto sonriendo.

— Pues más mérito aún el de vuecencia. Respetar a un abuelo muerto es corriente..., pero respetar los huesos de un quinto abuelo, de un séptimo abuelo...

— Sobre todo, señor abad, cuando nada se sabe de ellos, y seguramente nada hicieron.

El viejo sacudió risueñamente el dedo pulgar.

— ¡Quién sabe, quién sabe! Tal vez fuesen excelentes. Y, en fin, quien se demora en el mundo tanto como yo, termina por convencerse de que en el mundo no hay cosa o ser inútil. Aun ayer leí en un diario de Oporto que, según se descubrió, son las lombrices de tierra las que abonan y labran el suelo antes de llegar el labrador y los bueyes con el arado. Hasta las lombrices de tierra son útiles. No hay nada inútil... Yo tenía allá en la residencia una porción de cardos en un rincón de la huerta, y estaba muy disgustado por ello. Pues reflexioné y terminé por regalarme con los tales cardos en jarabe. Los abuelos de vuecencia por aquí anduvieron, por aquí trabajaron, por aquí padecieron. Quiere decirse: por acá sirvieron. Y, en todo caso, que les recemos un padrenuestro por el alma no puede hacer sino bien a ellos y a nosotros.

Y así, filosofando dulcemente, dimos en un soto de robles, donde esperaba la viejísima yegua del abad, porque el santo hombre ahora, después del reumatismo del último invierno, ya no afrontaba fuertemente, como antes, los duros caminos de la sierra. Para que montase, Jacinto le aseguró filialmente el estribo, y mientras la yegua remontaba el camino, casi tapada bajo el inmenso quitasol rojo con que se abrigaba el viejo, regresamos a casa metiéndonos por la sierra de la Lombiña, al través de los trigos, y a prisa, porque yo estaba molesto y casi estallaba dentro de la ropa negra de mi príncipe.

— Están, pues, acomodados estos señores, Ze Fernandes. Sólo resta rezar por ellos el padrenuestro que recomienda el abad... Aunque yo no sé, ya no me acuerdo del padrenuestro.

— No te aflijas, Jacinto; pediré a la tía Vicencia que rece por mí y por ti. Siempre es la tía Vicencia la que reza mis padrenuestros.

SAN CRISTÓBAL

EN las vidas de santos escritas por Eça de Queiroz (San Cristóbal, San Onofre, San Gil), hay, entre las bellezas inagotables de una prosa magnífica, una humana ternura que tiende a valorizar, no el éxtasis místico ante la Divinidad, sino el latir del corazón de un hombre santo ante las desgracias y las miserias de los demás hombres. Muy singularmente en «San Cristóbal» y «San Onofre», descuella esta característica. San Cristóbal comprende un día, en la soledad del bosque adonde ha huído, que su retraimiento contemplativo no puede tener, ante los ojos de Dios, el mérito que podría ganar practicando entre sus hermanos el bien supremo de la caridad. San Onofre busca en vano, en la soledad de la Tebaida, confortación para su espíritu. Los monstruos de la tentación asaltan su ociosidad de anacoreta; en el egoísmo supremo de alcanzar la salvación de su alma, ha cortado toda relación con el mundo. Pero advierte que no llega nunca su espíritu al estado de gracia; un temor, una inquietud, un descontento de sí mismo, destruyen la tranquilidad de sus días en aquella cueva desde la que atalaya el desierto. Busca el supremo remedio, y lo encuentra: «Volveré junto a los hombres», se dice.

Y marchó «a ser bueno y humilde en el mundo».

Estas páginas, en que San Cristóbal acompaña y ayuda a los míseros siervos, son dignas de la antología. Igualmente pudieran figurar aquí — y les hubiéramos dado cabida si no nos lo impidiesen las dimensiones del volumen — aquellas otras verdaderamente magníficas en que narra Eça de Queiroz las visiones de San Onofre.

SAN CRISTÓBAL

RÁPIDAMENTE surgió la voz de que un bando armado avanzaba sobre el castillo. Los pajes corrieron en confusión a la sala de armas a coger espadas y lanzas. Los guardas atrancaban las puertas desesperadamente. El intendente, con los cabellos al viento, gritaba que se calentase la pez y el alquitrán para derramarlo sobre la bandada si intentaba escalar las murallas. Pero nadie escuchaba con el desorden. La larga paz había desacostumbrado a los habitantes del castillo a la disciplina y a la prontitud. No había un caballero para mandar. Y las mujeres, corriendo hacia la capilla y llorando, ablandaban los corazones.

Súbitamente resonó un gran alarido bajo los muros. Cristóbal subió a las almenas, y vió un bando inmenso de hombres; siervos en harapos, furiosos, blandiendo hoces, chuzos, teas, amontonándose en el puente levadizo, que nadie se había acordado de alzar, mientras que otros, en derredor, con gran des hachazos, tiraban las horcas patibularias, y el banco de piedra de la justicia que el musgo recubría, bajo el olmo señorial. Ya los golpes de hacha resonaban contra la puerta, haciendo saltar astillas. Un tronco enorme, que manos innumerables ostentaban, fué traído y empujado como un ariete contra la puerta, a la que embestía como un carnero. Desde lo

alto los arqueros disparaban flechas con mano poco segura. Cada grito lanzado por un herido excitaba más a la turba, redoblaba los hachazos, y la vieja puerta fué bien pronto deshecha en astillas. Entonces los arqueros, los pajes, descendieron para refugiarse en la torre, y Cristóbal, tomando de sus manos las trancas de hierro, corrió hacia la torre señorial. Dentro, en la gran sala abovedada, estaban las damas pálidas, una junto a otra, con el condesito entre ellas, casi escondido entre sus faldas. El viejo senescal rezaba de rodillas. Y en torno, amontonábanse los infolios, los archivos de la casa, los grandes árboles genealógicos: todo lo que constituía el orgullo de aquella familia. Era como la ciudadela del feudalismo, donde todo se hallaba resumido: la esperanza de una casa, sus títulos, sus tesoros, todo su orgullo. ¡Y todo aquello estaba amenazado por una plebe insurreccionada!

Cristóbal había ido humildemente a colocarse al fondo de la sala abovedada. Y tan grande era el terror, tan arriesgado el desdén por los siervos, que no pensaban los señores en él ni en el poderoso socorro de su fuerza indomable, sino en las espadas de los pajes, a quienes gritaban que defendiesen la puerta.

Entretanto, al través de los patios, ya resonaban los gritos de los heridos entre el clamor de la turba de Jacobo, que venía como una ola que devasta los diques. Y mal cerrada había sido la puerta de la torre, cuando sobre ella cayeron fuertes hachazos, entre aullidos de furor, ruido de vidrios que se quebraban, y gritos de los siervos asesinados. Nadie hablaba dentro; todos con los ojos clavados en aquella puerta atacada, compuesta de viejas planchas de roble y mohosas chapas de hierro, que eran la única defensa contra la muerte. Los pajes, más pálidos que la cera, debilitados por los años de paz, sin educación guerrera, hacían delante de las mujeres una cerca de espadas, espadas cuyas puntas temblaban. El capellán rezaba prosternado. Y el archivero extendía los brazos por encima de sus infolios, como para protegerlos, con los ojos clavados en la puerta, y estremeciéndose a cada hachazo.

Sólo la abuela aparecía serena, sostenida por su orgullo, con el pecho tieso, como preparado para la muerte, mientras que la nuera sucumbía agarrada al hijo, bañándolo con sus lágrimas. En la escalera de caracol, que subía al piso superior, se agrupaba la servidumbre, las ayas, algunas todavía con su rueca en la mano.

Bajo los golpes desesperados, la puerta cedía; por las grietas de la muralla entraba el humo de las hogueras que los siervos encendían en el patio para prenderle fuego al castillo; con los muebles arrastraban de las salas sillas blasonadas y arcas llenas de ricas telas orientales. Nadie contaba ya con la vida. Dos ayas viejas, con rosarios en la mano, pedían la absolución al padre, que no las escuchaba, de rodillas, temblando las quijadas, entre gritos de *misereres*.

De repente la puerta cedió, cayó bajo sus grandes goznes estallados, y puntas de chuzos, de hoces, rostros lívidos, brazos descarnados, irrumpieron en una furia de matanza. Las damas habían huído. Ya un enorme viejo, en harapos, saltaba por encima de la puerta, con una hoz en cada mano, cuando del fondo de la bóveda surgió Cristóbal, enorme, con la faz ardiente y una barra de hierro en cada mano.

Fué como una aparición, y la turba furiosa retrocedió con terror. Era como si surgiese ante ella, visible, real, ese gigante monstruoso, guardador de torres, de que ellos habían oído hablar, pálidos de espanto, en las historias contadas al amor de la lumbre. En ese momento de espanto, Cristóbal, con un gran grito cargó sobre la turba, que retrocedió en tropel, recogiendo los chuzos y las hoces. Bajando la cabeza, Cristóbal salió de la puerta como una gran torre en el amplio patio, y su figura obscura, cubierta de una piel de lobo, con dos llamas brillando bajo la hirsuta cerca de las cejas, pareció salida del infierno y como llena de fuerza invencible. Sus gritos hacían temblar los muros, y las dos barras de hierro cortaban el aire silbando furiosamente. A cada uno de sus largos pasos, la turba retrocedía con un ronco murmullo de terror. Algunos habían huído por entre las ho-

gueras, donde ardían los muebles de roble labrado. Las mujeres del bando gritaban que era el demonio; y si alguna pica se erguía, volaba hecha astillas bajo el golpe de la barra de hierro.

Para atrás, para atrás siempre, para atrás, iba la turba, volviendo a atravesar los patios, tropezando en los siervos que había matado, cayendo por encima de las hogueras que encendiera. Ya estaban junto a la muralla. Ya las espaldas se volvieron para huír. Entonces, con un último grito, que atronó toda la colina, cargó sobre la turba, que en un súbito pavor, traspasó la puerta abierta, atravesó el puente levadizo, y descendió sobresaltada a la colina, hasta parar en el valle, donde los carros esperaban. Y Cristóbal, pasando también el puente, quedó en el medio de la colina, inmóvil, grande como una torre, apoyado en su barra de hierro, limpiándose el sudor. Pero, entonces, de entre la multitud que abajo se agitaba avanzó un viejo, sin armas, con un ramo de olivo en la mano, y caminó hacia Cristóbal. Paró en medio de la colina y alzando los brazos, preguntó a Cristóbal por qué los atacaba él, siervo, que seguramente sufría la servidumbre, a ellos, siervos también, que al final de tantos tiempos de sufrimiento, sólo querían participar de alguna de las dulzuras de la tierra. No era sólo por el afán de destruir por lo que atacaban al castillo. Es que allí, entre sus murallas, estaba la gente orgullosa que les esclavizaba, causaba el hambre de sus hijos, el frío de sus viviendas, las fatigas sin nombre, y ellos venían simplemente a matar al mal de la tierra. El que le hablaba, viejo ya, había trabajado cincuenta años en la tierra, había tenido el cuerpo señalado por los azotes, había visto su choza quemada por el señor; en torno de él sus hijos habían gritado de hambre largo tiempo, temblando de frío, y expulsado, estrujado, pisoteado, exprimido por la fuerza, como un trapo vil, había cogido un cuchillo y había salido a hacer justicia en el mundo. De todos los suyos, sólo le quedaba un nieto, un nieto pequeñito de seis años, inocente y sencillo como un cordero. Y porque había cogido una manzana de los manzanos del casti-

llo, donde él era siervo, el señor le había hecho colgar por las manos de un árbol, había azuzado contra él a los perros, y toda una noche de invierno lo dejara desnudito bajo la nieve. Cuando lo desataron del árbol, estaba moribundo. La voz del viejo temblaba. Cristóbal había dejado caer la barra de hierro, y con las manos abiertas, vacías y vagas, abiertas en el aire, la cabeza caída, parecía pensar en el fondo de su simplicidad. Y el viejo, adelantándose, le preguntaba por qué no venía con ellos a abatir a los monstruos que matan niños en sus negros castillos, a acabar con los amos crueles, para que bajo el cielo, por un momento, los humildes respiren y limpien las lágrimas. Y el viejo limpiaba las lágrimas con sus pobres manos, que temblaban. Lentamente Cristóbal recogió su barra; poco a poco, bajó la colina. Y el viejo, delante, gritaba, agitando la rama, y tropezando en los guijarros:

— ¡Este es el gran gigante que nos viene a libertar!

Los «jacques» comprendían mal. Algunos, viendo bajar a Cristóbal, huían, saltando las zanjas. Otros, furiosos, enristraban las picas. Pero Cristóbal, blandiendo la barra, gritó:

— ¡Venid!

Y con un impulso irresistible todo el bando le siguió, aclamándolo, mientras en las murallas del castillo el intendente, entre los hombres de armas, de pie en las almenas, extendía el brazo, señalando a Cristóbal, que se pasaba al partido de los «jacques», y partía al través de las campiñas.

.....

Todas las mañanas marchaban al través de las tierras, duramente. El viejo era el que los guiaba, y Cristóbal, en silencio, caminaba a su lado, con su barra de hierro al hombro. Detrás seguía la larga fila de los pordioseros, en harapos, con las viejas cotas de armas, cuya malla se deshacía; con morriones abollados, donde algunos habían clavado plumas; las piernas desnudas, y las manos alzando hoces, picas y estacas. Las mujeres seguían despues; unas, con hijos escuálidos, colgados de las sayas; otras, trayendo los más pequeñitos al brazo, y las más viejas, doblándose bajo los fardos,

donde se había reunido lo que quedaba en las arcas: algún escaso pan, una alcuza de aceite y un pedazo de carne salada; detrás, todavía seguía una larga fila de hombres viejos, pastores con su cayado y su zurrón, segadores alzando a lo alto la hoz, siervos escapados, mendigos, largas filas de miserables que, hambrientos, no podían marchar de prisa, y dejaban una larga nube de polvo, que quedaba suspensa en el aire.

Hacia el comiezo de la tarde, guiados por el viejo, se hallaron súbitamente, después de haber bordeado un bosque de pinos, delante de un castillo flanqueado por dos torres; en ese momento salía del puente levadizo, a caballo, un señor de largas barbas blancas, sin armas; a su lado, montada en una hacanea blanca, un aya llevaba en los brazos a una niña, y detrás seguían cuatro escuderos armados de lanzas. Al ver súbitamente aquella turba que avanzaba, el señor se paró; uno de los escuderos tocó desesperadamente el cuerno, mientras otros toques respondían desde las almenas. Y volviendo la yegua, el aya galopó hacia adentro del castillo. Ya las murallas se cubrían de soldados. El señor, desarmado, sin moverse, había fijado sus ojos de águila sobre la turba inmensa de desarrapados, que en una fila, sobre el camino tortuoso, lanzaba grandes gritos de ataque, blandiendo los hierros. Entonces Cristóbal, haciendo un gran ademán con su barra de hierro, detuvo a la turba, que se paró. Y arrojando la barra, avanzó solo, con los brazos abiertos, hacia el señor, inmóvil en su hermoso corcel. Toda la cima de la muralla estaba cubierta de arqueros, de hombres de armas. Todo el camino abajo estaba negro por la multitud de los desheredados. Y en el puente levadizo el caballero y el gigante quedaron solos frente a frente.

Entonces, sacando una gran voz de su pecho, Cristóbal gritó:

— Venimos en son de paz. Traemos a las mujeres y a los niños. Ningún rencor tenemos contra ti... Pero todos los que me siguen tienen hambre. Detrás de tus murallas hay tesoros, arcas llenas de pan, grandes tajadas de carne delante del fuego... Estos que vienen conmigo no tienen ni una moneda

de cobre, trabajan toda la vida, sufren hambre, ven a los niños devorar las raíces, mueren por los rincones de los bosques como lobos, y la vida toda es para ellos un tormento... Da una limosna de tu abundancia a toda esta pobreza que pasa. Si quieres, ven; no receles; pasa al través de esa multitud; mira para esos cuerpos flacos; mira los niños llorando de hambre; las viejas, tropezando bajo el peso de los fardos; toda una miseria, que ya no puede sufrir más... ¡Ten piedad!

Y habiendo hablado así, Cristóbal volvió a caer en su simpleza; quedó mudo, estúpido, con sus grandes ojos de buey de trabajo fijos en el castillo. Lentamente el señor volvió riendas, y al paso, con la cabeza baja y pensativa, entró bajo la puerta del castillo. Pero las puertas no se cerraron, y de dentro, al poco tiempo, salió un siervo arrastrando una vaca; otros trajeron carneros; otros, fuertes canastas de pan, sacos de habas; otros, un arca que venía llena de dinero; y habiendo juntado todo en un montón delante del puente levadizo, uno de los siervos gritó, retirándose:

— ¡Este es el don de mi señor a los pobres que pasan!

Y el puente levadizo subió con un fuerte rechinar de cadenas de hierro.

Mandados por el viejo, sin desorden, los «jacques» cargaron a las espaldas y en los carros el regalo del señor, y de nuevo se pusieron en camino, llevando al frente a Cristóbal, que parecía mudo y como espantado, con su gran barra de hierro.

Un arroyo corría por la falda de la colina. Y allí quedaron los «jacques» para pasar la noche. Pronto se encendieron hogueras. El viejo puso centinelas en todos los lados. Y esa noche los niños no lloraron de hambre y hubo una gran gratitud en el corazón de los hombres. Cristóbal no quiso más que un pedazo de pan. Bebió del agua pura del arroyo, y toda la noche, sentado en una piedra, mientras los «jacques» dormían tendidos en el suelo bajo los árboles, él miró las estrellas y pensó en Jesús, que estaba tras ellas, y que con aquella claridad de sus lámparas, lo veía tal vez entre esos desgraciados, como un padre entre sus hijos.

De madrugada, los «jacques» levantaron el campo, y guiados siempre por el viejo y por el fraile, partieron a lo largo del arroyo, hasta que llegando a los primeros robles de un gran bosque, sintieron un olor nauseabundo, y vieron a un hombre, un siervo, ahorcado en una rama de árbol, y ya medio roído por los cuervos. Una indignación corrió entre los «jacques» cuando algunos que se habían adelantado descubrieron otros cuerpos pendientes de otros árboles. Al rumor de la turba, los cuervos huían de entre el follaje, y bajo los pies de los muertos suspendidos en lo alto, el suelo estaba todo pisoteado de las patas de los lobos. Allá en lo alto, en una colina, negras en la luz clara, aparecían las torres del castillo. ¡Aquello era, seguramente, la justicia del señor del castillo! Un clamor de cólera corrió entre los «jacques». Unos querían plantar fuego a la floresta para envolver el castillo. Otros hablaban de tirar los árboles para hacer arietes con que batir las murallas. Y Cristóbal, empujado por la multitud que tras él blandía las hoces y las picas, comenzó a subir por un camino que llevaba al castillo entre rocas cubiertas de musgo.

Vieron, por fin, ladeando la torre del homenaje, altas murallas negras y sombrías con grandes manchas blancas de piedra nueva, que eran como cicatrices de asaltos. El puente levadizo estaba cerrado. La balaustrada de hierro, doblada. Y una barrera de vigas cercaba el foso de agua verdosa. Ni un rumor salía de las altas murallas. Todo parecía abandonado. De uno de los lados, grandes rocas rodaban en desorden hacia un precipicio. Un águila volaba en las alturas.

Una inquietud detuvo a los «jacques» ante aquel silencio siniestro. Algunos, creyendo abandonado el castillo, gritaban que se continuase. Y Cristóbal, al azar, caminó hacia el puente levadizo. Pero súbitamente las cadenas rechinaron, el puente se abatió y de las puertas, que se abrieron de par en par, salió una multitud de caballeros, con visera baja y lanza en ristre, a galope, entre un fuerte ruido de armaduras. Los «jacques» retrocedieron en masa. Cristóbal estaba solo en la llanura.

Al frente de los caballeros, uno de grandes plumas blancas en el yelmo, con la lanza en ristre, corrió hacia él. Cristóbal ya no tenía su barra de hierro; pero corrió junto a un pino, lo agarró con ambas manos, lo arrancó de la tierra, y cogiéndolo como una monstruosa escoba, lo dirigió, con un gesto de siervo que barre, contra el caballero y el caballo, que rodaron con un estampido de armas enredados en la rama densa. De un salto Cristóbal agarró al caballero, y asegurándole entre las rodillas como a un débil niño, le rompió las hebillas del yelmo y descubrió una cabeza lívida y una espesa barba rubia. Después, alzándolo al aire como un broquel contra los otros caballeros, que habían quedado en un espanto mudo, gritó desesperadamente: «¡Rescate, rescate!»; los «jacques» cercaron a Cristóbal, queriendo despedazar al señor prisionero. Y él alzaba más alto al miserable, que ni se movía, seguro en las manos de hierro, y gritaba: «¡Rescate, rescate!»

Los otros caballeros, con un furor súbito, corrían hacia él; pero Cristóbal, saltando para el lado del precipicio, inclinó sobre él al prisionero como si lo fuese a despeñar en la corriente entre las rocas, gritando siempre: «¡Rescate!» Entonces los caballeros pararon y rápidamente se consultaron, accionando con sus guantes de hierro, hasta que uno, avanzando, gritó: «Está rescatado.»

El viejo entonces avanzó también y expuso el rescate: quería dinero, veinte sacos de pan, vacas, vinos, para sustentar a su gente; un juramento sobre la cruz de que no serían perseguidos, y dos carros para llevar las provisiones. El caballero extendió la mano sobre la cruz del fraile y juró.

Entonces los «jacques», bajando las armas, esperaron, mientras Cristóbal, sentado en la roca, tenía al caballero atravesado sobre las rodillas, con la mano derecha agarrándole las piernas y con la izquierda la garganta. Poco a poco los siervos del castillo salieron trayendo el rescate, y los «jacques» bajaron al camino, rodeando a los animales y los dos carros con los sacos, el oro y los odres de vino. Cristóbal quedara solo con el caballero. Cuando el último hombre desapareció por

detrás de la colina, él posó al caballero con cuidado en el suelo y murmuró simplemente: «Vete.»

Y sin volverse, paso a paso se fué a unir a los «jacques».

Entonces comenzó, de castillo en castillo, al través de las provincias, la marcha de los jacques. De las aldeas por donde pasaban, corrían a juntárseles miserables, siervos sublevados, mendigos. Ahora eran una multitud inmensa que henchían los caminos. Pero no había en ellos ni violencia ni cólera. Iban mostrando en todas las baronías ricas su miseria de siervos, y sin violencia pedían limosna. Cristóbal era como un enorme padre que mendigaba con sus hijos por los caminos. Al llegar delante de los castillos mostraban sus andrajos, las faces maceradas, las cicatrices de la servidumbre, y gritaban pidiendo pan. Las puertas se abrían con fragor, y unos por piedad y otros por temor, les daban de sus arcas y de sus graneros. Día y noche Cristóbal mantenía el orden en la turba inmensa. No permitía que se despojase a los árboles de los frutos, ni que se tomase el ganado en los pastos. Sólo era recibido lo que la caridad daba. Si encontraba mendigos histriones hambrientos, gritaba con un gran gesto: «Venid también.» Su corazón quería abrigar toda la miseria humana, llevarla a pedir limosna por los caminos del mundo. Repartía con las aldeas pobres el dinero recibido. Los niños corrían extendiendo los sayos, que él llenaba con las manos llenas de granos y de habas. Una dulzura había dominado aquellos corazones de la turba miserable. Algunos habían tirado la hoz. Otros, al pasar por las ermitas o por los cruceros, caían de rodillas llorando.

Y siempre adelante, Cristóbal iba como una torre que marchaba. Una adoración subía hacia él. «Santo es nuestro gigante», decían. Y en su confianza, juzgaban que la vida sería así, eternamente, una marcha por los caminos, recogiendo los bienes que los nobles repartían con los pobres. Seguramente Jesús había vuelto a la tierra. Pronto todos los castillos se abrirían y, repartidas las riquezas, rotas las armas, no habría hambres ni guerras, sino en la paz de los dulces campos, todos

serían hermanos y disfrutarían de bienestar. El campamento, cuando se detenían, era como una aldea en fiesta, donde la carne abunda en el asador y todas las manos tienen una hogaza de pan. Ya la marcha se demoraba, y a veces quedábanse en un valle o a la orilla de un río en un reposo feliz, olvidados de todas las miserias. De los hijos de las mujeres que habían quedado en las aldeas, nadie se inquietaba, porque cada día partían mensajeros a llevar a los caseríos dinero y provisiones. Pero algunos, habiendo reunido ya un peculio, recogíanse a sus moradas distantes, sin recelo: tanta era la confianza en Jesús.

Y Cristóbal sentía una alegría inmensa. De día y de noche vigilaba la turba enorme, para que nada hubiese en ella de violento o de brutal. Las cuestiones que surgían las aplacaba extendiendo los brazos. Si alguien robaba las frutas de los caminos, le expulsaba de la turba. A todos distribuía su justicia. A todos daba su caridad. Y era él, no otro, el que quitaba las espinas de los pies heridos o amparaba a los viejos fatigados por las marchas.

Así caminaban, cuando una tarde, llegados a una gran laguna que, orlada de cañaverales, brillaba al sol de otoño, vieron en la otra orilla una muchedumbre de caballeros, cuyos pendones flameaban al aire. Costeando la laguna se encontrarían seguramente; y los «jacques» y los caballeros detuviéronse un momento sorprendidos. Una gran planicie extendíase ante ellos toda cubierta de la hierba amarilla del otoño, prolongándose hasta una fila de colinas que grandes pinares revestían. El sol brillaba sobre las aguas de la laguna y había un amplio silencio.

Frente a los «jacques» inquietos, Cristóbal había quedado pensativo un instante; e iba a marchar junto a los caballeros a pedir caridad para sus pobres, cuando tras él la turba le gritó: «¡Detente, detente!» Los hombres de armas, desplegando una larga línea de batalla, galopaban, lanza en ristre, contra la turba miserable. Con un grito, el anciano les mandó alzar los chuzos, las hoces, las lanzas, haciendo un muro de hierro con-

tra aquella pesada caballería, todo negra y de hierro, que hacía temblar el suelo. Ya llegaban, ya Cristóbal sentía el jadear de los caballos, cuando un grande, un inmenso clamor, sonó, y la confusa masa de hierro cayó sobre los «jacques» con un gran ruido de armas, furiosos golpes de montantes, abriendo, con el pretal en espolón de los caballos, grandes surcos entre los «jacques», que caían atravesados por las lanzas, mutilados por los espadones manejados a dos manos. La legión de los siervos quedó dividida en dos grupos con una gran grieta en el medio, toda llena de cadáveres pisoteados por los grandes corceles. Y ya esos dos grupos corrían sobre el escuadrón de los caballeros cuando éstos separáronse en dos, haciendo cara a las dos alas de los siervos, y llenando la planicie con el clamor de dos batallas. Peones y caballeros mezclados formaban dos masas clamorosas donde los chuzos de los «jacques» se quebraban contra las armaduras, y las largas clavas con púa de los caballeros aplastaban cráneos a los que apenas algún viejo casco de hierro protegía. Los clarines de los caballeros sonaban furiosamente. Un relampaguear de hierro llenaba el aire entre el ondear de los grandes penachos.

Los «jacques», roto al poco tiempo su pobre armamento, lanzábanse sobre los cuellos y grupas de los caballos, y derrumbaban con sus brazos al caballero, que, cayendo con un gran ruido de armas, desaparecía bajo las manos armadas de los «jacques». Otros, con hoces, abrían el vientre a los caballos. Algunos caballeros combatían a pie, trazando largos círculos con sus espadas, y las piedras que los «jacques» les arrojaban sonaban furiosamente sobre el metal de las corazas. Cuatro enormes segadores, caminando lentamente, como entre un trigal maduro, iban con un movimiento regular lanzando sus hoces, que segaban los jarretes de los caballos, cortaban brazos de los que se habían desprendido las planchas de hierro y herían gargantas de guerreros sin capacete. Y en medio del combate, sin armas, como no queriendo derramar sangre, Cristóbal, desguedejado, enorme, iba con sus enormes brazos arrancando caballeros de las sillas y arrojándolos al suelo como fardos de

hierro. La sangre ya le escurría por el rostro, por el pecho, al través de su sayón de cuero cortado en largas heridas. Sus formidables gritos hacían encabritar los caballos. Asiendo los montantes, los quebraba como pajas. Las lanzas y los escudos que arrancaba iban por los aires como hojas que una ráfaga lleva. A veces, corriendo con sus brazos al aire, cerrados los puños, más gruesos que cabezas de carneros, arrojaba a tierra con un empuje seco los caballos y sus caballeros. Habiendo tropezado con un montón de cuerdas lo cogió, y cuando agarraba alguno le pasaba un nudo por las piernas, y así lo dejaba tendido en el suelo como una res en un mercado. Poco a poco todos los guerreros se habían vuelto contra él. Y sin armas, habiendo asido por los pies un cadáver cubierto con su armadura, al que usaba como una maza, iba él retrocediendo hasta la alta colina cubierta de pinos. Sobre él caían las flechas; sobre él resonaban las piedras lanzadas por los honderos. El gigante retrocedía más, y súbitamente corriendo contra los asaltantes, derribaba uno, postraba a otro con grandes golpes dados con el cadáver, que ya había perdido el capacete. El círculo de caballeros persistía aún en torno de él, gritándole injurias, arrojándole desde lejos las mazas. Y cada vez era más estrecho ese círculo erizado de hierros que rebrillaban. El, sereno, hacía girar en torno el cadáver, cuya armadura se había ido soltando poco a poco, y de la que quedaban apenas las planchas que protegían las piernas, por donde le aseguraba Cristóbal; mostraba ya el cadáver la carne blanca y los duros cabellos del pecho. Pero de tanto batir, fué por fin perdiendo consistencia aquella osamenta: tenía el cráneo quebrado; los brazos blandos como trapos; la caja del pecho fracturada y hundida, y aquella arma terrible ya no era en manos de Cristóbal más que una piltrafa de carne blanda. Pero había llegado a la colina. Allí, en cada pino tenía un arma. Y ya se volvía, ya tendía sus manos hacia un tronco enorme para desarraigarlo, cuando una flecha, hiriéndole en una rodilla, le abatió un momento, haciéndole resbalar en el húmedo declive de la colina. Entonces, repentinamente, un gran cor-

cel negro vino sobre él, brilló una lanza... Y Cristóbal quedó postrado, inmóvil, con una espuma sanguinolenta en la boca.

Todos se habían precipitado sobre él cuando un clamor surgió por detrás. Eran los «jacques», que se habían reunido y, guiados por el fraile, venían contra aquel grupo de caballeros, apretados contra la colina, en las tierras blandas, en donde los cascos de los caballos se enterraban. Entonces los hombres de lanza volvieron las riendas y huyeron entre la colina y los «jacques», de nuevo enderezados a la planicie, sembrada de muertos. Los «jacques» gritaron viendo huír a los caballeros, y comenzaron a correr tras ellos lanzando las últimas flechas, y tirándoles como escarnio gruesos terrones de tierra fangosa. Viendo a los peones así expuestos en la llanura, los caballeros dieron una vuelta brusca y se lanzaron contra los miserables. Fué una gran matanza; el fraile había caído con el cráneo abierto y su cruz apretada en la mano. Los que huían eran perseguidos por todo el lugar, hasta que, tirándose en la laguna, las grandes lanzas por detrás les hacían precipitarse al agua.

Ahora, en la vasta llanura sólo había hombres de armas. Los «jacques» cubrían la tierra, en negros charcos de sangre. Lentamente, trotando, los caballeros remataban a los heridos, que gritaban de sed. Otros, parados, quitándose los morriones, limpiaban las gruesas gotas de sudor. Los médicos ataban los brazos heridos. Y los pajes pasaban con grandes picheles de vino. El sol desaparecía y toda la laguna era como de oro tras sus grandes cañaverales negros. Una bandada de patos pasó por el cielo ya pálido. Al toque del clarín, los señores, todavía dispersos, se fueron juntando, volviendo a sus puestos. Los heridos fueron colocados sobre las carretas. Y al paso el grupo de caballeros volvió a tomar el camino alrededor de la laguna, donde el brillo del oro se había apagado, dejándola ahora toda negra y triste.

En la extensa llanura yacen los «jacques» muertos. Terminó la gran caminata, que llevaba a los castillos y a las abadías la

misión extraña de las grandes miserias de la tierra. Ninguno más volvió a las cabañas de la aldea donde los hijos esperan hasta tarde con la lumbre apagada. Los «jacques» están muertos; la tierra, limpia de sus andrajos.

Cristóbal yace extendido en la colina entre los pinos. Un viento pasa frío y triste. Él abre los ojos, y con dificultad, alzándose sobre una mano, mira la llanura. En toda su extensión ve montones de cuerpos muertos, entre los cuales relucen ya los ojos de los lobos. La gran laguna está inmóvil. Por lo alto pasa la luna llena. Un dolor inmenso estremece su corazón. De nuevo sus ojos se cerraron, y cayó inanimado.

Toda la noche revivió la batalla. De los montones de «jacques» muertos, otros «jacques» se levantaban con otros trajes y otras armas, impelidos a la sublevación por la misma miseria que los oprimía. Y siempre, desde el fondo del horizonte, desde los altos montes, desde las cumbres, descendían caballeros que tenían armas diversas, diversos gritos de guerra, y que cargaban, aplastaban a los «jacques» y los dejaban muertos bajo la gran luna llena. Pero de ésos, poco a poco, se erguían otros, más pálidos, blandiendo azadones de mineros, herramientas del trabajo, mostrando sus andrajos, sus hijos muertos de hambre y clamando justicia. Después, a un fuerte grito, bravos escuadrones descendían trayendo al frente magistrados togados, hombres cargados de sacos de oro; y toda esa masa, cayendo sobre los «jacques», los postraba de nuevo, los dejaba en un montón, que la luna más pálida y más desmayada cubría de blancura y de silencio. Y así, indefinidamente, los «jacques» renacían de los huesos de los jacques muertos, cada vez más numerosos, hasta que la planicie toda era una zarza de brazos magros, clamando y pidiendo igualdad. Inmediatamente descendían otros escuadrones, más pequeños, con un ataque menos vivo, vacilando y lanzando golpes más flojos. Hasta que, por fin, los «jacques» eran tan numerosos, que desde la planicie se extendían a los montes; y la luna, que ya había desmayado del todo, alumbraba multitudes disciplinadas, armadas, conscientes, que avanzaban con orden y ritmo. Los escuadrones

mandados contra estas cohortes, fundíanse como cera al calor de una llama. Los «jacques» ocupaban la tierra. Un último caballero vino todavía, y, derrotado, soltó las armas y desapareció. Y sobre la tierra sólo quedaban «jacques» que cantaban en triunfo en la frescura de la clara mañana.

Sintiendo en el rostro esta frescura, Cristóbal entreabrió los ojos, todavía débil, medio dormido, como en un sueño. La luz fría y pura de la mañana penetraba bajo las ramas que lo cubrían. Las aves cantaban delicadamente en los nidos, con *frou-frous* de alas, de rama en rama. Un dulce olor de romero y de verduras nuevas perfumaba el aire. Y en la selva, todavía húmeda, lustrosa de rocío, había en derredor flores silvestres, botones de oro, amapolas frescas. Un hilo de agua cantaba fríamente de piedra en piedra. Entonces le pareció a Cristóbal que veía a un mozo de largos cabellos rubios, con una túnica blanca, donde se cruzaban los pliegues de un manto blanco, surgir entre las ramas de los pinos, a lo lejos, y venir hacia él apoyado en una vara blanca. Sus pasos eran tan leves, tan ligero el lino de su vestido, que las amapolas no se inclinaban cuando él pasaba sobre ellas ligero y blanco; y en la penumbra de los árboles quedaba un surco blanco por donde él pasaba, con un aroma tan dulce como si abriesen en aquella tierra flores que no son de ninguna tierra conocida. Poco a poco se acercó, y Cristóbal podía ver sus ojos posados sobre él como dos estrellas de la tarde. Dulcemente se arrodilló al lado de Cristóbal, posando su bastón tan levemente, que ni dobló las puntas finas de las hierbas. Con los dedos, más suaves que terciopelo, recorrió las heridas de Cristóbal, que sentía que los dolores le desaparecían y como si una fuerza nueva le invadiese. Después rasgó una tira de su manto y la colocó sobre las heridas, la de la pierna y la del pecho; y aquella tira de lino le parecía a Cristóbal ligera como el aire y perfumada como un jazmín. Después, recogiendo su blanco bastón, partió en silencio, penetró en el bosque y poco a poco se perdió entre los troncos negros, que por un momento conservaban como la claridad de aquella imagen blanca.

Los pájaros reanudaron sus cantos. De nuevo las ramas se movieron blandamente. Entonces Cristóbal movió los brazos y después alzó su inmenso cuerpo. Todas sus heridas estaban cerradas. Y sintiendo una fuerza nueva, aquel buen gigante atravesó el pinar y empezó a recorrer el mundo

ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

POCOS son los cuentos de Eça de Queiroz. Aparte los publicados bajo el título «Prosas bárbaras», que apenas pueden merecer en algunos casos el título de cuentos, y que por corresponder a los años mozos de Eça de Queiroz son más endebles, existen, recopiladas en un volumen, doce delicadas narraciones, algunas de las cuales es un acabado modelo del difícil género.

Tal es «Adán y Eva en el Paraíso», prodigioso esfuerzo, un poco irónicamente irrespetuoso, en el que se pretende bucear en el incognoscible misterio de la existencia del primer hombre en el Edén, oponiendo al deleitable concepto bíblico un concepto científico, mucho menos paradisíaco, ciertamente, pero más razonable.

Es difícil la elección entre los cuentos de Eça, con ser tan pocos. Cada uno de ellos tiene su singularidad relevante y dispar; y no es fácil decidirse entre la nota crítica de «Adán y Eva», la tiernísima emoción de «El suave milagro», la aguda ironía de «Frei Genebro» o la psicológica modernidad de «Singularidades de una muchacha rubia». Cualquiera de ellos podría figurar con igual derecho en este tomo.

ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO

C U E N T O

I

Adán, Padre de los Hombres, fué creado el día 28 de octubre, a las dos de la tarde...

Así lo afirma, con majestad, en sus *Annales Veteris et Novi Testamenti,* el muy docto y muy ilustre Usserius, obispo de Meath, arzobispo de Armagh y canciller mayor de la Sede de San Patricio.

La tierra existía desde que la luz se había hecho el día 23, en la mañana de todas las mañanas. Pero ya no era esa tierra primitiva, parda y blanda, empapada en aguas cenagosas, ahogada en una niebla densa, irguiendo aquí y allí rígidos troncos de una sola hoja y de un solo brote, muy solitaria, muy silenciosa, con una vida oculta, apenas sordamente revelada por el revolver de bichos obscuros, gelatinosos, sin corazón y casi sin forma, creciendo en el fondo del lodo. No. Ahora, durante los días genesíacos del 26 y 27, toda ella se había completado, se había abastecido y se engalanaba para acoger dignamente al Predestinado que venía. El día 28 ya apareció perfecta, en toda su perfección, con las provisiones y ornatos que la Biblia enumera: las hierbas verdes de espiga madura, los árboles prómidos con el fruto entre la flor, todos los peces nadando por los mares resplandecientes, to-

das las aves volando por los aires transparentes, todos los animales pastando sobre las colinas de follaje, y los regatos corriendo y el fuego almacenado en el seno de piedra, y el cristal, y el onix, y el oro tan bueno del país de Hevilath...

En esos tiempos, amigos míos, el sol aun giraba alrededor de la tierra. Ella era joven y hermosa y preferida de Dios. Aun no se había sometido a la inmovilidad augusta que le impuso más tarde, entre emocionados suspiros de la Iglesia, el maestro Galileo extendiendo un dedo desde el fondo de su pomar, junto a los muros del convento de San Mateo, de Florencia. Y el sol, amorosamente, corría alrededor de la tierra como el novio de los *Cantares*, que en los lascivos días de la ilusión sobre el otero de mirra, sin descanso y saltando más ligeramente que los gamos de Galaad, acogía a la Bien-Amada, la cubría con el fulgor de sus ojos, coronado de sal gema, chispeando de fecunda impaciencia. Desde esa alborada del día 28, según el cálculo majestuoso de Usserius, el sol, muy nuevo, sin manchas, sin arrugas, sin faltas en su cabellera flamante, había envuelto la tierra, durante ocho horas, en una continua e insaciable caricia de calor y de luz. Cuando la octava hora brilló y pasó, una emoción confusa, hecha de miedo y hecha de gloria, recorrió toda la Creación, agitando en un temblor las selvas y las frondas, erizando el pelo de las fieras, hinchando el lomo de los montes, apresurando el burbujear de los manantiales, arrancando de los pórfidos un brillo más vivo... Entonces, en una floresta muy espesa y muy tenebrosa, cierto Ser, desprendiendo lentamente la mano de la rama del árbol donde había permanecido subido toda esa mañana de largos siglos, se escurrió por el tronco, cubierto de hiedra; posó los dos pies en el suelo que el musgo hacía blando; sobre las dos piernas se afirmó con esforzada energía, y quedó derecho, erguido, alargó los brazos libres y dió un paso fuerte, y sintió su diferencia de la animalidad, y concibió el deslumbrado pensamiento de lo que era y verdaderamente *fué*. Dios, que lo había amparado, lo creó en ese instante. Y vivo

con la vida superior, habiendo descendido de la inconsciencia del árbol, Adán caminó hacia el Paraíso.

Era pavoroso. Un pelo crespo y brillante cubría todo su grueso y macizo cuerpo, rareando apenas en torno de los codos, en las rodillas rudas, donde la piel aparecía curtida y del color del cobre. Del achatado cráneo, surcado de arrugas, salía una guedeja rala y rubia, cayendo sobre las orejas aguzadas. Entre las quijadas prominentes, en la grieta enorme de los labios salientes, estirados como hocico, los dientes relucían, afilados recientemente para rasgar la fibra y deshacer el hueso. Y en las órbitas, sombríamente hundidas, que un vello hirsuto rodeaba como unas zarzas rodean la entrada de una caverna, los ojos redondos, de un amarillo de ámbar, sin cesar se movían, temblaban espantados de inquietud y de terror... ¡No, no era bello nuestro Padre venerable en esa tarde de otoño, cuando Jehovah le ayudó con cariño a descender de su árbol! Y todavía, en esos ojos redondos de fino ámbar, aun al través del temor y del espanto, rebrillaba una superior belleza: la energía inteligente que le iba llevando lentamente, sobre las piernas arqueadas, fuera de la mata donde había pasado su mañana de largos siglos ocupado en saltar y en gritar por encima de las altas ramas.

Mas (si los Compendios de Antropología no nos engañan) los primeros pasos humanos de Adán no fueron dados con actividad y confianza hacia el destino que le esperaba entre los cuatro ríos del Edén. Entorpecido, envuelto en las influencias de la floresta, aun despega con trabajo la pata de entre el frondoso suelo de helechos y begonias, y con gusto se roza con los pesados racimos de flores que le llenan el vello de rocío, y acaricia las largas barbas del liquen blanco pendientes de los troncos de roble y de teca, donde había gozado de las dulzuras de la irresponsabilidad. De las ramas que tan generosamente, al través de tan largas edades, le habían nutrido y le habían mecido, aun coge las frutas más altas y los botones más tiernos; para pasar los arroyos que por todo el bosque relucen y susurran después de la estación de las lluvias, to-

davía se cuelga de una fuerte enredadera, entrelazada de orquídeas, y se balancea y se arquea al saltar con pesada indolencia. Y tengo la sospecha de que cuando la brisa murmurase en la espesura cargada del aroma tibio y acre de las hembras acurrucadas en lo alto de los árboles, el Padre de los Hombres aun dilatase las ventanas de su nariz chata, todavía soltase del pecho velludo un gruñido ronco y triste.

Va caminando... Sus pupilas amarillas, donde brilla el Querer, sondean muy abiertas, a través del ramaje, buscando más allá el mundo que desea y recela, y del que siente ya la bocanada fuerte como hecha toda de lucha y rencor. Y a la manera que la penumbra de los follajes va clareando, surge dentro de su cráneo inexperto, como la alborada que penetra en una choza, el sentimiento de las formas diferentes y de la vida diferente que las anima. Esa rudimentaria comprensión sólo trajo a nuestro Padre venerable turbación y terror. Todas las tradiciones, las más orgullosas, están de acuerdo en que Adán, en su entrada inicial por las llanuras del Edén, tembló y gritó como una criatura perdida en una turbulenta fiesta. Y bien podemos pensar que, de todas las formas, ninguna le producía más pavor que la de esos mismos árboles donde había vivido, ahora que los reconocía como seres tan poco semejantes a su ser e inmovilizados en una inercia tan contraria a su energía. Libre de la animalidad y en camino para su humanización, el árbol, que había sido su abrigo natural y dulce, sólo le parecía ahora un cautiverio de degradante tristeza. Y esas ramas tortuosas impidiendo su marcha, ¿no serían brazos fuertes que se extendían para cogerle y subirle a las cimas frondosas? Ese susurro del ramaje que le seguía, compuesto del desasosiego irritado de cada hoja, ¿no era que la selva toda en un alboroto reclamaba a su secular morador? De tan extraño miedo nació tal vez la primera lucha del Hombre contra la Naturaleza. Cuando una rama alargada le rozase, seguramente nuestro Padre echaría a ella las garras desesperadas para rechazarla violentamente y escapar. En esos bruscos ímpetus, ¡cuántas veces, perdiendo el equilibrio, se cayó, y sus manos

se abatieron desamparadamente sobre el suelo de matorrales o de roca, precipitado de nuevo a la postura de bestia, volviendo a la inconsciencia entre el clamor triunfal de la floresta! ¡Qué angustioso esfuerzo entonces para erguirse, recuperar la actitud humana y correr con los velludos brazos despegados de la salvaje tierra, libres para la obra inmensa de su humanización! Esfuerzo sublime en el que ruge, muerde las raíces detestadas y —¡quién sabe!— levanta ya los ojos de ámbar lustroso hacia los cielos, donde confusamente presiente a alguien que le viene amparando y que en realidad le levanta.

Pero de cada una de estas caídas que alteran su existencia, nuestro Padre resurge más humano, más nuestro Padre. Tiene ya consciencia, racionalidad, en los resonantes pasos con que se sustrae a su limbo arborescente, despedazando las enredaderas, hendiendo la espesa selva, despertando a los tapires adormecidos bajo hongos monstruosos, o espantando a algún oso nuevo y perdido que, de patas contra un olmo, chupa medio borracho las uvas de ese fecundo otoño.

Por fin, Adán sale de la floresta obscura; y sus ojos de ámbar se cierran vivamente por el deslumbramiento en que le envuelve el Edén.

Al final del ribazo, donde se había detenido, resplandecían espléndidas campiñas —si las tradiciones no exageran— con desordenada y sombría abundancia. Lentamente, al través, corre un río sembrado de islas, humedeciendo en fecundos y explanados remansos las verduras donde ya tal vez crece la lenteja y se arrastra el arrozal. Rocas de mármol rosado rebrillan con un cálido rubor. De entre bosques de algodoneros blancos como crestas de espuma se alzan oteros cubiertos de magnolios de un esplendor todavía más blanco. Más allá la nieve corona una sierra con un radiante nimbo de santidad y se desliza por entre las laderas despedazadas en finas franjas que refulgen. Otros montes arrojan al aire el dardo de sus llamas. Del borde de los acantilados penden, inclinadas sobre las profundidades, palmeras desordenadas. Por las lagunas la bruma arrastra la luminosa blandura de sus encajes. Y el mar, en los

confines del mundo brillando, encierra todo como un círculo de oro. En este fecundo espacio toda la Creación se esparce con la fuerza, la gracia y la viva fortaleza de una mocedad de cinco días, todavía caliente de las manos de su Creador. Profusos rebaños de búfalos de rubio pelaje pastan majestuosamente enterrados en las hierbas, tan altas, que en ellas desaparece la oveja y su recental. Temerosas y barbudas cabras, luchando contra gigantescos venados-elefantes, entrechocan cuernos y astas con el seco fragor de robles que el viento troncha. Un grupo de jirafas rodea una acacia a la que va arrancando delicadamente, en las altas ramas, las hojitas mas tiernas. A la sombra de los tamarindos reposan enormes rinocerontes bajo el vuelo apresurado de pájaros que les cazan servicialmente los insectos. Cada salto del tigre causa una desbandada furiosa de ancas, de cuernos y de crines, donde más cierto y más ligero se arquea el grácil salto de los antílopes. Una rígida palmera se inclina toda al peso de una boa que en ella se enrosca. Entre dos rocas aparece por momentos, entre la profusión de su espléndida melena, la magnífica cabeza de un león que, serenamente, mira al sol y a la inmensidad radiante. En el lejano azul, enormes cóndores duermen inmóviles, con las alas abiertas, entre el surco níveo y rosáceo de las garzas y de los flamencos. Y enfrente del declive, en un alto, entre el matorral, pasa lenta y montaraz una recua de mastodontes con la fuerte crin del dorso erizada al viento y la trompa bamboleándose entre los colmillos, más curvados que hoces.

Así vetustísimas crónicas cuentan cómo era el vetustísimo Edén, que existía en las campiñas del Eufrates, tal vez en la trigueña Ceilán, o entre los claros ríos que hoy riegan a Hungría, o quizá en estas benditas tierras donde nuestra Lisboa calienta su vejez al sol, cansada de proezas y de mares. Pero ¿quién puede garantizar estos bosques y estos animales? Desde ese día 25 de octubre, que inundaba el Paraíso de esplendor otoñal, ya pasaron muy breves y muy llenos, sobre el grano de polvo que es nuestro mundo, más de siete ve-

ces setecientos mil años. Sólo parece cierto que delante de Adán, empavorecido, un gran pájaro pasó. Un pájaro ceniciento, calvo y pensativo, con las plumas desmelenadas como los pétalos de un crisantemo, que saltaba pesadamente sobre una de las patas, irguiendo en la otra, bien agarrado, un haz de hierbas y ramas. Nuestro Padre venerable, con la hosca faz fruncida, en el doloroso esfuerzo de comprender, miraba pasmado para aquel pájaro, que a su lado, bajo el abrigo de las azaleas en flor, terminaba muy gravemente la construcción de una cabaña. ¡Vistosa y sólida cabaña, con su piso de arcilla bien alisado, ramas fuertes de pino y haya, formando una empalizada, un seguro techo de hojas secas y en la pared de enredaderas bien enroscadas el desahogo de una ventana!... Pero el Padre de los hombres en esa tarde aún no comprendió.

Después caminó hacia lo largo del río desconfiadamente, sin separarse de la orilla del bosque, que le servía de abrigo. Lento, olfateando el fresco aroma de las fuertes hierbas de la llanura, con los puños reciamente cerrados contra el pecho velludo, Adán va palpitando entre el deseo de aquella resplandeciente Naturaleza y el terror de los seres nunca vistos que le aturden y atruenan con tan fiera turbulencia. Pero dentro de él hierve sin cesar como manantial sublime la sublimidad naciente de su energía, que le impele a desentrañar de la grosera rudeza y a ensayar con esfuerzos que son casi penosos, porque son ya casi lúcidos, los dones que establecerán su supremacía sobre esa Naturaleza incomprendida y le libertarán de su terror. Así en la sorpresa de todas aquellas inesperadas apariciones del Edén, reses, praderas, montes nevados, inmensidades radiantes, Adán suelta roncas exclamaciones, gritos con que desahoga, voces en que por instinto reproduce otras voces y gritos y sonidos, y hasta el rebullir de las criaturas y el estruendo de las aguas despeñadas... Y estos sonidos quedaron ya en la obscura memoria de nuestro Padre ligados a las sensaciones que los habían arrancado; de suerte que el grito áspero que le había salido al encontrar un canguro con

su nidada embolsada en el vientre, de nuevo le había resonado en los labios picudos cuando otros canguros, huyendo delante de él, se escondieran entre las rocas bajo la sombra negra de los árboles de canela. La Biblia, con su exageración oriental, cándida y sencilla, cuenta que Adán, después de su entrada en el Edén, distribuyó nombres a todos los animales y a todas las plantas, definitivamente y eruditamente, como si compusiese el léxico de la Creación, entre Buffon, ya con sus puños, y Linneo, ya con sus lentes.

¡No! Eran apenas gruñidos roncos, pero verdaderamente augustos, porque todos ellos se fijaban en su conciencia naciente como las toscas raíces de esa palabra por la cual, verdaderamente, se humanizó, y fué después, sobre la tierra, tan sublime y gracioso.

Y bien podemos pensar con orgullo que al descender hasta la orilla del río edénico, nuestro Padre, compenetrado de cómo y cuán distinto era de los otros seres, ya se afirmase individualizándose y, golpeando su pecho sonoro, rugiese soberbiamente: *¡Yo! ¡Yo!* Después, alargando la mirada reluciente por aquel agua que corría lentamente hacia allá, ya trata de exteriorizar su admirado sentimiento de los espacios; rosna con aire pensativo: *¡Allá! ¡Allá!*

II

Lento, magníficamente fecundo, recorría él el noble río del Paraíso, por entre las islas, casi hundidas bajo el peso fuerte del fuerte arbolado, todas fragantes y atronadas por el clamor de las cacatúas. Y Adán, corriendo pesadamente por la baja orilla, siente ya la atracción de las aguas que andan y viven; esa atracción que será tan fuerte en sus hijos cuando

descubran en el río al buen servidor que sosiega, abona las tierras, riega, muele y acarrea. ¡Todavía cuántos terrores extraños le asaltan, y estremeciéndole le llevan en saltos llenos de pavor hacia el abrigo de los sauces y de los chopos! En otras islas de arena fina y rosada se emperezan los cocodrilos aplastados sobre el vientre, que respiran blandamente abriendo las profundas bocas en la tibia pereza de la tarde, saturando el aire con un olor de almizcle. Por entre los cañaverales colean y rebrillan gruesas culebras de agua, de cuello hinchado, que miran a Adán con furor, irguiéndose y silbando. Y para nuestro Padre Adán, que nunca las había visto, serían ciertamente pavorosas las inmensas tortugas del comienzo del mundo, pastando con arrastrada mansedumbre al través de los verdes prados. La curiosidad le atrae tan fuertemente, que casi resbala en la orilla fangosa, donde la franja de agua muere agitándose levemente. En lo ancho del extendido río, una larga y negra fila de búfalos, serenamente, con los cuernos altos y la espesa barba flotando, nada hacia la otra margen, campiña cubierta de doradas mieses, donde ya tal vez maduran las sociables espigas del centeno y del maíz. Nuestro venerable Padre mira la lenta fila, mira al río lustroso, y concibe el obscuro deseo de atravesar tambien hacia aquellas praderas, donde las hierbas rebrillan; arriesga la mano en la corriente, en la fuerte corriente que tira por ella como para atraerle e iniciarle. Él gruñe sacando la mano, y sigue aplastando con fuertes pisadas, sin ni siquiera percibir su perfume, las frescas fresas silvestres, que ponen su mancha sangrienta en el césped... Al poco rato se para, considerando una bandada de aves posadas en una roca toda erizada de picos, que espían con el pico atento hacia abajo donde las aguas, unidas, levantan crestas de espuma. ¿Qué espían en ellas las blancas garzas? Lindos peces en bancos que remontan la corriente, y saltan, relampagueando en las espumas claras. Y bruscamente, en un desordenado revolotear de blancas alas, una garza, después otra, hiende el alto cielo, llevando atravesado en el pico un pez que se retuerce y reluce. Nuestro Pa-

dre venerable se tumba de costado. Su grosera gula entre aquella abundancia del río, también apetece una presa: echa la garra y coge en su impulso rápido un puñado de insectos, que olfatea y come. Pero nada ciertamente asombró al primer hombre tanto como un grueso tronco de árbol que, flotando, descendía por la corriente, llevando sentados en un extremo, con seguridad y gracia, dos bichos de piel sedosa y rubia, de hocico despierto y fofas colas vanidosas. Para seguirlos y observarlos, corrió ansiosamente, enorme y desarticulado. Y sus ojos chispeaban, como si ya comprendiese la malicia de aquellos dos bichos embarcados en un tronco de árbol y viajando en la tibia frescura de tarde por el río del Paraíso.

Ahora el agua que bordeaba era menos profunda, más turbia y lenta. Ya en su anchura no verdeaban islas ni en ella se veía el adorno de los espesos pastos.

Hacia lo lejos, sin límite, fundidas en la neblina, se adivinan descampadas soledades, de donde viene un viento pesado y húmedo. Nuestro Padre venerable enterraba las piernas en las orillas blandas, al través de los aluviones de plantas acuáticas en que chapoteaban, dándole intenso terror, enormes ranas croando furiosamente. El río se perdió en breve en una extensa laguna obscura y desolada, resto de las grandes aguas sobre las que fluctuara el espíritu de Jehovah. Una tristeza humana apretó el corazón de nuestro Padre. En el medio de gruesas burbujas que se hinchaban en la uniforme superficie del agua triste, constantemente surgían horrendas trompas por las que escurrían limos verdes, resoplando furiosamente, cobijándose luego en el fondo como atraídas por el lodo viscoso. Y cuando de entre los altos cañaverales, manchando el tono rojizo de la tarde, se elevó, alzándose sobre él, una nube estridente de voraces moscardones, Adán huyó asustado, surcando la arena pegajosa, y rasgando la piel en la aspereza de los blancos cardos que el viento retuerce. Resbala por un declive de piedras y cuarzos, y se detiene en la fina arena. Jadea; sus largas orejas se mueven, escuchando hacia más allá de las dunas un vasto rumor que rueda y se propaga

retumbando... Es el Mar. Nuestro Padre traspone las blancas dunas. ¡Delante de él está el Mar!

Entonces le asalta el supremo pavor. Con un salto, golpeando convulsivamente el pecho con los puños, retrocede hasta donde tres pinos muertos y sin ramas, le ofrecen el refugio hereditario. ¿Por qué avanzan así hacia él, sin cesar, en una hinchada amenaza, aquellos rollos verdes, con su crin de espuma, y se estiran, y se deshacen, y hierven, burbujeando sordamente en la arena? Pero toda la otra extensión de agua permanece inmóvil, como muerta, como una gran mancha de sangre que palpita. Toda esa sangre cayó, seguramente, de la herida del sol, redonda y bermeja, sangrando en lo alto, en un cielo dilacerado por profundos golpes ya violados. Más allá de la niebla lechosa que cubre las lagunas de los charcos salados, donde la marea todavía llega y se extiende hasta muy lejos, un monte humea llameando. Y siempre delante de Adán, contra Adán, los verdes rollos del agua verde avanzan y resuenan y llenan la playa de algas, de conchas, de gelatinas, que resplandecen lívidamente.

¡Pero he aquí que todo el mar se puebla! Y encogido contra el pinar, nuestro Padre venerable lanza miradas con sus ojos inquietos y trémulos hacia aquí y hacia allá; hacia las rocas cubiertas de sargazos, donde gordísimas focas se arrastran majestuosamente, hacia los surtidores de agua que saltan a lo alto, hasta las nubes rojas, y vuelven a caer en una lluvia radiante; hacia una linda flota de cauris, inmensos cauris blancos y nacarados, nadando en bolina, rodeando las peñas con maniobra elegante... Adán se admira sin saber que éstas son las amonites, y que ningún otro hombre después de él verá la brillante y rosada flota surcando los mares de este mundo. Aún la admira, tal vez con la impresión inicial de percibir la belleza de las cosas, cuando, bruscamente, con un temblor de surcos blancos, toda la maravillosa flota zozobra; con el mismo salto blando caen las focas, zambulléndose en las

vagas profundidades. Pasa un terror; un terror que se alza del mar, tan intenso, que un bando de albatros, muy seguro sobre una roca escarpada, eleva con azorados gritos un vuelo despavorido.

Nuestro venerable Padre aprieta en su mano una rama de pino, sondeando con un estremecimiento la inmensidad desierta. Entonces, a lo lejos, bajo la claridad de los rayos del sol, que se esconde, un dorso inmenso sale lentamente de las aguas, como una pequeña colina, toda salpicada de negras y agudas escamas rocosas. ¡Avanza! Delante de él se arremolina un grupo de burbujas que estallan, y de entre ellas emerge, por fin, resoplando cavernosamente, una trompa disforme, de fauces entreabiertas, donde relucen sumergidos enjambres de pescados, que en su sorber incesante viene tragando...

¡Es un monstruo, un pavoroso monstruo marino! Y bien podemos suponer que nuestro Padre, olvidando toda su dignidad humana—aun reciente—, trepó desesperadamente al pino hasta el extremo de las ramas más altas. Aun en ese abrigo, sus poderosas quijadas se batían, en un miedo convulsivo, ante el horroroso ser surgido de las profundidades. Con un sonido restallante, deshaciendo conchas, cuarzos y ramas de coral, el monstruo araña en la arena que socava profundamente y sobre la que estira sus patas, más gruesas que troncos de teca, con las uñas, todas enredadas de plantas marinas. De la caverna de sus fauces, al través de los dientes terroríficos, que los limos y los musgos cubren de verdín, sale un vaho espeso, de fatiga y de furor, tan fuerte, que hace rodar por la arena las algas secas y los caurís ligeros. Entre las crestas pedregosas que le acorazan la frente, negrean dos cuernos cortos y curvados. Sus ojos, lívidos y vidriosos, son como dos enormes lunas muertas. La inmensa cola dentada se arrastra por el mar distante, y cada ondulación lenta levanta una tempestad.

Por estas facciones poco amables, ya habréis reconocido al Ictiosaurio, el más horrendo de los cetáceos concebidos por Jehovah. Era él quizá el último, que todavía existía en las tinieblas oceánicas hasta este día memorable del 28 de octubre,

para que nuestro Padre entreviese los orígenes de la vida. Y ahora está enfrente de Adán, uniendo los tiempos viejos a los tiempos nuevos, y con las escamas del dorso erizadas, muge de un modo pavoroso. Nuestro Padre venerable, enroscado al alto tronco, grita estremecido de horror... Y he aquí que del lado de los charcos brumosos un silbido hiende los cielos, aullando lleno de cólera, como el de un áspero viento en la garganta de una sierra. ¿Qué es? ¿Otro monstruo?... Sí; es el Plesiosaurio. Es también el último Plesiosaurio, que sale del fondo de los pantanos. Y ahora de nuevo se traba, para asombro del primer hombre — y placer de los paleontólogos — , el combate que fué la desolación de los prehistóricos días de la tierra. Ahora aparece la fabulosa cabeza del Plesio, terminada en pico de ave, pico de dos brazas, más agudo que el dardo más agudo, erguido sobre un larguísimo y esbelto pescuezo, que ondula, se arquea, silba y centellea con pavorosa elegancia. Dos aletas de incomparable rigidez van moviendo su disforme cuerpo, blando, glutinoso, todo en arrugas, manchado por una lepra de verdosos hongos. Y tan inmenso es así arrastrándose, con el pescuezo empinado, que delante de la duna donde se levantan los pinos que acogen a Adán, parece otra duna negra sosteniendo un pino solitario. Avanza furiosamente; y de repente resuena un horroroso tumulto de mugidos, silbidos y atronadores choques; arenas formando remolinos y chorros de agua del mar esparciéndose por la playa. Nuestro Padre venerable salta de un pino a otro pino, temblando tanto, que con él tiemblan los recios troncos. Y cuando se atreve a mirar, al decrecer los bramidos, sólo percibe en la confusa masa de los dos monstruos, al través de una niebla de espuma que los chorros de sangre enrojecen, el pico del Plesio, todo enterrado en el blando vientre del Ictio, cuya cola, erguida, se retuerce furiosamente en la palidez de los espantados cielos. ¡De nuevo esconde aterrado la faz nuestro Padre venerable! Un rugido monstruoso de agonía retumba en la playa. Las pálidas dunas se estremecen, las lúgubres cavernas resuenan. Después queda todo en una larga paz, en la que

el ruido del océano no es más que un consolado murmullo de alivio. Adán observa, apoyado en las ramas. El Plesio había retrocedido, herido, hacia el espeso fango de sus pantanos. Y sobre la playa yace el Ictio muerto, como una colina donde la placidez de la tarde se quiebra mansamente.

Entonces nuestro venerable Padre, cautelosamente, se deja escurrir de su pino y se acerca al monstruo. La arena en derredor está terriblemente revuelta; y por toda ella, en lentos arroyuelos, en charcos obscuros, la sangre, mal chupada, humea. Tan montañoso es el Ictio, que Adán, alzando la faz asombrada, no divisa las púas del monstruo, erizadas a lo largo de aquel áspero espinazo al que el pico del Plesio arrancó escamas más pesadas que losas. Mas delante de las manos temblonas del hombre están las rasgaduras del blando vientre, de donde la sangre gotea, y las grasas rezuman, e inmensos hilos de tripas escurren, y de donde cuelgan trozos despedazados de carne rosada... Y las chatas narices de nuestro Padre, extrañamente se alargan y olfatean.

Toda esa tarde había caminado, desde la floresta al través del paraíso, chupando bayas, masticando raíces, triscando los insectos de picantes cáscaras. Pero ahora el sol penetró en el mar, y Adán tuvo hambre en ese arenal estéril, donde sólo crecen los cardos, que el viento dobla. ¡Oh! ¡Aquella carne recia, sanguinolenta, aun viva, que exhala un olor tan fresco y salino! Sus abombadas mandíbulas se abren ruidosamente en un bostezo de fastidio y de hambre... El océano ondula como adormecido... Entonces, irresistiblemente, Adán sumerge en una de las heridas del saurio los dedos, que chupa impregnados de sangre y de grasa. La impresión de un sabor nuevo inmoviliza al hombre frugal, que se ha alimentado de hierbas y de frutas. Después, con un salto, arremete contra la abundante montaña y arranca un trozo, que mastica y traga, gruñendo con furor con una prisa en la que hay el gozo y hay el miedo de la primera carne comida.

Habiendo cenado así, las tajadas crudas del monstruo marino, nuestro Padre venerable sintió una gran sed. Eran saladas las pozas de agua que en la arena rebrillaban. Pesado y triste, con los labios pastosos de grasa y de sangre, Adán, bajo el silencioso crepúsculo, atraviesa las dunas y vuelve a penetrar en la tierra, rebuscando sufridamente agua dulce. Por toda la selva, en esos tiempos de universal humedad, brillaba un regato parlanchín. Pronto, extendido en la ribera fangosa, Adán bebió consoladamente largos sorbos bajo el vuelo espantado de las moscas luminosas, que se le prendían en los mechones de pelo.

Era junto a un bosque de robles y de hayas. La noche, que ya se extendía, ennegrecía un suelo todo de plantas, donde la malva estaba al lado de la menta y el perejil junto al hinojo ligero. En ese fresco claro del bosque penetró nuestro Padre venerable, fatigado por la caminata y los terrores de aquella tarde del Paraíso. Y apenas se había extendido en la olorosa alfombra, con la hirsuta faz posada sobre las palmas unidas y las rodillas encogidas contra el vientre, estirado como un tambor, quedó sumergido en un sueño como nunca había dormido: todo poblado de sombras, qne eran aves construyendo una casa, patas de insectos tejiendo una tela, dos bichos navegando en las aguas corrientes.

Cuenta la leyenda que entonces, en torno del primer hombre adormecido, comenzaron a surgir por entre los bajos matorrales hocicos olfateantes, finas orejas puntiagudas, ojitos relucientes como botones de azabache y espinazos inquietos que la emoción arqueaba. Mientras que en las copas de los robles y de las hayas, en un azorado temblor de alas, se inclinaban picos encorvados, picos estirados, picos fieros y picos pensativos; todos blanqueando en la fina claridad de la luna, que subía por detrás de los montes y bañaba las altas frondas. Después, al borde del claro, una hiena apareció cojeando, maullando con tristeza. Al través de la campiña trotaron dos lobos, escuálidos, hambrientos, con los verdes ojos encendidos. Los leones no tardaron en llegar con las reales faces er-

guidas soberanamente, rodeadas por una profusión de melenas flamantes. En confusa manada, que llegaba bufando, los cuernos de los búfalos entrechocaban con impaciencia con las astas palmares de los renos. Todos los pelos se erizaron cuando el tigre y la pantera negra, ondulando callados y suavemente, se escurrieron, con las lenguas colgantes y bermejas como coágulos de sangre. De los valles, de las serranías, de los bosques, acudían otros, en una prisa tan ansiosa, que los horrendos caballos primitivos se empinaban por encima de los canguros; y el hocico del hipopótamo, al chorrear el agua, mojaba las ancas lentas del dromedario. Entre las patas y los cascos, agrupados, se movían en extraña alianza el hurón y la lagartija, la comadreja y la serpiente poderosa que se traga a la comadreja, y el alegre mangusto que asesina a la serpiente. Una bandada de gacelas tropezaba, lastimando sus piernas finas, contra la costra de los cocodrilos, que subían en fila desde la orilla de las lagunas con las bocas gimientes y abiertas. Ya toda la llanura palpitaba bajo la luna en el blando revolver de los apretados dorsos, donde se erguía, ya el cuello de la jirafa, ya el cuerpo de la serpiente boa, como mástiles de un naufragio balanceados por las olas. Y, por fin, sacudiendo el suelo, llenando el cielo, con la trompa enrollada entre los curvos colmillos, asomó el rugoso mastodonte.

Eran todos los animales del Paraíso que, sabiendo al primer hombre dormido, sin defensa, en un yermo del bosque, acudían con la enorme esperanza de destruirlo, eliminando de la tierra la Fuerza inteligente, destinada a someter a la Fuerza bruta. Pero en aquella pavorosa turba que, humeante, se atropellaba en la orilla de la claridad, donde Adán dormía sobre la menta y la malva, ninguna fiera avanzaba. Los largos dientes relucían fieramente amenazadores; todos los cuernos acometieron; cada garra abierta desgarraba con ansia la tierra blanda, y los picos, en lo alto de las ramas, picaban los rayos de luna con hambrientos picotazos... Pero ni las aves descendían ni las fieras avanzaban, porque al lado de Adán velaba una figura seria y blanca, de albas alas cerradas, los cabellos

sujetos con un aro de estrellas, el pecho guardado con una coraza de diamantes y las dos refulgentes manos apoyadas en el puño de una espada que era de fuego, y vivía.

La aurora despuntó, con radiante pompa, comunicando a la tierra alegre, a la tierra ásperamente alegre, a la tierra aun sin andrajos ni sepulturas, una alegría suprema, grave, religiosa y nupcial. Adán despertó, y, restregando sus párpados en la sorpresa de su despertar humano, sintió sobre el costado un peso que era suave y era dulce. Y con ese terror que, desde los árboles, no desamparaba su corazón, saltó con tan ruidoso salto, que por la selva los mirlos, los ruiseñores, las currucas y todos los pajaritos de alegría y de amor, despertaron y entonaron un canto de felicitaciones y esperanzas. Y, ¡oh maravilla! Delante de Adán, y como desprendido de él, estaba otro Ser a él semejante, pero más esbelto, suavemente cubierto de un vello más sedoso, que lo contemplaba con grandes ojos brillantes y húmedos. Una melena rubia, de un rubio tostado, se extendía en espesas ondas hasta sus caderas, redondeadas en una plenitud armoniosa y fecunda. De entre los brazos, cubiertos de un ligero vello, surgían abundantes y fuertes dos sonrosados pechos, cuyo vértice se alzaba, entumecido, orlado de bozo. Y rozando en un lento roce, en un rozar dulcísimo, las peladas rodillas, todo aquel sedoso y tierno ser ofrecíase con una sumision expectante y lasciva. Era Eva... Eras tú, Madre Venerable.

III

Entonces comenzaron para nuestros Padres los abominables días del Paraíso.

Su constante y desesperado esfuerzo fué sobrevivir en medio de una Naturaleza que, sin cesar y furiosamente, tramaba su destrucción. Y Adán y Eva pasaron esos tiempos, que los

poemas semíticos celebran como inefables, siempre temblando, siempre gimiendo, huyendo siempre. La tierra aun no era una obra perfecta, y la Divina energía que andaba componiéndola, la enmendaba incesantemente en una tan inquieta inspiración, que en el sitio cubierto al amanecer por una floresta, a la noche espejeaba una laguna donde la luna, ya doliente, venía a estudiar su palidez. Cuántas veces nuestros padres, reposando en el declive de un inocente otero, entre matas de romero—Adán, con el rostro reclinado sobre el muslo de Eva; Eva, catando con ágiles dedos entre el pelo de Adán—, fueron sacudidos por la amena pendiente como por un dorso irritado, y rodaron enovillados entre el estruendo, las llamas, el humo y la caliente ceniza del volcán que Jehovah había improvisado. Cuántas noches escaparon aullando de alguna abrigada caverna, cuando ya sobre ella corría un gran mar hinchado que bramaba, se acrecentaba, quedaba hirviendo entre las rocas con negras focas muertas boyando; o bien era el suelo seguro, ya social y fertilizado para los agros sociales, que de repente rugía como una fiera, se abría en una boca insondable y voraz y tragaba rebaños, prados, manantiales, benéficos cedros con todas las tórtolas que en sus ramas se arrullaban.

Después eran las lluvias, las largas lluvias edénicas, cayendo en chorros clamorosos durante prolongados días, durante torrenciales noches, tan copiosamente que del Paraíso, vasto charco enlodado, apenas aparecía la sumidad del arbolado hundido en el agua y las cimas de los montes, donde se refugiaban animales transidos que bramaban llenos de terror por las desbordantes aguas. Y nuestros Padres, refugiados en algún alto bosque, gemían lamentablemente, escurriéndoles el agua por los hombros hasta los pies, como si el barro nuevo de que Jehovah los había hecho se estuviese ya deshaciendo.

Y más terribles eran aún los estíos. ¡Oh el incomparable tormento de la sequía en el Paraíso! Lentos días tristes después de lentos días tristes; la inmensa brasa del sol candente rebrillaba furiosa en un cielo color de cobre, en el que el aire, empañado y denso, crepitaba y ahogaba. Los montes estalla-

ban agrietados, y las planicies desaparecían bajo una renegrida red de hilos retorcidos, enovillados, rígidos como alambres, que eran los restos de los verdes pastos. Todo el requemado follaje rodaba entre los vientos abrasadores con un estallido rugiente. El lecho de los ríos chupados tenía la rigidez de hierro fundido. El musgo desprendíase de las rocas como una piel seca que escurre descubriendo una larga osamenta. Cada noche ardía un bosque, hoguera detonante de leña reseca, escaldando más la bóveda del horno inclemente. Todo el Edén estaba cubierto por el vuelo de buitres y cuervos, porque con tanto animal muerto de hambre y de sed abundaba la carne podrida. En el río, la escasa agua que aun quedaba, apenas corría, estancada por la hirviente masa de culebras, ranas, tortugas y nutrias refugiadas en aquella última vena de agua enlodada y tibia. Y nuestros Padres venerables, con las secas costillas arqueadas contra la piel crespa, la lengua pendiente y más dura que corteza, erraban de fuente en fuente para sorber desesperadamente alguna gota que aun brotase, rara gota que sonaba al caer sobre los abrasados pedruscos.

Y así Adán y Eva, huyendo del Fuego, huyendo del Agua, huyendo de la Tierra, huyendo del Aire, veían transcurrir su vida en el jardín de las Delicias.

Y en medio de tantos peligros constantes y flagrantes era necesario comer. ¡Ah, comer! ¡Qué portentosa empresa para nuestros Padres venerables, sobre todo desde que Adán, y después Eva, por Adán iniciada, habiendo probado los fatales deleites de la carne, ya no encontraban sabor, ni hartura, ni complacencia en los frutos, en las raíces ni en las bayas del tiempo de su animalidad! Ciertamente, las buenas carnes no faltaban en el Paraíso. Delicioso debía ser el salmón primitivo; pero nadaba alegremente en las aguas rápidas. Sabrosa sería la gallineta o el faisán rutilante nutridos con los granos que el Creador consideraba buenos; pero volaban por los cielos en triunfal seguridad. El conejo, la liebre... ¡Qué ligeras carreras entre las matas olorosas! Y nuestro Padre, en esos cándidos días, no poseía el anzuelo ni la saeta. Por eso, sin cesar, ron-

daba en torno de las lagunas y por las riberas del mar, donde casualmente encallaba, flotando, algún cetáceo muerto. Pero esos hallazgos de abundancia eran raros, y la triste pareja, en sus hambrientas caminatas por la orilla del agua, sólo apresaban aquí y allá, en la roca o en la revuelta arena, algún horrible cangrejo, en cuya dura caparazón se herían sus labios. Esas marinas soledades estaban también infestadas por bandadas de fieras que esperaban, como Adán, que la ola trajese a los peces, vencidos por la borrasca o por las batallas del mar. ¡Y cuántas veces nuestros Padres, ya con las garras clavadas en una tajada de foca o de delfín, huían desconsoladamente sintiendo las fofas pisadas de algún horrendo monstruo o el aliento de los osos blancos que acudían bamboleándose por el blanco arenal, bajo la blanca indiferencia de la luna!

Seguramente su ciencia hereditaria de trepar a los árboles ayudaba a nuestros Padres en esta conquista de la presa. Que bajo las ramas de los árboles donde ellos esperaban ocultos, apareciese algún cabrito extraviado o una tortuga joven que arrastrase hacia la hierba menuda, y he ahí la comida segura. En un momento el cabrito quedaba destrozado; toda su sangre chupada en sorbos convulsos; y Eva, nuestra Madre, fuerte, gritando trágicamente, arrancaba una a una de entre la caparazón las patas de la tortuga. Pero ¡cuántas noches, después de ayunos angustiosos, se hallaban los Elegidos de la Tierra forzados a ahuyentar la hiena con ásperos gritos, a través de los claros del bosque, para robarle un hueso fétidamente babado que era ya la sobra de la comida de un león harto! Y peores días sucedieron, en que el hambre reducía a nuestros Padres a retrotraerse a la desagradable frugalidad del tiempo de los árboles, de las hierbas, de los brotes tiernos, de las raíces amargas, conociendo así, entre la abundancia del Paraíso, la primera forma de la miseria.

Y al través de estos trabajos no les abandonaba el terror de las fieras. Porque si Adán y Eva comían los animales débiles y de fácil caza, eran también una presa apetecida por todos los brutos superiores. Comerse a Eva, tan redonda y carno-

sa, fué seguramente el sueño de muchos tigres en los juncales del Paraíso. ¡Cuántos osos, ocupados en robar panales de miel en un socavado tronco de roble, no se detuvieron balanceándose y lamiendo sus hocicos en una más delicada gula al avistar, al través del ramaje, en un rayo errante de sol, el corpachón sombrío de nuestro Padre venerable!... No solamente provenía el peligro de las hambrientas hordas de los carnívoros, sino también de los lentos y hartos herbívoros, los búfalos, el ciervo elephans, que alegremente cornearían y despedazarían a nuestros Padres por estupidez, por desemejanza de raza y de color, por empleo de la vida ociosa. Y acrecentábanse aún los peligros con los animales que mataban para no ser muertos... Porque Miedo, Hambre y Furor fueron las leyes de la vida en el Paraíso.

Ciertamente nuestros Padres eran también feroces, de tremenda fuerza y perfectos en el arte salvador de trepar a las cumbres frondosas. Pero el leopardo saltaba de rama en rama sin rumor, con una destreza más felina y segura. La serpiente boa se deslizaba hasta los extremos del más alto cedro para coger los monos, y bien podía atrapar a Adán con aquella obtusa incapacidad que siempre tuvieron las boas para distinguir, bajo la similitud de las formas, la diversidad de los méritos. ¿Y qué valían las garras de Adán, ni aun aliadas a las de Eva, contra esos pavorosos leones del jardín de las Delicias que la zoología, aun hoy estremecida, llama el *leo anticus?* ¿O contra la hiena de las cavernas, tan osada que, en los primeros días del Génesis, los ángeles, cuando descendían al Paraíso, caminaban siempre con las alas recogidas para que la fiera, saltando de entre los bambúes, no les arrancase las plumas refulgentes? ¿O contra los perros, los horrendos perros salvajes del Paraíso, que, atacando en cerradas y aulladoras huestes, fueron en esos comienzos del hombre los peores enemigos del hombre?

Y entre todos esos animales adversos, Adán no contaba ningún aliado. Sus propios parientes los antropoides, envidiosos y farsantes, le apedreaban con enormes cocos. Sólo un formidable animal conservaba hacia el hombre una majestuosa

y calmosa simpatía. Era el mastodonte. Pero la nublada inteligencia de nuestro Padre, aun en esos días edénicos, no comprendía la bondad, la justicia, el servicial corazón del admirable paquidermo. Por eso, seguro de su debilidad y de su aislamiento, vivió durante esos trágicos años en un terror ansioso. Tan ansioso y largo, que su estremecimiento, como una larga ondulación, se perpetuó por toda su descendencia, y es el viejo miedo de Adán el que nos pone inquietos cuando atravesamos la más tranquila espesura en la soledad crepuscular.

Además, consideremos que todavía quedaban en el Paraíso, entre bichos de formas racionales, corteses, ya preparadas para la prosa noble de Mr. De Buffon, algunos de los grotescos monstruos que deshonraban a la Creación antes de la madrugada purificadora del 25 de octubre. Ciertamente, Jehovah evitó a Adán el degradante horror de vivir en el Paraíso en compañía de ese ruidoso fantasma, al que los paleontólogos asombrados, han dado el nombre de Iguanodonte. La víspera del advenimiento del hombre, Jehovah, caritativamente, ahogó a todos los Iguanodontes en los lodos de un pantano escondido en un rincón del Paraíso, donde hoy se halla Flandes. Pero Adán y Eva aun conocieron a los Pterodactylos. ¡Oh estos Pterodactylos!... Cuerpos de caimán, escamosos y algodonados, con dos lúgubres, negras y carnudas alas de murciélago, un exagerado pico más grueso que el cuerpo, tristemente caído, erizado de cientos de dientes finos como los de una sierra. ¡Y no volaba! Descendía con las alas blandas y cerradas, y en ellas ahogaba la presa, como en un paño viscoso y helado, para partirla toda en pedazos con los chasqueantes golpes de sus mandíbulas fétidas. Y este funambulesco abejorro enturbiaba el cielo del Paraíso con la misma abundancia con que los mirlos y las golondrinas cruzan los santos aires de Portugal. Los días de nuestros Padres venerables habían sido amargados por estos animales, y nunca su pobre corazón temblaba tanto como cuando de más allá de los montes se venía precipitando, con la siniestra estridencia de sus alas y sus picos, la bandada de los Pterodactylos.

¿Cómo sobrevivieron nuestros Padres en este jardín de Delicias? Seguramente mucho trabajó, centelleando, la espada del Angel que los guardaba.

Pues bien, amigos míos. A todos estos furiosos seres debe el hombre su carrera triunfal. Sin los Saurios, los Pterodactylos y la hiena de las cavernas; sin el estremecido terror que experimentaban; sin la necesidad de tener contra su ataque, siempre bestial, una defensa siempre racional, la tierra sería todavía un temeroso Paraíso, donde andaríamos errantes, desgreñados y desnudos, chupando a la orilla de los mares los restos crudos de monstruos ahogados. Al encogido miedo de Adán se debe la supremacía de su descendencia. Fué la fiera que le perseguía la que le forzó a subir a las cumbres de la humanidad. Y bien conocedores de los Orígenes se mostraron los poetas mesopotámicos del Génesis en esos versículos sutiles en que un animal, el más peligroso, la Serpiente, lleva a Adán, por amor a Eva, a coger el fruto del Saber. Si no rugiese en otros tiempos el león de las cavernas, no trabajaría hoy el hombre de las ciudades, ya que la civilización nació del desesperado esfuerzo defensivo contra lo inanimado y lo inconsciente. Que la hiena o el tigre, en el Paraíso, comenzasen por acariciar lánguidamente el hombro velludo de Adán con pata amiga, y Adán sería hoy hermano del tigre y de la hiena, participando de su cueva, de sus presas, sus ocios y sus gustos bravíos. La energía inteligente que le había hecho descender del árbol, se apagaría en breve dentro de su brutalidad inerte, como se apaga la chispa, aun entre ramas secas, si un frío soplo, llegando de un rincón obscuro, no la estimula a brillar para vencer el frío y la obscuridad.

Pero una tarde — como enseñaría el exacto Usserius — , saliendo Adán y Eva de la espesura de un bosque, un oso enorme, el Padre de los Osos, apareció delante de ellos alzando las negras patas y abriendo de par en par su boca sangrienta... Entonces, así cogido, sin lugar donde refugiarse, en la angustio-

sa ansia de defender a su hembra, el Padre de los Hombres arremetió contra el Padre de los Osos con el cayado en que se apoyaba, una fuerte rama de teca arrancada del árbol, que terminaba en una aguda punta... Y el palo atravesó el corazón de la fiera.

¡Ah! Desde esa bendita tarde hubo verdaderamente sobre la tierra un Hombre.

Era ya un Hombre superior cuando, dando un paso asustado, arrancó el palo del seno del tendido monstruo, y miró la punta goteando sangre, con la frente toda fruncida en el afán de comprender. Sus ojos resplandecieron en un deslumbrado triunfo. Adán había comprendido...

Ni aun se preocupó de la buena carne del oso. Revolvió la floresta, y toda la tarde, mientras la luz se extendió por las frondas, desgajó ramas de los troncos cautelosamente, diestramente, para que los extremos rompiesen bien aguzados en punta. ¡Ah! ¡Qué soberbio estallar de astillas en el profundo bosque, al través de la frescura y de la sombra, para la primera obra de la Redención! ¡Selva amable, que fuiste el primer taller, quién supiera dónde yaces en tu secular sepultura, tornada en negro carbón!... Cuando se separaron de los árboles, húmedos de sudor, para volver a la choza distante, nuestros Padres venerables se doblaban bajo el peso glorioso de dos gruesos haces de ramas.

Desde entonces ya no cesan los hechos del Hombre. Todavía los cuervos y los chacales no habían descarnado el esqueleto del Padre de los Osos, y ya nuestro Padre, rajando una punta de su cayado victorioso, encaja en la grieta uno de esos cuarzos afilados y puntiagudos, en que a veces se herían sus pies cuando bajaban a la orilla del río, y asegura la aguzada piedra en la grieta con los hilos muy enrollados de una hebra de enredadera seca: ¡He aquí la lanza! Como esas piedras no abundan, Adán y Eva ensangrientan sus garras tratando de hendir las grandes piedras redondas de silex en astillas peque-

ñas que vengan justas, con punta y filo, para rasgar y clavar. La piedra se resiste, poco deseosa de ayudar al Hombre que, en los días genesíacos del grande octubre, ella había intentado suplantar—según cuentan las prodigiosas crónicas de Backum—. De nuevo resplandece la faz de Adán en una idea que lo asalta, como la chispa emanada de la Eterna Sabiduría. Coge una piedra, golpea la roca, y salta la astilla... ¡Y he aquí el martillo!

Después, en otra bendita tarde, bordeando una obscura y áspera colina, descubre, con aquellos sus ojos que ya rebuscan y comparan, un guijarro grande, negro, áspero, con aristas, sombríamente brillante. Admirado de su peso, presiente en seguida en él un mazo magnífico de gran dureza. ¡Con qué alborozo lo lleva agarrado contra el pecho para martillar al silex rebelde! Al lado de Eva, que le espera a la orilla del río, golpea reciamente sobre el pedernal... Y, ¡oh espanto! Una chispa salta, refulge y muere. Ambos retroceden, mirándose, con un terror casi sagrado. Es una luz, una luz viva, la que él arrancó con sus manos de la áspera roca, semejante a la viva luz que lanza sus chispas entre las nubes. De nuevo la golpea, temblando. La chispa brilla, la chispa pasa, y Adán mira y observa el obscuro guijarro. Pero no comprende. Y pensativos, nuestros Padres venerables ascienden, con los cabellos al viento, a su caverna acostumbrada, que es en la cima de un cerro, junto a una fuente que serpentea entre helechos.

Y allí, en su retiro, Adán, con una curiosidad donde palpita una esperanza, nuevamente mete el trozo de silex, grueso como una calabaza, entre los callosos pies, y de nuevo vuelve a martillar, bajo el aliento de Eva, que se inclina jadeando. Siempre salta la chispa, rebrillando en la sombra tan refulgente como aquellas luces que ahora palpitan allá en la altura. Pero esas luces permanecen vivas al través de la negrura y de la noche vigilando con su resplandor. Y aquellas lucecitas de la piedra aun no han nacido y ya se mueren... ¿Será que el viento las lleva, el que lleva todo, voces, nubes y hojas? Nuestro Padre venerable, huyendo del viento malévolo que ronda

en el monte, retrocede hasta el fondo más abrigado de la caverna, donde se extienden las capas de heno muy seco que les sirven de lecho. Y de nuevo hiere la piedra, despidiendo chispa tras chispa, mientras Eva, agachada, abriga con las manos aquellos refulgentes y fugitivos seres. De pronto se eleva de los henos un ligero humo, se espesa, y se enlaza a través de él, roja, una llama que resalta... ¡Es el fuego! Nuestros Padres huyen despavoridos de la caverna, obscurecida por una bocanada de humo, donde llamean alegres rutilantes lenguas de fuego, que lamen la roca. Acurrucados a la puerta de la caverna jadean ambos, llenos de admiración y de terror por su obra, con los ojos humedecidos por las lágrimas producidas por el humo acre. Pero aun a pesar del susto y del espanto, sienten una dulzura nueva que les penetra y que viene de aquella luz y de aquel calor... Mas ya el humo se escapó de la caverna, el viento lo llevó. Las llamas rastrean, inciertas, azuladas; en breve sólo queda un ascua que empalidece, se llena de ceniza y se deshace en chispas; y la última corre escintilando y muere. ¡El fuego se apagó! Entonces, en el alma naciente de Adán, se despierta el dolor de una ruina. Desesperadamente frunce los gruesos labios y gime. ¿Sabrá él jamás volver a empezar el maravilloso experimento?... Es nuestra Madre, ya consoladora, la que lo consuela. Con sus rudas manos, conmovidas porque realiza sobre la tierra su primera obra, junta otro montón de heno seco, posa entre ellos el silex redondo, coge el obscuro guijarro y golpea reciamente, levantando una nube de chispas. De nuevo el humo se eleva, y de nuevo la llama rebrilla, refulge. ¡Oh triunfo! He aquí la hoguera, la hoguera inicial del Paraíso, y no encendida casualmente, sino encendida por una clara voluntad que ahora y para siempre, cada noche y cada mañana, podrá repetir con seguridad la suprema hazaña.

A nuestra Madre venerable pertenece entonces en la caverna la dulce y augusta tarea de la lumbre. Ella lo cría, ella lo alimenta, ella lo defiende y ella lo perpetua. Y como la madre deslumbrada, descubre cada día en ese resplandeciente hijo

de sus cuidados una virtud o una gracia nueva. Ahora ya Adán sabe que su fuego espanta a todas las fieras, y que en el Paraíso existe, en fin, un agujero seguro, que es su agujero. No sólo seguro, sino amable, porque el fuego lo alumbra, lo calienta, lo alegra y lo purifica. Y cuando Adán con un haz de lanzas desciende a la llanura o penetra en la selva a cazar su presa, ya mata con redoblada ansia para volver de prisa a aquella buena seguridad y consuelo del fuego. ¡Ah, qué dulcemente le penetra, le seca en el vello el frío de los matorrales y dora como un sol la roca de su cueva! Y después todavía cautiva sus ojos, le arroba y le guía a un pensamieuto fecundo en que inspiradamente se le aparecen formas de flechas, mazos con mango, huesos recurvos que pescan los peces y astillas dentadas que sierran el palo... ¡A su mujer fuerte debe Adán esta hora creadora!

¡Y cuánto no le debe la humanidad! Recordemos, hermanos míos, que nuestra Madre, con aquel poder de adivinación que más tarde la tornó profetisa y sibila, no dudó, cuando la serpiente le dijo rastreándose entre las rocas: «Come del fruto del árbol del Saber, porque tus ojos se abrirán, y serás como los sabios Dioses». Adán habría comido a la serpiente, que era un bocado más suculento. No creería en frutos que comunican la divinidad y la sabiduría. Él, que tanta fruta había comido en los árboles, se había conservado inconsciente y bestial, como el oso y el búfalo. Eva, sin embargo, con la credulidad sublime que obra siempre en el mundo las transformaciones sublimes, comió la manzana y la monda y la pepita. Y persuadiendo a Adán para que participase de la trascendental manzana, muy dulce y astutamente le convenció del provecho de la felicidad, de la gloria y de la fuerza que da el saber. Esta alegoría de los poetas del Génesis nos revela con brillante sutileza la inmensa obra de Eva en los años dolorosos del Paraíso. Por ella Dios continúa la Creación superior, la del reino espiritual, la que desarrolla sobre la tierra el hogar, la familia, la tribu, la ciudad. Es Eva quien cimenta y edifica las grandes piedras angulares en la construcción de la Humani-

dad. Si no, ved aquí. Cuando el bravío cazador vuelve a la caverna, sofocado bajo el peso de la caza muerta, oliendo todo él a selva y a sangre y a fiera, es él ciertamente quien desuella la res con el cuchillo de piedra y corta las tajadas y descarna los huesos—que ávidamente guarda bajo los muslos, reservándolos para su comida, porque contienen la medula preciosa—; pero Eva junta esa piel cuidadosamente a las otras pieles almacenadas; esconde los huesos partidos, porque sus astillas agudas clavan y agujerean; y en una cavidad de la fresca roca guarda la carne sobrante. Pronto una de esas tajadas se olvida caída junto a la perpetua hoguera. La lumbre la cubre, lentamente lame la carne por el lado más gordo, hasta que un olor desconocido y apetitoso acaricia y alarga las rudas narices de nuestra Madre venerable. ¿De dónde viene aquel agradable aroma? Del fuego donde la tajada del venado o de la liebre, asándose, restalla. Entonces Eva, inspirada y grave, empuja la carne hacia la ardiente brasa, y espera arrodillada, hasta que la clava con una punta de hueso, y la retira de la llama ruidosa, y la come con sombrío silencio. Sus ojos brillantes anuncian otra conquista. Y con la prisa amorosa con que había ofrecido la manzana a Adán, le presenta ahora aquella carne tan brillante, que huele desconfiado, y después devora a recios bocados, roncando de gozo. Y he aquí que por este pedazo de gamo asado, nuestros Padres suben victoriosamente otro escalón en la Humanidad.

El agua la beben todavía en el manantial vecino, entre los helechos, con la faz sumergida en la vena del agua clara. Después de beber Adán, arrimado a su fuerte lanza, mira a lo lejos el correr del río lento, los montes coronados de nieve o de luz, el sol sobre el mar, pensando, pensando con lento pensar si en esas tierras que se extienden escondiéndose más allá, la presa sería más segura y las selvas menos espesas; pero Eva vuelve pronto a la caverna para entregarse sin descanso a una tarea que la encanta: sentada en el suelo, toda atenta bajo la crespa cabellera, nuestra Madre agujerea con un huesecillo agudo, a pequeños agujeros, el borde de una

piel, y después el borde de otra piel. Y tan embebida está, que ni siente a Adán entrar y revolver en sus armas, y une las dos pieles sobrepuestas, pasando al través de los agujeros una delgada fibra de las algas que se secan delante del fuego. Adán considera con desdén ese trabajo pequeño que no aumenta fuerza a su fuerza; no presiente aún el rudo Padre que aquellas pieles cosidas serán el abrigo de su cuerpo, la armazón de su tienda, el odre de su agua, el saco de su ajuar, y el tambor en que golpee cuando sea un guerrero, y la página en que escriba cuando sea un profeta.

Otros gustos y costumbres de Eva le irritan también; y a veces, con una falta de humanidad que es ya muy humana, nuestro Padre agarra por los cabellos a su hembra y la derriba y la pisa con su encallecida pata. Así la cólera se adueñó de él una tarde viendo en el regazo de Eva, sentada delante de la hoguera, un perrito pequeño, débil y renco, que ella con cariño y paciencia enseñaba a chupar en una hebra de carne fresca. Había descubierto al perrito perdido y ladrando a la orilla de la fuente, y muy mansamente lo había recogido, lo había calentado y lo alimentaba con una sensación que era dulce, y formaba en su gruesa boca, aun poco conocedora de la sonrisa, una sonrisa de maternidad. Nuestro Padre venerable, con las pupilas relucientes, le echa la garra y quiere devorar al cachorro que había entrado en su cueva. Pero Eva defiende al pequeño animal, que tiembla y que la lame. El primer sentimiento de la caridad, informe como la primera flor que brotó de los limos, aparece en la tierra. Y con las breves y roncas voces que eran el lenguaje de nuestros Padres, Eva intenta tal vez convencerle de que será útil en la caverna del hombre la amistad de un bicho... Adán frunce los labios abultados. Después, en silencio, mansamente, pasa sus dedos por el lomo tibio del cachorro encogido. Este es en la historia un momento espantoso, el momento en que el hombre domestica al animal. De ese cachorro agasajado en el Paraíso, nacerá el perro amigo, por él vendrá la alianza con el caballo; después, el dominio sobre la oveja. El rebaño crecerá; lo guardará el

perro y lo guiará el pastor. Eva, al amor de la lumbre, prepara los pueblos errantes que pastorean rebaños.

Después, en aquellas largas mañanas en que el bravo Adán cazaba, Eva, errando de valle en monte, recogía conchas, huevos de aves, curiosas raíces, granos, por el gusto de acumular, de abastecer su choza con riquezas nuevas, que escondía en las grietas de la roca. Un puñado de esos granos había caído por entre sus dedos sobre la tierra negra y húmeda, cuando volvía por la orilla de la fuente. Una verde hierba brotó, después creció una rama, y después en ella maduró una espiga. Sus granos son agradables. Eva, pensativa, entierra otras simientes con la esperanza de crear en torno a su hogar, en un trozo de su terreno, altas hierbas que se hagan espigas y le den el grano dulzón y tierno... ¡Y he aquí la siembra! Y así nuestra Madre hace posible, desde el fondo del Paraíso, los pueblos estables que labran la tierra.

Entretanto, bien podemos suponer que Abel nació; unos detrás de otros, los días se deslizan en el Paraíso más seguros y fáciles. Ya los volcanes se van apagando lentamente. Las rocas ya no se despeñan con horrísono fragor sobre la abundancia inocente de los valles. Tan apaciguadas están las aguas, que en su transparencia se miran, con detenimiento y solicitud, las nubes y las ramas de los olmos. Rara vez mancha un Pterodactylo, con el escándalo de su pico y de sus alas, los cielos, donde el sol alterna con la bruma, y los calores se cruzan con las lluvias ligeras. Y en esta tranquilidad que se establece hay como una sumisión consciente. El mundo presiente y acepta la supremacía del hombre. La floresta ya no arde con la ligereza del rastrojo, sabiendo que en breve el hombre le pedirá el palo, la viga, el remo y el mástil. El viento en las gargantas de la sierra se adiestra blandamente y ensaya los soplos regulares con que moverá la muela del molino. El mar ahogó a sus monstruos y estira su superficie, preparada para que la surque la quilla del barco. La tierra

apisona sus terrones y blandamente se humedece para que al llegar el arado puedan sembrarla. Y todos los metales, alineándose en filones, se disponen alegremente para el fuego, que les dará forma y belleza.

Por la tarde Adán vuelve contento y con caza abundante. El hogar llamea y alumbra la faz de nuestro Padre, a la que la lucha por la vida embelleció: ya los labios se adelgazaron, y la cabeza se llenó con el lento pensar, y los ojos se tranquilizan con un brillo más seguro. El cordero, clavado en un palo, se asa y gotea en las brasas. En el suelo descansan las cáscaras de coco llenas del agua clara de la fuente. Una piel de oso hizo tibio el lecho de helechos. Otra piel colgada tapa la entrada de la caverna. En un rincón, que es el taller, están los montones de silex y el mazo; a otro lado, que es el arsenal, están las lanzas y las clavas. Eva tuerce los hilos de una lana de cabra. Al dulce calor, sobre el follaje, duerme Abel, muy gordo, todo desnudo, con un vello más ralo y una carne más blanca. Participando del follaje y del mismo calor, vela el perro, ya crecido, con la mirada cariñosa y el hocico entre las patas. Y Adán—¡oh extraña tarea!—, absorto, intenta grabar con una punta de piedra, sobre un largo hueso, las astas, el dorso y las piernas estiradas de un venado corriendo... La leña cruje. Todas las estrellas del cielo están presentes. Dios, pensativo, contempla el crecer de la Humanidad.

Y ahora que encendí en la noche estrellada del Paraíso, con ramas bien secas del árbol de la Ciencia, este verdadero hogar, consentidme que os deje, ¡oh Padres venerables!

Ya no recelo que la tierra inestable os aplaste; que las fieras superiores os devoren, ni que, apagada a manera de una lámpara imperfecta la energía que os trajo de la floresta, retrocedáis a vuestro árbol. Sois ya irremediablemente humanos, y cada mañana progresaréis con tan poderoso avance en la perfección del cuerpo y en el esplendor de la razón, que en breve, dentro de unas centenas de millares de cortos años, Eva será la hermosa Helena, y Adán será el inmenso Aristóteles.

Mas no sé si os felicite, ¡oh Padres venerables! Otros hermanos vuestros quedaron en la espesura de los árboles, y su vida es dulce.

Todas las mañanas el orangután despierta entre sus lienzos de hojas de palmera, sobre el blando colchón de musgos, que él con cuidado llevó para encima de un catre de ramas olorosas. Lánguidamente, sin cuidados, se empereza en la blandura de los musgos, escuchando las límpidas árias de los pájaros, gozando de los rayos del sol que atraviesan por entre el encaje de las hojas, y chupando en el vello de sus brazos el rocío azucarado. Después de rascarse bien y de refregarse, sube con calma al árbol predilecto que eligió en todo el bosque por su frescura y por la elasticidad de sus ramas, que le permiten balancearse. Desde allí, habiendo respirado las brisas cargadas de aromas, salta con ligeros saltos al través de las siempre fáciles y siempre hartas despensas del bosque, donde almuerza bananas, mangos, guayabas y todos los finos frutos que lo hacen tan sano y ajeno a las enfermedades como los árboles donde los cogió. Recorre entonces, sociablemente, las calles y las callejas parlanchinas de la espesura; da cabriolas con diestros amigos, en juegos amables de ligereza y fuerza; galantea a las orangutanas gentiles que lo buscan, y, colgadas con él de una liana florida, se balancean charlando; trota entre alegres bandos por la orilla de las aguas claras, o, sentado en lo alto de una rama, escucha a algún viejo y verboso chimpancé contando divertidas historias de caza, de viajes, de amores y de burlas hechas a las fieras pesadas que circulan por las selvas y no pueden trepar. Se recoge temprano a su árbol, y, extendido en la esponjosa red, se abandona blandamente a la delicia de soñar despierto, un sueño semejante a nuestras metafísicas y a nuestras epopeyas, aun que, fundado sobre sensaciones reales, es al contrario de nuestros inciertos sueños, un sueño hecho todo de certidumbre. Por fin la floresta se va callando lentamente, la sombra escurre entre los troncos y el orangután dichoso desciende a su catre de hojas de musgo y se duerme en la inmensa paz de Dios;

de Dios, al que él nunca se cansó en comentar, ni siquiera en negar, y que todavía derrama sobre él, con imparcial cariño, el supremo bien de su misericordia.

Así ocupó su día el orangután en los árboles. Y entretanto, ¿cómo gastó en las ciudades su día el hombre, primo del orangután? Sufriendo por tener los dones superiores que le faltan al orangután. Sufriendo por arrastrar consigo perpetuamente ese mal incurable que es su alma. Sufriendo porque nuestro Padre Adán en el terrible día 28 de octubre, después de espiar y olfatear el Paraíso, no osó declarar reverentemente al Señor: —¡Muchas gracias, mi dulce Creador; dale el gobierno de la tierra a quien mejor te parezca, al elefante, al canguro, que yo, por mi parte, más avisado, vuelvo para mi árbol!

Pero, en fin, ya que nuestro Padre venerable no tuvo la claridad o la abnegación de declinar la gran supremacía, continuemos reinando sobre la Creación y siendo sublimes... Sobre todo continuemos usando insaciablemente del don mejor que Dios nos concedió entre todos los dones, el más puro, el único verdaderamente grande: el don de amarle, ya que no nos concedió también el don de comprenderle. Y no olvidemos que ya Él nos enseñó, al través de voces levantadas en Galilea y bajo los mangles de Veluvana y en los valles serenos de Yen-Chou, que la mejor manera de amarle es que nos amemos los unos a los otros, y que amemos toda su obra: lo mismo al gusano y a la roca dura que a la raíz venenosa, y hasta a esos vastos seres que no parecen necesitar nuestro amor, esos soles, esos mundos, esas extensas nebulosas que, inicialmente encerradas como nosotros en la mano de Dios y hechas de nuestra substancia, ni seguramente nos aman, ni tal vez nos conocen.

EPISTOLARIO DE FADRIQUE MENDES

ALGO de lo que Eça de Queiroz fué, y algo de lo que quiso ser, está en el «Epistolario de Fadrique Mendes». Cada una de las cartas que componen este libro es como una joya. La dulce gracia, la ironía acerada, una suprema elegancia espiritual, están engarzadas en cada una de ellas.

Hemos elegido las páginas—tan conocidas y tan celebradas—en que pinta a Pacheco, el ilustre hombre público. Pacheco es una condensación del «conselheiro Accacio», su extracto literario. Es un tipo universal, felizmante dibujado y que alcanzó, por esto mismo, categoría representativa.

Pacheco, como en Portugal, acaso más que en Portugal, existe en España. Leyendo la deliciosa carta, a muchos se os ocurrirá pensar que leéis la biografía sincerísima de algún político español. Y substituiréis ese apellido por otro de los que ruedan frecuentemente por los resúmenes periodísticos de nuestras sesiones de Cortes. ¿Por cuál? Pensaréis unos en éste, aquéllos en otro, los de más allá en un tercero... Y todos acertaréis.

¡Hay tantos!...

EPISTOLARIO DE FADRIQUE MENDES

Al Señor E. Mollinet,

Director de la *Revista de Biografía y de Historia.*

París, septiembre.

Mi querido señor Mollinet: Encontré ayer de noche, al volver de Fontainebleau, la carta en que mi docto amigo, en nombre e interés de la *Revista de Biografía y de Historia*, me pregunta quién es este compatriota mío llamado Pacheco—José Joaquín Alves Pacheco—, cuya muerte está siendo tan vasta y amargamente sentida en nuestros periódicos de Portugal. Desea también mi amigo saber qué obras, qué fundaciones, qué libros, qué ideas o qué acrecentamiento en la civilización portuguesa dejó ese Pacheco, seguido al túmulo por tan sonoras y reverentes lágrimas.

Yo, casualmente, conocí a Pacheco, y tengo presente como en un resumen su figura y su vida. Pacheco no dió a su país ni una obra, ni una fundación, ni un libro, ni una idea. Pacheco era entre nosotros superior e ilustre, únicamente porque tenía un inmenso talento. Este talento, mi querido señor Mollinet, que dos generaciones tan soberbiamente aclamaron, nunca dió de su fuerza una manifestación positiva, clara y vi-

sible. El talento inmenso de Pacheco quedó siempre callado, recogido en las profundidades de Pacheco. Constantemente atravesó la vida desempeñando eminentes cargos sociales: fué diputado, director general, ministro, gerente de Bancos, consejero de Estado, par, presidente del Consejo... Pacheco fué todo, tuvo todo en este país que, de lejos y a sus pies, lo contemplaba asombrado de su inmenso talento. Pero nunca en estas situaciones, por provecho propio o precisión del Estado, tuvo Pacheco necesidad de dejar salir, para afirmarse y obrar en público, aquel inmenso talento que allá dentro le sofocaba. Cuando los amigos, los partidos, los periódicos, los Ministerios, los Cuerpos colectivos, la masa compacta de la nación, murmurando en derredor de Pacheco: «¡qué inmenso talento!», le invitaban a extender su dominio y su fortuna, Pacheco sonreía bajando los graves ojos por detrás de los dorados anteojos, y seguía subiendo siempre, siempre, hacia más arriba, al través de las instituciones, con su inmenso talento aherrojado dentro del cráneo como en el cofre de un avaro. Y esta reserva, esta sonrisa, este brillar de sus lentes bastaban al país, porque en ellos sentía y saboreaba la resplandeciente evidencia del talento de Pacheco.

Este talento nació en Coimbra, en el aula de Derecho Natural, la mañana en que Pacheco, desdeñando la Sebenta, aseguró «que el siglo XIX era un siglo de progreso y de luz». El curso comenzó luego a presentir y a afirmar en los cafés de la Feira que había mucho talento en Pacheco; y esta admiración, cada día más creciente, de todo el curso, comunicándose, como todos los movimientos religiosos de las impresionables multitudes, a las clases pensadoras, de los alumnos a los catedráticos, llevó fácilmente a Pacheco a un premio de fin de año. La fama de ese talento se extendió entonces por toda la Universidad, que viendo a Pacheco siempre pensativo, ya de lentes, austero en sus pasos, con gruesos tomos de Derecho debajo del brazo, advertía allí un gran espíritu que se concentra y se acumula, todo en fuerza íntima. Esta generación universitaria llevó por el país, al dispersarse, hasta los más

lejanos pueblecitos de la costa, la noticia del inmenso talento de Pacheco. Y ya en las obscuras boticas de Traz-os-Montes, y en las tertulias de las barberías del Algarve, se decía con respeto y con esperanza: «Parece que hay ahora un rapaz de inmenso talento: un tal Pacheco».

Pacheco estaba ya maduro para la representación nacional. Vino a su seno, traído por un Gobierno—no recuerdo cuál—que había conseguido con dispendios y artimañas apoderarse del preciado talento de Pacheco. Después, en la estrellada noche de diciembre en que él, ya en Lisboa, fué al Martinho a tomar te con tostadas, se cuchicheó por las mesas con curiosidad: «¡Es Pacheco, un muchacho de inmenso talento!» Y desde que las Cámaras se constituyeron, todas las miradas, las del Gobierno y las de la oposición, se volvieron con insistencia, casi con ansiedad, hacia Pacheco, que en el extremo del escaño conservaba su actitud de pensador reconcentrado, los brazos cruzados sobre el chaleco de terciopelo, la frente inclinada hacia un lado, como doblada bajo el peso de las riquezas interiores, y los lentes rebrillando... Finalmente, una tarde, en la discusión del Mensaje de la Corona, Pacheco tuvo un movimiento como para atajar a un padre bizco que hablaba sobre la Libertad. El sacerdote inmediatamente se calló con deferencia; los taquígrafos aguzaron vivamente la oreja, y toda la Cámara cesó en sus rumorosas charlas para que, en un silencio dignamente majestuoso, se pudiese por primera vez poner de manifiesto el inmenso talento de Pacheco. Mientras tanto, Pacheco no prodigó desde luego sus tesoros. En pie, con el dedo estirado—gesto que fué siempre muy suyo—, Pacheco afirmó con un tono que revelaba la seguridad del pensar y del saber íntimo: «¡que al lado de la Libertad debía siempre coexistir la Autoridad!» Era poco, ciertamente; pero la Cámara comprendió claramente que bajo aquel corto resumen había un mundo, todo un formidable mundo, de ideas sólidas. No volvió a hablar durante largos meses; pero su talento inspiraba tanto más respeto cuanto más invisible e inaccesible se conservaba allá dentro, en lo profundo de su ser. El único

recurso que les quedó entonces a los devotos de ese inmenso talento—que ya los tenía incontestables—fué contemplar la cabeza de Pacheco como se mira para el cielo, por la certeza de que Dios está tras él disponiendo. La cabeza de Pacheco ofrecía una superficie calva, ancha y lustrosa. Y muchas veces, junto a él, consejeros y directores generales balbucían maravillados: «¡No es necesario más! ¡Basta ver aquella cabeza!»

Pacheco perteneció después a las principales Comisiones parlamentarias. Nunca, sin embargo, accedió a redactar un proyecto, desdeñoso de las especialidades. Apenas algunas veces, en silencio, tomaba una lenta nota. Y cuando salía de su contemplación estirando el dedo, era para lanzar alguna idea general sobre el orden, el progreso, el fomento o la economía. Había en esto la evidente actitud de un inmenso talento que—como secreteaban sus amigos guiñando el ojo ligeramente—está a la expectativa en la cumbre, esperando el momento propicio. Por lo demás, Pacheco mismo enseñaba—esbozando con su gruesa mano el alto vuelo de un ala sobre el arbolado frondoso—que el talento verdadero sólo debía conocer las cosas *por las ramas*.

Este inmenso talento no podía dejar de socorrer al Consejo de la Corona. Pacheco, en una combinación ministerial provocada por un chanchullo, fué ministro, e inmediatamente se advirtió qué maciza consolidación había venido a dar al Poder el inmenso talento de Pacheco. En su cartera, que era la de Marina, Pacheco no hizo, en los largos meses de desempeño, «absolutamente nada», como han insinuado tres o cuatro espíritus amargados y estrechamente positivos. Pero por primera vez, dentro de este régimen, la nación dejó de sufrir inquietudes y dudas sobre nuestro imperio colonial. ¿Por qué? Porque advertía que finalmente los supremos intereses de ese imperio estaban confiados a un inmenso talento, al talento inmenso de Pacheco.

En las poltronas del Gobierno, Pacheco salía rarísimamente de su silencio repleto y fecundo. A veces, sin embargo, cuan-

do la oposición se tornaba clamorosa, Pacheco descruzaba los brazos y tomaba con lentitud una nota a lápiz; y esta nota, trazada con saber y pensar maduro, bastaba para perturbar y acallar a la oposición. ¡Es que el inmenso talento de Pacheco había terminado por inspirar en las Cámaras, en las Comisiones y en los Centros un terror disciplinario! ¡Ay de aquel sobre quien desahogase la cólera aquel inmenso talento! ¡Cierta sería su irreparable humillación! Así, dolorosamente, la experimentó el pedagogo que un día se atrevió a acusar al presidente del Consejo—Pacheco dirigía entonces el reino—de descuidar la instrucción del país. Ninguna recriminación podría ser más sensible a aquel inmenso espíritu que en su frase lapidaria y enjundiosa había enseñado que «un pueblo sin el curso en los Institutos es un pueblo incompleto». Estirando el dedo—gesto siempre muy suyo—, Pacheco confundió al hombre temerario con esta frase contundente: «Al ilustre diputado que me censura, sólo tengo que decirle que, mientras su excelencia, ahí en esos escaños, produce una gritería, yo, aquí en esta silla, hago la luz.» Yo estaba en la tribuna en ese espléndido momento. Y no recuerdo haber oído jamás en una asamblea humana una tan apasionada y ferviente explosión de aclamaciones. Creo que fué de allí a pocos días cuando Pacheco recibió la gran cruz de la Orden de Santiago.

El inmenso talento de Pacheco se convertía poco a poco en un credo nacional. Viendo el incalculable apoyo que ese inmenso talento daba a las instituciones que servía, todas lo deseaban. Y Pacheco comenzó a ser un director universal de Compañías y de Bancos. Auxiliado por la Corona, penetró en el Consejo de Estado. Su partido reclamó ávidamente que Pacheco fuese su jefe. Pero los otros partidos cada día recurrían a él, sometiéndose reverentemente a su inmenso talento. En Pacheco se concentraba poco a poco la nación.

Al mismo tiempo que envejecía, crecía en influencia y dignidades; la admiración por su inmenso talento llegó a tomar en el país ciertas formas de expresión, sólo propias de la religión y del amor. Cuando fué presidente del Consejo, había

devotos admiradores que extendían la mano contra el pecho con unción, volvían los ojos al cielo y murmuraban devotamente: «¡Qué talento!» Y había apasionados suyos que, cerrando los ojos y repiqueteando un beso en las puntas agrupadas de los dedos, balbucían con languidez: «¡Ay, qué talento! ¿Para qué esconderlo?» Había otros a quienes aquel inmenso talento irritaba amargamente como un expresivo y desproporcionado privilegio. A ésos les oí yo gritar con furor, dando patadas en el suelo: «¡Diantre, que ya es tener talento de más!» Pacheco, entretanto, ya no hablaba. Sonreía apenas. La cabeza se le hacía cada vez más vasta.

No recordaré su incomparable carrera. Basta con que mi querido señor Mollinet recorra nuestros anales. En todas las instituciones, reformas, fundaciones, obras, encontrará el sello de Pacheco. Fué todo, lo tuvo todo. Ciertamente, su talento era inmenso. Pero inmenso se mostró el reconocimiento de su patria. Pacheco y Portugal, por otra parte, necesitaban imprescindiblemente uno del otro. Sin Portugal, Pacheco no habría sido lo que fué entre los hombres; pero sin Pacheco, Portugal no sería lo que es entre las naciones.

Su vejez ofreció un carácter augusto. Había perdido el cabello radicalmente. Todo él era cabeza. Y más que nunca revelaba su inmenso talento hasta en las más mínimas cosas. Claramente recuerdo la noche—siendo él presidente del Consejo—en que en la sala de la condesa de Rodes alguien, con fervor, pretendió conocer lo que su excelencia pensaba de Cánovas del Castillo. Silenciosamente, magistralmente, sonriendo apenas, su excelencia hizo con la mano, grave, ligeramente, un corte horizontal en el aire. En torno se oyó un murmullo de admiración lento y maravillado. ¡Cuántas cosas sutiles y hondamente pensadas había en aquel gesto! Yo, por mi parte, después de mucho discurrir, lo interpreté de este modo: «¡Mediocre: talento medio es el señor Cánovas!» ¡Porque note, mi caro señor Mollinet, cómo aquel talento, siendo tan vasto, era al mismo tiempo tan astuto!

Reventó; quiero decir que su excelencia murió casi repenti-

namente, sin sufrimiento, al principio de este rudo invierno. Justamente iba a ser nombrado marqués de Pacheco. Toda la nación lo lloró con infinito dolor. Yace en el cementerio de San Juan, bajo un mausoleo, donde por inspiración del señor consejero Accacio, en carta dirigida al *Diario de las Noticias*, fué esculpida una figura de Portugal llorando al Genio.

Meses después de la muerte de Pacheco, encontré a su viuda en Cintra en casa del doctor Videira. Es una mujer—aseguran mis amigos—de excelente inteligencia y bondad. Cumpliendo un deber de portugués, lamenté delante de la ilustre y afable señora la pérdida irreparable que habían sufrido ella y la patria. Pero cuando, conmovido, aludí al inmenso talento de Pacheco, la viuda levantó, con un brusco espanto, los ojos, que había conservado bajos, y una fugitiva, triste, casi piadosa sonrisa, le estiró los extremos de sus pálidos labios... ¡Oh eterna discordancia de los destinos humanos! ¡Aquella vulgar señora nunca había comprendido el inmenso talento de aquel hombre! Créame, mi querido señor Mollinet.—Su afectísimo,

Fadrique.

DE PORT-SAID A SUEZ

QUÉ razón nos ha movido a elegir esta crónica entre todas las que nos ofrecen los tomos de «Las Farpas», de las «Cartas de Inglaterra», de los «Ecos de París», de las «Notas contemporáneas»...? Unicamente la importancia universal del suceso a que se refiere. Su límpida prosa, su vigor descriptivo, podríamos igualmente hallarlo en otras cien, y en muchas, esa ironía magistral que aquí no tenía ocasión de ser esgrimida.

La labor de Eça de Queiroz como periodista es, a nuestro juicio, tan importante, por lo menos, como su obra de novelista. Apenas asomado a la vida de su patria, tantas flaquezas y tantos contrasentidos hirieron su atención, que se lanzó a combatirlos con ese denuedo de los años de juventud, que no vuelve a encontrarse ya nunca. Es entonces cuando escribe, con Ramalho Ortigão, los flageladores artículos de «As Farpas». Más tarde, desde el extranjero, su pluma comenta, en diarios de Portugal y del Brasil, hombres, ideas y sucesos de aquellos tiempos, con una gracia nueva, y una finura delicada, y un afán satírico que la experiencia y la vida han dulcificado un poco. En todas sus páginas periodísticas no hay ninguna que no haya sido trazada bajo la obsesión de una elevada ansia de justicia, y tras la larga sonrisa bondadosa que anima sus comentarios, un tierno amor hacia el bien de las criaturas corre mansamente.

Por ser universales y de todos los tiempos los vicios tras los que Eça de Queiroz lanzó el puñado de avispas de su ironía, sus artículos no han perdido interés. Los hombres y los hechos que él apostillaba continúan vivos y siguen rodando por el mundo, sin envejecer nunca, entre la candidez y la paciencia humanas, sin hacer otra cosa que cambiar de escenario, y ser hoy españoles, ayer portugueses, mañana italianos o ingleses o alemanes...

DE PORT-SAID A SUEZ

C R Ó N I C A

SEÑOR redactor:

Accedo con la mejor voluntad a su deseo de que le escriba la historia *real* de las fiestas de Suez. Cuéntole, con todo, simple y descarnadamente lo que me quedó en la memoria de aquellos días confusos y llenos de acontecimientos, tanto más cuanto que las fiestas de Suez están para mí entre dos grandes recordaciones: El Cairo y Jerusalén; están ahogadas, obscurecidas por estas dos luminosas y poderosas impresiones; están como puede estar un dibujo lineal a lápiz entre un lienzo resplandeciente de Decamps, el pintor del Alcorán, y un lienzo mortuorio de Delaroche, el pintor del Evangelio.

Tal vez en breve diga lo que es El Cairo y lo que es Jerusalén en su cruda y positiva realidad, si Dios quiere que escriba lo que vi en la tierra de sus Profetas. Hoy le hago la narración trivial, el informe escueto de las fiestas de Port-Said, Ismailia y Suez...

... Habíamos vuelto mi compañero, el conde de Recende, y yo de una excursión a las pirámides de Gizeh, a los templos de Sakkarah y a las ruinas de Menfis, cuando en El Cairo supimos que estaban en la bahía de Alejandría los navíos de jhedive que debían llevarnos a Port-Said y a Suez.

Veníamos del sosiego del desierto y de las ruinas, y en seguida en la estación de El Cairo, al partir para Alejandría, cruzamos al volvernos, bien a disgusto, en aquella confusión irritante que fué el mayor elemento de todas las fiestas de Suez. La previsora penetración de la Policía egipcia había olvidado que trescientos convidados, aunque no tengan la corpulencia tradicional de los bajás y de los visires, no pueden caber en veinte puestos de vagones, estrechos como banquillos de reos. Por eso en derredor de los coches había una multitud ávida, como en el saqueo de una ciudad...

Yonas Alí, nuestro *drogman*, un nubio, intrigó, conspiró, clamó y nos logró en un departamento de segunda clase, miserablemente destrozado, dos sitios llenos de polvo. Confieso que sentí un gran tedio al comenzar a atravesar la magnífica naturaleza del Delta. Además, los caminos de hierro egipcios no tienen una velocidad fija. Van a capricho del maquinista, que, de vez en cuando, detiene la máquina, se apea, enciende la pipa, se ríe con algún antiguo conocido del camino, bebe descaradamente su café, vuelve a subir bostezando y hace partir el tren distraídamente. Sin embargo, en ese día el cielo estaba nublado y lluvioso; el maquinista nos condujo rápidamente a Alejandría. En la bahía esperaban el *Masrh*, el *Fayoum* y el *Behera*, buques del bajá. El embarque realizóse con la confusión habitual, complicada con las molestias de un mar agitado; los barcos iban llenos de gente, unos de pie, otros sentados en la borda rozando el agua, otros gravemente equilibrados sobre la acumulación pintoresca de los equipajes; se reía, se tronaba contra la organización y la policía de las fiestas, se gritaba un poco cuando los barcos pesados oscilaban más inquietadoramente. Subimos al *Fayoum*, que debía levar anclas esa tarde, a pesar del tiempo contrario y de las olas que veíamos romper a lo lejos en la línea de rocas que precede a la bahía de Alejandría. Y al otro día, en una bella mañana, entrábamos en Port-Said, entre los dos grandes muelles que avanzan en el mar paralelamente, hechos de poderosos bloques de piedra. Port-Said es una ciudad improvisada en el

desierto. Es una ciudad de industria y de obreros: astilleros, fraguas, serrerías, almacenes de materiales y aparatos destiladores. Su construcción fué determinada por la necesidad de tener un enorme puerto que fuese una estación de buques a la entrada del canal, y primitivamente para que tuviesen un centro de actividad de ingenieros, maquinistas, maestros de obras. Esto le da un aspecto de ciudad provisional. Como había espacio, las calles son anchas como plazas, y largas como avenidas; las casas son bajas, de materiales ligeros; se advierte la construcción rápida y la incertidumbre de la duración. A pesar de sus doce mil habitantes, no hay todavía un vivir definitivo y regular. No hay establecimientos instalados con esperanza de duración; no hay comercio fijamente establecido; todo tiene el aspecto de una feria que hoy gana y se anima, y mañana se levanta y se dispersa. Y esto es porque, a pesar de la confianza de toda la población en la prosperidad del canal, ninguna profesión, ningún negocio quiere arriesgarse a establecerse de un modo definitivo, corriendo el peligro de ver aquel comienzo de ciudad agonizar y morir lamentablemente. Porque tal sería la suerte de Port-Said, así como de Ismailia, si el canal fuese una inutilidad, abandonado del comercio y de la navegación.

Su construcción se resiente, pues, de estas circunstancias: ni edificios, ni monumentos, ni habitaciones sólidas y serias; todo es ligero, barato, temporal. La iglesia católica es como una gran barraca; se ve el cielo azul al través de su techo, formado de grandes vigas mal unidas. De ahí el aspecto triste de Port-Said. Al fin de las fiestas, poco después, cuando volví a pasar en viaje para Jerusalén, me pareció, por la apatía de vida, por el silencio, que el desierto comenzaba de nuevo a aparecer entre aquella débil apariencia de ciudad...

Mas en aquel día 17, día de la inauguración, Port-Said, lleno de gente, cubierto de banderas, ruidoso de cañonazos y de *hurrahs* de la marinería, teniendo en su puerto las escuadras de Europa, lleno de flámulas, de arcos, de flores, de músicas, de cafés improvisados, de barracas de campamentos, de uni-

formes, tenía un aspecto magnífico y vigoroso, aspecto de vida. La bahía de Port-Said estaba triunfante. Era el primer día de fiestas. Estaban allí las escuadras francesas de Levante, la escuadra italiana, navíos suecos, holandeses, alemanes y rusos; los yates de los príncipes, los vapores egipcios, la flota del bajá, las fragatas españolas, *L'Aigle* con la emperatriz Eugenia, el *Mamoudeb* con el khedive, y buques con todas las insignias de la realeza, desde el emperador cristianísimo Francisco José hasta el *kaid* árabe Abd-el-Kader. Las salvas hacían el aire sonoro. En todos los navíos, empavesados y llenos de pabellones, la marinería, perfilada en las vergas, saludaba con enormes *hurrahs*. De todas las cubiertas venía el ruido vivo de las músicas militares. El azul de la bahía estaba cruzado en todos sentidos por lanchas de remo, de vapor, de vela; almirantes con sus pabellones, oficialidades resplandecientes de uniformes, gordos funcionarios turcos, fatigados y apoplécticos; viajantes con los sombreros cubiertos de velos y de *couffiés*, se cruzaban ruidosamente entre los grandes navíos anclados; las barcas decrépitas de los árabes, apiñadas de turbantes, abrían sus amplias velas estriadas de azul. Sobre todo esto, el cielo de Egipto, de un color y de una profundidad infinita. A la noche, la ciudad iluminábase y henchíase con músicas y fiestas populares. Las escuadras tenían sus cordajes y sus mástiles envueltos en hilos de luz. Durante toda la noche los fuegos de artificio, en una gran línea de tierra, daban sobre el cielo obscuro la sensación de un gran bordado luminoso...

En la bahía había un vivir completo, como en una ciudad: bailes a bordo de los navíos, comidas, visitas cambiadas, recepciones, paseos a remo, serenatas en las lanchas. De todo esto salía una luz, un ruido, un efluvio de vida poderosamente original. Había en Port-Said un café cantante, memorable por la excentricidad de su alegría; estaba tan lleno de gente, que era menester fumar, beber y oír en pie, sofocado, rígido. Cuando en el escenario aparecía la actriz para decir su canción, las mil voces de aquella multitud inmensa, acompañadas

del tintinear cadencioso de las copas, del batir de los pies, de los silbidos, de los alaridos, de los gritos, repetían con estruendo asombroso la canción conocida de la actriz. Era bestial y extraordinario.

En el día siguiente al de la llegada, bajamos todos a tierra para la ceremonia de la inauguración. Del lado opuesto a los muelles, más allá de la ciudad, se habían construído tres pabellones, estrados alfombrados y blasonados sobre la arena húmeda de la espuma del mar. Era en ese lugar la fiesta religiosa; los *ulemas* y los sacerdotes cristianos debían bendecir y consagrar en sus ritos el canal de Suez... Un gran cortejo de invitados, precedidos de los príncipes, entre los cuales sobresalía la pensativa y bella figura de Abd-el-Kader, dirigióse a ese sitio, entre dos hileras de soldados egipcios, de arcos, de banderas y de árabes que abrían sus grandes ojos. En el pabellón circular, de colores triunfantes, se colocaron los invitados de estirpe real e imperial y los más que podían caber; en otro pabellón estaban los *ulemas* mahometanos; en el tercero, los sacerdotes latinos y griegos, armenios y coptos...

Cuando todos hubieron ocupado sus sitios y el gran rumor de la llegada se sosegó, los *ulemas* se postraron vueltos hacia el lado de la Meca; los clérigos cristianos comenzaron la misa, y las escuadras hicieron salvas de artillería. Entretanto la multitud apiñábase sobre la arena húmeda y en derredor de los estrados; la gruesa figura roja del kedive estaba radiante; la emperatriz tenía un aire de satisfacción discreta; el señor de Lesseps mostraba su bella e inteligente sonrisa. En derredor y hasta el hondo horizonte, el mar sereno rebrillaba... Cuando cesó la artillería, se adelantó Mr. Baüer a la orilla del estrado y habló. Mr. Baüer es un hombre bajo, pálido, de cara femenina y ancha, cabellos colgantes en bucles sobre los hombros, aseado, afeitado, perfumado, delicado y con una voz asombrosa. Lo que él decía eran palabras de fraternidad entre Oriente y Occidente, esperanzas de una Humanidad más unida por aquel ligamento marítimo; palabras afables a los invitados reales, y recuerdos piadosos de los valientes trabaja-

dores que durante aquella hora de lucha murieron obscuramente. Cuando pronunció el nombre de Mr. De Lesseps, toda la inmensa multitud batió palmas. Mr. Baüer terminó, y el cortejo volvió a la playa y se dispersó por los navíos. Durante toda la noche, los fuegos de artificio, los clamores alegres de la ciudad, el ruido de las lanchas y de las músicas sobre el mar, llenaron de vida la bahía.

Al otro día, los navíos comenzaron a moverse lentamente, volviendo la proa hacia un punto de la bahía de Port-Said, donde se erguían, como los dos umbrales de una puerta, dos obeliscos de madera, pintados de rojo. Era la entrada del canal de Suez.

II

Entretanto, corrían por los barcos extraños rumores. Decíase que el *Latife*, pequeño vapor que en la víspera había partido como explorador, encallara; que los navíos reales e imperiales, los vapores egipcios con los invitados, no podían pasar por la angostura del canal, y que, a pesar de ir aligerados de su artillería y sin lastre, necesitaban más agua de lo que el canal tenía de fondo; que el virrey y el señor De Lesseps habían marchado a ver el *Latife;* que se resolvería, en último caso, hacerlo saltar; que las fiestas cesaban y que todos regresaban a Alejandría, como en el tiempo de las derrotas de Actium.

En Port-Said y a bordo de los buques había inquietudes; los comisarios, las oficialidades, los ingenieros, interrogados, callábanse discretamente; esperaban órdenes de Ismailia y recelaban. En efecto: el *Latife* estaba encallado. Esto, en primer lugar, demostraba la impracticabilidad del canal. El *Latife* es un vapor pequeño, estrecho, de poco calado, casi un remolcador... A más de eso, era un obstáculo material, brutal, para que los otros navíos hiciesen una tentativa audaz.

Decíase que el virrey estaba desconsolado; que el señor De Lesseps había perdido su habitual impasibilidad y firmeza de espíritu, y que se telegrafiaría a París anunciando el desastroso resultado. Realmente, después de diez años de tantos esfuerzos, y tantas luchas, y tantos combates con el desierto, y tantos combates con la intriga; después de tantos millones sorbidos por las arenas, de tantas vidas aniquiladas, de tantas fiestas anunciadas; después de la oratoria del señor Baüer y de las ovaciones al señor De Lesseps, era doloroso verlo acabar todo repentina y vergonzosamente; comprobar que en un canal hecho para la navegación no cabían los buques; que aquello era una obra ridículamente grandiosa, y que, en lugar de terminar todo en triunfos, todo terminaba en carcajadas...

Estuvimos en estas incertidumbres parte del día. Esperábase al virrey, que fué en una lanchita al canal a ver el desastre del *Latife*. Al fin, hacia el principio de la tarde, los buques comenzaron a moverse, las inquietudes acababan, el virrey regresaba; el *Latife* estaba desencallado; el *Aguila* seguía ya, y la obra del señor De Lesseps comenzaba a justificarse.

El *Fayoum* penetró entonces valerosamente en el canal. El *Fayoum* era el mayor buque del cortejo. Marchaba con gran cuidado; en medio del canal, unas banderas blancas marcaban precisamente la línea que debían seguir los buques para encontrar la profundidad necesaria de agua. Conservábanse cuidadosamente a distancia; iban despacio, sondeando; había más cuidados y escrupulosos recelos que en la navegación por entre un laberinto de rocas. En realidad, el canal se nos aparecía estrecho, bajo, y a cada momento temíamos ver la proa de un navío ir a clavarse en las arenas de las márgenes elevadas. El canal, al salir de Port-Said, atraviesa el Menzaleh, antiguo lago fangoso. Veíamos en ambos lados del canal relucir al sol aquel agua muerta, densa, verdosa...

Esta fué la primera gran dificultad de los trabajos. Era necesario, en medio de aquel enorme lodazal, abrir un canal navegable y hacer márgenes. Las dificultades crecían con la insalubridad de aquellos lugares miasmáticos. Afortunadamen-

te, al violento sol de Egipto, el lodo extraído y amontonado a fin de formar las márgenes, secábase rápidamente. Empleáronse allí esfuerzos heroicos. Los obreros de Europa abandonaban aquel trabajo peligroso. Era necesario emplear a los habitantes de las márgenes de aquel lago de cieno; éstos entraban hasta la cintura en el agua espesa, sacaban con las manos la mayor cantidad de lodo posible, lo apretaban al calor del pecho hasta secarlo, íbanlo amontonando en pequeños montículos, formando así el comienzo de las márgenes. Las dragas venían por fin y profundizaban y perfeccionaban aquel trabajo elemental.

Después del lago Menzaleh, el canal entra definitivamente en el desierto hasta el lago Timsah, a la orilla del cual está Ismailia; a mitad del camino de Ismailia, el *Fayoum* encalló en la arena de la margen derecha; se desembarrancó con grandes esfuerzos y siguió; pero como a poco espacio encontrase el camino obstruído por otro navío que estaba encallado, soltó anclas durante la noche. Había una luna admirable, que iluminaba de un lado y de otro la extensión blanca del desierto. Aquel lugar donde estábamos parados, había sido precisamente uno de los más difíciles del trabajo. Llamábase El-Guis. Había allí enormes simas de arena, que era necesario remover. El viento del desierto incomodaba e impedía los trabajos. Vivían allí en trabajo incesante 18.000 obreros. De la tierra que se sacaba para hacer el lecho del canal, se formaban a un lado y a otro enormes parapetos; a medida que los parapetos crecían, más difícil era echarles encima la tierra que se sacaba; los árabes la llevaban, rodando, cayendo, en cestos llamados *couffié;* negábanse obstinadamente a emplear cualquier otro medio moderno y eficaz que no fuese el *couffié.* Calcúlase que todos los cestos empleados, puestos en fila, darían tres veces la vuelta al globo. Sin embargo, los parapetos aun no eran obstáculos suficientes contra el viento del desierto y contra la invasión creciente de las arenas. En aquella multitud de obreros reinaba el orden más absoluto; allí, en todo el transcurso de los trabajos, había hospitales, ambulancias, al-

macenes; incesantes caravanas, que recorrían el desierto trayendo víveres. Los europeos, al principio, abrumados por la inmensidad y novedad del trabajo, desertaron. Entonces vinieron griegos, dálmatas, armenios, árabes. Todas las razas, todas las lenguas, todas las religiones, se reunían allí. Del interior del desierto corrían las tribus de beduínos a pedir trabajo. Había campamentos enormes.

El señor De Lesseps andaba siempre por el camino de sus trabajos, en su bello dromedario blanco, envuelto en el albornoz árabe, aclamado por los obreros. Aquellas pobres razas de la planicie y del desierto estaban fascinadas por dos cosas, nuevas para ellas: ¡la ganancia por el trabajo y el agua abundante!...

Nada quedaba ahora de aquel gran movimiento sino a grandes trechos algún barracón levantado a orillas del canal, de donde los operarios venían a saludar, con gran alborozo, el paso de los buques.

Al otro día, por la mañana, entrábamos, al rumor de las salvas, en el lago Timsah. En el fondo veíamos la ciudad de Ismailia. Allí era el centro de las fiestas. Ismailia es la capital del canal. Es un puerto admirable, inaccesible a las tempestades y aun a la más sencilla agitación del agua; no puerto de tránsito, como Port-Said o Suez, sino una perfecta estación de descanso para la navegación de Oriente. Comunica con Egipto por el camino de hierro y por el canal de agua dulce. Tiene plazas, calles de futura capital. No es ciudad ruda y trabajadora como Port-Said, llena de oficinas y de obreros. Es ciudad llena de *chalets*, de esbozos de palacios, de paseos con arboledas, de muelles ampliamente construídos. Tiene ya los refinamientos civilizados de una capital; hasta tiene unos leves aires de corrupción; las almeas desterradas de El Cairo, refugiadas en Esmeh, en el alto Egipto, se han venido aproximando a Ismailia. Todo ello se asienta, es verdad, sobre la arena, y para el lado del desierto vive una población árabe en toda su pintoresca miseria. Pero su situación es excelente; confinada entre un desierto y un lago, tiene para abastecerse el bajo

valle del Nilo, a seis horas de distancia, y para comunicarse con el mundo la navegación del canal. Por su posición es un puerto obligado y el mejor de Oriente. Todos los bajás de Egipto han tenido, como los antiguos tiranos, el deseo de ligar su memoria a la edificación de una ciudad: Mehemet-Ali, Said-Bajá, Abbas-Bajá, todos. La ciudad que este último y tan original bajá fundó, Abbasiade, aun hoy está acabando de desmoronarse en El Cairo, en el camino de la antigua Heliópolis, en una vasta planicie.

Ismail-Bajá tal vez será más afortunado, e Ismailia podrá venir a ser la capital europea del viejo Egipto, como Alejandría es su capital comercial y El Cairo su capital histórica...

III

Ismailia estaba invadida por una extraordinaria multitud. En los anchos arenales, más allá de los muelles, se habían levantado campamentos para los viajeros que no venían de Alejandría en los buques. Habíanse improvisado hoteles semejantes a grandes dormitorios. Había barcos anclados sirviendo para alojamiento. El aspecto de la ciudad en aquel día era poderosamente vivo y original.

Los regimientos egipcios habían acampado junto al lago. En el centro, en un ancho espacio que hay al pie del canal de agua dulce, estaban las tiendas para los xeques, que son los jefes de las aldeas árabes o jefes de las tribus del desierto. Las tiendas, abiertas por delante, dejaban ver los grandes tapices colgantes, la alfombras de la Meca o de Damasco, donde se entrecruzaban las figuras soberbias de los xeques fumando gravemente el narghilé. Habíanse levantado barracas enormes, donde en todo momento se servían a todos los convidados y a todos los que entraban refrescos, vinos, ensaladas

y comidas. Había todo género de juegos, de danzas, de músicas. Las tribus beduínas habían acampado cerca. Yo vi una caravana beduína en descanso a lo largo de los bazares; habían clavado en el suelo dos lanzas, y en derredor los caballos y los hombres—figuras duramente esculpidas en bronce, altivamente envueltas en sus albornoces—hacían un grupo extrañamente pintoresco. Las anchas calles estaban pobladas de una multitud ruidosa, colorida, original. Habían venido almeas de la provincia de Fayoum, que, debajo de sus tiendas, celebraban sus misteriosas y extrañas danzas. El emperador de Austria y la emperatriz habían pasado por Ismailia montados en dromedarios; después de eso, las calles estaban llenas de viajantes, que querían sostenerse en equilibrio sobre las excéntricas sillas de los camellos y de los dromedarios. Había por todas partes tocadores, cantadores, hechiceros, fascinadores de serpientes.

Los beduínos ensayaban danzas y luchas y carreras de caballos. Algunos, de pie sobre los dromedarios, lanzados a galope, hacían toda suerte de destrezas y equilibrios jugando la lanza. Todo esto era acompañado por las salvas constantes de los buques y por los hurras de las marinerías. A la noche, todo resplandecía. Por todas las plazas había encendidas grandes hogueras. Se veía en el fondo del lago, al través de los buques iluminados, brillar fantásticamente la ciudad, hecha de puntos de luz. Los campamentos estaban flameantes. En todas las tiendas de los xeques había cantos de mujeres árabes, acompañados de dearbouka. Los fuegos de artificio estallaban en el aire. En medio de grandes grupos, entre un círculo de antorchas enormes, danzaban las almeas. En otros círculos iluminados, la multitud abría los ojos delante de los improvisadores árabes. La luz corría por entre toda aquella multitud, atacada de alegría. Había sobre la ciudad y el lago aquel fuerte rumor de fiestas que está compuesto de los cantos, de las músicas, de las voces, de los aplausos, todo armónicamente confundido, y que por su originalidad arranca al hombre fuera de la vida vulgar con irritantes atracciones. Todo esto lo

veíamos al atravesar la ciudad en los enormes carruajes que nos llevaban al gran baile de Ismailia, en el palacio nuevo de Ismail-Bajá. El palacio, rodeado de jardines, tenía en ellos una iluminación de gusto oriental. Había luces esparcidas por todas las ramas de los árboles, entre las hojas de las flores, en la tierra de los tiestos. Sobre la hierba estaban dibujados arabescos de luz de un aspecto original. El canal de agua dulce, que corre al pie, estaba lleno de barcos iluminados, que cruzaban en una perpetua serenata. Al comienzo de la noche, entre las mesas, los árabes extendían a veces la mano, metían los dedos en los platos y se alejaban comiendo desdeñosamente. En las salas el baile sólo era una oscilación sofocada de cuerpos. El oro bordado de los uniformes arañaba los hombros desnudos, y los enormes zapatos de los xeques del desierto rasgaban los largos vestidos de las *lorettes*. No había orden, ni espacio, ni ambiente, ni alegría. Era pesado y brutal; fatigaba. La mayor parte de la gente dispersóse por la ciudad a ver las iluminaciones y las fiestas populares. Cuando yo salía para ir a un café italiano, en compañía de algunos oficiales ingleses, a ver a las almeas de Beni-Jrouef bailar la danza de las abejas, encontré al señor De Lesseps en el vestíbulo buscando ansiosamente su abrigo.

Lesseps es una figura delgada y nerviosa, bigote corto y blanco y dos ojos que brillan en negro llenos de inteligencia y sinceridad. Tiene una fisonomía y, sobre todo, una sonrisa que revelan tendencia a las concepciones abstractas, pero firmeza en las dificultades de la vida. Tiene algo de todo esto, y esa armonía de facultades es el secreto de su inquebrantable fuerza y de su constante triunfo en esta obra de Suez. Yendo a visitar el desierto líbico, en compañía de Said-Bajá, entonces virrey, fué cuando resolvió, con apoyo del Said, iniciar las obras; desde entonces, cuántas luchas, ya con Inglaterra, que intriga contra él y le difama; ya con Turquía, que le quita sus trabajadores; ya con los capitales, que se retraen delante de sus planes; ya con el desierto, que contradice la ciencia de sus teorías; ya con el cólera, que destruye sus ope-

rarios; cuántas luchas hasta que pudiese buscar tranquilamente su paletó en una fiesta que celebraba al fin de tantos y tan ásperos trabajos...

A mitad de la noche, cuando yo volvía a bordo, las luces morían tristemente en toda Ismailia, y la sombra cubría el lago. Al otro día la gran procesión de buques salía del lago Timsah en dirección a Suez. Comenzaba ya entonces a verse al lado del canal marítimo el canal de agua dulce, que va casi paralelamente con él hasta Suez. El paisaje comienza a ser de una monótona uniformidad: la ardiente amplitud del desierto a ambos lados del canal. El canal de agua dulce es una de las mejores obras de Lesseps y uno de los episodios más notables de la perforación del istmo. Los obreros del canal habían de trabajar en el desierto. La primera necesidad era el agua; un ejército de obreros no podía subsistir durante muchos años sólo con agua conducida por las caravanas. Al principio, cuando las obras estaban aún junto al lago Mensaleh, sacábase el agua de algunos pozos aislados, se hacía venir de la próxima ciudad de Damieta, o se destilaba el agua del mar. Pero a medida que los trabajos avanzaban hacia el centro del istmo, las dificultades resurgían. No había pozos ni agua del mar. Damieta estaba lejos. El tonel de agua comenzaba a costar veinticinco francos. Además, como venía en caravanas, cualquier demora, cualquier trastorno, producía sed entre los obreros y comenzaban las confusiones de trabajo. Aumentaban las inquietudes por causa del agua. Entonces el señor De Lesseps resolvió ir al Nilo, a treinta y cinco leguas, a buscar agua dulce y traerla al desierto por un canal que siguiese una línea casi paralela al canal marítimo, bordease los Lagos Amargos, pasase al pie de las montañas de Djebel y fuese a detenerse en Suez. El canal sería así para uso de los obreros, para la irrigación de aquellos terrenos áridos y para la navegación de pequeños barcos. Veíamos, en efecto, el canal de agua dulce, lleno de velas, cuyas puntas aguzadas y blancas salían por encima de las márgenes.

Uno de los episodios épicos del canal de agua dulce fué el

paso de las dragas. Fué necesario llevar aquellas monstruosas máquinas al pie de los Lagos Amargos para atascar las arenas del Serapeum. Fueron transportadas por el canal de agua dulce. Centenares de hombres iban llevándolas arrastradas por cuerdas desde las márgenes. Pero aquellas enormes máquinas encallaban a cada momento, viraban o, cuando el viento era violentamente contrario, hacían fuerza hacia atrás. Para sacarlas del lodo, para impelerlas, para equilibrarlas, eran necesarios esfuerzos sobrehumanos, en los cuales sucumbieron muchos valerosos obreros.

Fué al anochecer cuando llegamos a los Lagos Amargos. Toda la escuadra de la comitiva ancló allí durante la noche. Había una luna espléndida que llenaba el lago de luz y diseñaba vagamente hasta el horizonte las ondulaciones del desierto.

IV

Los Lagos Amargos son los restos del antiguo golfo Heropolita, aguas del Mar Rojo que venían hasta aquí. En este lugar fué donde pasaron los hebreos, guiados por Moisés; fué aquí donde fueron sepultadas las legiones de los faraones, quince mil hombres y mil doscientos carros. Hacia el lago de Egipto la luna blanqueaba una vasta planicie; era Gessen, la tierra de los patriarcas. Los faraones habían dado aquel sitio a los hebreos, paraje entonces lleno de cultivos y de mieses, hoy cubierto de arenas. Desde allí fué de donde partieron en demanda de Canaán. Desde allí se dirigieron hacia el Sur, hacia los desiertos de Arabia y del Sinaí, para evitar el encuentro de los ejércitos egipcios. Moisés conocía bien aquellos lugares. Su mocedad se había deslizado en el istmo. Además, aquel lugar era tradicionalmente el paso de los que venían de Siria, por Caldea y por Idumea. Abrahán, José y Jacob habían

pasado por allí en sus viajes a Egipto. Fué también por allí, pero un poco más al Norte, a poca distancia del lago Timsah, por donde muchos siglos después el descendiente de tantos patriarcas y de tantos profetas, Jesús, pasó llevado por su madre, que huía hacia el valle del Nilo. Los árabes muestran aún este sitio. Mientras mirábamos aquellos parajes bíblicos, los fuegos de artificio estallaban en el aire.

Al otro día, por la mañana, íbamos aproximándonos a Suez. Salimos despacio, porque la marea del Mar Rojo venía contra nosotros. Fué esta cuestión de las mareas y de desigualdad de niveles entre el Mar Rojo y el Mediterráneo la causa de una de las grandes oposiciones que se hicieron al canal.

Decíase que, según los sondeos hechos bajo la dirección de Lepère en 1799, el Mar Rojo era nueve metros más alto que el Mediterráneo; decíase también que la obra era impracticable a causa de las arenas movedizas y de los vientos del desierto; decíase, por fin, que la navegación del Mar Rojo no podía, por su dificultad y por su peligro, constituir una verdadera ruta marítima. Una comisión internacional fué al istmo a esclarecer estas dudas. Era una legión de sabios, de arqueólogos, de ingenieros, de geólogos. Said-Bajá les hizo recepciones regias. Atravesaron el istmo en sus estudios de Suez a Peluse. Sondearon todas las ensenadas, todos los lagos; estudiaron todos los terrenos. Acamparon grandiosamente y seguíales una caravana de ciento setenta camellos. Los árabes venían de todos los puntos del horizonte para ver pasar aquel extraño cortejo.

La Comisión disipó todas las objeciones. El nivel de ambos mares fué declarado igual por nuevos y más perfectos sondeos; reconocióse que las arenas no eran un obstáculo; si las arenas, arrastradas por el viento del desierto, habían de sepultar el futuro canal, ¿por qué no habían sepultado ya los Lagos Amargos? ¿Por qué no habían enterrado las antiguas ruinas? ¿Por qué no habían borrado al menos los vestigios de las caravanas de la última peregrinación a la Meca? Por último, el Mar Rojo, fué declarado bueno como vía maríti-

ma contra los impugnadores del canal. ¿Qué tiene de malo el Mar Rojo?... Algunas rocas... ¿No las tiene el Adriático? ¿No las tiene el canal de la Mancha? ¿No las tiene el Archipiélago? El Mar Rojo tiene vientos regulares; el Mar Rojo tiene corrientes conocidas; el Mar Rojo tiene la admirable claridad de sus noches. ¿Impide esto la navegación? Si el Mar Rojo fué de una navegación fácil para las flotas de Salomón, si venecianos y portugueses pudieron allí derrotar al turco, ¿qué será hoy con los medios científicos de navegación a vapor? Todas las objeciones caen por sí solas.

En las márgenes del canal comenzábamos a ver muchos campamentos de obreros; venían hasta la orilla del agua a batir palmas a los buques que pasaban, saludando con pañuelos y velos entre grandes */hurrahs!*; desde los buques respondían; lucía un sol fuerte; el desierto brillaba hasta el horizonte. Veíamos a nuestra izquierda el camino de las caravanas que van a la Meca, a Medina, a Bugdad y a Damasco en la dilatada Siria. Arabia y Asia quedaban más allá de aquel desierto. Del lado de Egipto, del fondo del arenal cubierto de salinas, estaba la obscura y triste ciudad de Suez. Más allá extiéndese el monte de Djebel Attka, llamado de la Liberación, porque cuando las caravanas que vienen del desierto lo divisan, es que están fuera de peligro. Al fondo, borrada en la pulverización de luz del horizonte, entreveíase la cordillera del Sinaí. Al medio día entrábamos en Suez entre salvas.

Suez es una ciudad obscura, miserable y decrépita; es el comienzo de nuevas regiones; es ya casi el Asia y la India. Tiene un aspecto mortuorio; el cólera y la peste aparecen allí con frecuencia. En algunos barrios ruinosos, casi deshabitados, conserva, sin embargo, en sus construcciones desmoronadas, un notable carácter de antigua y pura arquitectura árabe. Por lo demás, la civilización europea comienza a estar representada en Suez por cafés cantantes y por gourgandines de Marsella.

Suez ha tenido hasta hace poco una vida incompleta por falta de agua. En Suez el agua era conservada en cajas de hierro traídas de El Cairo. El agua de la fuente de Moisés, que

está a tres leguas, sólo pueden beberla los camellos. En tiempo de lluvia había, a más de la de El Cairo, algún agua potable a seis leguas de distancia. En tiempo de calma, la sed era una enfermedad; había mercados de agua, donde los precios eran fabulosos, horribles. Los ricos bebían un agua medio salobre. Los pobres bebían el agua de los camellos o se morían de sed. En Suez no había (y aún no hay hoy) un árbol, una flor, una hierba. Había gente que, habiendo vivido siempre allí, no tenía idea de la vegetación. Contábase de árabes de Suez que, habiendo venido a El Cairo por la primera vez, huían de los árboles como de monstruos desconocidos. Esto hizo a la raza dura, áspera, hostil. El canal de agua dulce mudó la faz de las cosas. El agua es gratuita y abundante. En el día en que el agua llegó a Suez, fué un vértigo. Los pobres árabes no podían creerlo; se chapuzaban en ella; bebían hasta hacerles daño; extendidos sobre las márgenes del canal, daban gritos locos. Algunos estaban aterrados y se asombraban de la pérdida de tanta riqueza. La población gritaba llena de amor en torno de Lesseps, postrándose y besándole las manos, y desde entonces la ciudad tiende a revivir.

Cuando llegamos a Suez, se separó aquella caravana de invitados que hacía seis días saliera de Alejandría. Unos quedaron en Suez, otros fueron para El Cairo. Nosotros fuimos hacia las costas de Arabia, hacia el lado del desierto del Sinaí, a ver el oasis de Moisés. En el Éxodo dícese: «Y los hijos de Israel vinieron después a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras...» Eran estos doce manantiales y estas setenta palmeras las que nosotros íbamos a ver, pasando el Mar Rojo en una barca árabe. Habíamos hecho nuestra peregrinación a través del canal; la escuadra de Europa soltaba sus anclas en el Mar Rojo; la obra de Lesseps estaba completa.

Hacía diez años que un grupo de trabajadores estaba un lunes de Pascua reunido en la playa, en lugar que después fué Port-Said; no había nada en ese lugar, sino la bandera egipcia plantada sobre la arena...

Un hombre salió del grupo, se descubrió y dijo: «En nombre de la Compañía de Suez doy este primer golpe de piqueta en este terreno, que abrirá a las razas de Oriente la civilización de Occidente...» Y cavó la arena con la piqueta. El hombre que pronunció aquellas palabras era el señor De Lesseps; y, como se ve, su piqueta ha abierto ampliamente un camino...

FIN

ÍNDICE

PÁGINAS

Eça de Queiroz y su obra..... 7
El primo Basilio..... 25
El crimen del padre Amaro..... 69
La Reliquia..... 99
La ilustre casa de Ramires..... 163
Los Maias..... 209
El Mandarín..... 237
La Ciudad y las Sierras..... 251
San Cristóbal..... 273
Adán y Eva en el Paraíso..... 293
Epistolario de Fadrique Mendes..... 329
De Port-Said a Suez..... 339

COLECCIÓN OPERA SELECTA

CONVENCIDOS de lo difícil que es para todo amante de las bellas letras el conocer completa la obra de los escritores que alcanzaron más alta fama universal, EDITORIAL CASTILLA se propone la publicación de una serie de elegantísimos volúmenes donde, por lo menos, se contendrán LAS MÁS BELLAS PÁGINAS DE TODO AUTOR EMINENTE, seleccionadas, criticadas y traducidas por prestigiosos literatos contemporáneos.

Es nuestro intento que toda persona que adquiera los volúmenes de COLECCIÓN OPERA SELECTA llegue, en breve plazo, a reunir, perfectamente seleccionada y estudiada, la más brillante producción literaria del mundo.

NUESTRO PRIMER VOLUMEN

LAS MÁS BELLAS PÁGINAS DE ALFREDO DE MUSSET

Selección, traducción y crítica por
ANTONIO G. DE LINARES

DE toda la maravillosa obra del inmortal lírico francés, publícanse en este volumen, «absolutamente completas», las siguientes producciones:

POESÍA:

«La canción a Ninón», en la comedia ¿CON QUÉ SUEÑAN LAS MUCHACHAS?— «¡Nunca!» — «Improvisación». — «Dije a mi corazón...» — «A madame G.» — «¡Adiós, Susana!» — «Mimí Pinsón». — «Recuérdame». — «El sauce» (Retrato de miss Smolen). — «Después de una lectura».— «La noche de diciembre».

Al reunir aquí las más bellas poesías de Musset, traducidas en prosa con toda fidelidad, hemos antepuesto a la versión castellana el original francés, por devoción y reverencia al poeta.

TEATRO:

EL CANDELERO, comedia en tres actos y en prosa. EL CANDELERO es la obra maestra del teatro de Musset. Suponía esta comedia, en la época en que fué escrita, un atrevimiento considerable; y por haber recogido en ella el poeta los pintorescos recuerdos de su primer aventura amorosa, no hay nada en estos tres actos que publicamos que no sea verídico, palpitante y, por tanto, humano. Fué escrito EL CANDELERO en 1835, es decir, en la época cumbre del inmortal autor de LAS NOCHES.

NOVELA Y CUENTOS:

LA CONFESIÓN DE UN HIJO DEL SIGLO, capítulo segundo. EL LUNAR (completo). — HISTORIA DE UN MIRLO BLANCO (completo).

Entre las prosas de Musset, tal vez sea el capítulo segundo de LA CONFESIÓN DE UN HIJO DEL SIGLO la más alta expresión de literatura emotiva y profunda. Es en sí solo una obra completa que no necesita del resto del libro para aparecer con todo su insuperable valor.

Siguen a estas páginas las de dos novelas breves: una, EL LUNAR, verdadera joya literaria, en la que aparece, no como una danza de espectros, sino con calor de vida y aroma de voluptuosidad, toda la inconsciente y placentera existencia de la corte de Versalles, reinando Luis XV. La otra novelita, HISTORIA DE UN MIRLO BLANCO, fué publicada en 1842 con las «Escenas de la vida privada de los animales», que ilustró Granville, y que produjeron enorme revuelo, por ser tales narraciones, y la de Musset más que ninguna, críticas terriblemente acerbas de todo lo humano y todo lo divino.

NUESTRO TERCER VOLUMEN

(En prensa)

LAS MÁS BELLAS PÁGINAS DE GABRIEL D'ANNUNZIO

Selección, traducción y crítica por

JOSÉ FRANCÉS

PRECIO: SEIS PESETAS

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00029528379